



**EL SERMÓN DEL MONTE**  
**TOMO 2**  
**MARTYN LLOYD-JONES**

# **CAPÍTULO 31**

## **Vivir la Vida Justa**

Nuestra exposición de este Sermón del Monte comenzó con un análisis y división del contenido del mismo. Vimos que en este capítulo 6, comienza una parte nueva. La primera sección (vss. 3-12) contiene las Bienaventuranzas, una descripción de cómo es el cristiano. En la sección siguiente (vss. 13-16), encontramos a este hombre cristiano, que ha sido descrito como tal, reaccionando frente al mundo y el mundo reaccionando frente a él. La tercera (vss. 17-48) trata de la relación del cristiano con la ley de Dios. Presenta una exposición positiva de la ley y la contrasta con la enseñanza falsa de los fariseos y escribas. Concluye con la gran exhortación del versículo final: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto".

Llegamos ahora a una sección completamente nueva, que abarca todo este capítulo sexto. Estamos frente a lo que podríamos llamar la descripción del cristiano que vive su vida en este mundo en la presencia de Dios, en sumisión activa a Dios, y en dependencia total de El. Lean este capítulo sexto y encontrarán que se repite muchas veces la alusión a Dios Padre. Hemos venido examinando al cristiano, al que se le han explicado algunas de sus características, al que se le ha dicho cómo tiene que comportarse en la sociedad, y a quien se le ha recordado lo que Dios espera y exige de él. Ahora estamos frente a una descripción de este cristiano que se pone a vivir esa vida en el mundo. Y lo importante —subrayado a cada momento—, es que lo hace todo en la presencia de Dios. Esto es algo que se le debería recordar constantemente. O, para decirlo con otras palabras, esta sección presenta una descripción de los hijos en relación con su Padre mientras están en ese peregrinar que se llama 'la vida'.

El capítulo pasa revista a nuestra vida como un todo, y la considera bajo dos aspectos principales. Esto es magnífico, porque en último término la vida del cristiano en este mundo tiene dos aspectos, y a ambos se les presta atención aquí. Del primero se ocupan los versículos 1 al 18; del segundo se habla desde el versículo 19 hasta el final del capítulo. El primero es lo que podríamos llamar nuestra vida religiosa, el cultivo y nutrición del alma, nuestra piedad, nuestro culto, todo el aspecto religioso de nuestra vida, y todo lo que se refiere a nuestra relación directa con Dios. Pero claro está que éste no es el único elemento de la vida del cristiano en el mundo. Por medio de él se le recuerda que no es de este mundo, que es hijo de Dios y ciudadano de un reino que no se puede ver. No es sino un transeúnte, un viajero por el mundo. No pertenece a este mundo como los demás; se encuentra en esta relación única con Dios. Anda con El. Sin embargo está en este mundo, y aunque ya no pertenece a él, este mundo sigue sirviéndole de mucho; en no pocos aspectos está sujeto al mismo. Y, después de todo, tiene que pasar por él. Por ello, el segundo aspecto es el del cristiano en su relación con la vida en general, no tanto como ser puramente religioso, sino como hombre que está sujeto a los 'azares de la fortuna', como hombre a quien le preocupa el comer y el beber, el vestir y la vivienda, que quizá tenga familia e hijos que educar, y que por tanto está sujeto a lo que la Biblia llama 'los afanes de este mundo'.

Estas son las dos grandes partes del capítulo, la parte directamente religiosa de la vida cristiana, y la parte mundana. De ambos aspectos se ocupa nuestro Señor con mucho detalle. En otras palabras, es vital que el cristiano tenga ideas muy claras acerca de ambos aspectos, y por ello necesita que se le instruya sobre los dos. No hay mayor falacia que imaginar que en el momento en que el hombre se convierte y se vuelve cristiano, todos sus problemas quedan resueltos y todas sus dificultades desaparecen. La vida cristiana está llena de dificultades, llena de trampas e insidias. Por esto necesitamos la Biblia. De no haber sido por eso, hubiera resultado innecesaria. Estas instrucciones detalladas que nuestro Señor da y que también se encuentran en las Cartas, serían innecesarias de no ser por el hecho de que la vida del cristiano en este mundo es una vida llena de problemas, como John Bunyan y otros han tenido mucho cuidado en hacer resaltar en obras cristianas clásicas. Hay peligros latentes en nuestra misma práctica de la vida cristiana, y también en nuestras relaciones con otras personas en este mundo. Al examinar su propia experiencia y, todavía más, al leer las biografías de los siervos de Dios, descubrirán que muchos han pasado por dificultades, y muchos se han encontrado por un tiempo llenos de amargura, y han perdido su experiencia de gozo y felicidad de la vida cristiana, porque se han olvidado de alguno de los dos aspectos. Como veremos, hay personas que están equivocadas en su vida religiosa, y hay otras que parecen andar bien en este sentido, pero que, debido a tentaciones muy sutiles en el aspecto más práctico, tienden a andar mal. Por ello, tenemos que examinar ambos aspectos. Aquí, en la enseñanza de nuestro Señor, se examinan hasta en sus detalles más mínimos.

Conviene advertir desde el comienzo mismo que este capítulo VI es muy penetrante; de hecho, podríamos incluso decir que muy doloroso. A veces me parece que es uno de los capítulos más incómodos de toda la Biblia. Hurga y examina y nos pone un espejo frente a los ojos, y no nos permite escabullimos. No hay otro capítulo que sirva mejor que éste para estimular la humillación propia y la humildad. Pero demos gracias a Dios por ello. El cristiano debería estar siempre deseoso de conocerse a sí mismo. Nadie que no sea cristiano desea verdaderamente conocerse. El hombre natural cree que se conoce, y con ello pone de manifiesto su problema básico. Elude el examinarse a sí mismo porque conocerse a sí mismo es, en último término, el conocimiento más penoso que el hombre pueda adquirir. Y aquí estamos ante un capítulo que nos sitúa frente a frente de nosotros mismos, y nos permite vernos exactamente como somos. Pero repito, gracias a Dios por ello, porque sólo el hombre que se ha visto verdaderamente a sí mismo tal como es, tiene probabilidad de acudir a Cristo, y de buscar la plenitud del Espíritu de Dios, que es el único que puede consumir los vestigios del yo y todo lo que tiende a echar a perder su vivir cristiano.

Al igual que en el capítulo anterior, en éste se enseña, en cierto sentido, por contraste con la enseñanza de los fariseos. Recuérdese que había una especie de introducción general a esto cuando nuestro Señor dijo: "Os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Al comentar este pasaje, examinamos y contrastamos la enseñanza de los escribas y fariseos con la enseñanza que debería dirigir la vida del cristiano. Ahora no se enfatiza tanto la enseñanza, sino la vida práctica, incluyendo la piedad, y toda nuestra conducta religiosa.

En esta primera parte vemos que el versículo 1 es la introducción al mensaje de los versículos 2 al 18. Sorprende de verdad caer en la cuenta del orden perfecto de este Sermón. Los que tienen aficiones musicales, y se interesan por el análisis de las sinfonías, verán que aquí hay algo todavía más maravilloso. Se propone el tema, luego viene el análisis, después del cual se vuelven a mencionar los temas y secciones particulares —los varios 'leitmotifs', como se les llama— hasta que por fin se resume y sintetiza todo en una afirmación final. Nuestro Señor emplea aquí un método semejante. En el primer versículo propone el principio general que gobierna la vida religiosa del cristiano. Una vez hecho eso, pasa a darnos tres ilustraciones de ese principio, en el campo de la limosna, la oración y el ayuno. A esto se reduce en último término toda la vida y práctica religiosa de uno. Si analizamos la vida religiosa del hombre encontramos que se puede dividir en estas tres secciones, y sólo en estas tres secciones: la forma en que doy limosna, la naturaleza de mi vida de oración y contacto con Dios, y la forma en que mortifico la carne. Se debe señalar de nuevo, sin embargo, que estas tres no son sino ilustraciones. Nuestro Señor ilustra lo que ha afirmado como principio general, en la misma forma en que lo hizo en su exposición de la ley en el capítulo 5.

El principio fundamental se propone en el versículo primero. "Guardaos de hacer vuestra justicia (o, si se prefiere, vuestra piedad) delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" La palabra 'justicia' dirige los tres aspectos de la vida justa. Primero examinamos la piedad misma, luego pasamos a considerar las distintas manifestaciones de la piedad. El principio general de éste: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" Examinemos esto en una serie de principios subsidiarios.

El primero de ellos es éste — la índole delicada de la vida cristiana. La vida cristiana es siempre un asunto de equilibrio y serenidad. Es una vida que da la impresión de ser contradictoria, porque parece ocuparse al mismo tiempo de dos cosas que se excluyen mutuamente. Leemos el Sermón del Monte y nos encontramos con esto: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!" Luego leemos: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos." El que lee esto dice, "Bien, ¿qué he de hacer? Si he de hacerlo todo en secreto, si no he de ser visto de los hombres, si he de orar en mi aposento con la puerta cerrada, si he de lavarme y ungirme el rostro para que nadie se dé cuenta de que estoy ayunando, ¿cómo sabrán los hombres que estoy haciendo estas cosas? ¿Cómo podrán ver la luz que resplandece en mí?"

Estamos, claro está, sólo ante una contradicción superficial. Advirtamos la forma de la primera afirmación: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!" En otras palabras, no hay contradicción, sino que se nos invita a hacer ambas cosas al mismo tiempo. El cristiano ha de vivir de tal forma que cuando los hombres lo miren y vean la clase de vida que lleva, glorifiquen a Dios. Al mismo tiempo debe recordar siempre que no está haciendo estas cosas para atraer la atención sobre sí mismo. No debe desear que los hombres lo miren, nunca ha de ser auto consciente. Claro está que este equilibrio es sutil y delicado; a menudo

nos inclinamos hacia un extremo o hacia el otro. Los cristianos tienden, ya hacia la gran ostentación, ya hacia convertirse en monjes y eremitas. Al examinar la larga historia de la iglesia cristiana a través de los siglos, se ve de inmediato la presencia de este gran conflicto. Los cristianos, o bien se han mostrado ostentosos, o bien han tenido tanto temor del yo y de la auto-glorificación que se han apartado del mundo. Pero el pasaje nos invita a evitar ambos extremos. Es una vida delicada, es una vida sensible; pero si la enfocamos en una forma adecuada y bajo la dirección del Espíritu Santo, se puede mantener el equilibrio. Claro que si tomamos sólo estas cosas como reglas que hemos de poner en práctica, algo andará mal, ya hacia un lado, ya hacia otro. Pero si comprendemos que lo que importa es el gran principio, el espíritu de la acción, entonces no caeremos en el error; ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda. Nunca olvidemos que el cristiano ha de atraer la atención hacia sí mismo, y sin embargo a la vez no ha de atraer la atención sobre sí mismo. Esto se verá con más claridad a lo largo de la exposición.

El segundo principio subsidiario es que la elección última es siempre la elección entre agradarse a sí mismo y agradecer a Dios. Esto puede sonar como muy elemental, pero parece necesario subrayarlo por la razón siguiente. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos." "Claro, entonces —quizá pensemos— la elección es entre agradar a los hombres y agradecer a Dios." Yo sugiero que no es ésta la elección: la elección final es entre agradarse a uno mismo y agradecer a Dios, y ahí es donde entra la sutileza del problema. En último término, la única razón que tenemos para agradecer a los que nos rodean es que queremos agradarnos a nosotros mismos. Nuestro deseo verdadero no es realmente agradecer a los demás; deseamos agradecerles porque sabemos que si lo hacemos, tendrán mejor opinión de nosotros. En otras palabras, nos agradamos a nosotros mismos y lo único que nos preocupa es la complacencia propia. Ahí se ve el carácter insidioso del pecado. Lo que parece ser desinteresado quizá no sea sino una forma muy sutil de egoísmo. Según nuestro Señor, se resume en esto: el hombre por naturaleza desea la alabanza de los demás más que la alabanza de Dios. Al desear la alabanza de los hombres, lo que realmente le preocupa es la opinión buena de sí mismo. En último análisis siempre se reduce a esto, o nos agradamos a nosotros mismos o agradamos a Dios. Es un pensamiento muy solemne, pero cuando comenzamos a examinarnos a nosotros mismos y vemos los motivos de nuestra conducta, es fácil estar de acuerdo en que todo se reduce a esto.

Esto nos conduce al siguiente principio subsidiario que quizá sea el fundamental. Lo más importante para todos nosotros en esta vida, es caer en la cuenta de nuestra relación con Dios. Casi siente uno el deseo de pedir perdón por hacer tal afirmación y, sin embargo, sugiero que la causa mayor de todos nuestros fracasos es que olvidamos constantemente nuestra relación con Dios. Nuestro Señor lo dice de la siguiente forma. Deberíamos caer en la cuenta de que el objeto supremo de la vida habría de ser agradecer a Dios, agradecerle sólo a El, agradecerle siempre y en todo. Si este es nuestro objetivo, no podemos equivocarnos. Ahí se ve, desde luego, la característica más notoria de la vida de nuestro Señor Jesucristo. ¿Hay algo en su vida que se destaque más claramente que esto? Vivió totalmente para Dios. Incluso dijo que las palabras que pronunciaba no eran suyas y que las obras que hacía eran las obras que el Padre le había encargado que hiciera. Toda su vida se dedicó a glorificar a Dios. Nunca pensó en sí mismo; nada hizo para sí mismo; no se impuso a sí mismo. Lo que se nos dice de él es esto, "La caña cascada no quebrará, y el

**pabulo que humea no apagará". No levantó la voz. En cierto sentido parece como si hubiera tratado de no ser visto, de esconderse. Se nos dice de él que no pudo ocultarse, pero pareció estar siempre tratando de hacerlo. Hubo una ausencia total de ostentación. Vivió por completo, siempre y sólo para la gloria de Dios. Lo dijo constantemente de diversas formas: "No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió!" Y en forma negativa lo dijo así: "¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?" De hecho lo que dice es lo siguiente: "En esto consiste vuestro problema. Estáis demasiado preocupados por el hombre. Si pusierais los ojos sólo en la gloria y honor de Dios, entonces todo iría bien."**

**La segunda cosa que tenemos que recordar en relación con esto, es que siempre estamos en la presencia de Dios. Siempre estamos ante sus ojos. Ve todas nuestras acciones, incluso nuestros mismos pensamientos. En otras palabras, si alguien cree en poner textos en lugares bien visibles, sobre el escritorio o en la pared de la casa, no hay texto mejor que éste: "Tú, Dios, me ves". Está en todas partes. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres." ¿Por qué? "De otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" Él lo ve todo. Conoce el corazón; las otras personas no lo conocen. Uno puede engañarlas, puede convencerlas de que se es desinteresado; pero Dios conoce el corazón. "Vosotros", dijo nuestro Señor a los fariseos una tarde, "vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación." Ahora bien, es obvio que éste es un principio fundamental para toda nuestra vida. A veces pienso que no hay una forma mejor de vivir, de tratar de vivir, la vida santa, que recordando constantemente esto. Cuando nos levantamos por la mañana deberíamos recordar de inmediato que estamos en presencia de Dios. No estaría mal decirnos a nosotros mismos antes de seguir adelante: "durante todo este día, todo lo que haga, diga, trate, piense e imagine, lo haré bajo la mirada de Dios. Dios estará conmigo; lo ve todo, lo sabe todo. No puedo hacer ni intentar nada sin que Dios esté plenamente consciente de ello. "Tú, Dios, me ves". Si siempre hiciéramos esto, nuestra vida cambiaría por completo.**

**En cierto sentido, la mayor parte de los libros que se han escrito acerca de la vida devocional se concentran en esto. Si queremos vivir esta vida plenamente, tenemos que aprender que hay que dominarse y hablar consigo mismo. Esto es lo fundamental, lo más importante de todo: que estamos siempre en la presencia de Dios. Él lo ve todo y lo sabe todo, y no podemos eludir su mirada. Los hombres que escribieron los Salmos eran conscientes de ello, y hay ejemplos de exclamaciones desesperadas como éstas: ¿Y a dónde huiré de tu presencia? No puedo escapar de ti. Allí estás tú «si en el Seol hiciere mi estrado... si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar...» No puedo escapar de ti! Si pudiéramos recordar esto, desaparecería la hipocresía, la adulación propia y todas las culpas que tenemos por sentirnos superiores a los otros; todo desaparecería inmediatamente. Es un principio cardinal el aceptar el hecho de que no podemos eludir la mirada de Dios. En este asunto de la elección final entre uno mismo y Dios, debemos recordar siempre que El lo sabe todo acerca de nosotros. "Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta." Conoce los pensamientos e intenciones del corazón. Puede llegar hasta la entraña misma y hacer la disección del alma y del espíritu. Nada queda oculto a sus ojos. Hemos de partir de este postulado.**

Si todos practicáramos esto, sería revolucionario. Estoy completamente seguro de que empezaría de inmediato un avivamiento espiritual. Sería muy distinta, tanto la vida de la iglesia, como la vida de cada individuo. Pensemos en todas las simulaciones y fingimientos, en todo lo que hay de indigno en nosotros. ¡Si cayéramos en la cuenta de que Dios lo ve todo, está consciente de todo, lo graba todo! Ésta es la enseñanza de la Biblia, y éste es el método que tiene de predicar la santidad —no ofrecer a la gente experiencias maravillosas que resuelven todos los problemas. Es sólo caer en la cuenta de que siempre estamos en la presencia de Dios. Porque el hombre que parte de esta base muy pronto acudirá a Cristo y su cruz, y pedirá ser lleno del Espíritu Santo.

El siguiente principio subsidiario se refiere a la recompensa. Esta cuestión de la recompensa parece turbar a las personas, y sin embargo nuestro Señor hace constantemente observaciones como las de los versículos 1 y 4. En ellos, indica que está muy bien buscar la recompensa que Dios da. Dice, "De otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos."

Si hacéis lo justo, entonces "tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!" Hacia principios del siglo (ahora ya no se oye tanto) algunos enseñaban que se debería vivir la vida cristiana por sí misma, y no por la recompensa. Es algo tan bueno en sí mismo y por sí mismo que no debería buscarse ningún otro motivo, como el deseo del cielo o el temor del infierno. Deberíamos ser desinteresados y altruistas. A menudo se enseñaba esto en forma de historia e ilustración. Un pobre caminaba un día por un camino llevando en una mano un cubo de agua y en la otra un recipiente lleno de fuego. Alguien le preguntó qué iba a hacer con esas cosas, y contestó que iba a quemar el cielo con el recipiente de fuego y apagar el infierno con el cubo de agua, pues ninguno de los dos le interesaba en absoluto. Pero la enseñanza del Nuevo Testamento no es ésta. El Nuevo Testamento quiere que veamos como algo bueno el deseo de ver a Dios. Eso es el summum bonum. "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios." Es un deseo justo y legítimo, es una ambición santa. Se nos dice lo siguiente acerca del Señor mismo: "El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (He. 12:2). Y se nos dice de Moisés que hizo lo que hizo porque tenía los ojos puestos 'en el galardón'. Era perspicaz. ¿Por qué las personas de cuyas vidas nos habla Hebreos 11 vivieron la vida que vivieron? La respuesta es ésta —vieron ciertas cosas en la lejanía, buscaban 'la ciudad que tiene fundamentos', tenían puestos los ojos en ese objetivo último.

El deseo de la recompensa es legítimo y el Nuevo Testamento incluso lo estimula. El Nuevo Testamento nos enseña que habrá un 'juicio de recompensa'. Habrá quienes reciban muchos azotes, y quienes reciban pocos. Se juzgarán las acciones de todo hombre para ver si son de madera o heno, plata u oro. Serán juzgadas todas vuestras acciones. "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo!" Deberíamos interesarnos, por tanto, por este asunto de la recompensa. No hay nada malo en ello, con tal que lo que se desee sea la recompensa de la santidad, la recompensa de estar con Dios.

El segundo punto acerca de la recompensa es éste: No reciben recompensa de Dios los que la buscan de los hombres. Este pensamiento es aterrador pero es una

afirmación absoluta. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos." Si se ha recibido la recompensa de los hombres en cualquier aspecto, no se recibirá nada de Dios. Permítanme plantear este pensamiento en una forma brutal. Si al predicar este evangelio lo que me preocupa es lo que los demás piensen acerca de mi predicación, en este caso lo único que me va a reportar es esto último, y nada de Dios. Es algo absoluto. Si uno busca recompensa de los hombres la obtendrá, pero no obtendrá nada más. Examinemos a la luz de este pensamiento nuestra vida religiosa, pensemos en todo el bien que hemos hecho en el pasado. ¿Cuánto nos queda que vaya a venirnos de Dios? Es un pensamiento aterrador.

Esos son los principios respecto a la afirmación general. Examinemos ahora con brevedad lo que nuestro Señor dice acerca de este asunto concreto con respecto al dar limosna. Es consecuencia necesaria de los principios que han quedado establecidos. Dice que no hay una forma buena y una forma equivocada de dar limosna. Dar limosna, desde luego, significa ayudar a las personas, darles una mano en caso de necesidad, dar dinero, tiempo, o cualquier otra cosa que vaya a ayudar a los demás.

La forma equivocada de hacerlo, es anunciarlo. "Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti." Claro que no hacían esto en realidad; nuestro Señor emplea una metáfora. Contrataban un pregonero para que fuera delante de ellos diciendo: "Miren todos lo que este hombre hace." La forma equivocada de hacer estas cosas es proclamarlas, atraer la atención sobre ellas. Podríamos dedicar mucho tiempo a mostrar las formas sutiles en que se puede hacer esto. Permítaseme una ilustración. Recuerdo a una señora que se sintió llamada de Dios para comenzar una cierta obra, y se sintió llamada a hacerlo 'por fe', según se dice. No tenía que haber ni colecta ni petición de fondos. Decidió comenzar esta obra con un servicio de predicación y se me dio a mí el privilegio de predicar en este servicio. A mitad de la reunión, cuando llegaron los anuncios, esta buena señora durante diez minutos le contó a la congregación que iba a realizarse esta obra completamente 'por fe', que no se iba a hacer ninguna colecta, que no creía ni en colectas ni en pedir dinero, y así sucesivamente. ¡Creo que fue la forma más efectiva de pedir fondos que haya oído en mi vida! No quiero decir que fuera deshonesto; estoy seguro de que no lo era, pero sí que era muy aprensiva. Y debido al espíritu de temor, también nosotros podríamos hacer cosas semejantes en forma totalmente inconsciente. Hay una forma de decir que uno no anuncia estas cosas, que significa precisamente que uno las está anunciando. ¡Qué sutil es! Todos conocemos al tipo de hombre que dice: "desde luego no creo en anunciar el número de conversos cuando asumo la responsabilidad de predicar. Pero, después de todo, el Señor debe ser glorificado, y si la gente no se entera de los números, bueno, ¿cómo pueden dar gloria a Dios?" O bien, "No me gustan esos largos informes con ocasión de la fiesta de mi aniversario, pero si Dios debe ser glorificado ¿cómo lo hará la gente si no...?" Se ve fácilmente la sutileza. No es que siempre haya un pregonero obvio. Pero cuando examinamos realmente nuestro corazón vemos que hay formas sutiles de hacer la misma cosa. Bien, esta es la forma equivocada y la consecuencia de ello es: "De cierto os digo que ya tienen su recompensa." La gente alaba y dice, "Qué maravilloso, qué estupendo; espléndido ¿verdad?" Ya tienen su recompensa, consiguen la alabanza. Su nombre aparece en el periódico; se escriben artículos acerca de ellos; se habla mucho de ellos; la

**gente escribe sus obituarios; lo consiguen todo. Pobres hombres, eso es todo lo que van a conseguir; de Dios no conseguirán nada. Ya consiguieron la recompensa. Si es eso lo que buscaban, ya lo tienen; y son muy dignos de compasión.**

**Deberíamos orar mucho por ellos, deberíamos sentir mucho pesar por ellos. ¿Cuál es el modo justo? El modo justo, dice nuestro Señor, es éste. "Cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público." O sea, no anuncies a otros en ninguna forma lo que haces. Esto es obvio. Pero hay algo menos obvio: no te lo anuncies ni siquiera a ti mismo. Esto es difícil. Para algunas personas no resulta difícil el no anunciárselo a otros. Me parece que cualquier persona con una cantidad mínima de decencia, más bien desprecia al hombre que hace alarde de sí mismo. Lo encuentra patético; es triste ver a los hombres hacer alarde de sí mismos. Sí, pero lo que es muy difícil es no enorgullecerse de uno mismo por no ser así. Uno puede despreciar ese tipo de cosas, uno puede descartarlo. Sí, pero si eso lo conduce a decirse a sí mismo: "Doy gracias a Dios por no ser así", de inmediato se convierte uno en fariseo. Esto es lo que decía el fariseo, "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres... ni aun como este publicano." Fijémonos en que nuestro Señor no se contenta con decir que uno no debe llevar un pregonero delante para anunciarlo al mundo; sino que ni siquiera se lo debe decir a sí mismo. Su mano izquierda no debe saber lo que hace su mano derecha. En otras palabras, una vez hecha la cosa en secreto, uno no toma la libreta de notas y escribe: "Bien, he hecho eso. Desde luego que no se lo he dicho a nadie que lo haya hecho!" Pero pone una señal más en la columna especial donde se enumeran los méritos excepcionales. De hecho, nuestro Señor dijo: "No llevéis libros de esta clase; no mantengáis anaqueles espirituales; no llevéis la contabilidad de ganancias y pérdidas en la vida; no escribáis un diario en este sentido; olvidaos de todo. Haced las cosas como vienen, movidos por Dios y guiados por el Espíritu Santo, y luego olvidaos de todo!" ¿Cómo se puede hacer esto? Sólo hay una respuesta, y es que deberíamos tener un amor tal por Dios que no tuviéramos tiempo de pensar en nosotros mismos. Nunca nos liberaremos del yo si nos concentramos en él. La única esperanza es estar tan consumidos por el amor, que no tengamos tiempo de pensar en nosotros mismos. En otras palabras, si deseamos poner en práctica esta enseñanza, debemos contemplar a Cristo muriendo en la cumbre del Calvario, pensar en su vida y en todo lo que sufrió, y al contemplarlo a él, caer en la cuenta de lo que ha hecho por nosotros.**

**¿Y cuál es la consecuencia de todo esto? Es algo espléndido. Así lo dice nuestro Señor. Afirma: 'No se debe llevar la cuenta, Dios la lleva. El lo ve todo y lo registra todo, y ¿sabéis qué hará? Os recompensará ante los ojos de todos! Somos verdaderamente necios si llevamos cuenta de nuestros actos, sin percibir que si lo hacemos no recibiremos recompensa de Dios. Pero si nos olvidamos de todo y lo hacemos todo para agradarle, al final descubriremos que Dios sí ha llevado la cuenta. Nada de lo que hayamos hecho caerá en el olvido, nuestras acciones más mínimas serán recordadas. ¿Recordamos lo que dijo en Mateo 25? "Tuve sed, y me disteis de beber;... estuve... en la cárcel, y vinisteis a mí!" Y ellos dirán, "Señor, ¿cuándo hicimos todo esto? No recordamos haberlo hecho." "Desde luego que lo habéis hecho", responderá, "está en el Libro". Él lleva los libros. Debemos dejarle las cuentas a Él. Él nos dice, "sé que lo habéis hecho todo en secreto; pero os recompensaré abiertamente". Quizá no os recompense abiertamente en este mundo, pero tan cierto como que tenéis vida, que os recompensaré abiertamente**

en el gran día cuando los secretos de todos los hombres quedarán de manifiesto, cuando se abrirá el gran Libro, cuando se anunciará ante todo el mundo la sentencia final. Todos los detalles de lo que habéis hecho para la gloria de Dios serán anunciados y proclamados y se os atribuirá el mérito, el honor y la gloria. Os recompensaré abiertamente y os diré, "Bien hecho, siervo fiel y prudente; ... entra en el gozo de tu Señor!"

Mantengamos los ojos puestos en la meta, recordemos que estamos siempre en la presencia de Dios, y vivamos sólo para agradecerle.

## **CAPITULO 32**

### **Cómo Orar**

En los versículos 5-8 nos encontramos con el segundo ejemplo que nuestro Señor emplea para ilustrar su enseñanza referente a la piedad o a la conducta de la vida religiosa. Éste, como hemos visto, es el tema que examina en los primeros dieciocho versículos de este capítulo. "Guardaos", dice en general, "de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos." He aquí la segunda ilustración de este principio. A continuación del tema de dar limosna viene el de orar a Dios, de nuestra comunión e intimidad con Él. También aquí nos encontraremos con la misma característica general que nuestro Señor ha descrito ya, y que vuelve a presentarse con mucho relieve. Este pasaje de la Escritura, pienso a veces, es uno de los más penetrantes de toda la Escritura, de los que más humillación produce. Pero se puede leer estos versículos de forma tal que uno pase por alto el punto central, y ciertamente sin caer bajo la condenación que contienen. Al leer este pasaje existe siempre la tendencia de considerarlo como una denuncia de los fariseos, del auténtico hipócrita. Leemos, y pensamos en la clase de persona ostentosa que en forma obvia trata de atraer la atención sobre sí misma, como lo hicieron los fariseos. En consecuencia lo consideramos solamente como denuncia de esta hipocresía manifiesta sin aplicárnoslo a nosotros mismos. Pero esto es no comprender el verdadero sentido de la enseñanza que estos versículos contienen, la cual es la denuncia devastadora que nuestro Señor hace de los efectos terribles del pecado en el alma humana, y sobre todo del pecado del orgullo. Esa es la enseñanza.

El pecado, según nos muestra aquí, es algo que nos acompaña siempre, incluso cuando estamos en la presencia misma de Dios. El pecado no es algo que suela acometernos y afligirnos cuando estamos separados de Dios, en un país lejano, por así decirlo. El pecado es algo tan terrible, según la denuncia que nuestro Señor hace de él, que no sólo nos sigue hasta las puertas del cielo, sino que —si fuera posible— nos sigue hasta el mismo cielo. De hecho, ¿acaso no es ésta la enseñanza bíblica respecto al origen del pecado? El pecado no es algo que comenzó en la tierra. Antes de que el hombre cayera, ya había habido una Caída previa. Satanás era un ser perfecto, brillante, angélico, que moraba en la gloria; y había caído antes de que el hombre cayera. Esta es la esencia de la enseñanza de nuestro Señor en estos versículos. Es una denuncia terrible de la naturaleza horrorosa del pecado. No hay nada que sea tan falaz como pensar en el pecado

sólo en función de actos; y mientras pensemos en el pecado sólo en función de cosas que de hecho se hacen, no llegamos a comprenderlo. La entraña de la enseñanza bíblica acerca del pecado es que es esencialmente una disposición. Es un estado del corazón. Creo que podría sintetizarlo diciendo que el pecado es en último término el adorarse a sí mismo, el adularse a sí mismo; y nuestro Señor muestra (lo cual para mí resulta algo alarmante y terrible) que esta tendencia nuestra a la auto adoración es algo que nos sigue incluso hasta la misma presencia de Dios. A veces produce el resultado de que incluso cuando tratamos de persuadirnos de que estamos adorando a Dios, en realidad nos adoramos a nosotros mismos y nada más.

Ésta es la índole terrible de su enseñanza a este respecto. Eso que ha entrado en nuestra naturaleza y constitución mismas como seres humanos, es algo que contamina tanto todo nuestro ser, que cuando el hombre se dedica a la forma más elevada de actividad, todavía tiene que luchar con ello. Siempre se ha estado de acuerdo, me parece, en que la imagen más elevada que se pueda formar de un hombre es cuando se lo ve de rodillas delante de Dios. Éste es el logro más sublime del hombre, es su actitud más noble. Nunca es mayor el hombre que cuando se halla en comunión y contacto con Dios. Ahora bien, según nuestro Señor, el pecado es algo que nos afecta tan profundamente que incluso cuando nos dedicamos a esa actividad, está con nosotros para tentarnos. En realidad, no nos queda sino estar de acuerdo, basados en la enseñanza del Nuevo Testamento, en que sólo así se puede empezar a entender el pecado.

Propendemos a pensar en el pecado en la forma que lo vemos en las manifestaciones más bajas de la vida. Vemos a un borracho, el pobre, y decimos: he ahí el pecado; esto es pecado. Pero eso no es la esencia del pecado. Para formarnos una idea exacta del mismo y comprenderlo, debemos ver a algún gran santo, a algún hombre fuera de lo corriente en su devoción y dedicación a Dios. Mirémoslo ahí de rodillas, en la presencia misma de Dios. Incluso en esas circunstancias el 'yo' lo está asediando, y la tentación para él consiste en pensar acerca de sí mismo, pensar en forma placentera acerca de sí mismo, y en realidad adorarse a sí mismo en vez de adorar a Dios. Esa, y no la otra, es la verdadera imagen del pecado. Lo otro es pecado, desde luego, pero no es el pecado en su forma más aguda; no se ve en ello el pecado en su esencia misma. O para decirlo de otra manera, si uno quiere verdaderamente entender algo acerca de la naturaleza de Satanás y de sus actividades, lo que hay que hacer no es moverse en los estratos más bajos de la vida; si uno quiere saber algo acerca de Satanás hay que ir al desierto donde nuestro Señor pasó cuarenta días y cuarenta noches. Esa es la imagen verdadera de Satanás cuando lo vemos tentando al mismo Hijo de Dios.

Todo esto se resume en esta afirmación. El pecado es algo que nos sigue incluso hasta la presencia misma de Dios.

Antes de entrar a analizar esto, quisiera hacer otra observación preliminar que me parece del todo inevitable. Si este cuadro no nos persuade acerca de nuestra condición total de pecadores, de nuestra desesperanza y de nuestra incapacidad, si no nos hace ver la necesidad profunda de la gracia de Dios en cuanto a la salvación, y la necesidad de perdón, del nuevo nacimiento y de la nueva naturaleza, entonces no conozco nada que nos pueda llegar a persuadir de ello. Ahí encontramos un argumento poderoso en favor de la doctrina del Nuevo Testamento

acerca de la necesidad absoluta de nacer de nuevo, porque el pecado es asunto de disposición, algo que forma una parte tan profunda y vital de nosotros mismos, que nos acompaña incluso hasta la presencia de Dios. Pero sigamos la argumentación más allá de esta vida y de este mundo, más allá de la muerte y del sepulcro, y contemplémonos en la presencia de Dios, en la eternidad, para siempre. ¿Acaso no es el nuevo nacimiento algo esencial? Aquí, pues, en estas instrucciones acerca de la piedad y de la conducta de la vida religiosa, tenemos en forma implícita, en casi todas las afirmaciones, esta doctrina definitiva de la regeneración y de la naturaleza del hombre nuevo en Cristo Jesús. De hecho, podemos ir más allá y decir que incluso si hemos nacido de nuevo, y hemos recibido una vida nueva y una naturaleza nueva, todavía necesitamos estas enseñanzas. Esto es enseñanza del Señor al pueblo cristiano, no al no cristiano. Es su advertencia a aquellos que han nacido de nuevo. También ellos han de ser cuidadosos, no sea que en sus mismas oraciones y devociones se hagan culpables de esta hipocresía de los fariseos.

Primero, pues, examinemos este tema en general antes de entrar a considerar lo que se suele llamar el Padre Nuestro. Vamos a repasar simplemente lo que se podría llamar la introducción a la oración tal como nuestro Señor la enseña en estos versículos, y creo que también aquí la forma mejor de enfocar el tema es dividiéndolo en dos secciones. Hay una forma equivocada y otra genuina de orar. Nuestro Señor se ocupa de ambas.

El problema de la forma equivocada es que su mismo enfoque es erróneo. El error esencial es que se concentra en sí misma. Es el centrar la atención en el que está orando en vez de centrarla en Aquel a quien se ofrece la oración. Ese es el problema, y nuestro Señor lo muestra en este pasaje en una forma muy gráfica y pertinente. Dice: "Cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres!" Se colocan de pie, en las sinagogas, en una posición prominente, se paran en frente. Recordemos la parábola de nuestro Señor acerca del fariseo y del publicano que fueron al templo a orar. Aquí indica exactamente lo mismo. Nos dice que el fariseo se puso lo más adelante que pudo, en el lugar más prominente, para orar desde allí. El publicano, por otro lado, estaba tan avergonzado y lleno de contrición que se quedó lo más lejos que pudo sin levantar la cabeza hacia el cielo, sino tan sólo exclamando "Oh Dios, ten misericordia de mí, pecador!" También aquí nos dice nuestro Señor que los fariseos se ponen de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, en los lugares más visibles, y oran para que los hombres los vean. "De cierto os digo que ya tienen su recompensa."

Según nuestro Señor, la razón para que oren en las esquinas de las calles es más o menos la siguiente. El hombre que se dirige hacia el templo para orar está deseoso de producir la impresión de que es un alma tan devota que ni siquiera puede esperar hasta llegar al templo. De modo que se detiene a orar en la esquina de la calle. Por esta misma razón, cuando entra al templo pasa hacia adelante al lugar más visible que puede. Ahora bien, lo que nos importa es extraer el principio, por ello, presento esto como el primer cuadro.

El segundo se contiene en las siguientes palabras: "Orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos." Si tomamos estos dos cuadros juntos, veremos que hay dos errores básicos en la raíz de esta forma de orar a Dios. El primero es que mi interés, si soy como el fariseo,

está en mí mismo, que soy el que ora. El segundo es que creo que la eficacia de mi oración depende de lo mucho que ore, o de la forma particular en que ore.

Examinemos estos dos puntos por separado. El primer problema, pues, es el peligro de interesarse por uno mismo. Esto se manifiesta de diferentes formas. El problema primero y básico es que esa persona está deseosa de que los demás sepan que ora. Éste es el principio de todo. Está deseosa de disfrutar de una reputación de hombre de oración; está deseosa de esto y lo ambiciona, lo cual, de por sí, ya es malo. Uno no debería estar interesado en sí mismo, como nuestro Señor explica. Así pues, si existe alguna sospecha de interés en uno mismo como persona de oración, ando equivocado, y esa condición viciará todo lo que me proponga hacer.

El siguiente paso en este proceso es que el que otros nos vean en oración, se convierte en deseo positivo y real. Lo anterior, a su vez, conduce a lo siguiente: a hacer cosas que garanticen que los otros nos vean. Esto es algo muy sutil. No siempre es evidente, como lo vimos en el caso del dar limosna. Hay un tipo de persona que se exhibe constantemente y se pone en una posición prominente de forma que siempre atrae la atención sobre sí misma. Pero hay también maneras sutiles de hacer esto mismo. Permítanme ilustrarlo.

A principio de siglo hubo un autor que escribió un libro bastante conocido sobre el Sermón del Monte. Al tratar la presente sección, señala este sutil peligro —la tendencia exhibicionista incluso en el asunto de la oración—, y cómo asedia al hombre sin que se dé cuenta de ello. Es evidente que es el comentario obvio que hay que hacer. Pero recuerdo que al leer la biografía de este comentarista, me encontré con una interesante afirmación. El biógrafo, deseoso a toda costa de mostrar la santidad de esa persona, la ilustra así: "En él nada había tan característico — decía— como la manera en que de repente, se arrodillaba para orar, cuando iba de una habitación a otra. Luego se levantaba y proseguía el camino" Para el biógrafo, ésta era una prueba de la santidad-y devoción de esa persona.

No creo que necesite explicar qué quiero decir. El problema de los fariseos era que trataban de dar la impresión de que no podían ni siquiera esperar para llegar al templo; tenían que detenerse donde estaban, en las esquinas de las calles, para orar de inmediato, en forma pública. Sí, pero ¡si uno cae de rodillas en el corredor de una casa, también es cosa maravillosa! Quiero mostrar, basado en la enseñanza de nuestro Señor, que ese hombre hubiera sido más santo si no se hubiera arrodillado, si hubiera elevado su oración a Dios mientras caminaba por el corredor. Hubiera sido una oración igualmente sincera, y nadie la hubiera advertido. ¡Qué delicado es esto! El mismo hombre que nos pone sobre aviso en contra de ese pecado es culpable del mismo. Que cada uno se auto examine.

Este pecado toma otra forma muy sutil. Alguien se dice a sí mismo, "Claro que no voy a caer de rodillas en un corredor cuando voy de una habitación a otra; ni tampoco voy a detenerme en las esquinas de las calles; no voy a exhibirme en el templo ni en la sinagoga; siempre voy a orar en secreto. Nuestro Señor dijo: 'Entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora; Mi oración va a ser siempre oración secreta.'" Sí, pero alguien puede orar en secreto de tal forma que todo el mundo sepa que está orando en secreto, porque da la impresión, al dedicar tanto tiempo

para orar, que es un gran hombre de oración. No estoy exagerando. Ojala fuera así. ¿Qué les parece esto? Cuando uno se encuentra en su aposento con la puerta cerrada, ¿cuáles son los pensamientos que le vienen a la mente? Son pensamientos acerca de que otras personas saben que uno está ahí, y lo que está haciendo y así sucesivamente. Uno debe descartar para siempre la idea de que estas cosas solamente se aplican al estilo llamativo y palpable de los fariseos, en otros tiempos. Hoy es lo mismo, por muy tenue u oculta que sea la forma.

Claro que no debemos ser excesivamente escrupulosos acerca de estos puntos, pero el peligro es tan sutil que siempre debemos tenerlo presente. Recuerdo haber oído hablar a algunas personas acerca de un hombre que asistía a ciertas reuniones y del que decían con gran admiración que se habían dado cuenta de que después de las reuniones siempre se subía a una colina lejos de todos, y se ponía de rodillas para orar. Bien, ese buen hombre ciertamente hacía eso, y no me corresponde a mí juzgarlo. Pero me pregunto si en ese gran esfuerzo de subir a la colina no había una cierta mezcla de lo mismo que nuestro Señor pone de manifiesto aquí. Todo lo que se sale de lo corriente, en último término, atrae la atención. Si no me detengo en las esquinas de las calles, pero me hago notar al subirme a una colina, estoy llamando la atención hacia mí mismo. Este es el problema; lo negativo se convierte en positivo en una forma casi imperceptible antes de darse uno cuenta de lo que está haciendo.

Pero vayamos un poco más allá. Otra forma que asume esto es el terrible pecado de orar en público para producir algún efecto en las personas presentes y no con el deseo de acercarse a Dios con reverencia y temor religioso. No estoy seguro, porque a menudo me he sentido indeciso en cuanto a ello, y por eso hablo con cierta vacilación, de si todo esto es aplicable o no a las llamadas 'hermosas oraciones' que las personas dicen que ofrecen. Pondría en tela de juicio si las oraciones deben ser alguna vez hermosas. Quiero decir que no me siento satisfecho con alguien que presta atención a la forma de la oración. Admito que es un punto muy debatible. Lo someto a consideración. Hay personas que dicen que cualquier cosa que se ofrezca a Dios debería ser hermosa, y por consiguiente uno debería tener mucho cuidado en cuanto a la construcción de las frases, a la dicción y a la cadencia en el momento de orar. Nada, dicen, puede ser demasiado hermoso para ofrecérselo a Dios. Admito que el argumento tiene cierta fuerza, pero me parece que queda completamente contrarrestado por la consideración de que la oración es, en último término, una charla, una conversación, una comunión con mi Padre; y uno no se dirige a alguien a quien ama en esta forma perfecta y esmerada, prestando atención a las frases, a las palabras y a todo lo demás. La comunión e intimidad genuinas tienen en sí algo esencialmente espontáneo.

Por eso nunca he creído en imprimir las así llamadas oraciones pastorales. Claro que esto abarca temas mucho más amplios en los que no vamos a entrar ahora. Simplemente planteo el problema para que lo examinen. Yo sugeriría, sin embargo, que el principio rector es que todo el ser de la persona que ora debería concentrarse en Dios, debería centrarse en Él, y olvidar todo lo demás. En lugar de desear que la gente nos agradezca las llamadas oraciones hermosas, deberíamos más bien sentirnos inquietos cuando lo hacen. La oración pública debería ser tal que las personas que están orando en silencio y el que está pronunciando en voz alta las palabras, deberían dejar de estar conscientes el uno del otro, y ser conducidos en alas de la oración hasta la presencia misma de Dios. Creo que si

comparásemos y contrastáramos los siglos XVIII y XIX a este respecto, veríamos lo que quiero decir. No tenemos muchas oraciones que nos hayan quedado de los grandes evangelistas del siglo XVIII; pero poseemos muchas de las oraciones populares de los llamados gigantes del pulpito del siglo XIX. No estoy del todo seguro, pero quizá esto indique que se había producido un cambio en la vida de la iglesia cristiana, cambio que ha conducido a la actual falta de espiritualidad y al estado actual de la iglesia cristiana en general. La iglesia se había convertido en una entidad digna, educada, refinada, y los que venían a dar culto en ella inconscientemente se ocupaban de sí mismos olvidando que estaban en comunión con el Dios vivo. Es algo muy sutil.

El segundo problema en relación con este enfoque equivocado, surge cuando tendemos a concentrarnos en la forma de la oración, o en la cantidad de tiempo pasado en oración. "Y orando —dice— no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos!" Todos sabemos lo que quiere decir este término 'vanas repeticiones'. Todavía se practica en muchos países orientales donde tienen ruedas de oración. La misma tendencia se muestra también en el catolicismo, en llevar la cuenta del rosario. Pero también esto nos puede ocurrir a nosotros en una forma mucho más imperceptible. Hay personas que a menudo dan gran importancia a dedicar un tiempo determinado a la oración. En cierto sentido es bueno reservar determinado tiempo para orar; pero si lo que nos preocupa es ante todo orar durante ese tiempo determinado, y no el hecho de orar, más valdría que no lo hiciéramos. Fácilmente podemos caer en el hábito de seguir una rutina y olvidarnos de lo que en realidad estamos haciendo. Como los mahometanos, que a ciertas horas del día se postran de rodillas; también muchas personas que tienen un tiempo determinado para orar, acuden a Dios en ese momento específico, y a menudo se incomodan si alguien trata de impedirselo. Deben ponerse a orar a esa hora tan específica. Mirándolo objetivamente, ¡qué necio es esto! También que cada uno se examine al respecto.

Pero no se trata sólo del tiempo determinado; el peligro se muestra también en otra forma. Por ejemplo, grandes santos han dedicado siempre mucho tiempo a la oración y a estar en la presencia de Dios. Por consiguiente, tendemos a pensar que la forma de ser santos, es dedicar mucho tiempo a la oración y a estar en la presencia de Dios. Pero el punto importante para el gran santo no es que dedicaba mucho tiempo a orar. No se pasaba el tiempo mirando el reloj. Sabía que estaba en la presencia de Dios, había entrado en la eternidad, por así decirlo. La oración era su vida, no podía vivir sin ella. No le preocupaba recordar la duración. Cuando empezamos a hacer esto, se convierte en algo mecánico y echamos todo a perder.

Lo que nuestro Señor dice acerca de esto es: "De cierto os digo que ya tienen su recompensa:" ¿Qué deseaban? Deseaban alabanza de los hombres, y la consiguieron. Y también hoy día se habla de ellos como de grandes hombres de oración, se habla de ellos como de personas que elevan oraciones bellas, maravillosas. Sí, obtienen todo eso. Pero, pobres almas, es todo lo que conseguirán. "De cierto os digo que ya tienen su recompensa." Al morir se hablará de ellos como gente maravillosa en esto de la oración; no obstante, créanme, la pobre alma humilde que no puede completar una frase, pero que ha clamado a Dios en angustia, lo ha alcanzado de algún modo, y obtendrá recompensa, lo que el otro nunca conseguirá. "Ya tienen su recompensa." Lo que deseaban era la alabanza de los hombres, y eso es lo que obtienen.

Pasemos ahora a la forma correcta. Hay un modo adecuado de orar, y también en esto el secreto radica en el enfoque. Esta es la esencia de la enseñanza de nuestro Señor. "Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora a tu padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis". ¿Qué quiere decir? Si se formula en función del principio esencial significa lo siguiente: lo único importante al orar en cualquier lugar es que debemos caer en la cuenta de que nos estamos acercando a Dios. Esto es lo único que importa. Es simplemente este punto de 'recogimiento', como ha sido llamado. Con tal de que cayéramos en la cuenta de que nos acercamos a Dios, todo lo demás andaría bien.

Pero necesitamos instrucción un poco más detallada, y afortunadamente nuestro Señor nos la da. La divide en la forma siguiente. Primero hay el proceso de exclusión. Para asegurarme de que caigo en la cuenta de que me acerco a Dios, tengo que excluir ciertas cosas. He de entrar en ese aposento retirado. "Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto!" ¿Qué significa esto?

Hay algunos que quisieran persuadirse a sí mismos de que estas palabras contienen una prohibición de todas las reuniones de oración. Dicen, "No voy a reuniones de oración, oro en secreto!" Pero aquí no se prohíben las reuniones de oración. No es prohibir la oración en público, por qué Dios mismo la enseñó y en la Biblia se recomienda. En ella se mencionan reuniones de oración que pertenecen a la esencia y vida mismas de la iglesia. No es esto lo que prohíbe. El principio es que hay ciertas cosas que debemos excluir, ya sea que oremos en público o en secreto. He aquí una de ellas. Hay que excluir y olvidar a los demás. Entonces uno se excluye y se olvida de sí mismo. Esto es lo que significa entrar en el aposento. Se puede entrar en ese aposento mientras se camina por una calle muy transitada, o mientras uno va de una habitación a otra de la casa. Se entra en ese aposento cuando se está en comunión con Dios y nadie sabe lo que uno está haciendo. Pero se puede hacer lo mismo si se trata de un acto público de oración. Me refiero a mí mismo y a todos los predicadores. Lo que trato de hacer cuando subo al pulpito es olvidarme de la congregación en cierto sentido. No estoy orando para ellos o dirigiéndome a ellos; no estoy hablándoles a ellos. Estoy hablando a Dios, estoy dirigiendo la oración a Dios, de modo que tengo que excluir y olvidarme de los demás. Sí, y una vez hecho esto, me excluyo y me olvido de mí mismo. Eso es lo que nuestro Señor nos dice que hagamos. De nada sirve entrar en el aposento y cerrar la puerta si todo el tiempo estoy lleno de mí mismo y pensando acerca de mí mismo, y me enorgullezco de mi oración. Para eso lo mismo podría estar en la esquina de la calle. No, tengo que excluirme tanto a mí mismo como a los demás; mi corazón ha de estar abierto única y totalmente a Dios. Digo con el salmista: "Afirma mi corazón para que tema tu nombre. Te alabaré, oh Jehová Dios mío, con todo mi corazón!" Esto pertenece a la esencia misma de la oración. Cuando oramos debemos recordar expresamente que vamos a hablar con Dios. Por consiguiente hay que excluir, dejar afuera a los demás y también a uno mismo.

El siguiente paso es comprensión. Después de la exclusión, la comprensión. ¿Comprender qué? Bien, debemos comprender que estamos en la presencia de

**Dios. ¿Qué significa esto? Significa comprender quién es Dios y qué es Dios. Antes de comenzar a pronunciar palabras deberíamos siempre hacer esto. Deberíamos decirnos a nosotros mismos: "Ahora voy a entrar en la presencia de Dios, el Todopoderoso, el Absoluto, el Eterno y gran Dios con todo su poder y majestad; de ese Dios que es un fuego que consume; de ese Dios que es luz, y en el cual no hay tinieblas; el Dios total y absolutamente santo. Eso es lo que voy a hacer!" Debemos concentrarnos y entender todo esto. Pero sobre todo, nuestro Señor insiste en que deberíamos comprender que, además de eso, El es nuestro Padre. "Y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!" La relación es la de Padre e hijo, "porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis!" ¡Oh si comprendiéramos esto! Si comprendiéramos que este Dios todopoderoso es nuestro Padre por medio del Señor Jesucristo. Si comprendiéramos que somos en realidad hijos suyos y que cuantas veces oramos es como el hijo que acude a su Padre. El lo sabe todo respecto a nosotros; conoce todas nuestras necesidades antes de que se las digamos. Del mismo modo que el padre se preocupa por el hijo y lo cuida, y se adelanta a las necesidades del hijo, así es Dios respecto a todos aquellos que están en Cristo Jesús. Desea bendecirnos muchísimo más de lo que nosotros deseamos ser bendecidos. Tiene un plan y programa para nosotros. Con reverencia lo digo, tiene una ambición para nosotros, que trasciende nuestros pensamientos e imaginaciones más elevadas. Debemos recordar que es nuestro Padre. El Dios grande, santo, todopoderoso, es nuestro Padre. Cuida de nosotros. Ha contado los mismos cabellos de nuestra cabeza. Ha dicho que nada nos puede suceder que El no lo permita.**

**Luego debemos recordar lo que Pablo dijo tan magníficamente en Efesios 3: El es "poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos!" Esta es la verdadera idea de la oración, dice Cristo. Uno no va simplemente a darle vueltas a una rueda. No se trata de pasar las cuentas de un rosario. Uno no dice: "debo dedicar horas a la oración, así lo he decidido y lo debo hacer!" Uno no debe decir que la forma de conseguir una bendición es pasar noches enteras en oración, y que como la gente no lo hace por eso no se pueden esperar bendiciones. Debemos descartar para siempre esta idea matemática de la oración. Lo que debemos hacer ante todo es comprender quién es Dios, qué es, y nuestra relación con El.**

**Finalmente debemos tener confianza. Debemos acudir siempre con la confianza del niño. Necesitamos una fe infantil. Necesitamos esta seguridad de que Dios es verdaderamente nuestro Padre, y por consiguiente debemos excluir de verdad toda idea de que es necesario seguir repitiendo nuestras peticiones porque ello va a producir la bendición. Dios gusta que mostremos nuestro deseo, nuestra ansiedad de algo. Nos dice que tengamos 'hambre y sed de justicia' y que la busquemos; nos dice que oremos y no desfallezcamos; se nos dice que oremos 'sin cesar'. Sí; pero esto no quiere decir repeticiones mecánicas; no quiere decir creer que se nos escuchará si hablamos mucho. No quiere decir eso en absoluto. Significa que cuando oro sé que Dios es mi Padre, que se complace en bendecirme, y que está mucho más dispuesto a darme, de lo que yo estoy a recibir; y que siempre se preocupa por mi bienestar. Debo descartar ese pensamiento de que Dios se interpone entre mí mismo y mis deseos y lo que es mejor para mí. Debo ver a Dios como mi Padre, que ha comprado mi bien definitivo en Cristo, y que está esperando bendecirme con su propia plenitud en Cristo Jesús.**

Así pues, excluimos, comprendemos, y entonces con confianza, presentamos ante Dios nuestras peticiones, sabiendo que El lo sabe todo antes de que empecemos a hablar. Así como al padre le complace que su hijo acuda a él repetidas veces para pedirle algo, y no que el hijo diga, "mi padre siempre me lo da"; así como al padre le gusta que el hijo siga viniendo porque le agrada el contacto personal; así Dios desea que acudamos a su presencia. Pero no debemos acudir con dudas; debemos saber que Dios está mucho más dispuesto a dar, que nosotros a recibir. La consecuencia será que "tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!" ¡Cuántas bendiciones están acumuladas en la diestra de Dios para los hijos de Dios! Deberíamos avergonzarnos de seguir siendo pobres cuando estamos destinados a ser príncipes; deberíamos avergonzarnos por albergar tan a menudo pensamientos equivocados e indignos acerca de Dios a este respecto. Todo se debe al temor, y a la falta de esta sencillez, de esta fe, de esta confianza, de este conocimiento de Dios como Padre nuestro. Con sólo que tuviéramos esto, las bendiciones de Dios comenzarían a descender sobre nosotros, y quizá llegarían a ser tan abrumadoras que al igual que D.L. Moody sentiríamos que son casi más de lo que nuestro cuerpo puede resistir, y clamaríamos a El diciendo "Basta, Dios!"

El puede hacer por nosotros mucho más de lo que nosotros podemos pedir o pensar. Creamos esto y entonces vayamos a El con confianza sencilla.

## **CAPITULO 33**

### **Ayuno**

Pasamos ahora a examinar la tercera ilustración que nuestro Señor da en cuanto al modo en que debemos conducirnos en esta cuestión de la justicia personal. En los capítulos cuarto y quinto volveremos a estudiar en forma detallada su enseñanza sobre la oración, especialmente en lo que se suele llamar el 'Padre Nuestro'. Pero antes de hacerlo, me parece que deberíamos tener muy presentes y claras estas tres ilustraciones específicas de la justicia personal.

Recordarán que en esta sección del Sermón del Monte, nuestro Señor habla acerca de la justicia personal. Ya ha descrito al cristiano en su actitud general hacia la vida — su vida mental, si lo prefieren—. Aquí, sin embargo, examinamos más la conducta cristiana. La afirmación general de nuestro Señor es ésta: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro padre que está en los cielos."

Ya hemos indicado que nuestro Señor muestra que la vida cristiana puede dividirse en tres sectores principales. Está el aspecto o porción de nuestra vida en el que hacemos el bien a otros —la limosna. Luego, el aspecto de nuestra relación personal íntima con Dios —nuestra vida de oración. El tercero es el que vamos a examinar ahora al estudiar los versículos 16-18, —el aspecto de la disciplina personal en la vida espiritual de uno, considerada especialmente en función del ayuno.

Es importante, sin embargo, señalar que lo que nuestro Señor dice aquí acerca del ayuno se puede aplicar igualmente a toda la cuestión de la disciplina en nuestra

vida espiritual. Tengo relación con hombres y mujeres; tengo relación con Dios, y tengo relación conmigo mismo. O podríamos expresar esta división triple en función de lo que hago a otros, lo que hago respecto a Dios, y lo que me hago a mí mismo. El último punto es el tema que nuestro Señor contempla en este corto párrafo.

No podemos examinar esta afirmación acerca del ayuno sin hacer algunas observaciones preliminares generales. Creo que a todos nos debe sorprender de inmediato el hecho de que se produzca constantemente la necesidad de variar el énfasis, no sólo en nuestra predicación del evangelio, sino también en todo el enfoque hacia él, y en nuestra forma de pensar acerca del mismo. Aunque la verdad es una y siempre la misma, con todo, como tiene una índole polifacética, y como la naturaleza humana es lo que es como resultado del pecado, hay épocas particulares de la historia de la iglesia que necesitan un énfasis especial en cuanto a aspectos específicos de la verdad. Este principio se encuentra en la Biblia misma. Hay quienes quisieran que creyéramos que hay un gran conflicto en el Antiguo Testamento entre los sacerdotes y los profetas, entre los que hacían énfasis en las obras y los que hacían énfasis en la fe. La verdad es, desde luego, que no hay tal conflicto, que no hay contradicción. Había quienes subrayaban falsamente aspectos específicos de la verdad, y necesitaban ser corregidos. Lo que quiero destacar es que cuando el énfasis sacerdotal ha estado muy en boga, lo que se necesita sobre todo es el énfasis en el elemento profético. O, en otras épocas, cuando ha llamado la atención excesivamente lo profético, es necesario restablecer el equilibrio, recordar a las personas lo sacerdotal y destacarlo.

Lo mismo ocurre en el Nuevo Testamento. No hay contradicción verdadera entre Santiago y Pablo. Los que dicen que en su enseñanza se contradicen mutuamente, tiene una visión muy superficial del Nuevo Testamento. No se contradicen, sino que cada uno de ellos, debido a ciertas circunstancias, fue inspirado por el Espíritu Santo para enfatizar ciertos aspectos de la verdad. Santiago trata evidentemente con personas que tendían a afirmar que, si alguien dice creer en el Señor Jesucristo, todo lo demás no importa, no hay que preocuparse de nada más. Lo único que se les puede decir a tales personas es: "La fe sin obras está muerta". Pero si uno trata con personas que están constantemente centrando la atención en lo que se hace, con personas que hacen énfasis en las obras, entonces hay que ponerles de relieve este aspecto y elemento tan importante de la fe.

Me acuerdo de todo esto en este contexto, porque sobre todo en el caso de los evangélicos, todo este asunto del ayuno casi ha desaparecido de nuestra vida e incluso del campo mismo de nuestra consideración. ¿Cuan a menudo y hasta qué punto hemos pensado en esto? ¿Qué lugar ocupa en nuestra visión total de la vida cristiana y de la disciplina de la vida cristiana? Me parece que el hecho es que muy pocas veces, y quizá nunca, hemos pensado en ello. Me pregunto si habremos ayunado alguna vez. Me pregunto si ni siquiera se nos ha ocurrido que deberíamos examinar el asunto del ayuno. El hecho es que no, que todo este tema parece haber desaparecido por completo de nuestra vida, de nuestro mismo pensar cristiano.

No es difícil descubrir la causa de ello. Ha sido obviamente la reacción contra la enseñanza católica en todas sus formas. Los católicos, ya sean de la iglesia Anglicana ya de la iglesia Romana, o de cualquier otra entidad, colocan en lugar muy prominente este aspecto del ayuno. Y el evangelicalismo no es sólo algo en sí

mismo y por sí mismo; también es siempre, además, una reacción y el peligro de una reacción cualquiera es siempre el llegar demasiado lejos. En este caso concreto, debido a la falsa importancia que los católicos le dan al ayuno, tendemos a ir al otro extremo y olvidarnos por completo del mismo. ¿No es ésta la razón por la cual la gran mayoría de nosotros nunca hemos ni siquiera examinado con seriedad este asunto del ayuno? Pero me he dado cuenta de que es un tema que poco a poco se está volviendo a examinar entre los evangélicos. No puedo decir que lo haya advertido hasta ahora en la literatura evangélica de Gran Bretaña; pero ciertamente toda esta cuestión del ayuno va adquiriendo una mayor importancia en la literatura evangélica que nos viene del otro lado del Atlántico. A medida que las personas comienzan a considerar con una nueva seriedad los días y los tiempos por los que estamos pasando, y a medida que muchos están comenzando a desear el reavivamiento, la cuestión del ayuno se va volviendo más y más importante. Probablemente, el lector descubrirá que se está dedicando cada vez más atención a este tema; es, pues, bueno que lo examinemos juntos. Aparte de eso, sin embargo, aquí lo tenemos en el Sermón del Monte; y no tenemos derecho a ser selectivos con la Biblia. Debemos tomar el Sermón del Monte como es, y he aquí que se nos plantea la cuestión del ayuno. Por ello debemos examinarla.

Nuestro Señor en esta situación concreta estaba preocupado solamente por un aspecto del tema, y era la tendencia a hacer estas cosas para ser vistos por los hombres. Le preocupaba este aspecto exhibicionista, que en consecuencia debemos necesariamente examinar. Pero me parece que, ante la negligencia del tema por parte nuestra, es adecuado y provechoso también que lo examinemos en una forma más general, antes de llegar al punto específico que enfatiza nuestro Señor.

Examinémonos desde esta perspectiva. ¿Cuál es en realidad el lugar del ayuno en la vida cristiana? ¿En qué punto entra, según la enseñanza de la Biblia? Esta es aproximadamente la respuesta: Es algo que se enseña en el Antiguo Testamento. Bajo la ley de Moisés, los hijos de Israel recibieron el mandato de ayunar una vez al año, y esto obligaba tanto a la nación como al pueblo por siempre. Más adelante leemos que, debido a ciertas emergencias nacionales, la gente misma escogió ciertos días de ayuno adicionales. Pero el único ayuno que Dios mismo mandó en forma directa fue ese gran ayuno anual. Cuando pasamos a la época del Nuevo Testamento, vemos que los fariseos ayunaban dos veces a la semana. Dios nunca les mandó que lo hicieran así, pero así lo hacían, y lo convirtieron en una parte vital de su religión. Siempre existe la tendencia, entre ciertas clases de personas religiosas, de ir más allá de la Biblia, y ésta es la posición que adoptaron los fariseos.

Si examinamos la enseñanza de nuestro Señor, encontramos que, si bien nunca enseñó el ayuno de forma directa, sí lo hizo de forma indirecta. En Mateo 9 nos dice que se le formuló una pregunta específica acerca del ayuno. Le dijeron, "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días en que el esposo les será quitado y entonces ayunarán!" Me parece que en este pasaje, en forma muy clara, está implícita la enseñanza del ayuno y casi diría la defensa del mismo. Es evidente, de todos modos, que nunca lo prohibió. De hecho, la enseñanza que estamos examinando en este momento obviamente implica la aprobación del mismo. Lo que

dice es, "cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro", de manera que, naturalmente, era algo que nuestro Señor consideraba como justo y bueno para los cristianos. Y recordemos que Él mismo ayunó cuarenta días y cuarenta noches cuando estuvo en el desierto sometido a la tentación del diablo.

Luego, pasando de la enseñanza y práctica de nuestro Señor a las de la iglesia primitiva, vemos que fue algo que los apóstoles practicaron. En la iglesia de Antioquia, cuando enviaron a Pablo y a Bernabé a su viaje apostólico, lo hicieron sólo después de haberse dedicado a la oración y al ayuno. De hecho, la iglesia primitiva, ante cualquier ocasión importante o ante la necesidad de tomar una decisión vital, parecía practicar siempre, no sólo la oración, sino también al ayuno. El apóstol Pablo, al referirse a sí mismo y a su vida, habla acerca de haber ayunado a menudo. Fue claramente algo que formó parte regular de su vida. Los que se interesan por la crítica textual, recordarán que en Marcos 9:29, se cita a nuestro Señor diciendo: "Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno!" Es probablemente acertado decir que la palabra 'ayuno' debería eliminarse de acuerdo con los mejores documentos y manuscritos; pero esto no tiene importancia en cuanto al punto en general, porque poseemos todas las otras enseñanzas que muestran muy claramente que el Nuevo Testamento inculca, en forma concreta, el ayuno como algo adecuado y valioso. Y cuando examinamos la historia de la iglesia, encontramos exactamente lo mismo. Los santos de Dios de todas las épocas y en todos los lugares no sólo han creído en el ayuno, sino que lo han practicado. Así fue en el caso de los Reformadores protestantes, así fue en el caso de los Wesleys y Whitefield. He de admitir que lo practicaron más, antes de que se hubieran convertido de verdad; pero siguieron ayunando también después de su conversión. Y quienes conocen la vida de este gran cristiano chino, el pastor Hsi de China, recordarán que cuando se hallaba ante alguna dificultad, o problema nuevo o excepcional, invariablemente ayunaba además de orar. El pueblo de Dios ha creído que el ayuno no solamente es bueno, sino que es de gran valor e importancia bajo ciertas condiciones.

Si éstos son, pues, los antecedentes históricos, examinemos ahora este asunto de una forma un poco más directa. ¿Qué es exactamente el ayuno? ¿Cuál es su propósito? No cabe duda de que, en último término, es algo que se basa en la comprensión de la relación entre cuerpo y espíritu. El hombre es cuerpo, mente y espíritu, los cuales están íntimamente relacionados entre sí y actúan estrechamente el uno sobre el otro. Los distinguimos porque son diferentes, pero, debido a esa mutua relación e interacción, no debemos separarlos. No hay duda de que los estados y condiciones corporales físicos influyen en la actividad de la mente y del espíritu, de modo que el ayuno debe considerarse dentro de esta relación peculiar de cuerpo, mente y espíritu. Por lo tanto, el ayuno significa abstinencia de comida con fines espirituales. Esta es la noción bíblica del ayuno que debe distinguirse de la puramente física. La noción bíblica del ayuno es que, por ciertas razones y fines espirituales, las personas se deciden a abstenerse de comer, este punto es muy importante, y por ello debemos presentarlo también de una forma negativa. Recientemente leía un artículo acerca de este tema, y el escritor se refería a esa afirmación del apóstol Pablo en 1Corintios 9:27 donde dice: "Pongo (mi cuerpo) en servidumbre!" El apóstol dice que lo hace a fin de poder trabajar con más dedicación. El autor del artículo afirmaba que ahí teníamos una ilustración del ayuno. Esto no es más que lo que yo llamaría parte de la disciplina general del hombre. En todo momento hay que mantener sometido al cuerpo, pero eso no debe

decir que uno siempre debe ayunar. El ayuno es algo excepcional, algo que el nombre hace de vez en cuando con un fin especial; en tanto que la disciplina debe ser constante. Por ello no puedo aceptar textos como esos de: "pongo mi cuerpo en servidumbre", y, "mortificad vuestros miembros, que están en la tierra", como parte de la enseñanza acerca del ayuno. En otras palabras, la moderación en el comer no es ayuno. La moderación en el comer es parte de la disciplina del cuerpo; es una forma muy buena de mantener el cuerpo en servidumbre; pero no es ayuno. Ayunar significa abstenerse de comer por algunos propósitos especiales, tales como la oración, la meditación o la búsqueda de Dios por alguna razón específica o bajo alguna circunstancia excepcional.

Para completar este punto, deberíamos añadir que el ayuno, si lo concebimos adecuadamente, no sólo debe limitarse a la comida y bebida. El ayuno debería realmente incluir también la abstinencia de todo lo que es legítimo en sí mismo y por sí mismo, con el fin de alcanzar alguna meta espiritual especial. Muchas funciones corporales que son buenas y normales y perfectamente legítimas, por razones peculiares, en ciertas circunstancias, deberían someterse a control. Esto es ayunar. Esta sería una definición general de lo que significa ayunar.

Antes de examinar las formas en que ayunamos, veamos cómo debemos considerar y enfocar el problema en general. También en este caso, la división es sencilla, P.D.-que, en último término, no tenemos sino la forma equivocada y la forma correcta. Hay ciertas maneras erróneas de ayunar. He aquí una de ellas: Si ayunamos de forma mecánica, o simplemente por ayunar, me parece que estamos violando la enseñanza bíblica respecto a, este asunto. En otras palabras, si uno hace del ayuno un fin en sí mismo, algo de lo cual uno dice, "Bien, como soy cristiano, tengo que ayunar tal día y tal hora del año porque es parte de la religión cristiana", más valdría que no lo hiciera. El elemento esencial del ayuno pierde cuando se hace de esta forma.

Esto no es exclusivo del ayuno. ¿No vimos acaso lo mismo en el asunto de la oración? Es bueno que las personas, si pueden, dediquen ciertos momentos especiales a la oración. Pero si me confecciono mi programa para el día y digo que a tal hora debo orar, y oro sólo por cumplir con el programa, ya no estoy orando. Lo mismo sucede en el caso del ayuno. Hay personas que lo toman precisamente de esta manera. Se hacen cristianos; pero prefieren estar bajo cierta especie de ley, les gusta estar bajo reglamentos. Les gusta que les digan exactamente lo que deben hacer y lo que no deben hacer. En un día específico de la semana no deben comer carne, y así sucesivamente. Esto no es vida cristiana; sino no comer en un día determinado. Luego cierto período del año uno debe abstenerse de comer, o comer menos, y así por el estilo. Hay un peligro muy sutil en ello, es una violación total de la enseñanza bíblica. Nunca se debe considerar el ayuno como un fin en sí mismo.

Pero a esto hay que agregarle algo que ya he indicado, y que se puede expresar así; jamás se debe considerar el ayuno como parte de nuestra disciplina. Algunos dicen que es muy bueno que un día a la semana no comamos ciertas cosas, o que en cierto período del año nos abstengamos de otras. Dicen que es bueno bajo el punto de vista de la disciplina. Pero la disciplina es algo que debe ser permanente, es algo perpetuo. Siempre debemos disciplinarnos a nosotros mismos. Acerca de esto no puede haber discusión alguna. En todo tiempo debemos mantener al cuerpo sometido, siempre debemos tirar de las riendas de nosotros mismos, siempre

debemos mostrarnos disciplinados en todos los aspectos. Por ello, es erróneo reducir el ayuno simplemente a una parte del proceso de disciplina. Antes bien, es algo que hago a fin de alcanzar el ámbito espiritual más elevado de oración a Dios, meditación o intercesión intensa. Y esto lo sitúa en una categoría completamente diferente.

Y esta es otra forma equivocada de considerar el ayuno. Hay algunos que ayunan porque esperan resultados directos e inmediatos de ello. En otras palabras, tienen de él una especie de visión mecánica, lo que a veces he llamado, por falta de una ilustración mejor, la visión 'traga-monedas'. Se pone una moneda en la ranura, se tira de la palanquita, y así se logra el resultado. Esta es la idea que tienen del ayuno. Si se quieren ciertos beneficios, dicen, ayunemos; si se ayuna se obtendrán. Esta actitud no es exclusiva del asunto del ayuno. Vimos antes, al tratar de la oración, que hay muchos que la consideran de esta forma. Leen relatos de cómo algunas personas en un tiempo determinado decidieron pasar la noche entera en oración y, como consecuencia de ello, se produjo un avivamiento. Por eso deciden que también ellos tendrán una reunión de oración toda una noche, y esperan que se dé el avivamiento. "Como oramos, se debe dar el avivamiento!" O se encuentra también en relación con la enseñanza acerca de la santidad. Algunos dicen que si uno obedece ciertas condiciones, obtendrá una bendición, habrá un resultado inmediato y directo. Debo decir que en ninguna parte de la Biblia se encuentra esto, ni en conexión con el ayuno ni con ninguna otra cosa. Nunca se debe ayunar por conseguir resultados directos.

Permítanme decirlo en forma más clara todavía. Hay personas que defienden el ayuno como una de las maneras y métodos mejores para obtener bendiciones de Dios. Algunos de los recientes escritos a los que me he referido, parecen ser, lamento decirlo, culpables de ello. Hay gente que escribe acerca de su propia vida y dice, "Vean, mi vida cristiana parecía desarrollarse siempre en medio de flaquezas y miserias; no me sentía feliz. Mi vida parecía ser una serie de subidas y bajadas. Era cristiano, pero parecía que no poseía lo que poseen otras personas que conozco. Y así fue durante años. Había recorrido casi todas las convenciones, había leído libros que trataban del tema. Pero nunca parecía conseguir la bendición. Entonces cayó en mis manos la enseñanza que subraya la importancia del ayuno; ayuné y recibí la bendición!" Luego sigue la exhortación: "Si desea esa bendición, ayune!" A mí me parece que esta doctrina es muy peligrosa. Nunca se debe hablar así acerca de nada en la vida espiritual. Estas bendiciones nunca son automáticas. En el momento en que comenzamos a decir, "como hago esto, obtendré eso", significa que nosotros somos los que controlamos la bendición. Esto es ofender a Dios y violar la gran doctrina de su soberanía final y última. No, nunca debemos defender el ayuno como medio de bendición.

Examinemos otro ejemplo. Tomemos el asunto de los diezmos. He aquí otro tema que ha sido puesto nuevamente de relieve. Hay, desde luego, una base bíblica muy buena en favor del diezmar; pero hay muchos que enseñan la cuestión del diezmar en forma equivocada. Alguien escribe un relato de su vida. Dice también que su vida cristiana no era satisfactoria. Las cosas no le salían bien; incluso tenía problemas financieros en el negocio. Entonces cayó en la cuenta de la enseñanza acerca del diezmar y empezó a hacerlo. De inmediato su vida se vio inundada de gozo. No sólo esto, si no que su negocio también comenzó a prosperar. He leído libros que de hecho llegan hasta a decir lo siguiente: "si realmente desea

prosperar, diezme!' En otras palabras, "Usted diezma, y el resultado se sigue necesariamente; si desea la bendición - diezme!' Es lo mismo que en el caso del ayuno. Toda esta enseñanza no tiene nada de bíblica. De hecho, es peor que eso; va en detrimento de la gloria y majestad de Dios mismo. Por consiguiente, nunca deberíamos defender el ayuno, dedicarnos a él o practicarlo, como método o medio de obtener una bendición directa. El valor del ayuno es indirecto, no directo.

Lo último que nos queda por examinar es que obviamente debemos tener mucho cuidado en no confundir lo físico con lo espiritual. No podemos ver esto en forma exhaustiva ahora, pero, después de haber leído relatos acerca de personas que han practicado el ayuno, sí siento que cruzan la frontera entre lo físico y lo espiritual. Describen cómo, después de las dificultades físicas preliminares de los tres o cuatro días primeros, y sobre todo después del quinto día, suele llegarles un período de claridad mental excepcional; y a veces algunos de estos amigos lo describen como si fuera puramente espiritual. Claro que no puedo probar que no sea espiritual; pero sí podría afirmar que hombres que no son cristianos y que se someten a un período de ayuno, invariablemente dicen lo mismo. No puede haber la menor duda de que el ayuno puramente en el ámbito físico y corporal, es bueno para el organismo si se hace adecuadamente; y no cabe duda de que tras él vendrán la claridad de mente, cerebro y comprensión. Pero debemos siempre tener mucho cuidado en no atribuir a lo espiritual lo que se puede explicar adecuadamente por lo físico. Volvemos a encontrarnos con un gran principio general. Es lo que algunos de nosotros diríamos a aquellos que atribuyen ciertos efectos especiales a la fe y a la santidad, y también a aquellos que están siempre dispuestos a llamar milagroso a algo que cierta e indiscutiblemente, no es tal. Perjudicamos la causa de Cristo si pretendemos que es milagroso algo que se puede explicar fácilmente en un nivel natural, este mismo peligro —la confusión entre lo físico y lo espiritual— está presente en el asunto del ayuno.

Así pues, una vez examinados algunos de los aspectos falsos en este tema del ayuno, veamos ahora cuál es la forma correcta y adecuada. Ya la he sugerido. Se ha de considerar siempre como el medio para un fin, y no como un fin en sí mismo. Es algo que se debe hacer solamente si uno se siente impelido o guiado a ello por razones espirituales. No ha de hacerse porque un cierto grupo de la iglesia obligue a ayunar el viernes, o durante el período de cuaresma, o en cualquier otro tiempo. Esas cosas no hay que hacerlas mecánicamente. Hay que disciplinar nuestra vida, pero hay que hacerlo durante todo el año, y no tan sólo en ciertos días establecidos. Debo disciplinarme a mí mismo siempre, y debo ayunar solamente cuando el Espíritu de Dios me guíe a hacerlo, cuando me halle empeñado en algún propósito espiritual importante, no según reglas, sino porque siento que existe una necesidad especial de concentrarme enteramente, con todo mi ser, en Dios y en mi adoración a Él. Este es el momento de ayunar, y ésta es la forma de enfocar este asunto.

Pero veamos el otro aspecto. Después de haberlo examinado en general, veamos la forma en que ha de hacerse. El modo equivocado es llamar la atención hacia el hecho de que lo estamos haciendo. "Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan!" Es evidente que al hacerlo de esta forma, la gente se daba cuenta de que se dedicaban al ayuno. No se lavaban la cara ni ungían la cabeza. Algunos de ellos incluso iban más allá; se desfiguraban la cara y se ponían ceniza sobre la cabeza.

Deseaban llamar la atención hacia el hecho de que estaban ayunando, y por ello tenían el aspecto triste, infeliz, y todo el mundo los miraba y decía, "Ah, se está dedicando al ayuno. Es una persona muy espiritual. Mírenlo; miren lo que se está sacrificando y sufriendo por su devoción a Dios!" Nuestro Señor condena esa actitud y sus consecuencias. Para Él, cualquier forma de anunciar el hecho de lo que estamos haciendo, o llamar la atención acerca de ello, es completamente reprobable, como en el caso de la oración y de la limosna. El principio es exactamente el mismo. No hay que ir tocando la trompeta para proclamar lo que uno hace. No hay que detenerse en las esquinas de las calles ni en lugares prominentes en la sinagoga cuando se ora. Y del mismo modo no hay que llamar la atención hacia el hecho de que está uno ayunando.

Pero estamos no sólo ante el problema del ayuno. Me parece que este principio abarca toda la vida cristiana. Condena igualmente el tratar de aparentar piedad, o la adopción de actitudes piadosas. A veces resulta patético observar la forma en que la gente hace esto, incluso al cantar himnos —la cabeza levantada en ciertos momentos y el ponerse de puntillas. Esto son artificiosidades, y cuando lo son, resultan muy tristes.

¿Podría hacer una pregunta para que la examinemos? ¿Hasta qué punto el asunto del vestir entra en todo lo señalado anteriormente? Para mí, éste resulta ser uno de los puntos más difíciles y llenos de perplejidad en relación con nuestra vida cristiana, y me siento indeciso entre dos opiniones. Comprendo bastante bien, e incluso me inclino en favor de la práctica de los cuáqueros que solían vestirse en forma distinta de la otra gente. La razón era que querían mostrar la diferencia entre el cristiano y no cristiano, entre la iglesia y el mundo. Decían que no debemos asemejarnos al mundo; debemos aparecer diferentes. Todo cristiano debe decir 'amén' a eso, hasta cierto punto. No puedo entender al cristiano que desea presentarse como la persona mundana, típica del mundo, ya sea en el vestir, ya sea en cualquier otro aspecto —la vulgaridad, el estrépito y la sensualidad de las cosas del mundo. Ningún cristiano debería querer presentarse así. De modo que hay algo muy natural en cuanto a esta reacción en contra de ello y a ese deseo de ser diferente.

Pero, por desgracia, ese no es el único aspecto que tiene el tema. El otro aspecto es que no es necesariamente cierto que por el vestido se conozca a la persona. Sí indica hasta cierto punto lo que la persona es, pero no del todo. Los fariseos llevaban ropa especial y 'ensanchaban sus filacterias', pero eso no garantizaba que fueran verdaderamente justos. De hecho, la Biblia enseña que a fin de cuentas no es eso lo que distingue al cristiano del no cristiano. Lo que constituye la diferencia es lo que soy. Si soy justo, todo lo demás seguirá espontáneamente. Por ello no doy a entender que soy cristiano vistiéndome de una forma particular, sino siendo lo que soy. Pero reflexionemos acerca de ello. Es un tema interesante y fascinador. Creo que lo más probable es que ambas afirmaciones sean ciertas. Colmo cristianos deberíamos desear todos no ser como los mundanos, y sin embargo al mismo tiempo nunca debemos llegar hasta el punto de decir que lo que realmente indica lo que somos es nuestra vestimenta. Esa sería la forma equivocada de hacerlo; y la recompensa sería la misma que en el caso de todos esos métodos falsos —'De cierto os digo que ya tienen su recompensa'. La gente considera que los que ayunan de esa forma son muy espirituales y que son gente excepcionalmente santa. Obtendrán la alabanza de los hombres, pero ésa es toda la

recompensa que recibirán; porque Dios ve en lo secreto, ve el corazón y "lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación!"

¿Cuál es, pues, la forma adecuada? Digámoslo primero en forma negativa. Lo primero es que no significa hacer todo el esfuerzo posible para no ser como los fariseos. Muchos piensan esto, porque nuestro Señor dice, "Pero tú, cuando ayunes unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto!" Dicen que no sólo no debemos desfigurar el rostro, sino que debemos hacer todo el esfuerzo posible para esconder el hecho de que estamos ayunando, e incluso tratar de dar la impresión opuesta. Pero eso es un malentendido total. No había nada excepcional en el hecho de lavarse el rostro y ungirse la cabeza. Eso era el procedimiento normal, corriente. Lo que nuestro Señor dice aquí es, "cuando ayunes sé natural!"

Podemos aplicar esto en la forma siguiente. Hay algunos que tienen tanto temor de que se piense de ellos que son unos pobres porque son cristianos, o tienen tanto miedo de que se les llame necios porque son cristianos, que propenden a llegar al otro extremo. Dicen que debemos dar la impresión de que ser cristiano es ser brillante y feliz, y por ello, en vez de vestir en forma desaliñada, debemos ir al extremo opuesto. En consecuencia, hacen todo el esfuerzo posible para no parecer descuidados, y el resultado es que son tan malos como los que son culpables de desaliño. El principio de nuestro Señor es siempre éste: "olvidense de los demás siempre!" A fin de no parecer tristes, no hay que ir con sonrisas estereotipadas, hay que olvidarse del rostro; hay que olvidarse de uno mismo; hay que olvidarse por completo de los demás. Lo equivocado es ese interés por las opiniones ajenas. No hay que preocuparse de la impresión que causa; hay que olvidarse y entregarse totalmente a Dios. Hay que ocuparse sólo de Dios y de agradarle. Es necesario preocuparse sólo de su gloria y honor.

Si nuestra preocupación mayor es agradar a Dios y glorificar su nombre, no tendremos dificultad ninguna en todas estas cosas. Si alguien vive por completo para la gloria de Dios, no hace falta indicarle cuándo ha de ayunar, ni la clase de ropa que ha de ponerse ni ninguna otra cosa. Si se ha olvidado de sí mismo y se ha entregado completamente a Dios, el Nuevo Testamento dice que el hombre sabrá cómo comer, beber y vestir porque lo hará todo para la Gloria del Padre. Gracias a Dios, la recompensa del que es así, es segura, cierta, y garantizada, y es también grande —"Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público". Lo único que importa es que seamos justos delante de Dios y nos esforcemos en agradarle. Si esta es nuestra preocupación, podemos dejar en sus manos lo demás. Quizá no nos recompense durante años: no importa. La recompensa llegará. Sus promesas nunca fallan. Aunque el mundo quizá no sepa nunca lo que somos, Dios lo sabe, y en el gran día se anunciará ante el mundo entero. "Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!"

"Los hombres ni te oyen, ni te aman, ni te alaban: El Maestro encomia: ¿qué son los hombres?"

# CAPITULO 34

## Cuando ores

Volvemos ahora al examen de la enseñanza de nuestro Señor respecto a la oración. Mateo 6, como recordarán, contiene lo que nuestro Señor dice de la cuestión general de la vida cristiana. Divide el tema en tres secciones que en realidad vienen a cubrir la totalidad de nuestra justicia o vida religiosa. Primero está el aspecto de la limosna — nuestra relación hacia otros, luego la cuestión de la oración y de nuestra relación con Dios, y por fin el asunto de la disciplina personal, que nos presenta bajo el título general del ayuno. Ya hemos examinado por separado estos tres aspectos de la vida religiosa o vida de piedad; y al considerar el tema de la oración, dijimos que estudiaríamos más tarde lo que se suele llamar el Padre Nuestro. Porque nuestro Señor vio claramente la necesidad, no sólo de poner sobre aviso a sus seguidores en contra de ciertos peligros referentes a la oración, sino también de darles instrucción positiva.

El Señor ha advertido, como se recordará, que no hay que ser como los hipócritas, que oran de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para que los hombres los vean. Ha dicho que las repeticiones vanas de nada valen en sí mismas y por sí mismas, y que la simple cantidad en la oración no produce beneficios especiales. También ha dicho que hay que orar en secreto, y que nunca hay que preocuparse acerca de los hombres ni acerca de lo que los hombres podrían pensar, sino que lo que es vital y esencial en esto de la oración es no sólo que hay que dejar aparte a los demás, sino encerrarse con Dios, y concentrarse en Él y en su relación con Él. Pero, como hemos dicho, el Señor ve claramente que una advertencia general de esta índole no es suficiente, y que sus discípulos necesitan instrucción más detallada. Por ello agrega. "Vosotros, pues, orareis así", y pasa a darles esta instrucción respecto al método de oración.

Nos encontramos aquí ante uno de los temas más vitales en relación con nuestra vida cristiana. La oración es, sin lugar a dudas, la actividad más elevada del alma humana. El hombre nunca es más grande que cuando, de rodillas, se halla frente a frente con Dios. No es que queramos perder el tiempo en comparaciones vanas. La limosna es excelente, es una actividad noble, y el hombre que se siente guiado a ayudar a los demás en este mundo, y que responde a esta dirección, es un hombre bueno. También el ayuno en sus varias formas es una actividad elevada y noble. El hombre del mundo desconoce esto, desconoce la autodisciplina. Se entrega a todos los impulsos, al placer y a la pasión, y vive más o menos como un animal, con respuestas simplemente mecánicas de los instintos que hay en él. Nada sabe de la disciplina. El hombre que se disciplina a sí mismo sobresale y posee la señal de la grandeza; es algo muy importante que el hombre discipline su vida en todo tiempo; y en ocasiones especiales, que adopte medidas excepcionales para su bien espiritual.

Estas cosas, sin embargo, palidecen en su significado cuando uno contempla al hombre en oración. Cuando el hombre habla a Dios está en la cima. Es la actividad más elevada del alma humana, y en consecuencia, es también la piedra de toque final de la condición espiritual genuina del hombre. Nada hay que nos revele mejor la verdad sobre nosotros, en cuanto personas cristianas, que la vida de oración.

Todo lo que hagamos en la vida cristiana es más fácil que orar. No es tan difícil dar limosna —el hombre natural también hace eso, y uno puede poseer un verdadero espíritu de filantropía sin ser cristiano—. Algunos parecen haber nacido con una naturaleza y espíritu generosos; para ellos el dar limosna no ofrece ninguna dificultad. Lo mismo se aplica a la cuestión de la autodisciplina —al abstenerse de ciertas cosas y asumir ciertos deberes y tareas—. Dios sabe que es mucho más fácil predicar desde un pulpito que orar. La oración es, sin duda alguna, la piedra de toque final, porque el hombre puede hablar a los demás con mayor facilidad de lo que puede hablar con Dios. En último término, por consiguiente, el hombre descubre la verdadera condición de su vida espiritual cuando se examina a sí mismo en privado, cuando está a solas con Dios. Vimos en el capítulo segundo, que el verdadero peligro para el hombre que dirige a una congregación en un acto público de oración, es que quizá se esté dirigiendo a la congregación en vez de dirigirse a Dios. Pero cuando estamos solos en la presencia de Dios, esto ya no es posible. ¿No hemos descubierto que, en cierto modo, tenemos menos que decirle a Dios cuando estamos solos que cuando estamos en presencia de otros? No debería ser así, pero a menudo lo es. De modo que nuestra posición verdadera en el sentido espiritual, la descubrimos cuando hemos abandonado el campo de actividades y procederse externos relacionados con otras personas, y nos hallamos a solas con Dios. No sólo es la actividad más elevada del alma, es también la piedra de toque final de nuestra verdadera condición espiritual.

Hay otra forma de decir lo mismo. Se puede decir que la característica más destacada de todas las personas santas que el mundo ha conocido ha sido que no sólo han dedicado mucho tiempo a la oración en privado, sino que han hallado una gran satisfacción en ello. No se lee la vida de ningún santo sin encontrar que así haya sucedido. Cuanto más santa es la persona, más tiempo dedica a la conversación con Dios. Así pues, es un asunto de importancia vital y absoluta. Y no cabe duda de que hace más falta la instrucción sobre este tema que sobre cualquier otro.

Así ha ocurrido en la experiencia del pueblo de Dios a lo largo de los siglos. Se refiere en los Evangelios, que Juan el Bautista había estado enseñando a sus discípulos a orar. Es evidente que se habían dado cuenta de la necesidad de recibir instrucción, y le habían pedido que les enseñara. Y Juan les había enseñado a orar. Los discípulos de nuestro Señor sintieron exactamente la misma necesidad. Acudieron a Él una tarde y le dijeron, de hecho, "Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos." No cabe duda de que nació en su corazón este deseo porque eran conscientes de esta clase de dificultad natural, instintiva, inicial, que todos experimentamos; pero sin duda alguna también éste deseo se incrementó al ver la vida de oración del Señor. Lo veían levantarse mucho antes del amanecer para ir a orar a las montañas, y dedicar noches enteras a la oración. Y a veces, no lo dudo, se decían entre sí: "¿De qué habla? ¿Qué hace?!" Quizá también pensarían, "a los pocos minutos de estar en oración ya me faltan las palabras. ¿Qué hace posible que Él se dedique tanto a la oración? ¿Qué lo conduce a este abandono y facilidad?". "Señor, enséñanos a orar", decían. Con esto expresaban que les gustaría poder orar como él lo hacía. "Ojala conociéramos a Dios como tú lo conoces. Enséñanos a orar!" ¿Hemos experimentado esto alguna vez? ¿Nos hemos sentido alguna vez insatisfechos con nuestra vida de oración y deseando saber más lo que en realidad es orar? Si lo hemos sentido, es una señal alentadora. No cabe duda de que ésta es nuestra necesidad mayor. Perdemos las bendiciones

más importantes de la vida cristiana porque no sabemos orar bien. Necesitamos instrucción en todos los sentidos sobre esta cuestión. Necesitamos que se nos enseñe cómo orar, y para qué orar. Precisamente debemos dedicar algún tiempo a estudiar lo que se ha llegado a conocer entre nosotros como 'el Padre nuestro' porque abarca estas dos cosas de una forma sorprendente y maravillosa. Es una sinopsis perfecta de la instrucción que nuestro Señor ofrece acerca de cómo orar, y para qué orar.

Debemos dejar bien sentado ahora que esto es lo único que me propongo hacer. El tema de la oración es muy amplio y podríamos dedicarle mucho tiempo; sin embargo no podemos hacerlo porque en realidad lo que queremos es ir siguiendo punto por punto el Sermón del Monte, y por consiguiente sería erróneo dedicar demasiado tiempo a este aspecto particular. Lo único que pienso hacer es explicar la enseñanza de nuestro Señor en esta oración, e incluso no lo voy a hacer con mucho detalle. Simplemente tengo la intención de subrayar y poner de relieve los que creo son los grandes principios centrales que nuestro Señor indudablemente estaba ansioso de inculcar.

Hay ciertos aspectos generales referentes a esta oración que sin duda necesitan una palabra o dos de comentario. 'El Padre nuestro', como la llamamos, ha sido a menudo tema de gran controversia. Hay muchos que, por varias razones se niegan a recitarla en un acto de culto público. Hay quienes objetan en su contra por razones doctrinales, y otros que sienten que pertenece más bien al ámbito de la ley que al de la gracia, y que por tanto, no es algo adecuado para el pueblo cristiano. Tropiezan con la petición respecto al perdón de pecados. Examinaremos esto en detalle cuando lleguemos a ese punto; ahora no hago sino mencionar algunas de las dificultades preliminares que experimentan algunos amigos. Dicen que en ese pasaje parece que el perdón está condicionado por nuestro perdón, y esto, es ley y no gracia, y así sucesivamente. Es necesario, por tanto, hacer una serie de observaciones preliminares.

La primera es que esta oración es indudablemente una oración modelo. La misma forma que emplea nuestro Señor para presentarla lo indica así. "Vosotros, pues, oraréis así!" Bien, dice de hecho nuestro Señor, cuando acudáis a Dios a orar, ésta es la forma en que tenéis que hacerlo. Y lo sorprendente y extraordinario acerca de ello es que en realidad lo abarca en principio todo. En cierto sentido uno no puede agregarle nada al Padrenuestro; no deja nada por decir. Esto no significa, desde luego, que al orar simplemente debemos recurrir al Padrenuestro y nada más; ni el mismo Señor lo hizo. Como ya hemos dicho, dedicaba noches enteras a la oración; en muchas ocasiones se levantaba antes del alba y oraba durante horas seguidas. Siempre se observa en la vida de los santos que oraban horas y horas. John Wesley solía decir que le merecía una opinión muy pobre el cristiano que no orara por lo menos cuatro horas al día.

Al afirmar que esta oración lo abarca todo, y que es un sumario completo, se quiere decir simplemente que en realidad contiene todos los principios. Podríamos decir que tenemos, en el Padrenuestro, una especie de esqueleto. Tomemos, por ejemplo, este acto de predicar. Tengo ante mis ojos algunas notas; no cuento con el sermón completo. Simplemente poseo encabezamientos —los principios que hay que enfatizar. Pero yo no me contento con una simple enunciación de los principios; los explico y elaboro. Así habría que considerar el Padrenuestro. En él

se contienen todos los principios y nada se puede agregar en este sentido. Uno puede tomar la oración más larga que cualquier santo haya elevado en su vida, y encontrará que toda ella se puede reducir a estos principios. No habrá ninguno adicional. Tomemos esa gran oración de nuestro Señor que aparece en Juan 17 —la oración sacerdotal del Señor—. Si se analiza en términos de principios, se verá que se puede reducir a los de esta oración modelo.

El Padrenuestro lo abarca todo; y todo lo que hacemos es tomar estos principios y utilizarlos y expandirlos y basar cada petición nuestra en ellos. Así es como hay que enfocarla. Y si se hace así, creo que estarán de acuerdo con San Agustín y Martín Lutero y muchos otros santos que han dicho que nada hay más maravilloso en toda la Biblia, que el Padrenuestro. La sobriedad, la forma en que lo sintetiza todo y en que ha reducido todo a unas pocas frases, es algo que, sin lugar a dudas, proclama el hecho de que su enunciador no es otro que el mismo Hijo de Dios.

Pasemos ahora a otra observación, la cual he venido subrayando a lo largo de este examen del sermón. Y es que esta oración, obviamente, les fue presentada no sólo a los discípulos sino a todos los cristianos de todos los lugares y de todos los tiempos. Al tratar de las bienaventuranzas, repetimos constantemente que son aplicables a todo cristiano. El Sermón del Monte no se dirigió sólo a los discípulos de ese tiempo y a los judíos de una era venidera del reino; es para el pueblo cristiano de ahora y de todos los tiempos, y siempre ha sido aplicable al mismo. De igual forma que tenemos que considerar la relación del cristiano con la ley, en el capítulo quinto, así también nos hallamos frente a esta oración, y a lo que nuestro Señor dice respecto a la oración en general: "Vosotros, pues, oraréis así!" Nos habla a nosotros, hoy, de la misma forma en que habló al pueblo que lo rodeaba en su tiempo. En realidad, como ya hemos visto, a no ser que nuestra oración se ajuste a esta pauta y forma específicas, no es verdadera oración.

Quizá subsistan en la mente de muchos, ciertos interrogantes respecto al recitar el Padrenuestro como acto de adoración pública. Es legítimo debatir esto, y es legítimo diferir de opinión. Me parece, sin embargo, que nunca podemos recordar con demasiada frecuencia esta forma particular de orar; y en cuanto a mí, siempre me ha confortado el pensamiento de que a pesar de que haya olvidado muchas cosas en mis propias oraciones privadas, si he dicho el Padrenuestro, de alguna forma he abarcado todos los principios. Con la condición, desde luego, de que no repita de forma simplemente mecánica las palabras, sino que las diga de corazón, con la mente y con todo mi ser.

El punto siguiente es que hay algunos que tienen problema en cuanto al Padrenuestro porque no dice "en nombre de Cristo", o porque no se ofrece de forma específica en el nombre de Cristo. Dicen que no puede ser oración para el pueblo cristiano porque los cristianos siempre deben orar en el nombre de Cristo. La respuesta a esto es, desde luego, que nuestro Señor, como hemos visto, simplemente quiso dejar establecidos los principios que deben siempre gobernar la relación del hombre con Dios. No quiso decir en ese instante todo lo que se podía decir acerca de esa relación. Lo que quería subrayar era que el que se pone en presencia de Dios debe siempre considerar esas cosas. Más adelante, en su vida y su ejemplo les enseñará de forma explícita a orar en su nombre. Pero es claro que incluso en el Padrenuestro, está implícito el orar en el nombre de Cristo. Nadie puede verdaderamente decir "Padre Nuestro que estás en los cielos", a no ser que

conozca al Señor Jesucristo y esté en Cristo. De manera que esa cuestión está contemplada ya desde el comienzo mismo. De todos modos, esto no afecta los principios que nuestro Señor enseña aquí en forma tan clara.

En relación con la dificultad específica respecto al perdón, nos ocuparemos de ella en detalle cuando en nuestra exposición de la oración llegemos a esa petición.

Resumamos las observaciones generales hechas repitiendo que nada hay más sublime y más elevado que la maravillosa oración que el Señor Jesucristo enseñó a su pueblo. Recordemos también que la enseñó, no para que la repitieran mecánicamente por el resto de la vida, sino más bien para que se dijeran a sí mismos, "hay ciertas cosas que siempre debo recordar al orar. No debo orar a la ligera; no debo comenzar a hablar de inmediato sin pensar en lo que estoy haciendo. No me deben guiar los impulsos y sentimientos. Hay ciertas cosas que siempre debo recordar. He aquí los puntos generales de mi oración; he aquí el esqueleto que tengo que revestir; estas son las pautas según las cuales debo proceder!" Confío, por tanto, en que ninguno de los lectores pensará que la señal distintiva del evangelicalismo genuino es hablar con cierto desdoro del Padrenuestro. Confío también en que ninguno de nosotros se hará reo de ese orgullo espiritual, por no decir arrogancia, que se niega a recitar el Padrenuestro con otros. Caigamos en la cuenta más bien de que nuestro Señor les decía a esa gente cómo oraba él mismo, que ese era su propio método, que esas eran las cosas que siempre tenía presentes, y que por consiguiente nada podemos hacer más elevado e importante que orar siguiendo las pautas del Padrenuestro. Nunca superaremos esta oración si oramos verdaderamente, por lo cual nunca debemos descartarla como legalismo, e imaginar que porque nos encontramos en la dispensación de la gracia ya la hemos superado. Al analizar la oración, descubriremos que está llena de gracia. De hecho, la ley de Dios estaba llena de gracia, como ya hemos visto. Nuestro Señor ha venido explicando la ley de Moisés y ha mostrado que, cuando se entiende de forma espiritual, está llena de la gracia de Dios, y que nadie la puede entender de verdad, a no ser que posea tal gracia en su corazón.

Examinemos ahora brevemente este tema de cómo orar y para qué orar. Respecto a lo primero, recordemos de nuevo la importancia vital del enfoque justo, porque esta es la clave para entender la oración fructuosa. La gente dice a menudo, "Sabe Ud., oré mucho pero no sucedió nada. No pude encontrar la paz. No encontré ninguna satisfacción en ello". Casi todo el problema radica en que se han acercado a la oración de forma equivocada, en que no han caído en la cuenta de lo que estaban haciendo. Al orar tendemos a estar tan centrados en nosotros mismos, que cuando nos arrodillamos ante Dios, pensamos sólo en nosotros, nuestros problemas y perplejidades. Comenzamos a hablar sobre ellos de inmediato, y, claro está, no sucede nada. Según la enseñanza de nuestro Señor, no deberíamos esperar nada. Esta no es la forma de acercarse a Dios. Antes de hablar en oración debemos hacer una pausa.

Los grandes maestros de la vida espiritual, a lo largo de los siglos, tanto católicos como protestantes, han estado de acuerdo en cuanto a esto, que el primer paso en la oración ha sido siempre lo que han llamado 'recogimiento'. En cierto sentido, todo hombre, al comenzar a orar a Dios, debería ponerse la mano en la boca. Este fue el problema de Job. En medio de sus desgracias había estado hablando mucho.

Sentía que Dios no lo había tratado bien, y él, Job, había expresado libremente su sentir. Pero cuando, hacia el final del libro, Dios comenzó a tratar con él de forma íntima, cuando comenzó a revelársele y manifestársele, ¿qué hizo Job? Sólo una cosa podía hacer. Dijo, "He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca!" Por extraña que parezca, se comienza a orar no diciendo nada; uno se recoge para pensar en lo que va a hacer.

Sé lo difícil que es esto. No somos más que humanos, y vivimos bajo la presión de la situación en que nos encontramos, de los cuidados, ansiedades, problemas, angustias mentales, heridas emocionales, lo que sea. Estamos tan llenos de todo esto que, como niños, comenzamos a hablar de inmediato. Pero si uno quiere establecer contacto con Dios y sentir sus brazos alrededor, hay que ponerse la mano sobre la boca por unos instantes. ¡Recogimiento! Detenerse por un momento para recordar lo que uno va a hacer. Se puede hacer con una sola frase. ¿Sabemos que la esencia de la verdadera oración se encuentra en las dos palabras del versículo 9. 'Padre Nuestro'? Me parece que si uno puede decir de corazón, cualquiera que sea la condición en que se encuentre, 'Padre mío', en un cierto sentido la oración ya ha sido contestada. Lo que tristemente nos falta es precisamente tener conciencia de nuestra relación con Dios.

Quizá lo podríamos decir de otra forma. Hay quienes creen que es bueno orar porque siempre nos hace bien. Aducen varias razones psicológicas. Claro que esto no es la oración como la Biblia la entiende. La oración significa hablar a Dios, olvidarnos de nosotros mismos y darnos cuenta de su presencia. Hay otras personas también, y a veces creo que atribuirían a sí mismas un grado poco frecuente de espiritualidad, las cuales más bien creen que el distintivo de la verdadera vida de oración, de la facilidad en la oración, es que la oración debería ser muy breve y concreta. Que habría que hacer simplemente una petición específica. Pero esto no es lo que enseña la Biblia respecto a la oración. Tomemos cualquiera de las grandes oraciones que se encuentran en el Antiguo Testamento o en el Nuevo. Ninguna de ellas es lo que podríamos llamar esta clase de oración práctica que simplemente da a conocer a Dios una petición y ahí termina. Todas las oraciones que se mencionan en la Biblia, comienzan por una invocación. No importa lo desesperada que sea la circunstancia; no importa el problema específico en el que se encuentren los que oran. De forma variable comienzan con esta adoración, con esta invocación.

Un ejemplo maravilloso de esto se encuentra en el capítulo 9 de Daniel. El profeta, lleno de una angustia terrible, ora a Dios. Pero no comienza de inmediato con su petición; comienza alabando a Dios. Jeremías, también perplejo, hace lo mismo. Ante la orden de que compre un pedazo de tierra en un país al parecer condenado, Jeremías se quedó sin entenderlo; le parecía totalmente equivocado. Pero no se precipita a la presencia de Dios sólo para decirle esto; comienza adorando a Dios. Y lo mismo se encuentra en todas las oraciones de la Biblia. De hecho, incluso se ve en la gran oración sacerdotal de nuestro Señor mismo, recogida en Juan 17. También se recordará lo que Pablo escribió a los filipenses. Dice, "por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias" (Fil. 4:6). Éste es el orden: siempre hay que empezar con una invocación aun antes de pensar en la petición; y en esta oración modelo se nos expone, de una vez por todas, dicha enseñanza.

Tomaría demasiado tiempo explicar cómo me gustaría que se entendiera el significado de esta afirmación. 'Padre Nuestro'. Permitaseme decirlo de una forma que podría parecer dogmática: sólo los que son verdaderos creyentes en el Señor Jesucristo pueden decir, 'Padre Nuestro'. Sólo aquellos a quienes se aplican las Bienaventuranzas pueden decir con confianza, 'Padre Nuestro'. Yo sé que hoy día esta doctrina no es popular, pero es la doctrina de la Biblia. El mundo de hoy cree en la paternidad universal de Dios y en la hermandad universal de los hombres. Esto no se encuentra en la Biblia. Fue nuestro Señor quien dijo a ciertos judíos religiosos que eran de su 'padre el diablo', y no hijos de Abraham, hijos de Dios. Sólo a 'los que le recibieron' les da el derecho (la autoridad) 'de ser hechos hijos de Dios'.

"Pero —dirá alguno— ¿qué quiere decir Pablo cuando afirmó, 'linaje suyo somos'? ¿Acaso no significa esto que todos nosotros somos hijos suyos y que E 1 es el Padre Universal?" Bien, si se analiza este pasaje, se verá que Pablo habla de Dios como Creador de todas las cosas y de todas las personas, que Dios, en ese sentido, ha dado vida y ser a todo lo existente (Hch. 17). Pero ese no es el significado de Dios como Padre en el sentido en el que Pablo lo emplea en otros pasajes, aplicado a los creyentes, ni tampoco en el sentido en el que, como hemos visto, lo utiliza nuestro Señor mismo. La Biblia distingue claramente entre los que pertenecen a Dios y los que no le pertenecen. Se puede ver en la Oración Sacerdotal del Señor en Juan 17:9; "Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son!" Es una distinción absoluta, total; sólo aquellos que están en el Señor Jesucristo son verdaderamente los hijos de Dios. Pasamos a ser hijos de Dios sólo por adopción. Nacemos 'hijos de ira', 'hijos del diablo', 'hijos de este mundo'; y hemos de ser sacados de ese reino y transferidos a otro reino antes de poder llegar a ser hijos de Dios. Pero si creemos verdaderamente en el Señor Jesucristo, somos adoptados en la familia de Dios, y recibimos "el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!".

Al hombre del mundo no le gusta esta doctrina. Dice que todos somos hijos de Dios; y sin embargo, en su corazón se alberga odio hacia Dios, y cuando, desesperado, ora a Dios no tiene confianza de que está hablando con su Padre. Siente que Dios es alguien que está en contra de él. Habla acerca de la paternidad de Dios, pero no ha recibido el Espíritu de adopción. Sólo el que está en Cristo conoce esto.

Así pues, cuando nuestro Señor dice, 'Padre Nuestro', obviamente piensa en el pueblo cristiano, y por eso digo que esta oración es una oración cristiana. Cualquiera puede decir, 'Padre Nuestro', pero la cuestión es, ¿está consciente de ello, lo cree y lo experimenta? La piedra de toque final de la profesión que cualquier hombre haga es que pueda decir con confianza y seguridad, 'Padre Mío', 'Dios Mío'. ¿Es Dios su Dios? ¿Lo conocen realmente como Padre suyo? Y cuando acuden a Él en oración, ¿sienten realmente que acuden a su Padre? Esta es la forma de comenzar a darse cuenta, dice nuestro Señor, de que se ha pasado a ser hijo de Dios: por lo que Él ha hecho por uno a través del Señor Jesucristo. Esto se halla implícito en esta enseñanza de Cristo. Sugiere y esboza todo lo que iba a hacer por nosotros, todo lo que iba a hacer posible para los suyos, aunque en aquel momento no lo entendieran. Sin embargo, dice, esta es la forma de orar, así hay que orar, \ vais a orar así.

**Fijémonos, sin embargo, que de inmediato agrega, 'Que estás en los cielos'. Esto es algo maravilloso —Padre nuestro que estás en los cielos'. Estas dos frases deben tomarse siempre juntas. Nuestras ideas acerca de la paternidad a menudo se han deteriorado y, en consecuencia, siempre necesitan correctivos. ¿Hemos advertido con qué frecuencia el apóstol Pablo utiliza en sus cartas una frase sumamente sorprendente? Habla acerca de 'Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo'. Esto es sumamente significativo. No es más que llamar la atención acerca de lo que nuestro Señor dice en este pasaje. 'Padre Nuestro'. Sí; pero debido a nuestro pobre concepto de la paternidad, se apresura a decir, 'Padre nuestro que estás en los cielos', el 'Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo'. Ésta es la clase de padre que tenemos.**

**Pero lamentablemente hay muchas personas en este mundo para quienes la idea de paternidad no es sinónima de amor. Imagínese al niño que es hijo de un borracho, que golpea a su esposa, y que no es más que una bestia cruel. Este niño no conoce nada en la vida sino golpes constantes e inmerecidos. Ve a su padre que se gasta todo el dinero en sí mismo y en sus placeres en tanto que en casa pasan hambre. Ésta es la idea que tiene de paternidad. Si uno le dice que Dios es su Padre, y no agrega nada más, de poco sirve, y es muy poco agradable. El pobre niño tiene necesariamente una idea equivocada acerca de la paternidad. Su noción de padre es la de un hombre cruel. Por ello nuestras ideas humanas y pecadoras de la paternidad necesitan corregirse constantemente.**

**Nuestro Señor dice, 'Padre nuestro que estás en los cielos'; y Pablo: 'el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo'. Cualquiera que sea como Cristo, dice Pablo, debe tener un Padre maravilloso, y, gracias a Dios, Dios es esa clase de Padre, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es vital que cuando oremos a Dios y lo llamemos nuestro Padre, recordemos que es 'Nuestro Padre que está en los cielos', con toda su majestad, grandeza y poder absoluto. Cuando llenos de debilidad y de humildad caemos de rodillas delante de Dios, en medio de tormentas mentales y afectivas, recordemos que Él lo sabe todo sobre nosotros. La Biblia dice, "todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos a Aquel a quien tenemos que dar cuenta!" Recordemos también que si a veces acudimos a la presencia de Dios y deseamos algo para nosotros mismos, o pedimos perdón por un pecado cometido, Dios ya lo ha visto todo y lo sabe todo. No sorprende que, cuando escribió el salmo 51, David dijera en medio de la angustia del corazón: "Tú amas la verdad en lo íntimo". Si uno quiere las bendiciones de Dios, se debe ser completamente honesto; debemos tener presente que Él lo sabe todo, y que nada hay que se oculte a sus ojos. Recordemos también que tiene todo el poder para castigar, y todo el poder para bendecir. Puede salvar y puede destruir. En realidad, como lo escribió el sabio autor de Eclesiastés, es imprescindible que cuando oremos a Dios no olvidemos que 'Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra'.**

**Recordemos siempre su santidad y justicia, su justicia absoluta y total. Dice el autor de la Carta a los Hebreos, que siempre que nos acerquemos a Él debemos hacerlo "con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor;"**

**Para orar, dice Cristo, hay que tomar estas dos cosas juntas, nunca separar estas dos verdades. Recordemos que nos acercamos a Dios todopoderoso, eterno, y santo; pero también que ese Dios, en Cristo, es nuestro Padre, quien conoce todo lo que respecta a nosotros porque es omnisciente y también porque un padre lo**

sabe todo acerca de su hijo. Sabe lo que es bueno para el hijo. Juntemos estas dos cosas. Dios en su omnipotencia nos mira con amor santo y conoce todas nuestras necesidades. Oye todos nuestros suspiros y nos ama con amor imperecedero. Nada desea tanto como nuestra felicidad, gozo y prosperidad. Luego recordemos esto, que él es "poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos". Como 'Padre nuestro, que está en los cielos', está mucho más ansioso de bendecirnos de lo que nosotros lo estamos de ser bendecidos. Tampoco su omnipotencia tiene límites. Nos puede bendecir con todas las bendiciones de los cielos. Las ha puesto todas en Cristo, y nos ha puesto a nosotros en Cristo. Por ello nuestra vida se puede ver enriquecida con toda la gloria y las riquezas de la gracia de Dios mismo.

Ésta es la forma de orar. Antes de comenzar a formular cualquier petición, antes de comenzar a pedir, incluso el pan de cada día, antes de empezar a pedir cualquier cosa, debemos ser conscientes de que nosotros, tal como somos, estamos en la presencia de un Ser así, de nuestro Padre que está en los cielos, del Padre de nuestro Señor Jesucristo. 'Dios mío'. 'Padre mío'.

## **CAPÍTULO 35**

### **Oración: Adoración**

Llegamos ahora a la sección siguiente del Padrenuestro; la que se ocupa de nuestras peticiones. 'Padre nuestro que estás en los cielos': ésta es la invocación. A continuación vienen las peticiones: 'santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, más líbranos del mal! Se ha debatido mucho en cuanto a si las peticiones son seis o siete. La respuesta depende de si se considera la última afirmación 'Líbranos del mal' como petición separada, o si hay que tomarla como parte de la petición anterior y leerlo así: 'no nos metas en tentación mas líbranos del mal'. Es uno de esos puntos (al igual que otros en la fe cristiana), que no se pueden decidir, y acerca de los cuales no se puede ser dogmático. Afortunadamente para nosotros, no es un punto vital, y Dios no quiera que uno de nosotros llegara a absorberse tanto en la parte mecánica de la Biblia, y le dedicara tanto tiempo, que no alcanzara a ver el espíritu y lo que es importante. Lo vital no es decidir si hay seis o siete peticiones en el Padrenuestro, sino más bien percibir el orden en el cual se presentan. Las tres primeras — Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra— se refieren a Dios y a su gloria; las otras se refieren a nosotros mismos. Es de notar que las tres primeras peticiones contienen el posesivo 'tu', y se refieren a Dios. Sólo después de esto se introduce la palabra 'nosotros': 'El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal! Este es el punto neurálgico —el orden de las peticiones, no el número. Las tres primeras se refieren sólo a Dios y a su gloria.

**Pero observemos otra cosa que es de importancia vital, la proporción de las peticiones. No sólo nuestros deseos y peticiones respecto a Dios deben ocupar el primer lugar, sino que hay que advertir también que la mitad de las peticiones se refieren a Dios y a su gloria y sólo el resto se ocupa de nuestras necesidades y problemas particulares. Claro que si nos interesamos por los números bíblicos — interés que quizá no habría que suprimir por completo, si bien puede convertirse en peligroso cuando deja demasiado paso a la fantasía— veremos, además, que las tres primeras peticiones se refieren a Dios, y que tres es siempre el número de la divinidad de Dios, sugiriendo las tres benditas Personas de la Trinidad. De la misma forma, cuatro es siempre el número de la tierra y se refiere a todo lo que es humano. Hay cuatro bestias en los cielos en el libro de Apocalipsis, y así sucesivamente. Siete, que es el resultado de tres más cuatro, equivale siempre al número perfecto cuando vemos a Dios en su relación a la tierra, y Dios en su relación con los hombres. Así podría ser en esta oración; nuestro Señor quizá la elaboró específicamente para hacer resaltar esos aspectos maravillosos. No podemos demostrarlo. Pero de todos modos el concepto básico que hay que captar es éste: no importan las circunstancias y las condiciones en que nos encontremos; la clase de deseos que surjan en nosotros; nunca debemos comenzar por nosotros mismos, nunca debemos comenzar por nuestras propias peticiones.**

**Este principio tiene vigencia incluso cuando nuestras peticiones alcanzan su nivel más elevado. Incluso la preocupación que tengamos por la salvación de las almas, incluso la preocupación que tengamos para que Dios bendiga la predicación de la Palabra, incluso la preocupación que tengamos para que aquellos que nos son más queridos sean verdaderos cristianos. Ni siquiera estas cosas deben ocupar el primer lugar. Y mucho menos debemos comenzar con nuestras propias circunstancias y condiciones.**

**No importa lo desesperados que estemos, no importa lo aguda que sea la tensión, no importa que sea enfermedad física, guerra, calamidades o algún problema terrible que se nos presenta de repente: sea lo que fuere, nunca debemos dejar de observar el orden que se nos enseña aquí de labios de nuestro bendito Señor y Salvador. Antes de comenzar a pensar en nosotros mismos y nuestras necesidades, incluso antes de la preocupación que tengamos por otros, debemos comenzar con esta gran preocupación acerca de Dios, de su honor y gloria. No hay ningún otro principio en relación con la vida cristiana que tenga más importancia que éste. Muy a menudo erramos en el campo de los principios. Tenemos la tendencia a dar por supuesto que nuestros principios son muy sanos y claros, y que lo único que necesitamos es instrucción acerca de los detalles. Claro está que la verdad, de hecho, es exactamente lo opuesto. Si comenzáramos siempre la oración con este sentido genuino de la invocación; si nos recogiéramos para pensar que estamos en la presencia de Dios, y que el Dios eterno y todopoderoso está ahí, mirándonos como nuestro Padre, mucho más dispuesto a bendecirnos y a rodearnos de su amor que nosotros lo estamos a recibir su bendición, conseguiríamos más en ese momento de recogimiento que lo que todas nuestras oraciones juntas vayan a poder alcanzar sin esta toma de conciencia. ¡Si todos tuviéramos esta preocupación por Dios y por su honor y gloria!**

**Afortunadamente, nuestro Señor conoce la debilidad nuestra, se da cuenta de la necesidad que tenemos de instrucción, y por eso nos la ha subdividido. No sólo ha anunciado el principio; nos lo ha dividido en estas tres secciones que vamos a**

examinar. Veamos ahora la primera petición: 'Santificado sea tu nombre'.

Nos damos cuenta ahora de que estamos en la presencia de Dios, y que Él es nuestro Padre. En consecuencia, dice Cristo, éste debería ser nuestro primer deseo, nuestra primera petición: 'Santificado sea tu nombre'. ¿Qué significa esto? Examinemos brevemente las palabras que contiene. La palabra 'santificar' significa reverenciar, hacer santo, mantener santo. ¿Pero por qué dice 'Santificado sea tu nombre'? ¿A qué equivale este término 'nombre'? Sabemos que esta era la forma que los judíos solían emplear en aquel tiempo para referirse a Dios mismo. Dígase lo que se diga acerca de los judíos del tiempo del Antiguo Testamento, y por grandes que fueran sus defectos, en un aspecto siempre fueron muy dignos de encomio. Me refiero al sentido que poseían de la grandeza, majestad y santidad de Dios. Los lectores recordarán que tenían tal respeto que nunca utilizaban el nombre 'Jehová'. Sentían como si el nombre mismo, las letras mismas, por así decirlo, eran tan santas y sagradas, y ellos tan pequeños e indignos, que no se atrevían a mencionarlo. Se referían a Dios como 'El Nombre', a fin de evitar el empleo del término Jehová. Así pues, 'Nombre', en este caso significa Dios mismo, y vemos que el propósito de la petición es expresar el deseo de que Dios mismo sea reverenciado, sea santificado, que el nombre mismo de Dios y todo lo que denota y representa, sea honrado entre los hombres, sea tenido por santo en todo el mundo. Pero quizá, a la luz de la enseñanza del Antiguo Testamento, sería bueno que ampliáramos esto un poco. El 'nombre', en otras palabras, significa todo lo que es cierto acerca de Dios, todo lo que ha sido revelado acerca de Él. Significa Dios en todos sus atributos, Dios en todo lo que es en sí mismo y por sí mismo, Dios en todo lo que ha hecho y lo que está haciendo.

Recordarán que Dios se había revelado a los hijos de Israel bajo nombres distintos. Había empleado un término respecto a sí mismo (El o Elohim) que significa su 'fortaleza' y su 'poder'; y cuando empleaba este nombre específico, transmitía al pueblo un sentido de su poder, su dominio, su fortaleza. Luego se reveló con ese nombre grande y maravilloso de Jehová que significa en realidad 'el que existe por sí mismo', 'Yo soy el que soy', el que existe eternamente por sí mismo. Pero Dios se describió a sí mismo también con otros nombres: 'el Señor proveerá' {Jehovah-jireh), 'el Señor que cura' (Jehovah-raphá), 'el Señor nuestro Estandarte' (Jehovah-nissi), 'el Señor nuestra paz' (Jehovah-Shalom), 'el Señor nuestro pastor' (Jehovah-ra-ah), 'el Señor nuestra Justicia' {Jehovah-tsidkenú), y otro término que significa, 'el Señor está presente' (Jehovah-shammah). Al leer el Antiguo Testamento se encuentran a menudo estos términos; y al darse estos nombres distintos a sí mismo, Dios revelaba a la humanidad algo de su naturaleza y ser, de su índole y atributos. En un sentido, 'tu nombre' equivale a todo esto. Nuestro Señor nos enseña a orar para que todo el mundo llegue a conocer a Dios de esta forma, para que todo el mundo llegue a honrar a Dios así. Es la expresión de un deseo ardiente y profundo por el honor y la gloria de Dios.

No se pueden leer los cuatro Evangelios sin ver muy claramente que esa fue la pasión consumidora del Señor Jesucristo mismo, pasión que se encuentra perfectamente resumida en esa gran oración sacerdotal en Juan 17 cuando dice, "Yo te he glorificado en la tierra" y "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste". Siempre estuvo preocupado por la gloria de su Padre. Dijo: "No he venido a buscar mi gloria sino la gloria de aquél que me envió!" No se puede entender verdaderamente la vida terrenal de Jesús, a no ser en estos términos.

Conocía esa gloria que desde siempre pertenece al Padre, aquella "gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese!" Había visto esa gloria y la había compartido. Estaba lleno de este sentido de la gloria de Dios y su único deseo era que el género humano llegara a conocerla.

¡Qué ideas tan indignas tiene este mundo de Dios! Si uno somete a prueba las ideas que tiene acerca de Dios, comparándolas con la enseñanza de la Biblia, se verá a simple vista lo que quiero decir. Incluso carecemos del debido sentir de la grandeza, poder y majestad de Dios. Escucha uno a los hombres discutir acerca de Dios y advierte de inmediato la forma voluble en que usan el término. No es que yo quisiera volver a la práctica de los antiguos judíos; creo que llegaron demasiado lejos, pero lo que sí resulta casi alarmante, es observar la forma en que todos tendemos a usar el nombre de Dios. Obviamente no caemos en la cuenta de que estamos hablando acerca del Dios eterno, absoluto y todopoderoso. En un cierto sentido, deberíamos quitarnos el calzado cuantas veces usamos su nombre. Y cuán poco valoramos la bondad de Dios, su amabilidad y providencia. Cómo se deleitaba el salmista en alabar a Dios como roca nuestra, como paz, como pastor que nos guía, como justicia nuestra, como el omnipresente que nunca nos dejará ni abandonará.

Esta petición significa precisamente esto. Todos deberíamos estar poseídos de una pasión consumidora de que todo el mundo llegara a conocer a Dios así. En el Antiguo Testamento se emplea una expresión interesante respecto a esto que quizá nos haya sorprendido a veces. El salmista, en el salmo 34, invita a que todos se unan a él para 'engrandecer' al Señor. ¡Qué idea tan extraña! Dice el salmista, "engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre". A primera vista, esto parecería bastante ridículo. Dios es el Eterno, el que existe por sí mismo, absoluto y perfecto en todas sus cualidades. ¿Cómo puede un hombre débil engrandecer a un Ser tal? ¿Cómo podemos nosotros hacer a Dios más grande (y eso es lo que significa engrandecer)? ¿Cómo podemos exaltar el nombre que está por encima de todo? Parece descabellado y ridículo. Y sin embargo, con sólo que examinemos la forma en que el salmista lo emplea, veremos exactamente qué quiere decir. No quiere decir que de hecho podamos añadir algo a la grandeza de Dios, porque eso es imposible; lo que sí quiere decir es que anhela que esta grandeza de Dios se vea con más intensidad entre los hombres. Por ello es posible que podamos engrandecer el nombre de Dios en este mundo. Lo podemos hacer de palabra, con nuestra vida, siendo reflejos de la grandeza y gloria de Dios y de sus maravillosos atributos.

Éste es el significado de la petición. Es un deseo ardiente de que todo el mundo se incline ante Dios en adoración, en reverencia, en alabanza, en honor y en acción de gracias. ¿Es éste nuestro deseo supremo? ¿Es esto lo que predomina siempre en nuestra mente cuantas veces adoramos a Dios? Quisiera recordar de nuevo que así debería ser, no importan las circunstancias en que estemos. Cuando así consideramos la oración, vemos el poco valor que tienen la mayor parte de ellas. Cuando uno acude a Dios, dice nuestro Señor, aunque las circunstancias y condiciones sean desesperadas, aunque se tengan la mente y el corazón hondamente preocupados, incluso entonces, dice, hay que detenerse un momento para recogerse y caer en la cuenta de que el deseo más hondo de todos debería ser que este Dios maravilloso, que se ha convertido en Nuestro Padre en mí y por mí, sea honrado, sea adorado, sea engrandecido entre la gente. 'Santificado sea tu

**nombre! Como hemos visto, así ha ocurrido en la oración de todos los verdaderos santos de Dios que han vivido sobre la faz de la tierra.**

**Por consiguiente, si queremos de veras conocer la bendición de Dios y estamos preocupados de que nuestras oraciones sean eficaces y valiosas, debemos seguir este orden. Todo esto se halla contenido en una frase que se repite muchas veces en el Antiguo Testamento: "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová". Ésta es la conclusión a la que llega el salmista. Ésta es también la conclusión del sabio en sus Proverbios. Si uno desea saber, dice, lo que es la verdadera sabiduría, si uno desea bendición y prosperidad, si uno desea paz y gozo, si uno desea poder vivir y morir de una forma digna, si uno desea sabiduría con respecto a la vida en este mundo, ahí está, 'el temor de Jehová'. No es miedo, sino temor reverencial. Por consiguiente, si deseamos conocer a Dios y recibir la bendición de Dios, debemos comenzar con la adoración. Debemos decir, 'Santificado sea tu nombre', y decirle que, antes de mencionar cualquier problema personal, nuestro único deseo es que sea conocido. Acerquémonos a Dios "con reverencia y temor: porque nuestro Dios es fuego consumidor". Ésta es la primera petición.**

**La segunda es 'Venga tu reino'. Se percibe que hay un orden lógico en estas peticiones. Se siguen la una a la otra con una especie de necesidad inevitable, divina. Comenzamos pidiendo que el nombre de Dios sea santificado entre los hombres. Pero en el momento en que decimos esta oración, se nos recuerda el hecho que su nombre no es santificado así. De inmediato surge la pregunta, ¿Por qué no se inclinan todos los hombres ante el sagrado nombre? ¿Por qué no se preocupan todos los hombres por humillarse ahora en la presencia de Dios, en adorarlo y en utilizar todos los momentos para dar a conocer su nombre? ¿Por qué no? La respuesta es, desde luego, que se debe al pecado, a que hay otro reino, el reino de Satanás, el reino de las tinieblas. Y con esto se nos recuerda de inmediato la esencia misma de los problemas humanos y de la condición humana. Nuestro deseo como pueblo cristiano es que el nombre de Dios sea glorificado. Pero en cuanto comenzamos con esto, caemos en la cuenta de que existe esta oposición, y se nos recuerda toda la enseñanza bíblica acerca del mal. Hay alguien que es 'el dios de este mundo'; hay un reino de oscuridad, un reino del mal, que está opuesto a Dios, a su gloria y honor. Pero Dios se ha complacido benignamente en revelar desde los comienzos mismos de la historia que Él establecerá su reino en este mundo temporal; que si bien Satanás ha entrado en este mundo y lo ha conquistado de momento, poniendo a todo el género humano bajo su dominio, Él volverá a prevalecer y convertir a este mundo y todos sus reinos en su reino glorioso. En otras palabras, a lo largo del Antiguo Testamento, se encuentran las promesas y las profecías referentes al advenimiento del reino de Dios o del reino de los cielos. Y, desde luego, este punto específico y crucial de la historia del mundo estaba muy presente en la mente de todos cuando nuestro Señor mismo estaba en la tierra. Juan el Bautista había predicado su mensaje: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado". Invitaba a la gente a que se preparara. Y cuando nuestro Señor comenzó a predicar, dijo exactamente lo mismo: "Arrepentíos: porque el reino de los cielos se ha acercado.'" En esta petición obviamente tiene presente esta idea al enseñar a sus discípulos que oren de un modo específico. En ese momento histórico inmediato, enseñaba a sus discípulos a orar para que el reino de Dios llegara pronto, pero la oración es igualmente adecuada para nosotros como pueblo cristiano de todas las edades hasta que llegue el fin.**

**Podemos resumir la enseñanza referente al reino. El reino de Dios significa realmente el reinado de Dios; significa la ley y el gobierno de Dios. Si lo vemos así comprenderemos que el reino puede considerarse de tres formas. En un sentido, el reino ya ha llegado. Llegó cuando el Señor Jesucristo estuvo aquí. Él dijo: "Si por el dedo de Dios echo yo fuera a los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros"; en otras palabras: "el reino de Dios ya está aquí; ejerzo este poder, esta soberanía, esta majestad, este dominio; éste es el reino de Dios". En cierto sentido pues, el reino de Dios había llegado ya. El reino de Dios también está aquí en este momento en los corazones y vidas de todos los que se someten a Él, de todos los que creen en Él. El reino de Dios está presente en la iglesia, en el corazón de todos los que son verdaderos cristianos. Cristo reina en los tales. Pero todavía ha de llegar el día en que su reino quede establecido en la tierra. Aun ha de llegar el día en que 'Doquier alumbre el astro sol Ha de reinar el rey Jesús.'**

**Ese día se está acercando. Todo el mensaje de la Biblia lo anuncia. Cristo descendió de los cielos para fundar, establecer y crear ese reino. Todavía sigue ocupado en esta obra y lo estará hasta el fin, cuando quede concluida. Entonces, según Pablo, lo entregará de nuevo a Dios Padre, a fin de que "Dios sea todo en todos".**

**Nuestra petición, pues, equivale a esto. Deberíamos tener un anhelo y deseo grandes de que el reino de Dios y de Cristo entre en los corazones de los hombres. Debería ser nuestro deseo que este reino se ahondamiento en nuestro propio corazón; porque en la medida en que le adoremos, le entreguemos nuestra vida, y nos dejemos guiar por Él, su reino viene a nuestro corazón. También deberíamos estar ansiosos de ver que este reino se extienda en la vida y corazón de otros hombres y mujeres. Por esto cuando oramos, 'Venga tu reino', pedimos el éxito del evangelio, su predominio y poder; pedimos la conversión de hombres y mujeres; pedimos que el reino de Dios llegue hoy a América, Europa, Australia, a todas partes. 'Venga tu reino' es una oración misionera que lo abarca todo.**

**Pero más allá todavía. Es una oración que indica que estamos "Esperando y apresurándonos para la venida del Día de Dios" (2P. 3:12). Quiere decir que deberíamos esperar con anhelo el día en que el pecado, el mal, la injusticia y todo lo que se opone a Dios sea definitivamente erradicado. Significa que deberíamos desear de todo corazón que llegue el momento del retorno del Señor, y el día en que todos sus enemigos serán arrojados en el lago de fuego, y los reinos de este mundo se conviertan en reinos de nuestro Dios y de su Cristo.**

**'Venga tu reino, oh Dios; TU gobierno comience, oh Cristo; TU cetro de hierro quebrante la esclavitud del pecado.**

**Ésta es la petición. Por cierto que su significado se expresa perfectamente al final del Apocalipsis: "Ven Señor Jesús." "El Espíritu y la esposa dicen: Ven." Nuestro Señor está subrayando aquí que antes de que empecemos a pensar en nuestras necesidades y deseos personales, deberíamos tener dentro de nosotros este deseo ardiente de la venida de su reino, y anhelar que el nombre de Dios sea glorificado y engrandecido sobre todas las cosas.**

**La tercera petición, 'Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra' no necesita explicación. Es una especie de consecuencia y conclusión lógica de la**

segunda, al igual que ésta era conclusión lógica de la primera. El resultado de la venida del reino de Dios entre los hombres, será que la voluntad de Dios se hará entre los hombres. En los cielos la voluntad de Dios siempre se cumple perfectamente. En la Biblia sólo tenemos algunas metáforas tenues acerca de ello, pero son suficientes para saber que lo que es característico del cielo es que todos y todo giran alrededor de Dios y están ansiosos de glorificar engrandecer su nombre. Los ángeles, por así decirlo, están siempre prestos a volar en cuanto El lo diga. El deseo supremo de todos, en el cielo, es hacer la voluntad de Dios, y con ello alabarlo y adorarlo. Y debería ser el deseo de todo cristiano genuino, dice nuestro Señor en este pasaje, que todo en la tierra fuera así. También aquí estamos mirando hacia la venida del reino, porque esta petición nunca se cumplirá ni será concebida hasta que el reino de Dios se establezca de hecho en la tierra, entre los hombres. Entonces la voluntad de Dios será hecha en la tierra como lo es en el cielo. Habrá "cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia". Los cielos y la tierra serán una sola cosa, el mundo se transformará, el mal quedará excluido y la gloria de Dios brillará sobre todas las cosas.

Con estas palabras, pues, se nos enseña cómo empezar a orar. Éstas son las peticiones con las que siempre se debe comenzar. Podemos sintetizarlas de nuevo. Nuestro deseo más íntimo e intenso debería ser el anhelo por la gloria y honor de Dios. Aun a riesgo de que se me entienda mal, diría que nuestro deseo de esto debería ser mayor que nuestro anhelo por la salvación de las almas. Aun antes de comenzar a pedir por las almas, aun antes de comenzar a pedir por la extensión y difusión del reino de Dios, debería existir el deseo supremo de la manifestación de su gloria y de que todo se humille en su presencia. Podemos decirlo así: ¿Qué preocupa y angustia nuestra mente? ¿Es la manifestación del pecado que vemos en el mundo, o es el hecho de que los hombres no adoren y glorifiquen a Dios como deberían? Nuestro Señor lo sintió tanto que lo dijo así en Juan 17:25: "Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos (refiriéndose a los discípulos) han conocido que tú me enviaste!" "Padre justo", dijo pues, "esta es la tragedia, esto es lo que me tiene perplejo, y me entristece, que el mundo no te ha conocido. Piensa en ti como en un tirano, piensa en ti como en un legislador duro, piensa en ti como en alguien que es enemigo del mundo y que trata siempre de abusar de él. Padre santo, el mundo no te ha conocido. Si te hubiera conocido, no tendría tales ideas sobre ti!" Y éste debería ser nuestro deseo y anhelo ardientes. Deberíamos conocer a Dios de tal forma que nuestro único deseo y anhelo fuera que todo el mundo llegara a conocerlo también.

¡Qué oración tan maravillosa es ésta! ¡Qué necios son los que dicen que esta oración no es propia del cristiano, que sólo era para los discípulos de entonces y para los judíos de una época venidera! ¿No nos hace sentir, en un cierto sentido, que nunca hemos orado bien? Esto es oración, 'Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre'. ¿Hemos llegado ya a ello, me pregunto? ¿Hemos en realidad orado así, con esta petición, 'santificado sea tu nombre'? Si así lo hacemos, lo demás seguirá. 'Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra'. No necesitamos decirle, "Señor, enséñanos a orar". Ya lo ha hecho. No tenemos más que poner en práctica los principios que nos ha enseñado tan claramente en esta oración modelo.

# **CAPÍTULO 36**

## **Vivir la Vida Justa**

Nuestra exposición de este Sermón del Monte comenzó con un análisis y división del contenido del mismo. Vimos que en este capítulo 6, comienza una parte nueva. La primera sección (vss. 3-12) contiene las Bienaventuranzas, una descripción de cómo es el cristiano. En la sección siguiente (vss. 13-16), encontramos a este hombre cristiano, que ha sido descrito como tal, reaccionando frente al mundo y el mundo reaccionando frente a él. La tercera (vss. 17-48) trata de la relación del cristiano con la ley de Dios. Presenta una exposición positiva de la ley y la contrasta con la enseñanza falsa de los fariseos y escribas. Concluye con la gran exhortación del versículo final: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto".

Llegamos ahora a una sección completamente nueva, que abarca todo este capítulo sexto. Estamos frente a lo que podríamos llamar la descripción del cristiano que vive su vida en este mundo en la presencia de Dios, en sumisión activa a Dios, y en dependencia total de El. Lean este capítulo sexto y encontrarán que se repite muchas veces la alusión a Dios Padre. Hemos venido examinando al cristiano, al que se le han explicado algunas de sus características, al que se le ha dicho cómo tiene que comportarse en la sociedad, y a quien se le ha recordado lo que Dios espera y exige de él. Ahora estamos frente a una descripción de este cristiano que se pone a vivir esa vida en el mundo. Y lo importante —subrayado a cada momento—, es que lo hace todo en la presencia de Dios. Esto es algo que se le debería recordar constantemente. O, para decirlo con otras palabras, esta sección presenta una descripción de los hijos en relación con su Padre mientras están en ese peregrinar que se llama 'la vida'.

El capítulo pasa revista a nuestra vida como un todo, y la considera bajo dos aspectos principales. Esto es magnífico, porque en último término la vida del cristiano en este mundo tiene dos aspectos, y a ambos se les presta atención aquí. Del primero se ocupan los versículos 1 al 18; del segundo se habla desde el versículo 19 hasta el final del capítulo. El primero es lo que podríamos llamar nuestra vida religiosa, el cultivo y nutrición del alma, nuestra piedad, nuestro culto, todo el aspecto religioso de nuestra vida, y todo lo que se refiere a nuestra relación directa con Dios. Pero claro está que éste no es el único elemento de la vida del cristiano en el mundo. Por medio de él se le recuerda que no es de este mundo, que es hijo de Dios y ciudadano de un reino que no se puede ver. No es sino un transeúnte, un viajero por el mundo. No pertenece a este mundo como los demás; se encuentra en esta relación única con Dios. Anda con El. Sin embargo está en este mundo, y aunque ya no pertenece a él, este mundo sigue sirviéndole de mucho; en no pocos aspectos está sujeto al mismo. Y, después de todo, tiene que pasar por él. Por ello, el segundo aspecto es el del cristiano en su relación con la vida en general, no tanto como ser puramente religioso, sino como hombre que está sujeto a los 'azares de la fortuna', como hombre a quien le preocupa el comer y el beber, el vestir y la vivienda, que quizá tenga familia e hijos que educar, y que por tanto está sujeto a lo que la Biblia llama 'los afanes de este mundo'.

Estas son las dos grandes partes del capítulo, la parte directamente religiosa de la vida cristiana, y la parte mundana. De ambos aspectos se ocupa nuestro Señor con mucho detalle. En otras palabras, es vital que el cristiano tenga ideas muy claras acerca de ambos aspectos, y por ello necesita que se le instruya sobre los dos. No hay mayor falacia que imaginar que en el momento en que el hombre se convierte y se vuelve cristiano, todos sus problemas quedan resueltos y todas sus dificultades desaparecen. La vida cristiana está llena de dificultades, llena de trampas e insidias. Por esto necesitamos la Biblia. De no haber sido por eso, hubiera resultado innecesaria. Estas instrucciones detalladas que nuestro Señor da y que también se encuentran en las Cartas, serían innecesarias de no ser por el hecho de que la vida del cristiano en este mundo es una vida llena de problemas, como John Bunyan y otros han tenido mucho cuidado en hacer resaltar en obras cristianas clásicas. Hay peligros latentes en nuestra misma práctica de la vida cristiana, y también en nuestras relaciones con otras personas en este mundo. Al examinar su propia experiencia y, todavía más, al leer las biografías de los siervos de Dios, descubrirán que muchos han pasado por dificultades, y muchos se han encontrado por un tiempo llenos de amargura, y han perdido su experiencia de gozo y felicidad de la vida cristiana, porque se han olvidado de alguno de los dos aspectos. Como veremos, hay personas que están equivocadas en su vida religiosa, y hay otras que parecen andar bien en este sentido, pero que, debido a tentaciones muy sutiles en el aspecto más práctico, tienden a andar mal. Por ello, tenemos que examinar ambos aspectos. Aquí, en la enseñanza de nuestro Señor, se examinan hasta en sus detalles más mínimos.

Conviene advertir desde el comienzo mismo que este capítulo VI es muy penetrante; de hecho, podríamos incluso decir que muy doloroso. A veces me parece que es uno de los capítulos más incómodos de toda la Biblia. Hurga y examina y nos pone un espejo frente a los ojos, y no nos permite escabullimos. No hay otro capítulo que sirva mejor que éste para estimular la humillación propia y la humildad. Pero demos gracias a Dios por ello. El cristiano debería estar siempre deseoso de conocerse a sí mismo. Nadie que no sea cristiano desea verdaderamente conocerse. El hombre natural cree que se conoce, y con ello pone de manifiesto su problema básico. Elude el examinarse a sí mismo porque conocerse a sí mismo es, en último término, el conocimiento más penoso que el hombre pueda adquirir. Y aquí estamos ante un capítulo que nos sitúa frente a frente de nosotros mismos, y nos permite vernos exactamente como somos. Pero repito, gracias a Dios por ello, porque sólo el hombre que se ha visto verdaderamente a sí mismo tal como es, tiene probabilidad de acudir a Cristo, y de buscar la plenitud del Espíritu de Dios, que es el único que puede consumir los vestigios del yo y todo lo que tiende a echar a perder su vivir cristiano.

Al igual que en el capítulo anterior, en éste se enseña, en cierto sentido, por contraste con la enseñanza de los fariseos. Recuérdese que había una especie de introducción general a esto cuando nuestro Señor dijo: "Os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Al comentar este pasaje, examinamos y contrastamos la enseñanza de los escribas y fariseos con la enseñanza que debería dirigir la vida del cristiano. Ahora no se enfatiza tanto la enseñanza, sino la vida práctica, incluyendo la piedad, y toda nuestra conducta religiosa.

En esta primera parte vemos que el versículo 1 es la introducción al mensaje de los versículos 2 al 18. Sorprende de verdad caer en la cuenta del orden perfecto de este Sermón. Los que tienen aficiones musicales, y se interesan por el análisis de las sinfonías, verán que aquí hay algo todavía más maravilloso. Se propone el tema, luego viene el análisis, después del cual se vuelven a mencionar los temas y secciones particulares —los varios 'leit motifs', como se les llama— hasta que por fin se resume y sintetiza todo en una afirmación final. Nuestro Señor emplea aquí un método semejante. En el primer versículo propone el principio general que gobierna la vida religiosa del cristiano. Una vez hecho eso, pasa a darnos tres ilustraciones de ese principio, en el campo de la limosna, la oración y el ayuno. A esto se reduce en último término toda la vida y práctica religiosa de uno. Si analizamos la vida religiosa del hombre encontramos que se puede dividir en estas tres secciones, y sólo en estas tres secciones: la forma en que doy limosna, la naturaleza de mi vida de oración y contacto con Dios, y la forma en que mortifico la carne. Se debe señalar de nuevo, sin embargo, que estas tres no son sino ilustraciones. Nuestro Señor ilustra lo que ha afirmado como principio general, en la misma forma en que lo hizo en su exposición de la ley en el capítulo 5.

El principio fundamental se propone en el versículo primero. "Guardaos de hacer vuestra justicia (o, si se prefiere, vuestra piedad) delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" La palabra 'justicia' dirige los tres aspectos de la vida justa. Primero examinamos la piedad misma, luego pasamos a considerar las distintas manifestaciones de la piedad. El principio general de éste: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" Examinemos esto en una serie de principios subsidiarios.

El primero de ellos es éste — la índole delicada de la vida cristiana. La vida cristiana es siempre un asunto de equilibrio y serenidad. Es una vida que da la impresión de ser contradictoria, porque parece ocuparse al mismo tiempo de dos cosas que se excluyen mutuamente. Leemos el Sermón del Monte y nos encontramos con esto: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!" Luego leemos: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos." El que lee esto dice, "Bien, ¿qué he de hacer? Si he de hacerlo todo en secreto, si no he de ser visto de los hombres, si he de orar en mi aposento con la puerta cerrada, si he de lavarme y ungirme el rostro para que nadie se dé cuenta de que estoy ayunando, ¿cómo sabrán los hombres que estoy haciendo estas cosas? ¿Cómo podrán ver la luz que resplandece en mí?"

Estamos, claro está, sólo ante una contradicción superficial. Advirtamos la forma de la primera afirmación: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos!" En otras palabras, no hay contradicción, sino que se nos invita a hacer ambas cosas al mismo tiempo. El cristiano ha de vivir de tal forma que cuando los hombres lo miren y vean la clase de vida que lleva, glorifiquen a Dios. Al mismo tiempo debe recordar siempre que no está haciendo estas cosas para atraer la atención sobre sí mismo. No debe desear que los hombres lo miren, nunca ha de ser auto consciente. Claro está que este equilibrio es sutil y delicado; a menudo

nos inclinamos hacia un extremo o hacia el otro. Los cristianos tienden, ya hacia la gran ostentación, ya hacia convertirse en monjes y eremitas. Al examinar la larga historia de la iglesia cristiana a través de los siglos, se ve de inmediato la presencia de este gran conflicto. Los cristianos, o bien se han mostrado ostentosos, o bien han tenido tanto temor del yo y de la auto-glorificación que se han apartado del mundo. Pero el pasaje nos invita a evitar ambos extremos. Es una vida delicada, es una vida sensible; pero si la enfocamos en una forma adecuada y bajo la dirección del Espíritu Santo, se puede mantener el equilibrio. Claro que si tomamos sólo estas cosas como reglas que hemos de poner en práctica, algo andará mal, ya hacia un lado, ya hacia otro. Pero si comprendemos que lo que importa es el gran principio, el espíritu de la acción, entonces no caeremos en el error; ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda. Nunca olvidemos que el cristiano ha de atraer la atención hacia sí mismo, y sin embargo a la vez no ha de atraer la atención sobre sí mismo. Esto se verá con más claridad a lo largo de la exposición.

El segundo principio subsidiario es que la elección última es siempre la elección entre agradarse a sí mismo y agradar a Dios. Esto puede sonar como muy elemental, pero parece necesario subrayarlo por la razón siguiente. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos." "Claro, entonces —quizá pensemos— la elección es entre agradar a los hombres y agradar a Dios." Yo sugiero que no es ésta la elección: la elección final es entre agradarse a uno mismo y agradar a Dios, y ahí es donde entra la sutileza del problema. En último término, la única razón que tenemos para agradar a los que nos rodean es que queremos agradarnos a nosotros mismos. Nuestro deseo verdadero no es realmente agradar a los demás; deseamos agradarles porque sabemos que si lo hacemos, tendrán mejor opinión de nosotros. En otras palabras, nos agradamos a nosotros mismos y lo único que nos preocupa es la complacencia propia. Ahí se ve el carácter insidioso del pecado. Lo que parece ser desinteresado quizá no sea sino una forma muy sutil de egoísmo. Según nuestro Señor, se resume en esto: el hombre por naturaleza desea la alabanza de los demás más que la alabanza de Dios. Al desear la alabanza de los hombres, lo que realmente le preocupa es la opinión buena de sí mismo. En último análisis siempre se reduce a esto, o nos agradamos a nosotros mismos o agradamos a Dios. Es un pensamiento muy solemne, pero cuando comenzamos a examinarnos a nosotros mismos y vemos los motivos de nuestra conducta, es fácil estar de acuerdo en que todo se reduce a esto.

Esto nos conduce al siguiente principio subsidiario que quizá sea el fundamental. Lo más importante para todos nosotros en esta vida, es caer en la cuenta de nuestra relación con Dios. Casi siente uno el deseo de pedir perdón por hacer tal afirmación y, sin embargo, sugiero que la causa mayor de todos nuestros fracasos es que olvidamos constantemente nuestra relación con Dios. Nuestro Señor lo dice de la siguiente forma. Deberíamos caer en la cuenta de que el objeto supremo de la vida habría de ser agradar a Dios, agradarle sólo a El, agradarle siempre y en todo. Si este es nuestro objetivo, no podemos equivocarnos. Ahí se ve, desde luego, la característica más notoria de la vida de nuestro Señor Jesucristo. ¿Hay algo en su vida que se destaque más claramente que esto? Vivió totalmente para Dios. Incluso dijo que las palabras que pronunciaba no eran suyas y que las obras que hacía eran las obras que el Padre le había encargado que hiciera. Toda su vida se dedicó a glorificar a Dios. Nunca pensó en sí mismo; nada hizo para sí mismo; no se impuso a sí mismo. Lo que se nos dice de él es esto, "La caña cascada no quebrará, y el

**pabulo que humea no apagará". No levantó la voz. En cierto sentido parece como si hubiera tratado de no ser visto, de esconderse. Se nos dice de él que no pudo ocultarse, pero pareció estar siempre tratando de hacerlo. Hubo una ausencia total de ostentación. Vivió por completo, siempre y sólo para la gloria de Dios. Lo dijo constantemente de diversas formas: "No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió!" Y en forma negativa lo dijo así: "¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?" De hecho lo que dice es lo siguiente: "En esto consiste vuestro problema. Estáis demasiado preocupados por el hombre. Si pusierais los ojos sólo en la gloria y honor de Dios, entonces todo iría bien."**

**La segunda cosa que tenemos que recordar en relación con esto, es que siempre estamos en la presencia de Dios. Siempre estamos ante sus ojos. Ve todas nuestras acciones, incluso nuestros mismos pensamientos. En otras palabras, si alguien cree en poner textos en lugares bien visibles, sobre el escritorio o en la pared de la casa, no hay texto mejor que éste: "Tú, Dios, me ves". Está en todas partes. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres." ¿Por qué? "De otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos!" Él lo ve todo. Conoce el corazón; las otras personas no lo conocen. Uno puede engañarlas, puede convencerlas de que se es desinteresado; pero Dios conoce el corazón. "Vosotros", dijo nuestro Señor a los fariseos una tarde, "vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación." Ahora bien, es obvio que éste es un principio fundamental para toda nuestra vida. A veces pienso que no hay una forma mejor de vivir, de tratar de vivir, la vida santa, que recordando constantemente esto. Cuando nos levantamos por la mañana deberíamos recordar de inmediato que estamos en presencia de Dios. No estaría mal decirnos a nosotros mismos antes de seguir adelante: "durante todo este día, todo lo que haga, diga, trate, piense e imagine, lo haré bajo la mirada de Dios. Dios estará conmigo; lo ve todo, lo sabe todo. No puedo hacer ni intentar nada sin que Dios esté plenamente consciente de ello. "Tú, Dios, me ves". Si siempre hiciéramos esto, nuestra vida cambiaría por completo.**

**En cierto sentido, la mayor parte de los libros que se han escrito acerca de la vida devocional se concentran en esto. Si queremos vivir esta vida plenamente, tenemos que aprender que hay que dominarse y hablar consigo mismo. Esto es lo fundamental, lo más importante de todo: que estamos siempre en la presencia de Dios. Él lo ve todo y lo sabe todo, y no podemos eludir su mirada. Los hombres que escribieron los Salmos eran conscientes de ello, y hay ejemplos de exclamaciones desesperadas como éstas: ¿Y a dónde huiré de tu presencia? No puedo escapar de ti. Allí estás tú «si en el Seol hiciere mi estrado... si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar...» No puedo escapar de ti! Si pudiéramos recordar esto, desaparecería la hipocresía, la adulación propia y todas las culpas que tenemos por sentirnos superiores a los otros; todo desaparecería inmediatamente. Es un principio cardinal el aceptar el hecho de que no podemos eludir la mirada de Dios. En este asunto de la elección final entre uno mismo y Dios, debemos recordar siempre que El lo sabe todo acerca de nosotros. "Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta." Conoce los pensamientos e intenciones del corazón. Puede llegar hasta la entraña misma y hacer la disección del alma y del espíritu. Nada queda oculto a sus ojos. Hemos de partir de este postulado.**

Si todos practicáramos esto, sería revolucionario. Estoy completamente seguro de que empezaría de inmediato un avivamiento espiritual. Sería muy distinta, tanto la vida de la iglesia, como la vida de cada individuo. Pensemos en todas las simulaciones y fingimientos, en todo lo que hay de indigno en nosotros. ¡Si cayéramos en la cuenta de que Dios lo ve todo, está consciente de todo, lo graba todo! Ésta es la enseñanza de la Biblia, y éste es el método que tiene de predicar la santidad —no ofrecer a la gente experiencias maravillosas que resuelven todos los problemas. Es sólo caer en la cuenta de que siempre estamos en la presencia de Dios. Porque el hombre que parte de esta base muy pronto acudirá a Cristo y su cruz, y pedirá ser lleno del Espíritu Santo.

El siguiente principio subsidiario se refiere a la recompensa. Esta cuestión de la recompensa parece turbar a las personas, y sin embargo nuestro Señor hace constantemente observaciones como las de los versículos 1 y 4. En ellos, indica que está muy bien buscar la recompensa que Dios da. Dice, "De otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos."

Si hacéis lo justo, entonces "tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público!" Hacia principios del siglo (ahora ya no se oye tanto) algunos enseñaban que se debería vivir la vida cristiana por sí misma, y no por la recompensa. Es algo tan bueno en sí mismo y por sí mismo que no debería buscarse ningún otro motivo, como el deseo del cielo o el temor del infierno. Deberíamos ser desinteresados y altruistas. A menudo se enseñaba esto en forma de historia e ilustración. Un pobre caminaba un día por un camino llevando en una mano un cubo de agua y en la otra un recipiente lleno de fuego. Alguien le preguntó qué iba a hacer con esas cosas, y contestó que iba a quemar el cielo con el recipiente de fuego y apagar el infierno con el cubo de agua, pues ninguno de los dos le interesaba en absoluto. Pero la enseñanza del Nuevo Testamento no es ésta. El Nuevo Testamento quiere que veamos como algo bueno el deseo de ver a Dios. Eso es el summum bonum. "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios." Es un deseo justo y legítimo, es una ambición santa. Se nos dice lo siguiente acerca del Señor mismo: "El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (He. 12:2). Y se nos dice de Moisés que hizo lo que hizo porque tenía los ojos puestos 'en el galardón'. Era perspicaz. ¿Por qué las personas de cuyas vidas nos habla Hebreos 11 vivieron la vida que vivieron? La respuesta es ésta —vieron ciertas cosas en la lejanía, buscaban 'la ciudad que tiene fundamentos', tenían puestos los ojos en ese objetivo último.

El deseo de la recompensa es legítimo y el Nuevo Testamento incluso lo estimula. El Nuevo Testamento nos enseña que habrá un 'juicio de recompensa'. Habrá quienes reciban muchos azotes, y quienes reciban pocos. Se juzgarán las acciones de todo hombre para ver si son de madera o heno, plata u oro. Serán juzgadas todas vuestras acciones. "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo!" Deberíamos interesarnos, por tanto, por este asunto de la recompensa. No hay nada malo en ello, con tal que lo que se desee sea la recompensa de la santidad, la recompensa de estar con Dios.

El segundo punto acerca de la recompensa es éste: No reciben recompensa de Dios los que la buscan de los hombres. Este pensamiento es aterrador pero es una

afirmación absoluta. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos." Si se ha recibido la recompensa de los hombres en cualquier aspecto, no se recibirá nada de Dios. Permítanme plantear este pensamiento en una forma brutal. Si al predicar este evangelio lo que me preocupa es lo que los demás piensen acerca de mi predicación, en este caso lo único que me va a reportar es esto último, y nada de Dios. Es algo absoluto. Si uno busca recompensa de los hombres la obtendrá, pero no obtendrá nada más. Examinemos a la luz de este pensamiento nuestra vida religiosa, pensemos en todo el bien que hemos hecho en el pasado. ¿Cuánto nos queda que vaya a venirnos de Dios? Es un pensamiento aterrador.

Esos son los principios respecto a la afirmación general. Examinemos ahora con brevedad lo que nuestro Señor dice acerca de este asunto concreto con respecto al dar limosna. Es consecuencia necesaria de los principios que han quedado establecidos. Dice que no hay una forma buena y una forma equivocada de dar limosna. Dar limosna, desde luego, significa ayudar a las personas, darles una mano en caso de necesidad, dar dinero, tiempo, o cualquier otra cosa que vaya a ayudar a los demás.

La forma equivocada de hacerlo, es anunciarlo. "Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti." Claro que no hacían esto en realidad; nuestro Señor emplea una metáfora. Contrataban un pregonero para que fuera delante de ellos diciendo: "Miren todos lo que este hombre hace." La forma equivocada de hacer estas cosas es proclamarlas, atraer la atención sobre ellas. Podríamos dedicar mucho tiempo a mostrar las formas sutiles en que se puede hacer esto. Permítaseme una ilustración. Recuerdo a una señora que se sintió llamada de Dios para comenzar una cierta obra, y se sintió llamada a hacerlo 'por fe', según se dice. No tenía que haber ni colecta ni petición de fondos. Decidió comenzar esta obra con un servicio de predicación y se me dio a mí el privilegio de predicar en este servicio. A mitad de la reunión, cuando llegaron los anuncios, esta buena señora durante diez minutos le contó a la congregación que iba a realizarse esta obra completamente 'por fe', que no se iba a hacer ninguna colecta, que no creía ni en colectas ni en pedir dinero, y así sucesivamente. ¡Creo que fue la forma más efectiva de pedir fondos que haya oído en mi vida! No quiero decir que fuera deshonesto; estoy seguro de que no lo era, pero sí que era muy aprensiva. Y debido al espíritu de temor, también nosotros podríamos hacer cosas semejantes en forma totalmente inconsciente. Hay una forma de decir que uno no anuncia estas cosas, que significa precisamente que uno las está anunciando. ¡Qué sutil es! Todos conocemos al tipo de hombre que dice: "desde luego no creo en anunciar el número de conversos cuando asumo la responsabilidad de predicar. Pero, después de todo, el Señor debe ser glorificado, y si la gente no se entera de los números, bueno, ¿cómo pueden dar gloria a Dios?" O bien, "No me gustan esos largos informes con ocasión de la fiesta de mi aniversario, pero si Dios debe ser glorificado ¿cómo lo hará la gente si no...?" Se ve fácilmente la sutileza. No es que siempre haya un pregonero obvio. Pero cuando examinamos realmente nuestro corazón vemos que hay formas sutiles de hacer la misma cosa. Bien, esta es la forma equivocada y la consecuencia de ello es: "De cierto os digo que ya tienen su recompensa." La gente alaba y dice, "Qué maravilloso, qué estupendo; espléndido ¿verdad?" Ya tienen su recompensa, consiguen la alabanza. Su nombre aparece en el periódico; se escriben artículos acerca de ellos; se habla mucho de ellos; la

**gente escribe sus obituarios; lo consiguen todo. Pobres hombres, eso es todo lo que van a conseguir; de Dios no conseguirán nada. Ya consiguieron la recompensa. Si es eso lo que buscaban, ya lo tienen; y son muy dignos de compasión.**

**Deberíamos orar mucho por ellos, deberíamos sentir mucho pesar por ellos. ¿Cuál es el modo justo? El modo justo, dice nuestro Señor, es éste. "Cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público." O sea, no anuncies a otros en ninguna forma lo que haces. Esto es obvio. Pero hay algo menos obvio: no te lo anuncies ni siquiera a ti mismo. Esto es difícil. Para algunas personas no resulta difícil el no anunciárselo a otros. Me parece que cualquier persona con una cantidad mínima de decencia, más bien desprecia al hombre que hace alarde de sí mismo. Lo encuentra patético; es triste ver a los hombres hacer alarde de sí mismos. Sí, pero lo que es muy difícil es no enorgullecerse de uno mismo por no ser así. Uno puede despreciar ese tipo de cosas, uno puede descartarlo. Sí, pero si eso lo conduce a decirse a sí mismo: "Doy gracias a Dios por no ser así", de inmediato se convierte uno en fariseo. Esto es lo que decía el fariseo, "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres... ni aun como este publicano." Fijémonos en que nuestro Señor no se contenta con decir que uno no debe llevar un pregonero delante para anunciarlo al mundo; sino que ni siquiera se lo debe decir a sí mismo. Su mano izquierda no debe saber lo que hace su mano derecha. En otras palabras, una vez hecha la cosa en secreto, uno no toma la libreta de notas y escribe: "Bien, he hecho eso. Desde luego que no se lo he dicho a nadie que lo haya hecho!" Pero pone una señal más en la columna especial donde se enumeran los méritos excepcionales. De hecho, nuestro Señor dijo: "No llevéis libros de esta clase; no mantengáis anaqueles espirituales; no llevéis la contabilidad de ganancias y pérdidas en la vida; no escribáis un diario en este sentido; olvidaos de todo. Haced las cosas como vienen, movidos por Dios y guiados por el Espíritu Santo, y luego olvidaos de todo!" ¿Cómo se puede hacer esto? Sólo hay una respuesta, y es que deberíamos tener un amor tal por Dios que no tuviéramos tiempo de pensar en nosotros mismos. Nunca nos liberaremos del yo si nos concentramos en él. La única esperanza es estar tan consumidos por el amor, que no tengamos tiempo de pensar en nosotros mismos. En otras palabras, si deseamos poner en práctica esta enseñanza, debemos contemplar a Cristo muriendo en la cumbre del Calvario, pensar en su vida y en todo lo que sufrió, y al contemplarlo a él, caer en la cuenta de lo que ha hecho por nosotros.**

**¿Y cuál es la consecuencia de todo esto? Es algo espléndido. Así lo dice nuestro Señor. Afirma: 'No se debe llevar la cuenta, Dios la lleva. El lo ve todo y lo registra todo, y ¿sabéis qué hará? Os recompensará ante los ojos de todos! Somos verdaderamente necios si llevamos cuenta de nuestros actos, sin percibir que si lo hacemos no recibiremos recompensa de Dios. Pero si nos olvidamos de todo y lo hacemos todo para agradarle, al final descubriremos que Dios sí ha llevado la cuenta. Nada de lo que hayamos hecho caerá en el olvido, nuestras acciones más mínimas serán recordadas. ¿Recordamos lo que dijo en Mateo 25? "Tuve sed, y me disteis de beber;... estuve... en la cárcel, y vinisteis a mí!" Y ellos dirán, "Señor, ¿cuándo hicimos todo esto? No recordamos haberlo hecho." "Desde luego que lo habéis hecho", responderá, "está en el Libro". Él lleva los libros. Debemos dejarle las cuentas a Él. Él nos dice, "sé que lo habéis hecho todo en secreto; pero os recompensaré abiertamente". Quizá no os recompense abiertamente en este mundo, pero tan cierto como que tenéis vida, que os recompensaré abiertamente**

en el gran día cuando los secretos de todos los hombres quedarán de manifiesto, cuando se abrirá el gran Libro, cuando se anunciará ante todo el mundo la sentencia final. Todos los detalles de lo que habéis hecho para la gloria de Dios serán anunciados y proclamados y se os atribuirá el mérito, el honor y la gloria. Os recompensaré abiertamente y os diré, "Bien hecho, siervo fiel y prudente; ... entra en el gozo de tu Señor!"

Mantengamos los ojos puestos en la meta, recordemos que estamos siempre en la presencia de Dios, y vivamos sólo para agradecerle.

## **CAPITULO 37**

# **Tesoros en la Tierra y en el Cielo**

El tema de esta sección del Sermón del Monte es, como se recordará, la relación del cristiano con Dios en cuanto Padre suyo. Nada hay más importante que esto. El gran secreto de la vida, según nuestro Señor, es vernos a nosotros mismos y considerarnos siempre como hijos de nuestro Padre celestial. Si lo hacemos, nos veremos librados de inmediato de dos de las tentaciones principales que nos asedian a todos en la vida.

Estas tentaciones nos las presenta así. La primera es la tentación muy sutil que asedia a todo cristiano en el asunto de su piedad personal. Como cristiano tengo una vida privada, personal, de devoción. A este respecto nuestro Señor dice que lo único que importa, y lo único que he de considerar, es que los ojos de Dios están puestos en mí. No me debe importar lo que la gente diga, ni me debo interesar por mí mismo. Si doy limosna, no debo darla para que los otros me alaben. Lo mismo se aplica a la oración. No debo querer dar la impresión de que soy un gran hombre de oración. Si lo hago, de nada sirve. No me debo interesar por lo que la gente piense de mí como hombre de oración. El Señor nos llama la atención sobre todo esto. Debo orar como quien está en la presencia de Dios. Los mismos principios se aplican a la cuestión del ayuno; y se recordará como los examinamos en detalle en el capítulo tercero. Estas consideraciones nos han conducido al final del versículo 18 de Mateo 6.

Ahora llegamos al versículo 19 en el que nuestro Señor inicia el segundo aspecto de este gran tema, a saber, el cristiano que vive su vida en este mundo en relación con Dios como Padre suyo, envuelto en sus problemas, lleno de preocupaciones, tensiones y presiones. Es, de hecho, todo el problema de lo que tan a menudo en la Biblia se ha llamado 'el mundo'. Frecuentemente decimos que el cristiano en esta vida tiene que enfrentarse con el mundo, la carne y el demonio; y nuestro Señor utiliza esta descripción triple de nuestro problema y conflicto. Al tratar de esta cuestión de la piedad personal, se ocupa primero de las tentaciones que provienen de la carne y del demonio. El demonio vigila mucho cuando alguien es piadoso, cuando alguien se ocupa en manifestar su piedad. Una vez tratado esto, nuestro Señor pasa a mostrar que hay otro problema, el problema del mundo mismo.

Ahora bien, ¿qué quiere decir la Biblia con la expresión 'el mundo'? No quiere decir el universo físico, o simplemente todo el conjunto de personas; significa una perspectiva y una mentalidad, significa una forma de ver las cosas, una forma de ver la vida toda. Uno de los problemas más delicados de los que tiene que ocuparse el cristiano es este de su relación con el mundo. Nuestro Señor subraya a menudo que no es fácil ser cristiano. Él mismo durante su visita terrenal se vio tentado por el diablo. También tuvo que hacer frente al poder y sutileza del mundo. El cristiano se encuentra en la misma posición. Hay ataques que le llegan cuando está solo, en privado; hay otros que le llegan cuando está en el mundo. Obsérvese el orden que utiliza nuestro Señor. Es muy significativo. Uno se prepara a sí mismo en el secreto de su propia habitación. Uno ora y hace otras cosas —ayunar, dar limosna, obras buenas que se hacen sin que nadie se entere—. Pero también hay que vivir la vida en el mundo. El mundo hará todo lo que pueda para derrotarlo, hará todo lo que pueda para echar a perder su vida espiritual. Por esto hay que estar muy atentos. Es una lucha de fe, y se necesita toda la armadura de Dios, porque si uno no la tiene, quedará derrotado. "No tenemos lucha contra carne y sangre!" Es una lucha seria, es un conflicto violento.

Nuestro Señor enseña que este ataque del mundo, o esta tentación de la mundanalidad, generalmente asume dos formas principales. En primer término, puede haber un amor declarado por el mundo. En segundo lugar, puede haber ansiedad, un espíritu de preocupación ansiosa respecto al mismo. Veremos que nuestro Señor muestra que ambos son igualmente peligrosos. Se ocupa del amor por el mundo desde el versículo 19 al 24, y del problema de verse dominado por la ansiedad y preocupación por las cosas del mundo, a su vida y a todos sus asuntos, desde el versículo 29 hasta el final del capítulo.

Debemos recordar, sin embargo, que sigue ocupándose de ambos aspectos del problema en función de nuestra relación hacia nuestro Padre celestial. Así pues, al adentrarnos en los detalles de su enseñanza, nunca debemos olvidar los grandes principios de lo gobiernan todo. Debemos tener sumo cuidado de no reducir esta enseñanza a una serie de reglas y normas. Si lo hiciéramos, caeríamos de inmediato en el error del monasticismo. Hay algunas personas tan preocupadas por los cuidados y asuntos de esta vida, que sólo pueden hacer una cosa: apartarse de todo. Por esta razón se encierran en monasterios y se hacen monjes, o viven como eremitas en sus solitarias celdas. Por eso es una idea falsa que no se encuentra en ningún lugar de la Biblia; en ella se nos muestra cómo vencer al mundo permaneciendo en medio de él.

Nuestro Señor presenta primero su enseñanza a modo de afirmación radical, que es también un mandato. Establece una ley, un gran principio. Y una vez dado el principio, en su infinita bondad y condescendencia, nos ofrece varias razones y consideraciones que nos ayudarán a poner en práctica el mandato. Al leer palabras como éstas, no cabe duda de que debemos sentirnos sorprendidos ante tanta condescendencia. Tiene derecho a establecer leyes sin más; pero nunca lo hace así. Establece la ley, nos da el principio, y luego en su bondad nos da las razones, nos ofrece los argumentos que nos pueden ayudar y fortalecernos.

No hay que depender de ellos, pero son de gran ayuda y, a veces, si nuestra fe es débil, son de valor inestimable. Ante todo, pues, he aquí el mandato: "No os hagáis tesoros en la tierra... sino haceos tesoros en el cielo". Este es el mandato, esta es la

exhortación. El resto, como veremos, pertenece al campo de las razones y explicaciones. "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan!" Pero veamos ante todo la exhortación misma. Es doble: negativa y positiva. Nuestro Señor presenta la verdad de tal forma que no nos queda excusa alguna. Si cualquiera de nosotros, cristianos, al llegar al gran juicio de la recompensa, nos encontramos con que la nuestra es muy pobre, no tendremos excusa alguna.

En forma negativa, pues, dice, "No os hagáis tesoros en la tierra". ¿Qué quiere decir con esto? Ante todo debemos evitar interpretarlo sólo respecto al dinero. Ha muchos que lo han hecho, y han considerado que tal afirmación se dirige sólo a los ricos. Me parece que esto es necio. Va dirigida a todos. No dice, "No os hagáis de dinero", sino, "No os hagáis tesoros". 'Tesoros' es un término muy amplio y comprensivo. Incluye el dinero, pero no sólo el dinero. Significa algo mucho más importante. Nuestro Señor se ocupa aquí no tanto de nuestras posesiones, como de nuestra actitud hacia esas posesiones. No importa lo que el hombre pueda tener, sino lo que piensa de su riqueza, la actitud que tiene hacia ella. En sí mismo no hay nada malo en poseer riqueza; lo que puede andar mal es la relación del hombre con su riqueza. Y lo mismo se puede decir de cualquier cosa que el dinero pueda comprar.

De hecho, vamos más allá. El problema es la actitud de uno hacia la vida en este mundo. Nuestro Señor se ocupa aquí de las personas que procuran, en esta vida, su satisfacción principal, o incluso total, por medio de las cosas que pertenecen al mundo solamente. Lo que le preocupa y advierte, en otras palabras, es que el hombre no debería limitar su ambición, sus intereses y esperanzas a esta vida. Visto de esta forma, pasa a ser un tema mucho más importante que la simple posesión de dinero. Los pobres necesitan tanto como los ricos esta exhortación acerca de no hacerse tesoros en la tierra. Todos tenemos tesoros en alguna forma o manera. Quizá no sea dinero. Quizá sea el esposo, la esposa o los hijos; quizá sea algún regalo que tenemos y que tiene un valor monetario limitado. Para algunos su tesoro es la casa. También aquí se ocupa de este peligro de estar apegados a la casa, de vivir por la casa y el hogar. No importa lo que sea, o lo pequeño que sea, si lo es todo para ti, es tu tesoro, es aquello para lo cual tú vives. Ese es el peligro en contra del cual nuestro Señor nos pone sobre aviso en este pasaje.

Esto nos da una idea de lo que quiere decir con 'tesoros en la tierra', y vemos cómo es algo que casi no tiene límite. No sólo amor por el dinero, sino amor por el honor, por la posición, por la situación económica, por el trabajo en un sentido ilegítimo; sea lo que fuere, todo lo que se limita a esta vida y a este mundo. Esas son las cosas acerca de las cuales debemos tener cuidado para que no se conviertan en nuestro tesoro.

Así, llegamos a un punto muy práctico. ¿Cómo hace uno, de estas cosas, tesoros en la tierra? De nuevo, no podemos más que dar algunas indicaciones generales en cuanto a su significado. Puede querer decir vivir para atesorar y acumular la riqueza en cuanto riqueza. Muchas lo hacen así, y nuestro Señor quizá tuvo a estas personas en mente. Pero no cabe duda de que se refiriera a algo más amplio. El mandato de nuestro Señor significa evitar todo lo que se centra solamente en este mundo. Como hemos visto, lo abarca todo. Se aplica a las personas que, aunque no

estén interesadas para nada en la riqueza o el dinero, están interesadas en otras cosas que, en último término son completamente mundanas. Hay personas que a menudo han sido culpables de caídas tristes y graves en su vida espiritual debido a esto que estamos considerando. El dinero no las tienta, pero las puede tentar la posición social. Sí el demonio se les acerca para ofrecerles algún soborno material, se sonreirán. Pero si les llega con engaño, y, en conexión con su servicio cristiano les ofrece alguna posición elevada, les persuade de que su único interés es el trabajo, lo aceptan, y pronto se comienza a observar un descenso gradual en su autoridad y poder espiritual. La promoción ha causado daños sin fin en la iglesia de Dios a hombres que han sido muy honestos y sinceros, pero que no han estado vigilantes en contra de este peligro. Han estado haciéndose tesoros en la tierra sin saberlo. Su interés ha pasado, de repente, de estar centrado en agradar a Dios y en trabajar por su honor y su gloria, a estar, casi sin notarlo, centrados en sí mismos y en su dedicación al trabajo. De esta manera, puede alguien estar haciéndose tesoros en la tierra, y es algo tan sutil que incluso personas buenas pueden ser el mayor enemigo del hombre. Más de un predicador ha sido perjudicado por su propia congregación. Las alabanzas, los estímulos que le han ofrecido como hombre, casi lo han echado a perder como mensajero de Dios, y se ha vuelto culpable de hacerse tesoros en la tierra. Tiende casi inconscientemente a verse controlado por el deseo de conseguir la alabanza de su gente, y en cuanto esto sucede, ese hombre está haciéndose tesoros en la tierra. Los ejemplos son casi inagotables. Estoy tratando simplemente de ofrecer alguna indicación del ámbito de este mandato sorprendente. "No os hagáis tesoros en la tierra!" Cualquiera que sea la forma que adopte, lo que importa es el principio.

Examinemos ahora el aspecto positivo del mandato, "Haced tesoros en el cielo". Es muy importante que seamos muy claros en cuanto a esto. Algunos lo han interpretado en el sentido de que nuestro Señor enseña que el hombre puede alcanzar su propia salvación. "Tesoros en el cielo", dicen, "significa la salvación del hombre y su destino eterno. Por consiguiente, ¿acaso nuestro Señor no está exhortando al hombre a que dedique toda su vida a asegurarse el destino eterno?" Es evidente que están equivocados. Esto sería negar la gran doctrina del Nuevo Testamento de la justificación por la fe solamente. Nuestro Señor no puede querer decir esto, porque se está dirigiendo a personas en quienes se cumplen las Bienaventuranzas. Es el hombre pobre de espíritu, el que no tiene nada, el que es bienaventurado. Es el que llora debido a su pecado el que sabe que, al final, a pesar de lo que puede haber hecho o dejado de hacer, nunca puede alcanzar su propia salvación. Esta interpretación, por consiguiente, es abiertamente errónea. ¿Qué significa, pues? Su significado se reitera en muchos otros lugares de la Biblia; nos ayudarán a entender esta enseñanza dos pasajes de la misma. El primero se encuentra en Lucas 16 donde nuestro Señor cita el caso del administrador injusto, el hombre que utilizó en forma hábil su posición. Recordarán que lo resume así. "Ganad amigos," dice, "por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas!" Nuestro Señor enseña que los hijos de este mundo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz. Se aseguran sus propios fines. Ahora bien, dice nuestro Señor, voy a tomar esto como principio y aplicároslo a vosotros. Si tenéis dinero, usadlo mientras estáis en este mundo para que cuando lleguéis a la gloria, las personas que se beneficiaron del mismo estén allí para recibirlos.

El apóstol Pablo lo explica en 1 Timoteo 6:17-19; "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna!" En otras palabras, si uno ha recibido la bendición de las riquezas, que las utilice de tal forma en este mundo que vaya edificándose un balance favorable para el venidero. Nuestro Señor dice exactamente lo mismo al final de Mateo 25, donde habla acerca de las personas que le dieron de comer cuando tuvo hambre y que lo visitaron en la cárcel. Estos preguntan, "¿Cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos?... ¿o cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?" Y dice el Señor, "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis." No caéis en la cuenta de ello, pero al hacer buenas obras en favor de estas personas, habéis estado edificando para el cielo, donde recibiréis la recompensa y entraréis en el gozo de su Señor.

Este es el principio que Él subraya constantemente. Dijo a sus discípulos, después de su encuentro con el joven rico, "¡Cuan difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!". Es este confiar en las riquezas, es esta fatal autoconfianza, que le hace imposible a uno ser pobre de espíritu. O también, como lo dijo a la gente una tarde cuando afirmó, "Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece". Esta es la idea que quiso decir con "haceos tesoros en el cielo".

¿Cómo podemos hacerlo en la práctica? Lo primero es tener una perspectiva justa de la vida, y sobre todo una perspectiva adecuada de 'la gloria'. Tal es el principio con el cual comenzamos. El gran hecho que nunca debemos perder de vista es que en esta vida somos solamente peregrinos. Andamos en este mundo bajo la vigilancia de Dios, en dirección hacia Dios y hacia nuestra esperanza eterna.

Ese es el principio. Si siempre pensamos acerca de nosotros mismos de esta forma, ¿cómo podemos desviarnos? Entonces todo encajará bien. Este es el gran principio que se enseña en Hebreos 11. Los hombres poderosos, los grandes héroes de la fe tenían un sólo propósito. Andaban "como viendo al Invisible". Decían que eran "extranjeros y peregrinos en la tierra", se dirigían hacia la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por eso cuando Dios llamó a Abraham, éste respondió. Dios se volvió a un hombre como Moisés que tenía grandes posibilidades en la corte egipcia, y le mandó que lo abandonara todo para convertirse en miserable pastor durante cuarenta años, y Moisés obedeció, "porque tenía puesta la mirada en el galardón". Y así todos los demás. ¿Qué hizo que Abraham estuviera dispuesto a sacrificar a su amado hijo Isaac? ¿Qué hizo a todos los otros héroes de la fe estar dispuestos a hacer las cosas que hicieron? Fue que deseaban una patria "mejor, esto es, celestial".

Siempre hay que comenzar con ese gran principio. Si tenemos una idea adecuada de nosotros mismos en este mundo como peregrinos, como hijos de Dios que van hacia su Padre, todas las cosas se ven en la perspectiva adecuada. De inmediato tendremos una idea adecuada de nuestros dones y de nuestras posesiones. Comenzamos a pensar en nosotros mismos como administradores que deben dar cuenta de todo. No somos los poseedores permanentes de estas cosas. No importa que sea dinero o inteligencia o nosotros mismos o nuestra personalidad o

cualquier don que podamos poseer. El hombre mundano piensa que es él quien lo posee todo. Pero el cristiano comienza diciendo, "no soy el poseedor de estas cosas, las tengo solamente en depósito, y en realidad no me pertenecen. No puedo llevar las riquezas conmigo, no puedo llevar mis dones conmigo. No soy sino el guarda de estas cosas". Y de inmediato se plantea la gran pregunta: "¿Cómo puedo utilizar estas cosas para la gloria de Dios? Es a Dios a quien tengo que dar cuenta, es Dios ante quien tengo que presentarme, es Él quien es mi juez eterno y mi Padre. A Él tendré que dar cuenta de la administración de todas las cosas con que me ha bendecido!" "Por consiguiente", se dice el cristiano a sí mismo, "debo tener cuidado de cómo uso estas cosas, y mi actitud hacia ellas. Debo hacer todas las cosas que me dice que haga a fin de agradarle!"

He ahí pues la forma en que podemos hacernos tesoros en el cielo. Todo se reduce a la pregunta de cómo me veo a mí mismo y de cómo veo mi vida en este mundo. ¿Me digo todos los días de la vida que este día no es sino un hito más que paso, y que nunca volverá a presentármeme? Ese es el gran principio del que siempre debo acordarme —que soy hijo del Padre, colocado aquí para Él, no para mí mismo. No escogí venir; no me he puesto yo mismo aquí; en todo ello hay un propósito. Dios me ha dado el gran privilegio de vivir en este mundo, y si me ha dotado de bienes, tengo que darme cuenta de que, si bien en un cierto sentido todas estas cosas son mías, en último término, como Pablo muestra al final de 1 Corintios 3, son de Dios. Por consiguiente, al verme a mí mismo como alguien que tiene este gran privilegio de ser administrador de Dios, su custodio y guarda, no me apego a estas cosas. No se convierten en el centro de mi vida y existencia. No vivo para ellas ni me ocupo de ellas constantemente; no absorben mi vida. Por el contrario, las tengo como quien no las tiene; vivo en un estado de desapego de las mismas. No me dominan ellas, sino que yo las domino; y al hacer esto voy asegurándome, voy haciéndome "tesoros en el cielo".

"¡Pero qué perspectiva tan egoísta!", dice alguien. Mi respuesta es que no estoy sino obedeciendo la exhortación del Señor Jesucristo. Él nos dice que nos hagamos tesoros en el cielo, y los santos siempre lo han hecho así. Creían en la realidad de la gloria que les esperaba. Esperaban alcanzarla y su único deseo era disfrutarla en toda su perfección y plenitud. Si deseamos seguir sus pasos y disfrutar de la misma gloria, es mejor que escuchemos la exhortación de nuestro Señor, "No os hagáis tesoros en la tierra... sino haceos tesoros en el cielo"

## **CAPITULO 38**

### **Dios o las Riquezas**

En nuestros análisis de los versículos 19-24 hemos visto que nuestro Señor ante todo establece un mandamiento, «No os hagáis tesoros en la tierra... sino haceos tesoros en el cielo.» En otras palabras, nos dice que hemos de vivir de tal forma en este mundo, y utilizar de tal manera todo lo que tenemos, ya sean posesiones, dones, talentos, o inclinaciones, que vayamos haciéndonos tesoros en el cielo.

Luego una vez dado el mandamiento, nuestro Señor pasa a ofrecernos razones para cumplirlo. Quisiera recordarles de nuevo que aquí tenemos una ilustración de

la maravillosa condescendencia y comprensión de nuestro bendito Señor. No necesita darnos razones. Lo propio de Él es mandar. Pero se inclina ante nuestra debilidad, poderoso como es, y viene en nuestra ayuda dándonos estas razones para cumplir su mandamiento. Lo hace de una forma muy especial. Detalla las razones y nos las somete a consideración. No nos da simplemente una, nos da una serie. Lo elabora en una serie de proposiciones lógicas, y, desde luego, no puede haber ninguna duda de que lo hace así, no sólo porque ansia ayudarnos, sino también, y quizá todavía más, debido a la gravedad trascendental del tema del cual se ocupa. De hecho, veremos que este es uno de los asuntos más serios que se puedan examinar.

También debemos recordar que estas palabras fueron dirigidas a personas cristianas. Lo que aquí dice nuestro Señor no es para el incrédulo en el mundo; la advertencia que da es para el cristiano. Nos hallamos aquí ante el tema de la mundanalidad, o mentalidad mundana, y todo el problema del mundo; pero debemos dejar de pensar en él en función de las personas que están en el mundo. Este es el peligro específico de los cristianos. En estos momentos nuestro Señor se ocupa de ellos y de nadie más. Podría alguien argüir, si quisiera, que si todo esto se aplica al cristiano, entonces es mucho más aplicable al no cristiano. La deducción anterior es perfectamente admisible. Pero no hay nada tan fatal y trágico como pensar que palabras como éstas no se nos aplican a nosotros porque somos cristianos. De hecho, esas palabras son quizá las más apremiantes que los cristianos de esta época necesitan. El mundo es tan sutil, la mundanalidad es algo tan penetrante, que todos somos culpables de ella, y a menudo, sin darnos cuenta de que así sucede. Tendemos a dar el nombre de mundanalidad sólo a algunas cosas, y siempre a cosas de las que no somos culpables. En consecuencia, argumentamos que esto no se refiere a nosotros. Pero la mundanalidad lo penetra todo, y no se limita a ciertas cosas. No significa simplemente el ir a teatros o cines, o hacer algunas pocas cosas de esta clase. No, la mundanalidad es una actividad hacia la vida. Es una perspectiva general, y es tan sutil que puede incluso afectar a las cosas más santas, como vimos antes.

Podríamos hacer una breve digresión y examinar el tema desde el punto de vista del gran interés político de este país, sobre todo, por ejemplo, en tiempos de elecciones generales. ¿Cuál es, en último término, el verdadero interés? ¿Cuál es la cosa verdadera por la que están preocupadas las personas de ambos bandos y de todos los grupos? Están interesados por 'tesoros en la tierra', ya sean las que poseen tesoros o los que les gustaría tenerlos. Todos están interesados en los tesoros, y es sumamente instructivo escuchar lo que dice la gente, y observar como se traicionan a sí mismos y ponen de manifiesto la mundanalidad de la que son culpables y la forma en que se hacen tesoros en la tierra. Para ser prácticos (y si la predicación del evangelio no es práctica, no es verdadera predicación), hay una prueba muy sencilla que nos podemos hacer a nosotros mismos para ver si estas cosas se nos aplican o no. Cuando en la época de elecciones generales se espera de nosotros que decidamos entre los candidatos, ¿pensamos que un punto de vista político es completamente acertado y el otro completamente equivocado? Si es así, sugeriría que en una forma u otra nos estamos haciendo tesoros en la tierra. Si decimos que la verdad está completamente de un lado o de otro, es porque, o bien protegemos algo, o deseamos tener algo. Otra forma buena de probarnos a nosotros mismos es preguntarnos simple y honestamente por qué sostenemos los puntos de vista que tenemos. ¿Cuál es nuestro verdadero interés?

**¿Cuál es nuestro motivo? Si somos completamente honestos y sinceros con nosotros mismos, ¿qué hay realmente detrás de esos puntos de vista específicos que sostenemos? Es una pregunta muy iluminadora, si somos realmente honestos. Diría que la mayor parte descubrirán, si tratan de responder a la pregunta con honestidad, que hay algunos tesoros en la tierra que les preocupan y por los cuales están interesados.**

**Otra prueba es ésta. ¿Hasta qué punto nuestros sentimientos se hallan envueltos en ello? ¿Cuánta amargura, cuanta violencia, cuánta ira, burla y pasión? Apliquemos esa prueba, y encontraremos también que los sentimientos se excitan casi invariablemente debido a la preocupación acerca de hacerse tesoros en la tierra. Una última prueba. ¿Vemos estas cosas con una especie de despego y objetividad, o no? ¿Cuál es nuestra actitud hacia ellas? ¿Pensamos instintivamente acerca de nosotros mismos como peregrinos o simples pasajeros en este mundo quienes, desde luego, tienen que interesarse por semejantes cosas mientras están aquí? Ese interés es desde luego justo, es nuestro deber. ¿Pero cuál es en última instancia nuestra actitud? ¿Nos dominan estas cosas? ¿O nos mantenemos despegados y las examinamos objetivamente, como algo efímero, algo que no pertenece en realidad a la esencia de nuestra vida y nuestro ser, algo por lo que nos preocupamos sólo de momento, mientras pasamos por esta vida? Deberíamos hacernos esas preguntas a fin de asegurarnos si cumplimos o no este mandato de nuestro Señor. Tales son algunas de las formas en que podemos averiguar simplemente si somos o no culpables de hacernos tesoros en la tierra y de no hacérselos en el cielo.**

**Cuando pasamos a considerar los argumentos de nuestro Señor en contra de hacerse tesoros en la tierra, encontramos que el primero es un argumento que se puede muy bien describir como el argumento del sentido común, o de la observación obvia. «No os hagáis tesoros en la tierra.» ¿Por qué? Porque aquí es 'donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan'. ¿Pero por qué debería hacerme tesoros en el cielo? Porque allí es «donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones ni minan ni hurtan». Nuestro Señor dice que los tesoros mundanos no duran; que son transitorios, pasajeros, efímeros. «Donde la polilla y el orín corrompen.»**

**Cuan cierto es esto. Hay un elemento de descomposición en todas estas cosas, tanto si nos gusta como si no. Nuestro Señor lo dice en función de la polilla y el orín que tienden a penetrarlas y destruirlas. Espiritualmente, esas cosas nunca satisfacen en forma plena. Hay siempre algo que anda mal en ellas; siempre les falta algo. No hay nadie en la tierra que esté completamente satisfecho; aunque en cierto sentido unos parezcan que tienen todo lo que desean, sin embargo, desean algo más. La felicidad no se puede comprar.**

**Hay, sin embargo, otra forma de examinar el efecto de la polilla y el orín en lo espiritual. No sólo hay un elemento de deterioro en estas cosas; también es cierto que siempre tendemos a cansarnos de ellas. Las podemos disfrutar por un tiempo, pero de una forma u otra, pronto comienzan a perder el sabor o perdemos interés en ellas. Esta es la razón por la que siempre estamos hablando de cosas nuevas y buscándolas. Las modas cambian; y aunque nos mostramos muy entusiasmados acerca de algunas cosas durante un tiempo, muy pronto ya no nos interesan como antes. ¿No es cierto que a medida que pasan los años estas cosas dejan de**

satisfacernos? A las personas de edad avanzada no les suele gustar las mismas cosas que a los jóvenes, o a los jóvenes las mismas que a los ancianos. Al ir envejeciéndonos, las cosas parecen volverse diferentes, hay un elemento de polilla y orín. Podríamos incluso ir más allá y plantearlo en forma más vigorosa diciendo que hay en ellas una cierta impureza. Incluso cuando mejores son, están infectadas. Y haga uno lo que haga, no se puede librar de esta impureza; la polilla y el orín están ahí y todos los productos químicos que utilicemos no pueden detener estos procesos. Pedro dice algo magnífico a este respecto: "Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia" (2 P. 1:4). Hay corrupción en todas estas cosas terrenales: todas ellas son impuras.

Y hay algo más: todas ellas son inevitablemente perecederas. La flor más hermosa comienza a morir en cuanto uno la corta y muy pronto habrá que arrojarla. Así es en todo lo que hay en esta vida y en este mundo. No importa lo que sea, es pasajero, es perecedero. Todo lo que tiene la vida está, como resultado del pecado, sujeto a este proceso —"polilla y orín corrompen"—. Aparecen agujeros en las cosas, se vuelven inútiles, y al final se corrompen completamente. El cuerpo más perfecto llegará un momento en que ceda, muera y se descomponga, la apariencia más hermosa en cierto sentido se volverá fea cuando el proceso de corrupción se inicie; los dones más brillantes tienden a atenuarse. Aquella gran inteligencia quizá un día se tambalee en el delirio como resultado de una enfermedad. Por maravillosas y hermosas que sean las cosas, todas perecen. Por esto quizá el más triste de todos los errores en la vida es el error del filósofo, que cree en adorar la bondad, la belleza y la verdad; porque no hay tal cosa, no hay bondad perfecta ni belleza sin mezcla; hay un elemento de error, de pecado y de mentira en las verdades más elevadas. "Polilla y orín corrompen".

"Sí" dice nuestro Señor, "y ladrones minan y hurtan!" No hay que detenerse en estas cosas porque son muy obvias aunque nos cueste tanto reconocerlas. Hay muchos ladrones en esta vida y están constantemente amenazándonos. Creemos que estamos a salvo en nuestra casa; pero descubrimos que los ladrones han entrado y se lo han llevado todo. Otros merodeadores nos están amenazando siempre —enfermedad, pérdida en negocios, colapso industrial, guerras y por fin la muerte misma—. No importa la naturaleza de aquello a lo cual estamos apegados en este mundo; uno u otro de estos ladrones están siempre amenazándonos y llegará el momento en que nos lo arrebatará. No sólo es el dinero. Puede ser alguna persona para la cual esté uno realmente viviendo, en la que uno encuentra placer. Tengamos cuidado, amigos míos; hay ladrones y asaltantes que sin duda vendrán a despojarnos de estas posesiones. Tomemos nuestras posesiones por lo que son; todas están expuestas a estos ladrones, a estos ataques. Los "ladrones minan y hurtan", y no podemos impedirselo. Por ello el Señor recurre a nuestro sentido común y nos recuerda que estos tesoros mundanos nunca perduran.

Pero veamos el otro lado, el positivo. "Haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan!" Esto es maravilloso. Pedro lo expresa en una sola frase. Dice "para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (1 P. 1:4). "Las cosas que no se ven son eternas", dice San Pablo; son las que se ven las que son temporales (2Cor. 4:18). Estas cosas celestiales son imperecederas y los

ladrones no pueden entrar a robarlas. ¿Por qué? Porque Dios mismo las está cuidando para nosotros. No hay enemigo que pueda jamás robárnoslas, o que pueda entrar. Es imposible, porque Dios mismo es el custodio. Los placeres espirituales son invulnerables, están en un lugar que es inexpugnable. "Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38, 39). Además, no hay nada impuro allí, nada puede entrar que corrompa. No hay pecado allí, no hay elementos de descomposición. Es el reino de la vida eterna y de la luz eterna. "Habita en luz inaccesible", como dice el apóstol Pablo (1 Ti. 6:16). El cielo es el reino de la luz, de la vida y de la pureza, y nada que pertenezca a la muerte, nada contaminado o manchado puede entrar en él. Es perfecto; y los tesoros del alma y del espíritu pertenecen a ese reino. Hagámonoslos allí, dice nuestro Señor, porque no hay polilla ni orín, y ningún ladrón puede jamás entrar a robar.

Es un llamamiento al sentido común. ¿No sabemos acaso que estas cosas son verdad? ¿No son necesariamente verdad? ¿No lo vemos todos al vivir en este mundo? Tomemos el periódico de la mañana, examinemos las páginas mortuorias y veamos lo que sucede. Todos nosotros conocemos estas cosas. ¿Por qué en consecuencia no las practicamos y vivimos? ¿Por que nos hacemos tesoros en la tierra cuando sabemos lo que les va a suceder? ¿Y por qué no nos hacemos tesoros en los cielos donde sabemos que hay pureza y gozo, santidad y felicidad eterna?

Este, sin embargo, no es más que el primer argumento, e' argumento del sentido común. Pero nuestro Señor no se detiene ahí. Su segundo argumento se basa en el terrible peligro espiritual implicado en el hacerse tesoros en la tierra y no en los cielos. Ese es un encabezamiento general, pero nuestro Señor lo divide en ciertas subsecciones. Lo primero que nos advierte, en este sentido espiritual, es el terrible poder de las cosas terrestres en nosotros. Adviértanse los términos que emplea. Dice, "Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón!" ¡El corazón! Luego en el versículo 24 habla acerca de la mente. "Ninguno puede servir a dos señores" —y deberíamos advertir la palabra 'servir'—. Estos son los términos expresivos que emplea a fin de inculcarnos la idea del control terrible que estas cosas tienden a ejercer sobre nosotros. ¿Acaso no somos conscientes de ello en el momento en que nos detenemos a pensar? ¿La tiranía de las personas, la tiranía de mundo? Esto es algo acerca de lo cual no podemos pensar a distancia, por así decirlo. Todos estamos envueltos en ello; todos estamos bajo la garra de este poder terrible del mundo que realmente nos dominará, a no ser que estemos al tanto de ello.

Pero no solamente es poderoso; es muy sutil. Es lo que realmente ejerce el control en la mayor parte de las vidas de los hombres. ¿Nos hemos fijado en el cambio, el imperceptible cambio, que tiende a ocurrir en las vidas de los hombres a medida que triunfan y prosperan en este mundo? Esto no sucede a los que son hombres verdaderamente espirituales; pero si no lo son, sucede de forma invariable. ¿Por qué el idealismo se asocia generalmente con la juventud y no con la edad adulta y anciana? ¿Por qué los hombres tienden a hacerse más cínicos a medida que envejecen? ¿Por qué tiende a desaparecer la visión noble de la vida? Es porque todos nos convertimos en víctimas de los 'tesoros de la tierra', y si abrimos los

**ojos, lo podemos ver en la vida de los hombres. Lean biografías. Muchos jóvenes comienzan con una visión brillante; pero de una forma casi imperceptible —no que caiga en pecados brutales— se deja influir, quizá cuando está en la universidad, por una perspectiva que es esencialmente mundana. Aunque pueda ser muy intelectual, sin embargo pierde algo que era vital en su alma y espíritu. Sigue siendo una persona buena y, además, justa y sabia; pero no es el hombre que era cuando comenzó. Algo se ha perdido. Sí; este fenómeno es muy conocido: "Las sombras del mundo comienzan a cernirse cada vez más sobre el muchacho que crece". ¿Acaso no lo sabemos nosotros? Ahí está; es como una cárcel que nos encierra a menos que reaccionemos a tiempo. Este poder, esta tenaza, nos domina y nos convierte en esclavos.**

**Sin embargo, nuestro Señor no se detiene en lo general. Está tan deseoso de mostrarnos este terrible peligro que elabora su explicación en detalle. Nos dice que esta cosa tremenda que nos atenaza, tiende a afectar la personalidad entera; no sólo una parte de nosotros, sino al hombre entero. Y lo primero que menciona es el 'corazón'. Una vez establecido el mandamiento dice, "Porque donde este vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón!" Esos tesoros terrenales atenazan y dominan nuestros sentimientos, nuestros afectos y toda nuestra sensibilidad. Toda esa parte de nuestra naturaleza se ve atenazada por ellos y los amamos. Leamos Juan 3;19. "Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas." Amamos estas cosas. Pretendemos que sólo nos gustan, pero en realidad las amamos. Nos mueven profundamente. Lo siguiente que dice acerca de ellas es un poco más delicado. No sólo atenazan el corazón, sino también la mente. Nuestro señor lo expresa así: "La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" (versículos 22-23). Esta ilustración del ojo es el ejemplo del cual se vale para explicarnos la manera en que miramos las cosas. Y según nuestro Señor, no hay sino dos maneras de mirar todas las cosas del mundo. Hay lo que Él llama ojo 'bueno', el ojo del hombre espiritual que ve las cosas realmente como son, verdaderamente y sin dobleces. Sus ojos son claros y ve todo normalmente. Pero hay el otro ojo que llama el ojo 'maligno', que es una especie de visión doble, o, si se prefiere, es el ojo en el cual la lente no está clara. Hay sombras y opacidades, y se ven las cosas de una manera confusa. Éste es el ojo maligno. Está coloreado por ciertos prejuicios, por ciertos placeres y deseos. No es una visión clara; todo está nublado, coloreado por estos varios tintes y matices variados. Éste es el significado de la afirmación que tan a menudo ha confundido a la gente, porque no la toma en su contexto. Nuestro Señor en ese cuadro sigue tratando acerca del tema de hacerse tesoros. Habiendo mostrado que el corazón está donde está el tesoro, dice que no toca solamente al corazón, sino también a la mente. Esto es lo que domina al hombre.**

**Elaboremos el principio. ¿No es sorprendente advertir cuántos pensamientos nuestros se basan en estos tesoros terrenales? Los pensamientos divididos, en casi todos los ámbitos, se deben casi completamente al prejuicio, no al pensamiento puro. Cuan poco se piensa en este país con ocasión de las elecciones generales, por ejemplo. Ninguno de los protagonistas razona; simplemente presentan prejuicios. Cuan poco pensamiento hay en ambos lados. Esto es muy obvio en el ámbito político. Pero por desgracia no se limita a la política. Esta visión**

confusa debida al amor de los tesoros terrenales, tiende a afectarnos también moralmente. ¡Somos muy inteligentes para explicar que algo que estamos haciendo no es realmente deshonesto! ¡Claro que si un hombre rompe una ventana y roba joyas es un ladrón; pero si yo me limito a manipular la declaración de impuestos... claro que esto no es robar, decimos, y nos persuadimos a nosotros mismos de que está bien. En último término, no hay sino una razón por la cual hacemos estas cosas, y esto es nuestro amor por los tesoros terrenales. Semejantes cosas controlan la mente tanto como el corazón. Nuestros puntos de vista y toda nuestra perspectiva ética se ven dominadas por ellas.

Incluso, peor que eso, nuestra perspectiva religiosa también se ve dominada. "Demás me ha desamparado" — escribe Pablo—. ¿Por qué? "Amando este mundo." Cuan a menudo se ve esto en asuntos de servicio cristiano. Esas son las cosas que determinan nuestra acción, aunque no lo reconozcamos. Nuestro Señor dice en otro lugar: "Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar de pie delante del Hijo del Hombre" (Le. 21: 34-36). No son solamente las acciones malas las que abotargan la mente y nos hacen incapaces de pensar con claridad. Los cuidados de este mundo, el establecerse en la vida, el disfrutar de nuestra vida y nuestra familia, nuestra posición en el mundo o nuestras comodidades —todas estas cosas son tan peligrosas como el comer excesivamente o la borrachera. No cabe duda de la llamada sabiduría que los hombres se atribuyen en este mundo, en último análisis, no es más que la preocupación por las cosas terrenales.

Pero finalmente, esas cosas no sólo se apoderan del corazón y la mente, también afectan la voluntad. Dice nuestro Señor, "Ninguno puede servir a dos señores"; y en cuanto mencionamos la palabra 'servir' entramos en el ámbito de la voluntad, en el ámbito de la acción. Fijémonos en 'o lógico que es esto. Lo que hacemos es el resultado de lo que pensamos; de manera que lo que va a determinar nuestra vida y el ejercicio de nuestra voluntad es lo que Pensamos, y esto a su vez depende de dónde está nuestro tesoro —nuestro corazón. Podemos pues resumirlo así: Esos tesoros terrenales son tan poderosos que dominan la personalidad entera. Se apoderan del corazón del hombre, de su mente y de su voluntad; tienden a afectar a su espíritu, a su alma y a todo su ser. Cualquiera que sea el ámbito de la vida que examinemos, o acerca del cual pensemos, encontraremos estas cosas. Afectan a todo el mundo; son un peligro terrible.

Pero el último paso es el más solemne y grave de todos. Debemos recordar que la forma de considerarlas determina en último término nuestra relación con Dios. "Ninguno puede servir a dos señores; porque, o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas!" Esto es realmente algo muy solemne, y por eso la Biblia se ocupa de ello tan a menudo. La verdad de esta proposición es obvia. Ambos quieren un dominio total sobre nosotros. Las cosas del mundo en realidad tratan de dominarnos en forma totalitaria, como hemos visto. ¡Cómo tienden a apoderarse de toda la personalidad y a afectarnos en todo! Exigen nuestra devoción total; desean que vivamos para ellos en forma absoluta. Sí, pero también lo hace Dios. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente!" No en el sentido

material necesariamente, pero en un sentido u otro nos dice: "Ve, vende todo cuanto tienes, y ven y sígueme". "El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí: y el que ama a su hijo o hija más que a mí no es digno de mí!" Es una exigencia totalitaria. Adviértase de nuevo en el versículo 24: "O aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro". Es una disyuntiva; los términos medios son completamente imposibles. "No podéis servir a Dios y a las riquezas!"

Esto es algo tan sutil que muchos de nosotros en estos tiempos ni lo percibimos. Algunos nos oponemos violentamente a lo que se llama 'materialismo ateo'. Pero para evitar sentirnos demasiado satisfechos de nosotros mismos por oponernos a eso, fijémonos en que la Biblia nos dice que todo materialismo es ateo. No se puede servir a Dios y a las riquezas; es imposible. De modo que si una perspectiva materialista nos está dominando, somos impíos, sea lo que fuere lo que digamos. Hay muchos ateos que hablan de forma religiosa; pero nuestro Señor nos dice aquí que peor que el materialismo ateo es el materialismo que piensa que es religioso —"si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" El hombre que piensa que es religioso porque habla acerca de Dios, y dice que cree en Dios, y va a un lugar de culto de vez en cuando, pero en realidad vive para ciertas cosas terrenales —¡qué grandes son las tinieblas de ese hombre! Hay una ilustración perfecta de esto en el Antiguo Testamento. Estudiemos cuidadosamente 2 Reyes 17: 24-41. Esto es lo que se nos dice: Los asirios conquistaron una zona; luego tomaron a su propia gente e hicieron que se estableciera en ella. Estos asirios, desde luego, no adoraban a Dios. Entonces algunas fieras vinieron y destruyeron sus propiedades. "Esto —dijeron— nos ha sucedido porque no adoramos al Dios de esta tierra. Consigamos a algún sacerdote que nos instruya!" Encontraron, pues, a un sacerdote que los instruyó acerca de la religión de Israel. Y entonces pensaron que todo iría bien. Pero dice la Biblia acerca de ellos que: "temieron a Jehová aquellas gentes, y al mismo tiempo sirvieron a sus ídolos!"

Qué terrible es esto. Me alarma de verdad. Lo que importa no es lo que decimos. En el último día muchos dirán, "Señor, Señor, ¿acaso no hemos hecho esto y aquello y lo de más allá?" Pero Él les dirá, "no os conozco". "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos." ¿A quién servimos? Ésta es la pregunta» y es o a Dios o a las riquezas. No hay nada que ofenda tanto a Dios como tomar su nombre y sin embargo mostrar claramente que estamos sirviendo a las riquezas en alguna forma. Esto es lo más terrible de todo. Es la ofensa más grave a Dios; y cuan fácil es que inconscientemente todos nosotros nos podamos hacer culpables de esto.

Recuerdo en cierta ocasión haber oído a un predicador que contó un relato, que según él era verdadero. Ese relato ilustra perfectamente el punto que estamos examinando. Es la historia de un campesino que un día se fue con mucho gozo y alegría de corazón a informar a su esposa y familia que su mejor vaca había parido dos terneros, uno rojo y otro blanco. Y dijo, "saben que de repente he sentido el impulso de que debemos dedicar uno de estos terneros al Señor. Los criaremos juntos, y cuando llegue el momento, venderemos uno y nos guardaremos el dinero, y el otro también lo venderemos pero daremos lo que saquemos de él para la obra del Señor!" Su esposa le preguntó cuál de los dos iba a dedicar al Señor. "No hay por qué preocuparse de esto ahora", replicó, "los trataremos igual a los dos, y cuando llegue el momento haremos lo que dije!" Y se fue. Al cabo de unos meses el

hombre entró en la cocina con aspecto deprimido e infeliz. Cuando su esposa preguntó qué le sucedía, contestó, "tengo malas noticias. El ternero del Señor se murió". "Pero —dijo ella— no habías decidido cuál era el ternero del Señor". "Oh sí —respondió— había decidido que era el blanco, y es el blanco el que ha muerto. El ternero del Señor ha muerto!" Quizá nos haga reír la historia, pero Dios no quiera que nos estemos riendo de nosotros mismos. Siempre es el ternero del Señor el que muere. Cuando el dinero escasea, lo primero que economizamos es nuestra contribución para la obra del Señor. Es siempre lo primero que falta. Quizá no deberíamos decir 'siempre', porque esto no sería justo; pero en muchos casos sí es lo primero, y las cosas que nos gustan son las últimas en sufrir. "No podéis servir a Dios y a las riquezas!" Estas cosas tienden a interponerse entre nosotros y Dios, y nuestra actitud hacia ellas en último término determina nuestra relación con Dios. El simple hecho de que creemos en Dios y lo llamemos Señor, Señor, y lo mismo en el caso de Cristo, no es prueba en sí misma y por sí misma de que lo estamos sirviendo, de que reconocemos sus exigencias totalitarias, y de que nos hemos rendido alegre y totalmente a Él. "Pruébese cada uno a sí mismo."

## **CAPITULO 39**

### **La Detestable Esclavitud del Pecado**

En el examen de este pasaje, hasta ahora nos hemos ocupado de lo que podríamos llamar la enseñanza directa y explícita de nuestro Señor sobre los tesoros en la tierra y los tesoros en el cielo. Pero no podemos detenernos ahí, porque no cabe duda de que hay algo más en el pasaje. En estos versículos 19-24, hay una enseñanza indirecta, implícita; y el no prestar atención a esta enseñanza de la Biblia siempre es en detrimento nuestro. Nuestro Señor se interesa por el aspecto práctico del tema, pero obviamente hay algo más implicado en ello. Al ponernos sobre aviso acerca de este asunto tan práctico, también trata de forma incidental sobre doctrinas más importantes, si bien éste no es el propósito principal que le guía. Podríamos decirlo así: ¿Por qué son necesarias estas instrucciones? ¿Por qué está la Biblia llena de esta clase de advertencias? Se encuentran en todas partes, en este caso no tenemos más que un ejemplo, pero podríamos tomar muchos más. ¿Qué hace necesario que nuestro Señor, y después los apóstoles, nos pongan sobre aviso a los cristianos acerca de estas cosas? Hay una sola respuesta para esta pregunta. Todo esto se debe simplemente al pecado y a sus efectos. En un sentido uno queda sorprendido al leer un pasaje como este. Uno tiende a decir, "soy cristiano; tengo una nueva visión de las cosas, y no necesito esto". Y sin embargo vemos que es necesario, que todos lo necesitamos. Todos nosotros, de varias formas, no sólo somos atacados sino vencidos por ello. Sólo una cosa lo explica, y es el pecado, el poder y efecto terribles del pecado en el género humano. Por eso podemos ver que, al exponer nuestro Señor su enseñanza y al dar sus mandamientos y presentar sus razones, de forma indirecta nos dice mucho acerca del pecado y de lo que el pecado produce en el hombre.

Lo primero que hay que advertir es que el pecado es obviamente algo que tiene un efecto totalmente perturbador en el equilibrio normal del hombre, y en el funcionamiento normal de sus facultades. En el hombre hay tres partes. Dios lo

hizo cuerpo, mente y espíritu, o, si se prefiere, cuerpo, alma y espíritu; y lo más elevado es el espíritu. Luego viene el alma, y luego viene el cuerpo. No es que haya algo malo en el cuerpo, sino que éste es el orden relativo. El efecto del pecado es que las funciones normales del hombre quedan totalmente perturbadas. No cabe duda de que, en un sentido, el don más elevado que Dios ha otorgado al hombre es el don de la inteligencia. Según la Biblia, el hombre fue hecho a imagen de Dios; y una parte de la imagen de Dios en el hombre es indudablemente la inteligencia, la capacidad de pensar y razonar, sobre todo en el sentido más elevado y en un sentido espiritual. El hombre, en consecuencia, fue creado para funcionar en la forma siguiente. Su inteligencia, que es la facultad más elevada que posee, siempre debería ocupar el primer lugar. Las cosas las percibe y las analiza la mente. Luego vienen los afectos, el corazón, el sentimiento, la sensibilidad que Dios le ha dado al hombre. Después, en tercer lugar, hay esa otra cualidad, esa otra facultad, llamada voluntad, poder por el cual ponemos a operar las cosas que hemos entendido, las cosas que hemos deseado como consecuencia de la comprensión.

Así hizo Dios al hombre, y así debe funcionar. Debe comprender y esta comprensión debe dirigirlo y controlarlo.

Tenía que amar aquello que comprendía ser lo mejor para él y para todos; y luego tenía que poner todo esto en práctica, en operación. Pero el efecto de la Caída y del pecado en el hombre ha sido el alterar ese orden y equilibrio. Advirtamos cómo lo expresa nuestro Señor en este pasaje. Presenta su instrucción: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.' Primero viene el corazón. Luego pasa a la mente y dice, "La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" El corazón es primero, la mente segundo, y la voluntad tercero; porque "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas!"

Ya hemos examinado la forma en que estos tesoros y posesiones terrenales tienden a apoderarse y dominar la personalidad toda —corazón, mente y voluntad. Entonces no nos preocupamos del orden; pero ahora sí nos preocupa mucho el orden en el que nuestro Señor presentó estas cosas. Porque lo que dice aquí no es sino la simple verdad acerca de lo que somos por naturaleza. El hombre, como resultado del pecado y de la Caída, ya no se gobierna por la mente y la comprensión; se gobierna por sus deseos, sus afectos y placeres. Ésta es la enseñanza de la Biblia. Por ello vemos que el hombre está en una situación terrible de no regirse ya por su facultad más elevada, sino por algo distinto, por algo secundario.

Hay muchos pasajes de la Biblia que demuestran esto. Tomemos esa gran afirmación de Juan 3:19: 'Ésta es la condenación (ésta es la condenación final del género humano): que la luz vino al mundo!' ¿Cuál es, pues, el problema del hombre? ¿No la cree? ¿No la acepta? No, "Ésta es la condenación: que la luz no vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas!' El hombre, en otras palabras, en lugar de ver la vida con la mente, la ve

con sus deseos y afectos. Prefiere las tinieblas; le domina, no la cabeza, sino el corazón. Aclaremos. No queremos decir que el hombre tal como Dios lo hizo no debería tener corazón, o no debería sentir las cosas. Lo importante es que el hombre no debería regirse por sus emociones y deseos. Este es el efecto del pecado. El hombre debería regirse por la mente, por la comprensión.

Estamos ante la respuesta definitiva para todos lo que no son cristianos, y que dicen que no lo son porque piensan y razonan. La verdad es que se rigen, no por la mente, sino por el corazón y los prejuicios. Sus intentos esmerados por justificarse intelectualmente no son más que el esfuerzo de disfrazar la irreligiosidad de sus corazones. Tratan de justificar la clase de vida que viven adoptando una posición intelectual; pero el problema verdadero es que se rigen por los deseos y placeres. No se acercan a la verdad con la mente, se acercan a ella con todos los prejuicios que nacen del corazón. Como lo dice tan perfectamente el salmista: "Dice el necio en su corazón: no hay Dios!" Esto es siempre lo que dice el incrédulo y luego trata de encontrar una razón intelectual que justifique lo que su corazón desea decir.

Nuestro Señor en este pasaje nos recuerda eso con toda claridad. Es el corazón el que codicia las cosas mundanas, y el corazón del hombre pecador es tan poderoso que rige su mente, su comprensión, su inteligencia. Los científicos se enorgullecen de ello; pero les puedo asegurar que los científicos a veces son los hombres con más prejuicios que uno puede encontrar. Algunos están dispuestos a manipular los hechos con tal de reforzar su teoría. A menudo comienzan un libro diciendo que una idea determinada no es sino teoría, pero unas páginas más adelante encuentra uno que se refieren a ella como a un hecho. Éste es el corazón que actúa y no la mente. Ésta es una de las grandes tragedias del pecado y sus efectos. En primer lugar altera el orden y el equilibrio; y el don mayor y supremo pasa a someterse al menor. "Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón."

Lo segundo que hace el pecado es cegar al hombre en ciertos aspectos vitales. Claro que esto se sigue por una especie de lógica inevitable. Si la mente no es siempre la que domina, por necesidad tendrá que haber una especie de ceguera. El apóstol Pablo lo dice de esta forma: "Si nuestro evangelio está aun encubierto, para los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos" (2Cor. 4: 3 y 4). Esto es precisamente lo que el pecado hace y lo hace a través del corazón. Se puede ver cómo nuestro Señor ilustra este principio en el breve pasaje que estamos examinando. El pecado ciega la mente del hombre para cosas que son perfectamente obvias; y por ello, si bien son tan obvias, el hombre en pecado no las ve.

Tomemos este aspecto de los tesoros terrenales. Es muy evidente que ninguno de ellos perdura. No hace falta argüir sobre esto; es la verdad clara. Examinamos algunos de estos tesoros en el capítulo anterior. La gente se enorgullece de su aspecto personal. Se deteriorará. Un día van a estar realmente enfermos y morir, y la descomposición se apoderará de todo. Tiene que suceder; y sin embargo las personas se enorgullecen de esto, y quizá incluso sacrifiquen su creencia en Dios por ello. Lo mismo ocurre con el dinero. No lo podemos llevar con nosotros al morir, y siempre estamos expuestos a perderlo. Todas estas cosas pasan; todas ellas por necesidad desaparecerán. Si el hombre se sienta a enfrentarse con todo eso, debe admitir que es la simple verdad; sin embargo, todos los que no son cristianos tienden a vivir basados en el presupuesto contrario. Se tienen celos y

envidias unos de otros, lo sacrificarían todo por estas cosas —cosas que por necesidad terminarán y que tendremos que dejar. La situación verdadera es tan obvia, y sin embargo parece que no ven lo obvio. Si alguien se sienta y dice, "bien; aquí estoy hoy viviendo en este mundo. ¿Pero qué me va a suceder? ¿Cuál es mi futuro?"; lo más probable es que responda así: "Seguiré viviendo así probablemente unos años más, o quizá no; no lo sé. Quizá mañana ya no esté vivo, quizá no esté vivo dentro de una semana; no lo sé. Pero lo que sí sé con certeza es que todo terminará. Mi vida en este mundo concluirá. Tengo que morir; y al morir tengo que dejar todas estas cosas. Tendré que dejar mi casa, mis seres amados, mis bienes. Lo tengo que dejar todo y proseguir sin ello! Sabemos que ésta es la simple realidad. ¿Pero con qué frecuencia nos enfrentamos con ella? ¿Con qué frecuencia vivimos dándonos cuenta de esto? ¿Se rige toda nuestra vida por la conciencia de esta verdad clara? La respuesta es que no; y la razón de ello es que el pecado cierra la mente del hombre a lo que es absolutamente obvio. Vemos a nuestro alrededor cambio y deterioro, y sin embargo parece que no lo percibimos.

El pecado también nos ciega al valor relativo de las cosas. Tomemos el tiempo y la eternidad. Somos criaturas temporales y vamos a pasar a la eternidad. No hay comparación entre la importancia relativa de lo temporal y lo eterno. Lo temporal es limitado y lo eterno es absoluto y sin fin. Sin embargo ¿vivimos conscientes de estos valores relativos? ¿No es también un hecho evidente que nos entregamos a cosas que son temporales y prescindimos por completo de las que son eternas? ¿Acaso no es cierto que todas las cosas por las que nos preocupamos tanto no durarán mucho, y que si bien sabemos que hay otras cosas que son eternas y perennes, muy pocas veces nos detenemos a pensar en ellas? Éste es el efecto del pecado —los valores relativos no se perciben.

O consideremos las tinieblas y la luz. No hay comparación entre ellas. No hay nada más maravilloso que la luz. Es una de las cosas más sorprendentes del universo. Dios mismo es luz y 'no hay ningunas tinieblas en él! Sabemos qué clase de obras pertenecen a las tinieblas, las cosas que suceden en la oscuridad y bajo el manto de la noche. Pero en el cielo no habrá ni tiniebla ni noche. Allá todo es luz y gloria. ¡Pero qué lentos somos en percibir el valor relativo de la luz y las tinieblas! "Los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas!"

Pensemos también en el valor del hombre y de Dios. La vida toda, fuera del cristianismo, se valora en función del hombre. El hombre es a quien hay que tener en cuenta, hay que considerar su ser y su bienestar. Todos los que no son cristianos viven para el hombre, para sí mismos y otros como ellos. Y mientras tanto Dios queda en el olvido, se prescinde de Él. Se le dice que espere hasta que tengamos un poco más de tiempo. Ésta es, sin duda, una característica de todo el género humano afectado por el pecado. No vacilamos en volverle la espalda a Dios y decir, de hecho, "Cuando me encuentre enfermo o esté en el lecho de muerte, ya acudiré a Dios; pero ahora vivo para mí! Colocamos nuestra vida mundana antes que a Dios. Esto es ceguera. La mente está ciega a los valores relativos. Pensemos en los hombres que ansían la riqueza terrenal, la posición y rango, y que colocan todo esto antes que el ser 'herederos de Dios, y coherederos con Cristo', antes que ser herederos del mundo entero. "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad!" Pero los hombres no piensan en esto, no lo desean, tan ocupados están en las cosas inmediatas.

**Pensemos todavía en otro aspecto acerca del cual el pecado y el mal ciegan la mente del hombre. Lo ciegan a la imposibilidad de mezclar extremos opuestos. Ahí está la raíz de todo. El hombre siempre está tratando de mezclar cosas que no se pueden mezclar. Peor todavía es el hecho de estar convencido de que lo puede conseguirlo. Esta completamente seguro de que este compromiso es posible, y sin embargo nuestro Señor nos dice que no lo es. Si uno quisiera formularlo en forma filosófica, no tendría sino que acudir a Aristóteles y a su axioma de 'no hay término medio entre dos términos contradictorios! Los términos contradictorios son contradictorios y nunca se consigue un término medio entre ellos. Ahí lo tenemos. No hay mezcla posible entre luz y tinieblas. Si uno trata de hacerlo ya no es luz y ya no es tinieblas. Tampoco se puede mezclar a Dios y a las riquezas, porque nadie puede servir a dos señores. Es el uno, o es el otro, 'porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro.' Estos son absolutos, y si pudiéramos pensar con claridad, veríamos que es así. Ambos son totalitarios. Ambos exigen nuestra dedicación total, y por consiguiente no se pueden mezclar. Pero el hombre, por el pecado, y creyéndose inteligente, ve dos cosas al mismo tiempo; y se vanagloria de esta visión doble. Nuestro Señor, sin embargo, nos dice que no se puede hacer. No se puede amar al mismo tiempo dos cosas opuestas. El amor es excluyente, es exigente, y siempre insiste en lo absoluto. Es lo uno o lo otro; debe ser luz u oscuridad. Es Dios o las riquezas.**

**¿No es acaso el no reconocer esto la raíz de todos los problemas del mundo de hoy? Me temo que no es sólo el problema del mundo de hoy. ¿No es también el problema de la iglesia? La iglesia de Dios ya lleva tiempo tratando de mezclar cosas incompatibles. Si es una sociedad espiritual, entonces no podemos mezclar al mundo con ella de ninguna manera. No importa cuál sea la forma. 'El mundo' no significa sólo los pecados grandes; significa también cosas que son en si mismas legítimas. Estas componendas constantes en la vida de la iglesia son lo que la han echado a perder desde el tiempo de Constantino. Una vez que se pierde la división entre el mundo y la iglesia, la iglesia deja de ser verdaderamente cristiana. Pero, gracias a Dios, ha habido avivamientos, ha habido personas que han visto esta verdad y que se han negado a los compromisos, como la única esperanza de la iglesia. Hemos tratado de sostenerla con métodos mundanos, por ello no sorprende que este como esta. Y seguirá estando así mientras sigamos intentando lo imposible. Sólo cuando nos demos cuenta de que somos el pueblo de Dios, un pueblo espiritual, y que vivimos en el reino del Espíritu, seremos bendecidos y comenzaremos a ver un avivamiento espiritual. Podemos introducir nuestros métodos mundanos, y puede parecer que tengamos éxito, pero la iglesia no mejorará. ¡No! La iglesia es espiritual, y su vida espiritual debe alimentarse y sostenerse de una manera puramente espiritual.**

**Otro efecto del pecado en el hombre es esclavizarlo a cosas que más bien estaban para servirlo. Esto es algo terrible y trágico. Según nuestro Señor, en este pasaje, las cosas terrenales, mundanas, tienden a convertirse en nuestro dios. Las servimos, las amamos. Nuestro corazón se siente cautivado por ellas; estamos al servicio de ellas. ¿Cuales son? Son las mismas cosas que Dios en su bondad ha dado al hombre para que le sirvan, y para que pueda disfrutar de la vida mientras viva en este mundo. Todas estas cosas que pueden ser tan peligrosas para el alma debido al pecado, nos las dio Dios, y nos las dio para que disfrutáramos —alimento, vestido, familia, amigos y todo lo demás. Todas estas cosas no son sino una manifestación de la bondad de Dios. Nos las ha dado para que vivamos una vida**

feliz y placentera en este mundo: pero debido al pecado, nos hemos convertido en esclavos de ellas. Nos dominan los apetitos. Dios nos ha dado los apetitos del hambre, la sed y el sexo; todo lo ha creado Dios. Pero en cuanto estas cosas dominan al hombre, se convierte en esclavo de las mismas. Qué tragedia; se inclina delante de cosas y adora cosas que tenían que servirle. Cosas que tenían que estar a su servicio se han enseñoreado de él. ¡Qué terrible y espantoso es el pecado!

El último punto, sin embargo, es el más grave, el más solemne de todos. El efecto final del pecado en el género humano es que echa completamente a perder al hombre. Ésta es la enseñanza de la Biblia desde el principio hasta el fin. Esto que comenzó a existir por medio de la serpiente en el huerto del Edén, no tiene otra intención que nuestra ruina final. El demonio odia a Dios con todo su ser, y no tiene sino un objetivo y ambición: echar a perder y arruinar todo lo que Dios ha hecho, y en lo cual Él se deleita. En otras palabras, persigue sobre todo la ruina del hombre y del mundo.

¿Cómo arruina el pecado al hombre? La respuesta la encontraremos en estos versículos. Arruina al hombre en el sentido de que, habiendo pasado la vida en atesorar ciertas cosas en la tierra, al final se encuentra que no tiene nada. Después de atesorar para sí tesoros en la tierra donde la polilla y el orín corrompen, y hay ladrones que minan y hurtan, se encuentra frente a frente con la muerte, el adversario más poderoso de todos. Entonces este pobre hombre destrozado, que ha vivido para todas esas cosas, ve de repente que no tiene nada; está despojado de todo y sin nada más que su alma desnuda. Es la ruina completa. "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?"

A esto conduce en último término el pecado, y hay muchos pasajes bíblicos que lo demuestran. Veamos Lucas 16:19-31. Ahí lo encontramos en forma perfecta; no hace falta ir más allá. Es un asunto de sentido común y entendimiento, y basta examinarlo. Pensemos en todas las cosas por las cuales vivimos en este momento, las cosas que realmente importan, las cosas que tienen realmente peso en nuestra vida. Luego hagámonos esta simple pregunta: "¿Cuántas de ellas estarán conmigo después de morir? El pecado es la ruina definitiva que al final deja al hombre sin nada.

Y lo peor de todo es que, al final, el hombre también descubre que durante toda su vida ha estado enteramente equivocado. Nuestro Señor lo expresa así: "La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?" Lo que esto significa es lo siguiente. Como hemos visto, la luz del cuerpo es, en un sentido, la mente, el entendimiento, esta facultad extraordinaria que Dios dio al hombre. Si, como consecuencia del pecado y del mal, y debido al control que ejercen el corazón, el placer, la pasión y el deseo, esa facultad suprema se ha pervertido, ¡que grande son esas tinieblas! ¿Hay algo peor o más terrible que esto?

Podríamos también verlo así: El hombre hoy día, como hemos venido diciendo, y como sabemos muy bien, no solo cree que se guía por la inteligencia; repudia a Dios debido a su mente y facultades. Se ríe de la religión, se ríe de los que se oponen a esta visión mundana de la vida. Vive para el presente; esto es lo único que cuenta. Y cree que ese es un punto de vista racional. Lo demuestra hasta

satisfacerse y se convence de que se rige por la inteligencia. No se da cuenta de que la luz que posee se ha entenebrecido. No ve que sus facultades han quedado alteradas debido al pecado. No ve las distintas fuerzas que controlan y entorpecen su mente la cual, en consecuencia, ya no opera en forma libre y racional. Pero al final llegará a verlo; y al final se verá a sí mismo como el Hijo Pródigo de antes. De repente verá que las cosas en que confiaba eran tinieblas, que lo han desorientado, y que lo ha perdido todo — que la luz que posee es tinieblas y que estas tinieblas son muy grandes. No hay nada peor que descubrir al final, que aquello en lo que uno había puesto la fe, es lo que lo ha echado a perder a uno.

Todo lo anterior también se puede ver en ese cuadro del rico y de Lázaro en Lucas 16. Yo estoy seguro de que el rico se justificaba día tras día diciendo, 'es justo lo que hago'. Pero después de morir se encontró en el infierno y de repente lo comprendió todo. Comprendió que durante toda su vida había sido un necio. Lo había hecho todo creyendo que hacía bien, y por fin había llegado a esto. Vio lo necio que había sido, y suplicó a Abraham que enviara a alguien a sus hermanos, quienes vivían de la misma forma que él. Descubrió que la luz que había en él era tinieblas y que esas tinieblas eran muy grandes. Esta es una de las actuaciones más sutiles de Satán. Persuade al hombre de que es racional al negar a Dios; pero, como va hemos visto muchas veces, lo que en realidad sucede es que hace al hombre criatura de placer y deseos, cuya mente está cegada y cuyos ojos ya no son limpios. La facultad más elevada de todas se ha pervertido.

Sí alguno de los lectores no es cristiano, que no confíe en su inteligencia; es lo más peligroso que se puede hacer. Pero al hacerse cristiano, la inteligencia vuelve a ocupar una posición central y vuelve uno de nuevo a ser una criatura racional!. No hay engaño más patético para el hombre que pensar en que la fe cristiana es algo emotivo, el opio del pueblo, algo puramente emocional e irracional. El apóstol Pablo en Romanos 6:17 expone esta visión verdadera: "Habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados!" Se les predicó la doctrina, y cuando llegaron a verla les gustó, creyeron en ella, y la pusieron en práctica. Recibieron la verdad de Dios ante todo con la inteligencia. La verdad se debe recibir con la inteligencia, y el Espíritu Santo capacita a la inteligencia para ver con claridad. Esto es la conversión, esto es lo que sucede como resultado de la regeneración. La mente se ve libre de la desorientación del mal y de las tinieblas; ve la verdad, y la ama y la desea por encima de todo. Así es. No hay nada más trágico para el hombre que descubrir al final de su vida, que ha estado siempre equivocado. Unas palabras finales. Este hombre infeliz al que el pecado ha echado a perder, no sólo descubre que no tiene nada, no sólo descubre que se ha engañado a sí mismo y ha sido desviado por la luz que se supone que tenía; descubre también que se halla fuera de la vida de Dios y bajo su ira. "No podéis servir a Dios y a las riquezas.'" De modo que si alguien ha servido a las riquezas toda la vida hasta la muerte, se encontrará más allá de la muerte sin Dios. No ha servido a Dios, de modo que sólo una cosa se puede decir de él, según la Biblia, y esto es, que 'la ira de Dios está sobre él' (Jn. 3:36). Todo aquello por lo cual vivió ha desaparecido; ahí en la eternidad no es más que un alma desnuda que tiene que enfrentarse con Dios, al Dios que es amor y que está lleno de bondad. Aquel Padre que cuenta hasta los cabellos de la cabeza del cristiano, le resulta extraño. Está sin Dios, y no sólo sin Dios en el mundo, sino sin Dios en la eternidad, sin esperanza, frente a una eternidad infeliz y llena de remordimientos, de miseria y de lamentaciones. El pecado es una pérdida total. Si uno no vive para servir a Dios,

entonces ese será su destino. No tendrá nada, y morará en esa negación, esa negación sin esperanza, durante toda la eternidad. Dios no quiera que sea éste el fin de ninguno de los que están escuchando estas palabras. Si deseamos evitarlo, acudamos a Dios, y confesémosle que hemos estado sirviendo a cosas terrenales, acumulando tesoros terrenales. Confesémoslo, entreguémonos a Él, pongámonos sin reservas en sus manos y sobre todo pidámosle que nos llene con su Santo Espíritu, el único que puede iluminar la inteligencia, aclarar la comprensión, limpiar los ojos y capacitarnos para ver la verdad —la verdad acerca del pecado, y el único camino de salvación para la sangre de Cristo—, el Espíritu Santo que nos puede mostrar cómo librarnos de la perversión y de la contaminación del pecado, y llegar a ser hombres y mujeres nuevos, creados según la imagen del Hijo de Dios mismo, para amar las cosas de Dios y servirle, servirle a Él sólo.

## **CAPITULO 40**

### **No Afanarse**

Con el versículo 25 comienza un nuevo aparte en esta exposición del Sermón del Monte. En realidad, es una sub-sección del tema mayor de este capítulo sexto, a saber, la vida del cristiano en este mundo, en su relación con el Padre.

Hay que considerar dos aspectos principales — lo que el cristiano hace en privado, y lo que hace en público. Esto demuestra lo práctico que es este Sermón. Está muy lejos de ser algo apartado y teórico. Se ocupa de los detalles prácticos de la vida personal, privada — todo lo que hago, mi vida de oración, mi vida de tratar de hacer el bien, mi vida de ayuno, mi devoción personal, el fomento y cultivo de mi propia vida espiritual.

Pero yo no dedico todo el tiempo a estas ocupaciones. Eso sería convertirse en monje o eremita. No me segrego. No; vivo en el mundo, y me dedico a los negocios y asuntos comerciales, y hay multitud de problemas que me atañen. Encima de todo lo demás nuestro Señor nos recuerda en la segunda sección, a partir del versículo 19, que el gran problema con el que nos enfrentamos es el de la mundanidad que está siempre atacándonos. Éste es el tema desde el versículo 19 hasta el final del capítulo. Pero hemos visto que se divide en secciones subalternas. Ante todo está la sección que ya hemos examinado, consiste en los versículos 19 al 24. Ahora, desde el versículo 25 hasta el final del capítulo, pasamos a la segunda sección. Sigue siendo el mismo tema: el peligro de la mundanidad, el peligro de las riquezas, el peligro de que la mente, la visión y la vida de este mundo actual nos derroten.

Hay quizá dos formas principales de considerar la diferencia entre los versículos 19-24 y esta sección. Una forma sería decir que en la subdivisión previa, nuestro Señor hizo énfasis principalmente en el peligro de acumular tesoros terrenales, cuidarlos, aumentarlos, vivir para eso. Aquí, no se trata tanto del acumular tesoros, sino del preocuparse por ello, del afanarse por ellos. Y desde luego, las dos cosas son diferentes. Hay muchos que quizá no sean culpables de hacerse tesoros en la tierra, aunque pueden serlo de mundanidad, porque siempre están pensando en estas cosas, siempre están afanándose acerca de ellas y ocupándose de ellas

constantemente. Ésta es la diferencia principal entre las dos sub-secciones. Pero se puede proponer de otra forma. Algunos dicen que en los versículos 19-24 nuestro Señor se dirigía principalmente a personas ricas, a personas que disponen de bienes abundantes, y quienes por consiguiente están en la posición de hacerse de más bienes, de aumentarlos. Pero sugieren que a partir del versículo 25 hasta el final del capítulo, piensa más en las personas que, o son en realidad pobres, o no se pueden considerar como ricas; aquellas que apenas se las arreglan para hacerle frente a los gastos, aquellas que se enfrentan con el problema de ir viviendo en el sentido material. Para estas personas el peligro principal no es el de hacerse tesoros, de adorar a los tesoros en la forma que sea, sino el peligro de verse agobiados por estas cosas, de afanarse por ellas. No importa la interpretación que se asuma. Ambas son ciertas porque es posible que el hombre realmente rico esté preocupado y agobiado por estas cosas mundanas; y en consecuencia no conviene insistir demasiado en la antítesis entre ricos y pobres. Lo importante es centrarse en este peligro de verse oprimido y obsesionado por las cosas que se ven, las cosas que pertenecen al tiempo y a este mundo solamente.

En cuanto a esto, se nos recuerda una vez más la sutileza terrible de Satanás y del pecado. A Satanás no le importa mucho qué forma asuma el pecado con tal de triunfar en su objetivo final. Le es indiferente si uno está acumulando tesoros en la tierra o preocupándose por las cosas terrenales; lo que él quiere es que nuestra mente esté puesta en ellas y no en Dios. Y nos acosará y atacará desde todos los ángulos. Uno quizá crea que ha ganado esta gran batalla contra Satanás porque lo ha derrotado cuando entró por la puerta principal para hablarnos de hacernos tesoros en la tierra. Pero antes de que uno se dé cuenta de ello, advertirá que ha entrado por la puerta trasera y que lo está haciendo a uno afanarse por estas cosas. Sigue haciendo que uno centre la atención en ellas, y con ello está perfectamente contento. Se puede transformar en 'ángel de luz'. La variedad de sus métodos es infinita, su única preocupación es que mantengamos la mente centrada en estas cosas, en lugar de colocarlas en las manos de Dios y mantenerlas ahí. Pero por suerte para nosotros, nos guía Alguien que lo conoce y conoce sus métodos, y si podemos decir con San Pablo que 'no ignoramos sus maquinaciones', es porque nuestro Señor Jesucristo mismo nos ha enseñado e instruido. ¡Qué sutil fue la tentación triple del diablo en el desierto! "Si eres Hijo de Dios!" Nosotros estamos sometidos a ataques parecidos, pero, gracias a Dios, nuestro Señor nos ha instruido respecto a ello en este pasaje, y su enseñanza nos llega en una forma muy clara y explícita.

Nuestro Señor continúa su advertencia, no da nada por sentado. Sabe lo frágiles que somos; conoce el poder de Satanás y toda su horrible habilidad; por eso entra en detalles. Otra vez veremos aquí, como vimos en la sección anterior, que no se contenta simplemente con dejar establecidos principios o con darnos mandamientos. Nos ofrece argumentos y nos da razones, plantea el problema ante nuestro sentido común. Presenta la verdad a nuestra mente. No quiere producir una cierta atmósfera emotiva solamente, sino que razona con nosotros. Esto es lo que necesitamos captar. Por ello comienza de nuevo con un 'por tanto' —"Por tanto os digo".

Prosigue con el argumento principal, pero lo va a plantear en una forma ligeramente diferente. El tema sigue siendo, desde luego, éste, la necesidad de la mirada simple, la necesidad de mirar básicamente una cosa. Lo vemos repetirlo,

**"Buscad primeramente". Ésta es otra forma de decir que uno debe tener la mirada limpia, y servir a Dios y no a las riquezas. Debemos hacer esto a toda costa. Por ello lo afirma tres veces, introduciéndolo por medio de la palabra 'por tanto'. "Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, que habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?" Luego en el versículo 31, vuelve a decir: "No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?" Luego en el versículo 34, vuelve a decir por fin: "Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal" ¡Nunca hubo en este mundo un Maestro como el Señor Jesucristo! El gran arte de enseñar es el arte de la repetición; el verdadero maestro siempre sabe que no es suficiente decir algo una vez, sino que hay que repetirlo. Por ello lo dice tres veces, pero cada vez de una forma ligeramente diferente. Éste método es particularmente interesante y fascinador, y en el curso de la presente consideración, veremos exactamente en qué consiste.**

**Lo primero que debemos hacer es examinar las palabras que usa, y sobre todo esta expresión 'no os afanéis', que la gente a menudo ha entendido mal, y con la cual muchos han tropezado. Si se consultan los expertos, se verá que por las citas que emplean otros autores, 'no afanarse' se usaba entonces en el sentido de 'estar ansioso', o tender a preocuparse. La verdadera traducción debería ser pues, 'No estéis ansiosos', o 'No tengáis ansiedad', o si lo prefieren, 'No os angustiéis', acerca de vuestra vida, acerca de lo que comeréis o beberéis. Éste es el verdadero significado de la palabra. En realidad, la palabra misma que empleó nuestro Señor es muy interesante; es la palabra que se emplea para indicar algo que divide, separa o distrae, palabra usada muy a menudo en el Nuevo Testamento. Si se lee Lucas 12:29, que es el pasaje paralelo a éste, se encontrará que la expresión que se emplea es 'ni estéis en ansiosa inquietud'. Es la situación de la mente dividida en secciones o compartimentos, y que no funciona como un todo. Se puede decir de mejor forma, que esa mente no tiene 'ojo bueno'. Hay una especie de visión doble, un mirar en dos direcciones al mismo tiempo, y en consecuencia no ver realmente nada. Esto es lo que, en este sentido, significa estar ansioso, estar angustiado, estar preocupado.**

**Una ilustración todavía mejor del significado del término, se encuentra en la historia de Marta y María cuando nuestro Señor estuvo en su casa (Le. 10:38-42). Nuestro Señor se volvió a Marta para reprenderla. Le dijo: 'afanada y turbada estás con muchas cosas! La pobre Marta estaba 'distráida' —éste es el significado real de la expresión; no sabía dónde estaba ni qué deseaba realmente. María, por otro lado, tenía un solo propósito, un solo objetivo, no estaba distraída con muchas cosas. Por consiguiente, aquello acerca de lo que nuestro Señor nos amonesta es el peligro de estar tan distraídos con los cuidados y ansiedades, por las cosas terrenales, mirándolas demasiado, que no miremos a Dios y nos alejemos del objetivo principal de la vida. Este peligro de vivir una vida doble, esta visión falsa, este dualismo, es lo que le preocupa.**

**Quizá a estas alturas es importante expresar la idea en forma negativa. Nuestro Señor no nos enseña aquí que nunca debemos pensar en estas cosas. 'No os afanéis' no significa eso. En muchas épocas de la historia de la iglesia, ha habido personas celosas y desorientadas que han tomado en forma literal este consejo, y han creído que vivir la vida de fe implica no pensar en ningún modo acerca del**

futuro, no tomar ninguna precaución. Simplemente 'viven por fe', le 'piden a Dios' y no hacen nada en cuanto a ello. Éste no es el significado de 'no os afanáis'. Dejando aparte el significado exacto de estas palabras, el solo contexto y la clara enseñanza del Nuevo Testamento en otros pasajes hubiera debido haberles evitado ese error. El conocimiento del significado exacto de las palabras en griego no es lo único esencial para una interpretación genuina; si uno lee la Biblia, y si se está pendiente del contexto, uno está a salvo de estos errores. No cabe duda de que el contexto en este caso, la ilustración misma que nuestro Señor emplea, prueba que estas personas deben estar equivocadas. Arguye a base de las aves del cielo. No es cierto decir que han de limitarse a estar posadas en los árboles o en palos, y esperar hasta que se les traiga comida mecánicamente. No es así. Buscan la comida activamente. Las aves del cielo desarrollan una verdadera actividad. De modo que el argumento mismo que emplea nuestro Señor a este respecto excluye por completo la posibilidad de interpretarlo como una especie de espera pasiva en Dios, sin hacer nada. Nuestro Señor nunca condena al campesino por arar, sembrar, cosechar y acumular en graneros. Nunca lo condena, porque Dios mandó que el hombre viviera de esta forma, con el sudor de la frente. De modo que estos argumentos planteados en forma de ilustraciones y que incluyen también los lirios del campo cómo extraen el sustento de la tierra en la cual están plantados — tomados sobre todo a la luz de la enseñanza de la Biblia en otros pasajes, hubieran debido ahorrarles a esos hombres, tan ridículas y malas interpretaciones. El apóstol Pablo lo dice explícitamente en su segunda carta a los Tesalonicenses cuando afirma "Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma". Entonces había personas, desorientadas y algo fanáticas, que decían, "El Señor regresará en cualquier momento; por tanto no hay que trabajar, debemos estar a la espera de su retorno!" En consecuencia, dejaron de trabajar e imaginaban que eran excepcionalmente espirituales. Y ésta es la observación lacónica de Pablo respecto a ellos: "Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma!" Hay algunos principios fundamentales que rigen la vida, y éste es uno de ellos.

Encontramos una exposición de este mandamiento en esas palabras del apóstol Pablo en Filipenses 4:6, 7, cuando dice, "Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús!" O, si lo prefieren, "No os afanáis por nada!" Tampoco aquí se trata de las preocupaciones y ansiedades, contra esa tendencia a angustiarse que tan a menudo aflige nuestra vida.

No hay duda en cuanto al peligro verdadero de todo esto. En cuanto nos detenemos a examinarnos a nosotros mismos, nos encontramos que no sólo estamos expuestos a este peligro, sino que a menudo hemos sucumbido ante el mismo. Nada parece ser más natural para el género humano en este mundo que vivir con ansia, que sentirse abrumado y preocupado. Es la tentación típica de las mujeres, algunos dirán, especialmente de las que son responsables del cuidado de la casa; eso de ningún modo se limita a ellas. El peligro que amenaza al marido o padre, o a cualquiera que tiene responsabilidad hacia personas amadas y hacia otra gente, en un mundo como éste, es pasar toda la vida angustiado por estas cosas, agobiado por ellas. Tienden a dominarnos y controlarnos, y pasamos por la vida, esclavizados por ellas. Esto es lo que preocupa a nuestro Señor, y le preocupa tanto que repite la advertencia tres veces seguidas.

Primero examinaremos su argumento en una forma muy general. Parafraseemos lo que de hecho dice: "No os preocupéis por vuestra vida, por lo que tendréis para comer o para beber; ni tampoco por vuestro cuerpo, por cómo lo vestiréis!" También aquí comienza con una afirmación y un mandato general, como lo hizo en la sección anterior. En ella comenzó presentando una ley y luego pasó a darnos las razones para observarla. Lo mismo sucede en este caso. Hay una afirmación general; no tenemos que estar angustiados o preocupados por la comida o la bebida, ni tampoco por cómo vestiremos nuestro cuerpo. Nada puede ser más completo que esto. Trata de nuestra vida, de nuestra existencia en este cuerpo en el cual vivimos. Aquí estamos, con personalidades distintas; tenemos este don de la vida, y la vivimos en este mundo y por medio de nuestro cuerpo. En consecuencia, cuando nuestro Señor considera nuestra vida y nuestros cuerpos, está, por así decirlo, considerando nuestra personalidad esencial y nuestra vida en el mundo. Lo plantea en forma amplia; es comprensivo e incluye a todo el hombre. Afirma que nunca debemos estar ansiosos ni por nuestra vida como tal, ni por cubrir nuestro cuerpo. Es totalmente comprensivo y por tanto, es un mandato profundo y general. No sólo se aplica a ciertos aspectos de nuestra vida; abarca toda la vida, la salud, la fortaleza, el éxito, lo que nos va a suceder, lo que es nuestra vida en cualquiera de sus formas y moldes. También toma el cuerpo como un todo, y nos dice que no debemos estar preocupados por el vestir, ni por ninguna de estas cosas que son parte de nuestra vida en el mundo.

Una vez citado el mandamiento, ofrece una razón general para observarlo y, como veremos, una vez hecho esto, pasa a subdividirlo y a dar razones específicas bajo dos encabezamientos. Pero comienza la razón general con estas palabras: "¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido?" Esto incluye la vida y el cuerpo. Luego lo subdivide y toma la vida y ofrece la razón; luego toma el cuerpo y da la razón. Pero primero examinemos la forma del argumento general, el cual es muy importante y sorprendente. Los lógicos nos dirían que el argumento que emplea se basa en una deducción de mayor a menor. Dice en efecto, "Un momento; pensad en esto antes de angustiarnos. ¿Acaso vuestra vida no es más que la comida, el sostén, el alimento? ¿Acaso el cuerno mismo no es más importante que la vestimenta?"

¿Qué quiere decir nuestro Señor con esto? El argumento es profundo y poderoso; ¡y qué inclinados estamos a olvidarlo! Dice en efecto, "Tomad esta vida de la cual os preocupáis y angustiáis. ¿De dónde la obtuvisteis? ¿De dónde viene?" La respuesta, desde luego, es que es un don de Dios. El hombre no crea la vida; el hombre no se da el ser a sí mismo. Ninguno de nosotros decidió venir a este mundo. Y el hecho mismo de que estemos vivos en este momento, se debe enteramente a que Dios lo decretó y decidió así. La vida misma es un don, un don de Dios. De modo que el argumento que nuestro Señor emplea es éste: Si Dios le ha dado el don de la vida —el don mayor— ¿creéis que ahora de repente va a negarse a sí mismo y a sus propios métodos, y a no procurar que la vida se sostenga y pueda continuar? Dios tiene sus formas propias de hacer esto, pero el punto es que no tengo por qué sentirme ansioso acerca de ello. Claro que tengo que arar, sembrar, cosechar y guardar en graneros. Tengo que hacer las cosas que Dios ha prescrito para el hombre y para la vida en este mundo. Tengo que ir a trabajar, a ganar dinero, y así sucesivamente. Pero todo lo que Él dice es que nunca debo preocuparme ni angustiarme ni sentirme ansioso de que de repente no vaya a tener lo suficiente para mantenerme en vida. Nunca me sucederá tal cosa; es

imposible. Si Dios me ha otorgado el don de la vida, procurará que esa vida prosiga. Pero aquí está la cuestión: No habla acerca de cómo lo hará. Dice simplemente que así será.

Recomiendo estudiar, como asunto de gran interés y de importancia vital, la frecuencia con que se emplea esa argumentación en la Biblia. Una ilustración perfecta de ello la tenemos en Romanos 8:32, "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" Es un argumento bíblico muy común, el de mayor a menor, y debemos siempre estar pendientes de encontrarlo y aplicarlo. El Dador del don de la vida procurará que se proporcione el sostenimiento y sustento de esa vida. No debemos demorarnos ahora en el examen del argumento basado en las aves del cielo, pero esto es exactamente lo que Dios hace. Tienen que hallar su alimento, pero Él es quien lo provee y hace que esté disponible.

Exactamente lo mismo, claro está, se aplica al cuerpo. El cuerpo es un don de Dios, y en consecuencia podemos estar bien seguros de que Él, de una manera u otra, proporcionará los medios para que esos cuerpos nuestros puedan cubrirse y vestirse. Nos hallamos ante uno de sus grandes principios, uno de los principios fundamentales de la Biblia. La generación actual necesita que le recuerde esto mucho más que ninguna otra cosa. El problema principal de muchos de nosotros es que hemos olvidado los principios básicos, en especial este principio vital de que las cosas de que disfrutamos en esta vida son don de Dios. Por ejemplo, ¿con qué frecuencia damos gracias a Dios por el don de la vida misma? Tendemos a pensar que con nuestros conocimientos científicos podemos entender el origen y esencia de la vida. Por ello pensamos en estas cosas en función de causas naturales y procesos inevitables. Dejando aparte, sin embargo, el hecho de que todas estas teorías no son sino eso, teorías que no se pueden demostrar, y que carecen de algo en el aspecto más vital, son muy trágicas en cuanto que no comprenden la enseñanza bíblica que revelan. ¿De dónde viene la vida? Lean lo que dicen los científicos modernos acerca de ello, y verán que no lo pueden explicar. No pueden salvar el abismo que separa lo inorgánico de lo orgánico. Tienen sus teorías; pero no son más que esto, e incluso están en desacuerdo entre sí. Este, sin embargo, es el problema fundamental. ¿De dónde viene ese principio llamado vida? ¿Qué origen tiene? Si dicen que comenzó con lo inorgánico transformándose de algún modo en orgánico, pregunto ¿de dónde viene lo inorgánico? No les quedará más remedio que remontarse al principio de la vida. Y existe una sola respuesta satisfactoria —Dios es el Dador de la vida—.

Pero no debemos tomar esto sólo de una forma general. Nuestro Señor se interesaba específicamente por nuestro caso y condición individuales, y lo que en realidad nos enseña es que es Dios quien nos ha dado el don de la vida, del ser, de la existencia. Es una concepción tremenda. No somos simplemente individuos producidos por un proceso evolutivo. Dios se preocupa por nosotros uno por uno. Nunca hubiéramos venido a este mundo, si Dios no lo hubiera querido. Debemos asimilar bien este principio. No debería pasar ni un solo día de nuestras vidas sin que dejáramos de dar gracias a Dios por el don de la vida, del alimento, de la existencia, y por la maravilla del cuerpo que nos ha dado. Todo esto no es sino don suyo. Y, claro está, si no somos conscientes de ello, fracasaremos en todo.

Convendría a estas alturas detenerse a meditar en semejante principio, antes de

pasar al argumento subsidiario de nuestro Señor. Sintetiza su enseñanza principal con estas palabras: 'hombres de poca fe'. Fe aquí, como veremos, no significa algún principio vago; tiene en mente nuestro fracaso en entender, nuestra falta de comprensión de la visión bíblica del hombre y de la vida como hay que vivirla en este mundo. Este es nuestro verdadero problema, y el propósito de nuestro Señor al presentar las ilustraciones que examinaremos más adelante, es mostrarnos cómo nosotros no pensamos, como deberíamos pensar. Pregunta: "¿Cómo es posible que no veáis inevitablemente que esto debe ser así?" Y de todo lo que he mencionado que no captamos ni entendemos bien, es de suma importancia este punto preliminar, fundamental, acerca de la naturaleza y del ser del hombre. He lo aquí en toda su sencillez.

Es Dios mismo quien nos da la vida y el cuerpo en el que vivimos; y si ha hecho esto podemos sacar esta conclusión, que el propósito que tiene respecto a nosotros se cumplirá. Dios nunca deja incompleto lo que comienza; sea lo que fuere lo que comience, sea lo que fuere lo que se proponga, con toda seguridad lo cumple. Y en consecuencia volvemos al hecho de que en la mente de Dios hay un plan para cada vida. Nunca debemos considerar nuestra vida en este mundo como accidental. No. "¿No tiene el día doce horas?" dijo Cristo un día a sus timoratos y asustados discípulos. Y nosotros necesitamos decírnoslo a nosotros mismos. Podemos tener la seguridad de que Dios tiene un plan y propósito para nuestras vidas, y que este plan se cumplirá. En consecuencia, nunca debemos estar ansiosos por nuestra vida ni por cómo la sostendremos. No debemos angustiarnos si nos encontramos en medio de una tempestad en el mar, o en un avión, y parece que las cosas se ponen mal, o si estando en el ferrocarril de repente recordamos que en esa misma línea ocurrió un accidente la semana anterior. Esta clase de cosas desaparece si llegamos a tener una visión adecuada acerca de la vida misma y del cuerpo como dones de Dios. De Él proceden y Él nos los da. Y Él no comienza un proceso como éste y luego deja que se desarrolle de cualquier manera. No; una vez que lo comienza, lo continúa. Dios, quien decretó todas las cosas en el principio, las lleva a cabo; y el propósito de Dios para la humanidad y el propósito para cada individuo es cierto y siempre seguro.

Esta es la fe y enseñanza que se encuentran, por ejemplo, en los himnos de Philip Doddridge. Un ejemplo típico lo tenemos en su gran himno:  
"Oh Dios de Betel, de cuya mano siguen alimentándose los hombres; Quien a lo largo de este agotador peregrinar has guiado a nuestros padres."

Esta es su gran argumentación, basada en último término en la soberanía de Dios, pues ese Dios es el regidor del Universo y nos conoce uno a uno y estamos en relación personal con Él. Así era la fe de los grandes héroes descritos en Hebreos 11. Esto es lo que mantuvo a aquellos hombres en pie. Aunque con frecuencia no comprendían las causas, no obstante decían: "Dios lo sabe todo, Él se cuidará!" Todos ellos tenían una confianza completa en que Aquel que les había dado el ser y tenía un propósito para ellos no les dejaría ni abandonaría. Él los sostendría y conduciría a lo largo del camino, hasta que se cumpliera el propósito por el cual estaban en este mundo, y los recibiera en las moradas celestiales donde pasarían la eternidad en su gloriosa presencia. "No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?" Elaboremos esto, comencemos por los principios básicos y saquemos las conclusiones inevitables.

En cuanto uno lo hace, desaparecerán la angustia y la ansiedad, y como hijos de nuestro Padre celestial, andaremos en paz y serenidad en dirección a nuestra morada eterna.

## **CAPITULO 41**

### **Pájaros y Flores**

En estos versículos 25-30 hemos venido examinando la afirmación general de nuestro Señor respecto al terrible peligro que se cierne sobre nosotros en esta vida y nace de la tendencia a interesarnos demasiado, de distintas formas, por las cosas del mundo. Propendemos a afanarnos acerca de la vida, acerca de lo que comeremos y beberemos, y también acerca de nuestro cuerpo, cómo lo vestiremos. Llama la atención ver cómo tantas personas parecen vivir por completo en esta línea; toda su vida se reduce a comer, beber y vestir. Dedicán todo el tiempo a pensar en estas cosas, a hablar acerca de ellas, a discutir las con otros, a argumentar sobre ellas, a leer acerca de las mismas en distintos libros y revistas. Y el mundo de hoy hace todo lo que puede para que todos vivamos de esta forma. Echemos un vistazo a los libros de los puestos de ventas y veremos cómo se ocupan de eso. Esta es la mente del mundo, este es su círculo de interés. La gente vive para esas cosas, y se preocupa por ellas de todas las formas. Sabiendo esto y siendo conscientes de los peligros, nuestro Señor, ante todo, nos da una razón general para evitar esa trampa específica.

Pero una vez que nos ha amonestado de no afanarnos acerca de lo que hemos de comer o beber, o acerca de lo que hemos de vestir, pasa a examinar por separado cada aspecto de la cuestión. El primer aspecto se examina en los versículos 26 y 27, y trata de nuestra existencia, de la continuación y sostenimiento de nuestra vida en el mundo. He aquí el pensamiento: "mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?" Algunos dirán que la afirmación del versículo 27 pertenece a la sección siguiente, pero a mí me parece absolutamente claro que debe, por las razones que diremos en unos instantes, formar parte de esta primera sección.

Respecto a la cuestión general del comer y sostenimiento de la vida, nuestro Señor nos ofrece un argumento doble. O, si lo preferimos, dos argumentos principales. El primero se deriva de los pájaros del cielo. Adviértase que a este respecto el argumento ya no procede de lo mayor a lo menor; más bien va en dirección contraria. Una vez fundamentada la proposición en un nivel inferior, la eleva al nivel superior. Comienza con una observación general, llamando la atención respecto a algo que es un hecho de la vida en este mundo. "Mirad las aves del cielo!" Contemplémoslas. 'Mirad' no siempre implica el significado de observación intensa. Solamente nos pide que miremos algo que tenemos delante de nosotros. Veamos lo que está delante de nuestros ojos —estos pájaros, estas aves del cielo—. ¿Qué se puede argumentar basándose en ellas? Que estos pájaros siempre disponen de comida.

Hay una gran diferencia entre la forma en que se sostiene la vida de los pájaros y la

del hombre. En el caso de los pájaros alguien se la proporciona. En el caso del hombre, va envuelto un cierto proceso. Siembra, luego recoge la cosecha que ha crecido de la semilla sembrada. Después pasa a almacenarla en graneros y conservarla hasta que la necesita. Esta es la forma de proceder del hombre, y es una forma adecuada, es la forma que nuestro Señor mandó al hombre después de la Caída, "Con el sudor de tu rostro comerás el pan" (Gen. 3:19). Desde el comienzo de la historia, el tiempo de sembrar y de cosechar, lo determinó Dios mismo, no el hombre, de manera que éste, desde un principio, tuvo que sembrar, cosechar y almacenar. Tiene que hacerlo, y así es como puede sostenerse. Por esto el mandato de no 'afanarse' no puede significar que tengamos que sentarnos a esperar que el pan nos llegue milagrosamente cada mañana. Esto no es bíblico, y quienes se imaginan que esto es la vida de fe, han entendido mal la enseñanza de la Biblia.

Pero el hombre nunca ha de preocuparse por esas cosas. No debe pasar la vida mirando al cielo, preguntándose qué tiempo va a hacer, y si va a poder conseguir algo para guardar en el granero. Esto es lo que nuestro Señor condena. El hombre tiene que sembrar, Dios se lo manda así. Pero tiene que depender de Dios, que es el único que puede hacer crecer la semilla. Nuestro Señor llama la atención acerca de los pájaros. Nada hay más obvio en cuanto a ellos que el hecho de que siguen vivos y que en la naturaleza encuentran alimento —gusanos, insectos y todas las cosas que los pájaros comen—. El sustento está disponible para ellos. ¿De dónde procede? La respuesta es que Dios se lo suministra. Ahí está, es un simple hecho de la vida, y Dios nos dice que lo observemos. Estas avejillas que no toman medidas en el sentido de preparar o producir alimento para sí mismas, lo tienen disponible. Dios cuida de ellas. Se preocupa de que tengan qué comer. Se preocupa de que tengan sostén para la vida. Esta es una simple afirmación del hecho. Ahora nuestro Señor toma ese hecho y saca dos conclusiones vitales del mismo. Dios se ocupa así de los animales y de los pájaros sólo por medio de su providencia general. No es su Padre; "Mirad las aves del cielo... y vuestro Padre celestial las alimenta". Esta afirmación es muy interesante. Dios es el Hacedor, el Creador y el Sostenedor de todas las cosas; se ocupa de todo el mundo, no sólo del hombre, por medio de arreglos providenciales generales, y sólo de esta manera. Adviértase entonces el sutil cambio, que introduce el argumento más profundo de todos: "vuestro Padre celestial las alimenta".

Dios es nuestro Padre, y si nuestro Padre cuida tanto de las aves con las que tiene una relación sólo de providencia general, cuánto mayor debe ser por necesidad su cuidado por nosotros. Un padre terrenal puede ser cariñoso, por ejemplo, con los pájaros y animales; pero es inconcebible que un hombre alimentara a simples criaturas olvidándose de sus propios hijos. Si así ocurre en el caso de un padre terrenal, cuánto más cierto será en el caso de nuestro Padre celestial. Esta es la primera deducción.

Vemos el método que tiene nuestro Señor de razonar y argumentar; todas y cada una de las palabras son importantes y deben estudiarse con cuidado y detalle. Observen la sutil transición de Dios, quien cuida providencialmente de las aves del cielo, a "vuestro Padre celestial". Y al seguir su argumentación en estos versículos veremos que es algo absolutamente básico y vital. A lo largo de la vida en este mundo advertimos y observamos estos hechos de la naturaleza, como se suele llamarlos; pero como somos cristianos, debemos mirarlos con un entendimiento más profundo y decirnos a nosotros mismo, 'No; las cosas de la naturaleza no

sucedan porque sí. No existen de una manera fortuita, como nos quisieran hacer creer muchos científicos modernos. En absoluto. Dios es el Creador, y Dios es el sostenedor de todas las cosas que existen. Cuida incluso de los pájaros, y los pájaros conocen por instinto que su alimento está ahí, Dios se cuida de que esté ahí. Muy bien, pues; pero ¿qué puedo decir en cuanto a mí mismo? Ahora recuerdo que soy hijo de Dios, que Él es mi Padre celestial. Para mí, Dios no es simplemente Creador. Es el Creador, pero es más que eso; es mi Dios y padre en el Señor Jesucristo y por medio del Señor Jesucristo'. Así deberíamos razonar, según nuestro Señor; y en cuanto lo hacemos así, resultan completamente imposibles la ansiedad y preocupación. En cuanto comenzamos a aplicar estas verdades, desaparece de inmediato y por necesidad todo temor.

Esta es, pues, nuestra primera deducción de esta observación general de la naturaleza, y debemos tenerla presente. Dios es nuestro Padre celestial si somos verdaderos cristianos. Debemos añadir esto, porque todo lo que estamos diciendo se aplica sólo a los cristianos. De hecho podemos ir más allá y decir que, si bien Dios trata de una forma providencial a todo el género humano —como hemos visto en el capítulo anterior, donde dice que Dios "hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos"— estas otras afirmaciones específicas de nuestro Señor, aquí en este caso, se aplican sólo a los hijos de Dios, a aquellos que son hijos de su Padre celestial en nuestro Señor y Salvador Jesucristo y por medio de Él. Y sólo el cristiano sabe que Dios es su Padre. El apóstol Pablo en la Carta a los Romanos dice que nadie sino el cristiano puede decir 'Abba, Padre'. Nadie reconocerá a Dios como su Padre, ni confiará en Él a no ser que el Espíritu Santo more en él. Pero, dice nuestro Señor, si tienen esta relación con Dios, entonces se darán cuenta de que es pecado el angustiarse y preocuparse, porque Dios es nuestro Padre celestial, y si se ocupa de las aves del cielo mucho mayor cuidado tendrá de nosotros.

La segunda deducción la plantea nuestro Señor así, "¿No valéis vosotros mucho más que ellas?." De nuevo arguye de menor a mayor. Significa, como se dice en otro lugar, "No valéis vosotros mucho más que las aves?". Este es el argumento que se deduce de la verdadera grandeza y dignidad del hombre, en especial del hombre cristiano. En este caso, sólo podemos presentar el mecanismo del argumento. Más adelante debemos ahondar más en él, pero ahora hemos de decir que no hay nada más notable, en toda la enseñanza bíblica, que la doctrina del hombre, este énfasis en la grandeza y dignidad del hombre. Una de las objeciones definitivas contra la vida irreligiosa, pecaminosa y no cristiana, es que es ofensiva para el hombre. El mundo piensa que está engrandeciendo al hombre. Habla acerca de la grandeza humana y afirma que la Biblia y su enseñanza humillan a la naturaleza del hombre. La verdadera grandeza humana ha ido atenuándose porque incluso en su mejor formulación, resulta indigna la visión naturalista y mundana del hombre. Aquí tenemos la verdadera grandeza y dignidad: el hombre ha sido hecho a imagen de Dios, y por consiguiente, en cierto modo, igual a Dios, el Maestro y Señor de la Creación. Nuestro Señor viene en una forma humilde y baja; pero es precisamente al mirarlo a Él que uno ve la verdadera grandeza del hombre. Aunque nació en un establo y fue colocado en un pesebre, es allí, y no en los palacios de los reyes, donde vemos la verdadera dignidad del hombre.

El mundo tiene una falsa idea de la grandeza y dignidad. Para encontrar la concepción real del hombre, se debe acudir al Salmo 8 y a otros lugares de la

**Biblia. Ante todo se debe mirar al Señor Jesucristo, y mirar también la descripción que hace el Nuevo Testamento del hombre 'en Cristo', hecho a su imagen. Entonces se verá lo pertinente que es este argumento de menor a mayor —"¿No valéis vosotros mucho más que ellas?" Pero Dios se ocupa de estas aves; tiene un valor, a sus ojos son preciosas. ¿Acaso no ha dicho que ninguna de ellas puede caer sin que lo sepa "vuestro padre celestial?" Si esto es así, entonces mirémonos a nosotros mismos para darnos cuenta de lo que somos a los ojos de Dios. Recordemos que Él nos ve como a hijos suyos en el Señor Jesucristo, y de una vez por todas dejaremos de preocuparnos y angustiarnos por estas cosas. Cuando uno se ve como hijo suyo, entonces sabe que Dios cuidará de uno sin lugar a dudas.**

**Hay, sin embargo, un segundo argumento implicado en este primero, argumento basado en la inutilidad y futilidad de los afanes. Estas son las palabras de nuestro Señor: "¿Y quién de vosotros podrá por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?" Este argumento ha de examinarse con mucho cuidado. Para empezar, debemos determinar con exactitud qué dice la afirmación, y a este respecto existen dos opiniones. Cuando preguntamos cuál es el significado de este término 'estatura', vemos que hay dos respuestas posibles. La mitad de los expertos dicen que 'estatura' significa altura, y normalmente hablamos de estatura pensando en la altura de una persona. Pero la palabra griega que se emplea para 'estatura' también significa longitud o duración de la vida. Y se emplea en ambos sentidos, tanto en griego bíblico como en griego clásico. Por eso de nada sirve preguntar, "¿Qué dice el texto griego?" porque no lo dice; la palabra se puede usar en ambos sentidos. Por ello no se puede decidir en función del griego.**

**¿Qué enfoque tomamos, pues? El contexto debe sin duda determinar y decidir este asunto. ¿Qué es un codo? Equivale a 40 centímetros, y si eso se tiene en mente, la mención de la 'estatura' no puede significar simplemente altura. Es completamente imposible, debido a que nuestro Señor también aquí procede de menor a mayor. ¿Podríamos imaginar alguien que esté realmente angustiado para medir 40 centímetros a su altura? Resulta ridículo sólo el pensarlo. No se puede referir a la altura; se debe referir a la duración de la vida. Lo que dice nuestro Señor es esto: "Cuántos de vosotros, con todas estas preocupaciones y ansias, viviendo con tantos afanes, pueden prolongar la duración de la vida siquiera por un instante?" Hablamos de la duración de la vida, y este es el argumento que nuestro Señor emplea, porque sigue tratando aquí de nuestra vida en el mundo. La afirmación básica es, "No os afanéis por vuestra vida". No está pensando en el cuerpo, sino en la existencia, en la continuación de la vida en este mundo. El introducir aquí en la enseñanza la idea de altura, estaría completamente fuera de lugar. No; nuestro Señor se refiere en este versículo a la duración y extensión de la vida, y precisamente debido a la obsesión que tienen por ella, tantas personas viven angustiadas por sus necesidades corporales. Desean extender y prolongar su vida. Ahora bien, dice nuestro Señor de hecho, hagámosle frente a este asunto, a este argumento. Con todo lo que uno hace, con todos los tremendos esfuerzos, con todas las angustias y ansiedades, ¿hay alguien que pueda prolongar la duración de su vida siquiera por un instante? Y la respuesta a esta pregunta es que no se puede. Esa es una de las cosas que son muy obvias, pero que todos tendemos a olvidar. No las recordamos como deberíamos; pero es indiscutiblemente verdadera. El hecho es que no podemos prolongar nuestra vida en este mundo, aunque tratemos de hacerlo de distintas formas. El millonario puede comprar toda la comida y bebida que desee, pero no puede prolongar su vida. Se nos dice que "el**

dinero todo lo puede". Quizá sea así en muchos aspectos pero no en éste en el cual el millonario no tiene ninguna ventaja sobre la persona más pobre del mundo.

Podemos ir más lejos. Los conocimientos y habilidades médicas no pueden prolongar la vida. Pensamos que pueden, pero es porque no lo sabemos. Todas estas cosas las determina Dios, y por eso, incluso los médicos, a menudo se sienten frustrados y perdidos. Dos pacientes que parecen estar en las mismas condiciones reciben el mismo tratamiento. Uno se recupera y el otro muere ¿Cuál es la respuesta? la respuesta es que "nadie puede añadir un codo a la duración de su vida". Es un gran misterio, pero no podemos eludirlo. El tiempo de nuestra vida está en las manos de Dios, y hagamos lo que hagamos, con toda nuestra comida y bebida y recursos médicos, con todo lo que sabemos, con toda la ciencia y capacidad, no podemos añadir ni en lo más mínimo a la duración de la vida de un hombre. A pesar de todos los adelantos modernos en conocimientos, nuestros tiempos siguen estando en las manos de Dios, y en consecuencia, arguye nuestro Señor, ¿por qué todas estas preocupaciones, por qué toda esta excitación, por qué todo este afán y preocupación? La vida es un don de Dios. Él la da y Él decide el fin de la misma.

Él la sostiene, y estamos en sus manos. En consecuencia, cuando tendamos a sentirnos preocupados y angustiados, tratemos de reflexionar y decir: "no puedo ni comenzar ni continuar ni terminar la vida; todo eso está por completo en sus manos. Y si lo más grande está bajo su control, también le puedo dejar lo más pequeño". Uno no puede extender la propia vida ni en un codo; en consecuencia, reconozcamos la futilidad y pérdida de tiempo y energía que conlleva el preocuparse por estas cosas. Hagamos lo que nos corresponde; sembremos, cosechemos y almacenemos en graneros; pero recordemos que el resto está en las manos de Dios. Uno puede tener las mejores semillas disponibles en el mercado; uno puede tener los mejores arados y todo lo necesario para sembrar; pero si Dios no diera el sol y la lluvia no habría cosecha. Dios está en última instancia en la raíz de todo. El hombre ocupa su lugar y hace su trabajo, pero Dios es quien da el incremento. Esto es lo que hay que recordar siempre, y se aplica siempre y en todas las circunstancias.

Ahora debemos volver nuestra atención a la sección que comienza con el versículo 28. "Y por el vestido, ¿por qué os afanáis?" Este es el segundo aspecto —el cuerpo y el vestido—. "Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aún Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?" También aquí se arguye de menor a mayor. También aquí se nos pide que observemos un hecho de la naturaleza. Pero en esta ocasión emplea un término ligeramente más fuerte. Antes fue "mirad las aves del cielo", ahora es "considerad los lirios del campo". Quiere decir, desde luego, que debemos meditar acerca de estas cosas y examinarlas en un nivel más profundo.

Nuestro Señor plantea el argumento como antes. Primero mirad los hechos, los lirios del campo, las flores silvestres, la hierba. Los expertos han dedicado muchas páginas tratando de decidir exactamente qué quiere decir 'lirios'. Pero no cabe duda que se refería a algunas flores comunes que crecían en los campos de Palestina, y que todo el mundo conocía muy bien. Y dice, mirad estas cosas —

consideradlas; no se esfuerzan, ni tejen, y sin embargo vedlas—. Mirad lo maravillosas que son, mirad lo bellas que son, mirad su perfección. Ni siquiera Salomón en toda su gloria se pudo vestir como una de ellas. Entre los judíos era proverbial la gloria de Salomón. Uno puede ver en el Antiguo Testamento la magnificencia de su vida, la ropa maravillosa y toda la vestimenta del rey y de su corte, sus palacios de madera de cedro con muebles dorados e incrustados de piedras preciosas. Y sin embargo, dice nuestro Señor, todo esto parece insignificante cuando se compara con uno de estos lirios. En las flores hay una cualidad esencial, su forma, su diseño, su textura y sustancia, su color, nada de lo cual el hombre, con todos los recursos, puede llegar a imitar verdaderamente. En todo esto el hombre ve la mano de Dios; ve la creación perfecta, ve la gloria del Todopoderoso. Esa pequeña flor a la que quizá nadie ve durante toda su existencia en este mundo, que quizá desperdicia la fragancia de sus pétalos en el aire del desierto, a esa flor, Dios la viste perfectamente. Este es el hecho ¿no es cierto? y si lo es, saquemos la conclusión. "Y si la hierba del campo... Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros hombres de poca fe?" Si Dios hace todo esto por las flores del campo, ¿cuánto más hará por tí? ¿Por qué es así? He aquí el argumento. "Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros?" ¡Que argumento tan poderoso es éste! La hierba del campo es transitoria, efímera. En épocas remotas solían cortarla para quemarla como combustible. Así se horneaba el pan. Primero se cortaba la hierba y se secaba y luego se ponía en el horno y se le prendía fuego para producir un gran calor. Luego se le ponía encima el pan que estaba ya listo para ser horneado. Así se solía hacer, y así era en tiempo de nuestro Señor. Por ello se entiende lo poderoso del argumento. Los lirios y la hierba son efímeros; no duran mucho, de esto somos todos muy conscientes. No podemos hacer que las flores duren; en cuanto las cortamos comienzan a morir. Hoy las tenemos con toda su belleza exquisita y perfección, pero mañana ya se han marchitado. Estas cosas maravillosas vienen y van, y así terminan. Sin embargo, nosotros somos inmortales; somos no solamente criaturas temporales, sino que pertenecemos a la eternidad. No es cierto en un sentido verdadero que hoy estemos aquí y mañana allá. Dios ha puesto la eternidad en el corazón del hombre; el hombre no está destinado a morir. No se aplica al alma aquello de "polvo eres y al polvo volverás". Uno continúa, continúa. No sólo poseemos dignidad y grandeza naturales, sino que tenemos también una existencia eterna que va más allá de la muerte y del sepulcro. Al darnos cuenta de esta verdad acerca de nosotros mismos, ¿se puede creer que el Dios que nos ha hecho y destinado a esto va a olvidarse del cuerpo mientras estemos en este mundo? Claro que no. "Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a nosotros, hombres de poca fe?"

## **CAPITULO 42**

### **Poca Fe**

"Hombres de poca fe" (Mt. 6:30). Tenemos aquí el argumento final de nuestro Señor respecto al problema de la preocupación ansiosa. O, quizá, podemos describirlo como el resumen que hace de la advertencia de 'no afanarse' por nuestras vidas" respecto a qué habremos de comer o beber, o acerca del cuerpo en asuntos de

vestido. Es la conclusión de la argumentación detallada que ha elaborado en función de aves y flores. En efecto, parece decir: todo se reduce a esto. La causa real del problema es el no sacar deducciones obvias del ejemplo de las aves y de las flores. Pero, junto con esto, hay una falta obvia de fe. "Hombres de poca fe". Esta es la causa última del problema.

La pregunta que naturalmente se suscita es ésta: ¿Qué quiere decir nuestro Señor con 'poca fe'? ¿Cuál es su connotación exacta? Adviértanse que no dice que no tienen fe; los acusa de 'poca' fe. Lo que preocupa a nuestro Señor no es la ausencia de fe por parte de ellos: es lo inadecuado de esa fe, el hecho de que no tengan fe suficiente. Es por tanto una expresión chocante, y nuestra reacción inmediata debería ser darle gracias a Dios por ella. ¿Qué significa exactamente? La manera adecuada de contestar a esta pregunta es prestar cuidadosa atención a todo el contexto. ¿Cuáles son las personas a las que describe aquí y a las cuales acusa de esto? Una vez más debemos recordar que son cristianos, y sólo cristianos. Nuestro Señor no está hablando acerca de todo el mundo.

El mensaje cristiano en realidad no puede ofrecer consuelo y fortaleza a los que no son cristianos. Palabras como éstas no se dirigen a todo el mundo; se dirigen sólo a aquello» a quienes se aplican las Bienaventuranzas. Se dirigen, pues, a los que son pobres en espíritu, a los que lloran por el sentido de culpa y de pecado, a los que se han visto a sí mismos como verdaderamente perdidos y desvalidos a los ojos de Dios, los que son mansos y por consiguiente tienen hambre y sed de justicia, dándose cuenta que ésta sólo se puede conseguir en el Señor Jesucristo. Esos tienen fe, los otros no tienen ninguna fe. Por tanto se aplica sólo a esas personas.

Además, se refiere a personas de las cuales el Señor puede usar el término 'vuestro Padre celestial'. Dios es Padre sólo para los que están en Jesucristo. Es el Hacedor y el Creador de todos los hombres; todos somos descendientes suyos en ese sentido, pero, como dice el apóstol Juan, sólo aquellos que creen en el Señor Jesucristo tienen el derecho y la autoridad de llegar a ser hijos de Dios (ver Jn. 1:12).

Nuestro Señor, dirigiéndose a los fariseos, habló de 'mi Padre' y 'vuestro padre', y dijo "vosotros sois de vuestro padre el diablo". Lo mismo sucede aquí. No enseña una cierta doctrina vaga y general acerca de la 'paternidad universal de Dios' y de la 'hermandad universal del hombre'. No, el evangelio divide a las personas en dos grupos, los que son cristianos y los que no lo son. Debemos afirmar, y más que nunca en tiempos como éstos, que el evangelio de Jesucristo contiene una sola enseñanza para el mundo no cristiano, a saber, que está bajo la ira de Dios, y que no puede esperar otra cosa sino miseria e infelicidad, guerras y rumores de guerra, y que nunca conocerá la paz verdadera. Dicho en forma positiva, el evangelio cristiano le dice al mundo que debe creer en el Señor Jesucristo, si desea la bendición de Dios. Para el mundo como tal no hay esperanza; sólo hay esperanza para los que son cristianos. El mensaje que comentamos es sólo para aquellos a quienes se aplican las Bienaventuranzas, aquellos que verdadera y justamente dicen que son hijos de Dios en Jesucristo. En realidad, en la expresión inmediata siguiente que examinaremos, contrasta a estas personas con los gentiles —'los gentiles buscan todas estas cosas'—. Ahí vemos la división, 'los gentiles' y los que están 'en Cristo', los que están fuera y los que están dentro, el pueblo de Dios y los

que no son el pueblo de Dios.

Así es como debemos entender esta frase. Estas personas tienen fe, pero es fe insuficiente. En consecuencia, no cabe duda de que podríamos decir que nuestro Señor habla aquí acerca de los cristianos que sólo poseen la fe salvadora y que tienden a quedarse ahí. Estas son las personas acerca de las cuales está interesado, y lo que desea es que, como consecuencia de escucharle a Él, lleguen a una fe más profunda y más amplia. La primera razón para esto es que las personas que tiene sólo esa fe salvadora, y no van más allá, se privan de muchísimo en esta vida. Y no sólo eso, sino que debido a la falta de una fe más amplia, están obviamente más inclinados a preocuparse y angustiarse, a esa preocupación mortal que nos ataca a todos en la vida. Nuestro Señor, en realidad, va tan lejos que dice que las preocupaciones en el cristiano se deben siempre en último término a una falta de fe o a la poca fe. El afán y la ansiedad, la depresión y derrota, el estar a merced de la vida y de las circunstancias que la acompañan se deben siempre, en el cristiano, a la falta de fe.

El objetivo, por consiguiente, ha de ser siempre una fe mayor. El primer paso para conseguirlo es darse cuenta de lo que significa 'poca fe'. Veremos que este es el método de nuestro Señor en la siguiente sección que comienza en el versículo 31: "No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?" Nuestro Señor nos da instrucciones positivas para incrementar nuestra fe, pero antes de hacerlo, desea que veamos exactamente qué significa poca fe. Se comienza con lo negativo y luego se pasa a lo positivo.

¿Cuál es, pues, esta condición que nuestro Señor describe como 'poca fe'? ¿Qué clase de fe es, y qué hay de malo en ella? Ante todo consideremos una definición a grandes rasgos. De esta fe se puede decir, en general, que se limita a una sola esfera de la vida. Es fe que se limita únicamente a la cuestión de la salvación del alma, y no va más allá. No se extiende a la totalidad de la vida ni a todos los detalles de la vida. Esta es una falla común entre los cristianos. Sobre la cuestión de la salvación del alma, tenemos ideas perfectamente claras. La acción del Espíritu Santo nos ha despertado para que viéramos nuestra perdición. Hemos sido convencidos de pecado. Hemos visto lo totalmente incapaces que somos de justificarnos a los ojos de Dios, y que la única forma de liberación está en el Señor Jesucristo. Sabemos que vino a este mundo, y murió por nuestros pecados, y con ello nos reconcilió con Dios. Y creemos en Él, y poseemos esta fe salvadora respecto al presente y a toda la eternidad. Esta es la fe salvadora, la que nos hace cristianos. Sí; pero los cristianos a menudo se detienen ahí, y parecen pensar que la fe es algo que se aplica sólo a la cuestión de la salvación. La consecuencia es, desde luego, que en la vida cotidiana sufren muchas derrotas entre ellos y los que no son cristianos. Se preocupan y afanan, se conforman al mundo en muchos aspectos. Su fe es algo que queda reservado sólo para su salvación final, y no parece poseer fe -ninguna en lo referente a los asuntos cotidianos de la vida y a la vida en este mundo. Nuestro Señor se ocupa precisamente de esto. Esas personas han llegado a conocer a Dios como Padre celestial, y sin embargo, siguen afanándose por la comida, la bebida y el vestir. Es una fe limitada, en ese sentido es poca fe; su meta es restringida y además limitada.

Debemos partir de ahí. No podemos leer la Biblia sin ver que la fe verdadera es una fe que abarca la vida toda. Lo vemos en nuestro Señor mismo, lo vemos en los

grandes héroes de los que nos habla Hebreos 11. Podríamos decir que la poca fe no se apoya en todas las promesas de Dios. Se interesa sólo en algunas de ellas, y se concentra en éstas. Véannoslo así. Revisemos la Biblia y hagamos una lista de todas las promesas de Dios. Veremos que hay muchas, en realidad un número sorprendente. Pedro habló de 'preciosas y grandísimas promesas'. Es pasmoso y sorprendente. No hay aspecto de la vida que no quede cubierto bajo estas promesas extraordinarias de Dios. ¡Qué culpables somos a la luz de esto! Seleccionamos algunas de estas promesas y nos concentramos en ellas, y por diferentes razones, nunca pensamos en las otras. Nunca hacemos nuestras las otras promesas, y como consecuencia, si bien en algunos aspectos triunfamos, en otros fracasamos miserablemente. Esto es 'poca fe'. Es fe limitada en relación con las promesas, y que no se da cuenta de que debería ser algo que la vinculara con todas, que se apropiara de cada una de ellas.

Veamos esto de nuevo desde un ángulo ligeramente diferente. En cierta ocasión oí a un hombre emplear una expresión que me afectó profundamente en ese tiempo, y todavía ahora me sigue afectando. No estoy muy seguro de que no sea una de las afirmaciones más profundas que haya oído en mi vida. Dijo que el problema de muchos de nosotros los cristianos es que creemos en el Señor Jesucristo, pero que al mismo tiempo no le creemos. Quería decir que creemos en Él en lo referente a la salvación del alma, pero no le creemos cuando nos dice algo como esto de que Dios se va a cuidar de nuestro alimento, e incluso de nuestro vestido. Dios dice cosas como "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar", y sin embargo nos guardamos los problemas y preocupaciones, vivimos agobiados bajo su peso, nos derrotan, y nos afanamos por las cosas. Nos ha dicho que acudamos a Él cuando nos sintamos así; nos ha dicho que si andamos sedientos en algún sentido podemos acudir a Él, y nos ha garantizado que quienquiera que acuda a Él, nunca tendrá sed, y que el que coma el pan que Él dará, nunca tendrá hambre. Ha prometido darnos "una fuente de agua que salte para vida eterna" de modo que nunca tengamos sed. Pero, no lo creemos. Tomemos todas esas afirmaciones que hizo estando en la tierra, las palabras que dirigió a los que le rodeaban; todas nos estaban destinadas. Fueron dichas para nosotros hoy, lo mismo que cuando las pronunció por primera vez, y este es también el caso de todas las afirmaciones sorprendentes en las cartas. El problema es que no lo creemos. Este es el problema básico. Toca fe' significa no tomar la Biblia como es, no creerla ni vivir de acuerdo a ella, ni aplicarla.

Hasta ahora hemos examinado la 'poca fe' en general. Pasemos entonces a los detalles y examinémosla en una forma más analítica. Debemos hacerlo para ser funcionales, porque después de todo este tema es vital y práctico. No hay falacia mayor que considerar el evangelio de Jesucristo como algo acerca de lo cual uno piensa cuando está en la iglesia, o cuando dedica un cierto tiempo a la meditación. No; se aplica a toda la vida. Veámoslo así. Ser de 'poca fe' significa, ante todo, que las circunstancias nos dominan en vez de dominarlas nosotros a ellas. Esta afirmación es clara. El cuadro que se presenta en toda esta sección es el de personas a quienes la vida gobierna. Ahí están, por así decirlo, sentadas, impotentes, bajo un gran peso de preocupaciones acerca de la comida, la bebida, el vestir, etcétera. Estas cosas los están agobiando, son víctimas de ellas. Tal es el cuadro que el Señor presenta, y sabemos cuan verdadero es. Nos suceden cosas y de inmediato, se apoderan de nosotros, nos sojuzgan. Según la Biblia, eso nunca debería sucederle al cristiano. La Biblia lo presenta siempre como alguien que está

por encima de las circunstancias. Puede incluso "sobreabundar de gozo en las tribulaciones", no simplemente enfrentarse a ellas con una especie de fortaleza estoica. No cede ni vacila, o para emplear la expresión conocida, "no la aguanta a regañadientes". No; sobreabunda en gozo en medio de la tribulación. Sólo quien tiene verdadera fe puede ver la vida de esta forma, y puede elevarse a tales alturas, según la Biblia, esto puede hacerlo sólo el cristiano.

¿Por qué el hombre de poca fe permite que las cosas lo dominen y lo abrumen? La respuesta a esta pregunta es que, por su 'poca fe', la persona no piensa, ese es el verdadero problema. En otras palabras, debemos tener todo un concepto adecuado de la fe. Fe, según la enseñanza de nuestro Señor en este párrafo, es primordialmente pensar; y el problema básico del hombre de poca fe es que no piensa; permite que las circunstancias lo intimiden. Esta es la verdadera dificultad en la vida. La vida viene con un garrote en la mano, nos golpea en la cabeza, y nos volvemos incapaces de pensar, nos sentimos impotentes y derrotados. La forma de evitarlo, según nuestro Señor, es pensar. Debemos dedicar más tiempo al estudio de las lecciones de nuestro Señor, en observación y deducción. La Biblia está llena de lógica, y nunca debemos pensar en la fe como algo puramente místico. No nos limitemos a estar sentados en un sillón a esperar que nos sucedan cosas maravillosas. Esto no es fe cristiana. La fe cristiana es esencialmente pensar. Contemplar las aves del cielo, pensar acerca de ellas y sacar conclusiones. Contemplar las hierbas del campo, contemplar los lirios del valle, para meditar en ellos.

El problema, en la mayoría de los casos, radica en que las personas no quieren pensar. En lugar de pensar, se sientan a preguntarse, ¿Qué me va a suceder? ¿Qué puedo hacer? Esto no es pensar; es derrota, es rendirse. Nuestro Señor en esta pasaje nos incita a pensar, y a pensar de una forma cristiana. Esta es la esencia misma de la fe. Fe, si lo prefieren, podía definirse así: Es el hombre que insiste en pensar cuando todo parece confabularse para intimidarlo y derrotarlo en un sentido intelectual. El problema de la persona de poca fe es que, en lugar de controlar su propio pensamiento, ese pensamiento está controlado por otra cosa, y, como suele decirse, va dando vueltas en círculos. Esta es la esencia de la preocupación. Si uno permanece despierto por la noche durante horas, puedo decirle lo que ha estado haciendo; ha estado dando vueltas en círculos. Vuelve una y otra vez a pensar en los mismos miserables detalles acerca de una persona o de una cosa. Eso no es pensar; es más bien, ausencia de pensamiento, fracaso en el pensar. Esto significa que algo está controlando su pensamiento y dirigiéndolo, para conducirlo a ese estado agobiante que se llama inquietud. Por esto tenemos derecho a definir la 'poca fe', en segundo lugar, como no saber pensar, o permitir que la vida se apodere de nuestro pensamiento, en vez de pensar claramente acerca de ella, en vez de ver la vida de forma global y equilibrada.

La poca fe, si se prefiere, también se puede describir como el fracaso de no aceptar las afirmaciones bíblicas según su valor genuino, el fracaso de no creerlas totalmente. Tomemos a alguien que de repente se ha encontrado con problemas, se ha visto sometido a prueba por las circunstancias. ¿Qué debería hacer? Debería acudir a la Biblia y decirse: "Debo tomar las afirmaciones de este Libro exactamente como son". Todo lo que hay en nosotros por naturaleza, y también el diablo que hay fuera de nosotros, harán todo lo posible para impedirnos que lo hagamos. Nos dirán que estas afirmaciones estuvieron destinadas sólo a los

discípulos, y que no son para nosotros. Algunos, como hemos visto, incluso dejarían todo el Sermón del Monte para los discípulos, o lo considerarían apropiado para los que vivirán en algún reino futuro. Otros dicen que estuvo bien para los primeros cristianos que acababan de pasar por Pentecostés, pero que ahora el mundo ha cambiado. Estas son las sugerencias que nos llegan. Pero yo lo rechazo todo. Hemos de leer la Biblia y decirnos a nosotros mismos: "Todo lo que voy a leer aquí se me dice a mí, y si hay algo en mí que corresponde a lo que dijo acerca de ellos, quiere decir que soy fariseo. También estas promesas fueron hechas para mí. Dios no cambia; sigue siendo exactamente como era hace dos mil años, y todas estas cosas son absolutas y eternas!" Debo, pues, acudir a la Biblia y recordar que sólo así la tomo a ella y a su enseñanza como es, en su contexto, que sé que me están hablando. No debo descartarla de ninguna forma. Tengo que tomar la Biblia por lo que es. 'Poca fe' quiere decir que fracasamos en hacer todo esto como deberíamos.

Debemos pasar, sin embargo, a algo que es todavía más práctico. 'Poca fe' en realidad quiere decir no darnos cuenta de las implicaciones de la salvación, y de la situación que surge de ella. Este es claramente el argumento de nuestro Señor y su forma de razonar aquí. La mitad de nuestros problemas se deben al hecho de que no nos damos cuenta, en su totalidad, de las implicaciones de la doctrina de la salvación que creemos. Este es el argumento de todas las Cartas del Nuevo Testamento. La primera parte suele consistir en una afirmación doctrinal, que pretende recordarnos lo que somos y quiénes somos como cristianos. Luego viene una segunda parte práctica, que es siempre una deducción de la primera. Por esto suele empezar con las palabras 'por consiguiente'. Y esto es lo que hace nuestro Señor. Aquí estamos nosotros, preocupándonos acerca de la comida, de la bebida y del vestir. Nuestro problema es que no recordamos que somos hijos de nuestro Padre celestial; si lo recordáramos, nunca volveríamos a inquietarnos. Con sólo que tuviéramos un concepto tenue y vago de los propósitos de Dios respecto a nosotros, resultaría imposible la inquietud. Tomemos, por ejemplo, la gran oración de Pablo por los efesios. Les dice que oraba para que el Señor les diera sabiduría "alumbrando los ojos de vuestro entendimiento" —advértase la palabra 'entendimiento—. ¿Con qué fin y propósito? "'Para que sepáis cuál es la esperanza a que El os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos" (Ef. 1:18, 19). Esto era, según Pablo, lo que necesitaban conocer y entender. Leamos cualquiera de las Cartas Paulinas y en algún pasaje encontraremos esta clase de afirmación.

El problema que tenemos los cristianos es que no nos damos cuenta de lo que somos como hijos de Dios, no vemos los propósitos benignos de Dios para con nosotros. Vimos esto antes, de paso, cuando examinamos cómo nos comparó, como hijos, con la hierba del campo. La hierba hoy está en el campo, pero mañana será quemada como combustible en el horno para hacer el pan. Pero los hijos de Dios están destinados a la gloria. Todas sus promesas y propósitos son para nosotros, se establecieron para nosotros; y lo único que tenemos que hacer, en un sentido, es precisamente recordar lo que Dios ha dicho acerca de nosotros como hijos suyos. En cuanto comprendemos bien esto, resulta imposible el preocuparse. El hombre entonces comienza a aplicar la lógica que le dice: "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida» (Ro. 5:10). Así es. Sea lo que

fuere lo que nos suceda, "Él que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" El vigoroso argumento continúa en Romanos 8 "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?..." (Ro. 8:32 vss.). Quizá tengamos que enfrentarnos con problemas, angustias y pesares, pero, "en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó". Lo vital es que nos veamos como hijos suyos. La argumentación se sigue por necesidad. Si Dios viste así a la hierba ¿no nos vestirá mucho más a nosotros? Vuestro Padre celestial alimenta a los pájaros. ¿No sois vosotros mucho más que ellos? Tenemos que comprender lo que significa ser hijos de Dios.

O, para decirlo de otra forma, tenemos que darnos cuenta de lo que es Dios como Padre celestial nuestro. También esto es algo que los cristianos tardan en aprender. Creemos en Dios; pero ¡cuánto tardamos en creer y comprender que es nuestro Padre celestial! Cristo habló acerca de ir "a mi Padre, y vuestro Padre". Se ha convertido en Padre nuestro en Cristo. ¿Y qué tenemos que aprender acerca de Él? He aquí algunas consideraciones.

Pensemos primero en los propósitos inmutables de Dios para con sus hijos —y subrayaría esa palabra 'inmutables—. Los hijos de Dios tienen sus nombres escritos en el Libro de Vida del Cordero antes de la fundación del mundo. En esto no hay nada contingente. Fue "antes de la fundación del mundo". Que fueron elegidos. Los propósitos de Dios son inmutables, ya abarcan nuestro destino eterno, nada menos. En la Biblia se expresa constantemente eso de diversas maneras. "Elegidos según la presciencia de Dios", "santificados en Cristo Jesús", "santificados por el Espíritu", y así sucesivamente. Cuando las personas creen cosas como éstas, están en condiciones de hacerle frente a la vida en el mundo de una forma muy diferente. Este fue el secreto, digámoslo una vez más, de los héroes de la fe en Hebreos 11. Entendieron algo de los propósitos inmutables de Dios, y, en consecuencia, tanto Abraham como José y Moisés, todos ellos, sonrieron frente a las calamidades. Siguieron adelante porque Dios así se lo había dicho, por qué sabían que los propósitos de Dios deben realizarse. Abraham fue sometido a la prueba suprema de pedírsele que sacrificara a Isaac. No pudo entenderlo, pero dijo: lo haré porque sé que los propósitos de Dios son firmes y seguros, y aunque tenga que inmolar a Isaac, sé que Dios puede resucitarlo de la muerte. ¡Los propósitos inmutables de Dios! Dios nunca se contradice, y debemos recordar que está siempre alrededor nuestro, detrás nuestro, al lado nuestro. Nos sostienen los brazos eternos.

Luego pensemos en su gran amor. La tragedia de nuestra situación es que no conocemos el amor de Dios como deberíamos. Pablo pidió para los efesios que pudieran conocer el amor de Dios. No conocemos su amor por nosotros. En un sentido, toda la primera Carta de Juan fue escrita para que lo pudiéramos conocer. Si conociéramos el amor que Dios nos tiene, y confiáramos en ello (1 Jn. 4:16), nuestras vidas enteras serían diferentes. Es muy fácil demostrar la grandeza de ese amor a la luz de lo que ya ha hecho en Cristo. Ya hemos examinado estos poderosos argumentos en la Carta a los Romanos. Si cuando aún éramos enemigos suyos hicieron lo máximo por nosotros, cuánto más, lo decimos con reverencia, está obligado a hacer las cosas menores. ¡Que grande es el amor de Dios por nosotros!

Luego debemos meditar acerca de su preocupación por nosotros. Esto es lo que nuestro Señor subraya aquí. Si se preocupa por lo pájaros, ¿cuánto más por nosotros? Nos dice en otro lugar que incluso "los cabellos de vuestra cabeza están todos contados". Y con todo, nos preocupamos por las cosas. ¡Si nos diéramos cuenta de la preocupación amorosa que Dios tiene por nosotros, de que lo sabe todo acerca de nosotros, de que está preocupado por los detalles más mínimos de nuestra vida! Quien cree esto no puede seguir preocupándose.

Luego pensemos en su poder y capacidad. 'Nuestro Dios', 'mi Dios'. ¿Quién es mi Dios que se interesa en forma tan personal por mí? Es el Creador de los cielos y de la tierra. Es el Sostenedor de todo lo que existe.- Leamos de nuevo el Salmo 46 para recordar esto: "Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra. Que quiebra el arco, corta la lanza, y quema los carros en el fuego". Lo controla todo. Puede aplastar a los paganos y a los enemigos; su poder es ilimitado. Y al contemplar todo esto, debemos de estar de acuerdo con la conclusión del salmista cuando, al dirigirse a los paganos, dijo: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios". No debemos interpretar ese 'estad quietos' es una forma sentimental. Algunos lo consideran como una especie de exhortación a que permanezcamos en silencio, pero no es nada de eso. Significa, "deteneos (o 'ceded') y recordad que soy Dios". Dios se dirige a quienes se le oponían y les dice: Este es mi poder: por lo tanto ceded y deteneos, guardad silencio y reconoced que soy Dios.

Debemos recordar que este poder está actuando en favor nuestro. Hemos visto en la oración de Pablo por los efesios: "La supereminente grandeza de su poder" (1:19). "Aquel que es poderosos para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros" (3:20). A la luz de tales afirmaciones ¿no es ridículo el afanarse? ¿No es completamente necio? No significa sino que no pensamos; no leemos la Biblia, o, si lo hacemos, es de una manera superficial, o estamos tan llenos de prejuicios que no la tomamos por lo que es. Debemos hacer frente a esas cosas y sacar nuestras propias conclusiones.

Un último pensamiento. Esta 'poca fe', se debe en último término a un fallo en aplicar lo que sabemos y pretendemos creer a las circunstancias y detalles de la vida. Lo puedo resumir en una frase. ¿Recuerdan el famoso incidente de la vida terrenal de nuestro Señor cuando se hallaba durmiendo en la barca y ésta comenzó a inundarse? El mar se había agitado, y los discípulos empezaron a angustiarse y le dijeron, "Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?" La respuesta que les dio resume perfectamente lo que hemos dicho en este capítulo. Dijo: "¿Dónde está vuestra fe?" (ver Le. 8:23-25). ¿Dónde está? La tenéis, pero ¿dónde está? O, si se prefiere, dijo: ¿Por qué no aplicáis vuestra fe a esto? Se ve entonces que no es suficiente decir que tenemos fe; debemos aplicar nuestra fe, debemos relacionarla con la vida, debemos procurar que esté donde debe estar, en todo momento. Resulta pobre el cristianismo que posee esta maravillosa fe respecto a la salvación y luego se estremece y se lamenta ante las pruebas cotidianas de la vida. Debemos aplicar nuestra fe. La 'poca fe' no lo hace. Confío en que, después de examinar esta argumentación vigorosa de nuestro bendito Señor, no sólo nos sentiremos convictos, sino que también veremos que vivir preocupados es una contradicción total de nuestra posición como hijos de Dios. No hay circunstancia ni condición en esta vida, que debiera preocupar a un cristiano. No tiene derecho a preocuparse; y si lo hace no sólo se condena a sí mismo como hombre de poca fe, sino que está

deshonrando a su Dios y siendo desleal a su bendito Salvador. "No os afanéis"; ejercitad la fe; comprended la verdad y aplicad-la a todos los detalles de vuestra vida.

## **CAPITULO 43**

### **Fe en Aumento**

Aquí, en los versículos 31-33, nuestro Señor nos presenta el enfoque positivo respecto a la 'poca fe'. No basta darnos cuenta de lo que significa; lo importante es poseer una fe mayor. Introduce su enseñanza con la palabra 'pues'; de manera que es un eslabón en una cadena. "Pues", dice, "a la luz de todo esto, no os afanéis diciendo: Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?" Es la repetición del mandato fundamental. Algunos interpretan la adición de la palabra 'diciendo', en el sentido de que hay una ligera alteración. En la primera ocasión, como se recordará, dijo, "Por tanto os digo: no os afanéis", aquí, según ellos señalan, dice "No os afanéis, pues, diciendo".

No creo que sea una diferencia importante. No hay por qué negar que hay una diferencia, que en el primer caso nuestro Señor dio una advertencia general en contra de la tendencia de afanarse, pero que aquí da un paso más y dice, en efecto, «ni siquiera debéis decir estas cosas, aunque las penséis, no debéis decirlas.» Que sea así o no, no tiene importancia porque el punto principal sigue siendo el mismo. Nuestro Señor nos muestra aquí la forma positiva de incrementar nuestra fe, y vuelve a presentarlo a manera de argumento. Recordemos que su método siempre es lógico. No se limita a hacer afirmaciones y pronunciamientos; los razona. ¡Que condescendencia tan maravillosa! Veamos esa palabra 'porque'. "Porque los gentiles buscan todas estas cosas..!"; "pero vuestro Padre celestial sabe..!"; y así sucesivamente. Lo único que debemos hacer, por tanto, es seguir su argumentación. A este respecto, observamos que se respecto, observamos que se someten a nuestra consideración tres puntos principales, tres principios fundamentales que, si los captamos y entendemos, nos conducirán inevitablemente a una fe mayor. En realidad es notable la forma cómo Él trata este tema.

Su argumento esencial es que nosotros, como cristianos, debemos ser diferentes de los gentiles. Así es como empieza. Adviértase cómo pone esta afirmación entre paréntesis, por así decirlo: "porque los gentiles buscan todas estas cosas!" ¡Pero qué afirmación tan poderosa y qué importante! Aunque de forma negativa, conduce a un resultado muy positivo. Si uno se quiere incrementar la fe, lo primero que hay que hacer es darse cuenta de que afanarse y preocuparse acerca de la comida, de la bebida, del vestir, y de la vida en este mundo, es, en un sentido, hacer lo mismo que los gentiles.

¿Qué quiere decir con esto? La palabra 'gentiles', desde luego, significa en realidad 'paganos'. Los judíos constituían el pueblo escogido de Dios. Ellos eran quienes poseían los oráculos de Dios y el conocimiento especial de Él; los otros se describían como paganos. Por ello debemos analizar esta palabra y ver exactamente qué significa. La afirmación es que si soy culpable de afanarme y preocuparme por estas cuestiones de alimento, vestido, la vida en este mundo, y

por ciertas cosas de las que carezco —si todo esto me domina a mí y a mi vida, entonces en realidad estoy viviendo y comportándome como un pagano. Pero tratemos de descubrir el verdadero significado de esto.

Los paganos eran personas que no poseían la revelación de Dios, y que por consiguiente no conocían a Dios. Eso es lo que se subraya tanto en el Antiguo Testamento; es lo que distingue a los hijos de Israel de todos los demás. Pablo, en su argumento respecto a este tema dice en Romanos 3:2 que "les ha sido confiada la palabra de Dios!" Dios se reveló en forma especial a los judíos, no sólo en el llamamiento de Abraham y en otros casos específicos, sino sobre todo al darles la ley y la gran enseñanza de los profetas. Los paganos no conocían nada de esto; no habían tenido esta revelación especial, ni poseían conocimiento de Dios. No tenían las Escrituras del Antiguo Testamento y estaban, por consiguiente, sin los recursos para conocerlo. Éste es el punto esencial acerca de los paganos, no saben nada acerca de Dios en un sentido real, están "sin Dios en el mundo.'

Claro está que, a este respecto, podemos ir más allá y decir que los paganos no saben nada acerca de la revelación de Dios en Jesucristo, y no saben nada acerca del camino de salvación establecido por Dios. Ignoran por completo la visión de la vida que se enseña en la Biblia. No saben que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna!" No saben nada acerca de las "preciosas y grandísimas promesas", ni acerca de las varias promesas que Dios ha dado a su pueblo en este mundo. Los paganos no saben nada acerca de eso, y no lo han recibido. Están en verdadera oscuridad respecto a la vida en este mundo y en cómo ha de vivirse, y en verdadera oscuridad también acerca de su destino eterno. Su visión de la vida está completamente limitada por sus propios pensamientos, y carecen de esta luz que se recibe de lo alto.

No debemos demorarnos en esto, pero los que tienen esa visión pagana de la vida ven en general, las cosas que nos suceden en una de dos formas posibles: Hay quienes creen que todo lo de esta vida es accidental. Esta idea se conoce a veces como la 'teoría de la contingencia' que enseña que las cosas suceden sin razón, y que nunca se puede saber lo que va a suceder luego. Este concepto de la vida en el mundo la sostienen, por ejemplo, hombres como el Dr. Julián Huxley, para quien todo es accidental y contingente; así lo enseñan y le han dado a esta idea una prominencia considerable en los tiempos actuales. Dicen que en la vida no hay ningún propósito. No hay ni orden ni designio; todo es fortuito. Es un punto de vista muy antiguo. No contiene nada nuevo, y no hay en el mundo de hoy personas más trágicas que éstas que sostienen tal punto de vista pensando que con ello son 'modernos'. La mitad de los paganos poseen esta visión de la vida y obviamente eso va a afectar en un sentido profundo toda su actitud hacia todas las cosas que suceden.

El otro punto de vista, comúnmente llamado 'fatalismo', se coloca como extremo opuesto de aquel. Enseña que lo que ha de ser, será. No importa lo que uno haga o diga, ello sucederá. "Lo que ha de ser, será!" Por consiguiente es totalmente necio realizar algún esfuerzo. Uno' simplemente vive, y confía en que las cosas no le saldrán mal, y que de una forma u otra uno podrá vivir más o menos bien. El fatalismo enseña que uno no puede hacer nada respecto a la vida, que hay poderes y factores que lo controlan a uno inexorablemente, y lo mantienen en el marco de

un determinismo rígido. De nada sirve, pues, reflexionar, y mucho menos afanarse. Pero el fatalismo, de todos modos, conduce al afán, porque esas personas siempre están preocupándose por lo que va a suceder luego. La 'contingencia' y el 'fatalismo', son pues, las dos expresiones principales de la visión pagana de la vida.

Es importante tener presente estas dos ideas porque los cristianos, a menudo sin darse cuenta, sostienen alguna de las dos. La visión cristiana, por otra parte, la que se enseña en la Biblia, y sobre todo en este pasaje específico del Sermón del Monte, se podría escribir como la doctrina de 'la certeza'. Dice que la vida no está controlada por una necesidad ciega, sino que algunas cosas son ciertas por qué estamos en las manos del Dios vivo. Así pues, si uno es cristiano, adopta esa doctrina de la certeza frente a las teorías de la contingencia y del fatalismo. Hay una gran diferencia entre estos puntos de vista —el cristiano y el pagano—; y lo que nuestro Señor dice es que, si uno vive una vida llena de ansiedad y preocupaciones, está virtualmente muerto en lo espiritual y adoptando la visión pagana de la vida.

Nuestra visión fundamental de la vida en este mundo va a determinar nuestra forma de vivir, y a controlar toda nuestra conducta. "Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él". Siempre se puede decir cuál es la filosofía de un hombre por la manera en que vive y por la manera en que reacciona frente a las cosas que suceden en torno a él. Por esto los tiempos de crisis criban a las personas. Siempre revelamos exactamente nuestra posición con lo que decimos. Recordarán que nuestro Señor dijo en cierta ocasión que seremos juzgados por todas las palabras ociosas que pronunciamos (ver Mt. 12:36). Decimos mucho acerca de nosotros mismos como cristianos, con nuestras observaciones ordinarias y con nuestros comentarios ordinarios acerca de la vida. Nuestra visión de la vida se transparenta en todas nuestras expresiones.

Además, si alguien tiene una visión pagana de la vida en este mundo, también tendrá una visión pagana de la vida en el otro mundo. La visión pagana de esa vida es que es un reino de penumbra. Se ve esto en las mitologías griegas y en las no cristianas. Todo es incierto. Si alguien, por tanto, sostiene esta visión, este mundo lo será todo para él y tratará de sacarle todo provecho a la vida, porque es la única vida acerca de la cual posee algún conocimiento. Además, o bien trata de descubrir de antemano la contingencia, o trata de alguna manera de eludir este fatalismo que lo atenaza. Lo que hace es esto. Dice, aquí estoy en este momento; lo voy a aprovechar lo más posible porque no sé qué va a suceder luego. Por consiguiente, su filosofía es, "come, bebe, regocíjate"; vivamos para el momento presente. Tengo a mi disposición esta hora, voy a sacar de ella todo lo que pueda.

Esto es lo que estamos viendo alrededor nuestro; ésta es la forma en que la mayoría de las personas parecen vivir hoy día. Argumentan que, como uno no sabe lo que va a suceder el mes próximo o el año próximo, la esencia de nuestra sabiduría está en decir, "Bien; gastemos todo lo que tengamos; saquémosle el máximo placer a la vida ahora!" Por ello no prestan atención a las consecuencias y se despreocupan de su destino eterno. Nuestro Señor lo resume todo con esta frase, "Porque los gentiles buscan todas estas cosas!" Y esta palabra 'buscan' es una palabra muy fuerte. Significa que lo buscan con afán, que buscan constantemente estas cosas, que viven para ellas. Y hay que reconocerles esto:

son perfectamente consecuentes; si ésta es la visión de la vida que tienen, entonces hacen lo adecuado. Viven para estas cosas, las buscan con afán y constancia.

De lo cual, sin embargo, surge la pregunta vital e importante. ¿Somos nosotros así? Si estas cosas ocupan el primer lugar en la vida —dice nuestro Señor—, y si monopolizan nuestra vida y nuestro pensar, entonces no somos mejores que los paganos, somos mundanos con mentes mundanas. Esta palabra nos llega con poder y significado terribles. Hay muchas personas que se pueden describir como mundanos espirituales. Si uno les habla acerca de la salvación, tienen la idea correcta; pero si se les habla acerca de la vida en general, son mundanos. Cuando se trata de la salvación del alma, tienen las respuestas correctas; pero si uno escucha sus conversaciones ordinarias acerca de la vida en este mundo, descubrirá una filosofía pagana. Se afanan por el comer y el beber; siempre están hablando acerca de riqueza, posición y posesiones temporales. Estas cosas en realidad los dominan. Ellas son las que los hacen felices o infelices; ellas son las que les placen o disgustan; y siempre están pensando y hablando acerca de ellas. Esto es ser como los paganos, dice Cristo; porque el cristiano no debería estar dominado por esas cosas. Cualquiera que sea la posición que adopte frente a ellas, en último término, no ha de estar controlado por ellas. Esas cosas no deberían en realidad hacerlo feliz o infeliz, por que ésta es la situación típica del pagano, estar dominado por ellas en toda la perspectiva que tiene acerca de la vida; y en su vivir en este mundo.

Ésta es, pues, una manera muy buena, de aumentar nuestra fe y de introducirnos en el concepto bíblico de la vida; de fe. El pueblo de Dios, los hijos de Dios en este mundo están destinados a vivir la vida de fe; tienen que vivir í la luz de esa fe que profesan. Sugiero, por tanto, que hagamos ciertas preguntas que deberíamos hacernos constantemente. He aquí algunas. ¿Me enfrento a las cosas que me suceden en este mundo como lo hacen los gentiles? Cuando me suceden estas cosas, cuando parece haber dificultades en cuanto al comer, beber y vestir, o en relación con la vida, ¿cómo les hago frente? ¿Cómo reacciono? ¿Es mi reacción como la de los paganos, de los que no son cristianos? ¿Cómo reacciono durante una guerra? ¿Cómo reacciono frente a la enfermedad, a las muertes y a las pestilencias? Es una buena pregunta para hacerse.

Pero vayamos más allá. ¿Afecta mi fe cristiana a la visión que tengo de la vida, la dirige en todos sus detalles? Pretendo ser cristiano, y tener la fe cristiana; lo que me pregunto ahora es, ¿afecta esta fe cristiana mía a toda la visión detallada que tengo de la vida? ¿Está siempre determinando mi reacción y mi respuesta ante las cosas específicas que suceden? O bien podríamos decirlo así. ¿Resulta claro y obvio tanto para mí como para los demás, que mi enfoque total de la vida, mi visión esencial de la vida en general y en particular, difiere por completo de la del no cristiano? Así debería ser. El Sermón del Monte comienza con las Bienaventuranzas. Estas describen a las personas que son completamente diferentes de las otras, tan diferentes, como la luz lo es de las tinieblas, tan diferente como la sal lo es de la putrefacción. Así pues, si somos diferentes en lo esencial, debemos ser diferentes en nuestra visión de todo lo demás y en nuestra reacción frente a todo lo demás. No conozco pregunta mejor que ésta, para que el hombre se la plantee en todas las circunstancias de la vida: cuando sucede algo que lo altera, pregúntese, "¿es mi reacción esencialmente diferente de lo que sería

si no fuera cristiano?" Recordemos la enseñanza que ya hemos examinado al final del capítulo quinto de este Evangelio. Recuérdese que nuestro Señor lo dijo así: "Si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más?" Así es. El cristiano es un hombre que hace 'más que los otros'. Es un hombre absolutamente diferente. Y si en todos los detalles de la vida este cristianismo suyo no aparece, es un cristiano muy pobre, es un hombre de 'poca fe'.

O, planteamos una pregunta final así: ¿Sitúo siempre todo lo de la vida y todo lo que me sucede, en el contexto de mi fe cristiana, y luego lo examino a la luz de este contexto? El pagano no lo puede hacer. El pagano no posee la fe cristiana. No cree en Dios, ni sabe nada acerca de Él; no posee esta revelación de Dios como Padre suyo, ni de sí mismo como hijo de ese Padre. No sabe nada acerca de los propósitos generosos de Dios y, por tanto, el pobre hombre, tiene que volverse a sí mismo y reaccionar en forma automática e instintiva frente a lo que sucede. Pero lo que demuestra realmente que somos cristianos es que, cuando nos suceden a nosotros estas cosas, no las vemos simplemente como son: como cristianos las tomamos y las colocamos de inmediato en el contexto de toda nuestra fe y luego las volvemos a examinar.

Concluimos el capítulo anterior diciendo que la fe es esencialmente activa. Nuestro Señor preguntó a sus discípulos, "¿Dónde está vuestra fe? ¿Por qué no la aplicáis?" Ahora podemos decir lo inverso. Nos sucede algo que tiende a alterarnos; lo pagano que hay en el hombre natural le hace perder el control, o sentirse herido; pero el cristiano se detiene y dice: "Un momento. Voy a poner esto en el contexto de todo lo que sé y creo acerca de Dios y de mi relación con Él!" Entonces lo vuelve a examinar. Comienza a entender lo que el autor de la Carta a los Hebreos quiere decir cuando afirma, "El Señor, al que ama, disciplina". Como el cristiano sabe esto, está en condiciones de gozarse en ello, en un sentido, incluso mientras sucede, por qué lo sitúa en el contexto de su fe. Es el único hombre que puede hacer esto; el pagano no lo puede hacer, es incapaz de ello. Por eso planteamos esta pregunta general. ¿Es evidente tanto para mí como para todos los demás que no soy pagano? ¿Es mi conducta, mi comportamiento en la vida, testimonio de mi cristianismo? ¿Muestro en forma clara y evidente que pertenezco a un reino más elevado, y que puedo elevar todo lo que se relaciona conmigo a ese reino? "Los gentiles buscan todas estas cosas", dice nuestro Señor. Pero nosotros no somos gentiles. Démonos cuenta de lo que somos; recordemos quiénes somos y vivamos de acuerdo con esto. Elevémonos al nivel de nuestra fe; Seamos dignos del llamamiento elevado de Cristo Jesús. Pueblo cristiano, cuidemos la boca y la lengua. Nos traicionamos a nosotros mismos en nuestra conversación, en las cosas que decimos, en las cosas que salen de nosotros cuando actuamos espontáneamente. Un comportamiento así es típico del pagano; el cristiano ejercita la disciplina y el control porque lo ve todo en el contexto de Dios y de la eternidad.

El segundo argumento es en realidad repetición de lo que nuestro Señor ya nos ha inculcado en varias ocasiones. Él no improvisa. Dice: "Pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas". Ya nos le había dicho en el argumento acerca de las aves y los lirios del campo. Pero nos conoce; sabe lo propensos que somos a olvidarnos de las cosas. Por ello, lo repite de nuevo: "Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas". Podríamos decirlo así. El segundo principio por medio del cual se puede incrementar la fe es que, como cristiano, se debe tener fe implícita y confianza en

**Dios como Padre celestial. Ya lo hemos examinado<sup>1</sup>; por ello nos bastará ahora un resumen: Nada nos puede suceder que no venga de Dios. Él lo sabe todo acerca de nosotros. Si se puede decir con verdad que incluso los cabellos de la cabeza están contados, entonces debemos recordar que nunca nos podemos encontrar en una situación sin que Dios lo sepa o se preocupe de ello. Lo sabe mucho mejor que nosotros mismos. Éste es el argumento de nuestro bendito Señor: "Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas!" No hay en la Biblia afirmación más hermosa que ésta. Nunca estaremos en ningún lugar donde Él no nos vea; nunca habrá nada en las honduras de nuestro corazón, en los pliegues más íntimos de nuestro ser, que Él no sepa. El autor de la Carta a los Hebreos afirmó lo mismo en un contexto diferente: "Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (4:13). Discierne los pensamientos e intenciones del corazón. Dice esto para poner sobre aviso a estos cristianos hebreos. Debemos recordar que no sólo tenemos que vivir en el temor del Señor, sino también en el consuelo y el conocimiento de Dios. No sólo ve lo que nos sucede cuando enfermamos, no sólo sabe cuando estamos experimentando penas y angustias, sino que conoce cada ansia del corazón, conoce cada pesar. Lo conoce todo; su omnisciencia lo abarca todo. Lo sabe todo acerca de nosotros en todos los aspectos y, por consiguiente, conoce todas nuestras necesidades. De lo anterior, nuestro Señor deduce lo siguiente: No hay por qué afanarse, no hay por qué preocuparse. Dios está contigo en este estado, no estás solo, es tu Padre. Aún el padre terrenal hace lo mismo hasta cierto punto. Está con su hijo, lo protege, hace todo lo que puede por él. Multipliquemos esto por infinito, y eso es lo que Dios hace respecto a nosotros en cualquier circunstancia que nos encontremos.**

**Con sólo que comprendiéramos esto, desaparecería de una vez y para siempre de nuestra vida toda preocupación, tensión y ansiedad. Nunca nos permitamos ni por un momento pensar que estamos abandonados a nuestras propias fuerzas. No lo estamos. Todos debemos aprender a decir lo que nuestro Señor dijo bajo la sombra misma de la cruz: "He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo, mas no estoy solo, por qué el Padre está conmigo!" Y ésta es también la promesa que nos hace: "No te desampararé, ni te dejaré". Pero por encima de todo confiamos en esto: que lo sabe todo acerca de nosotros, todas las circunstancias, todas las necesidades, todas las heridas; y en consecuencia, podemos descansar tranquila y confiadamente en esa seguridad bendita y gloriosa.**

**Esto a su vez nos conduce al tercer argumento, en donde se dice que debemos concentrarnos en perfeccionar nuestra relación con Dios como Padre nuestro celestial. Nosotros, a diferencia de los paganos, tenemos que depender implícitamente de nuestro conocimiento de Él como Padre celestial, y tenemos que concentrarnos en perfeccionar este conocimiento y nuestra relación con Él. "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas!" No sé si me atrevería a sugerir que hay un aspecto humorístico en este punto. Me parece, en efecto, que nuestro Señor dice esto: os he dicho ya dos veces, y lo he repetido en distintas formas: no os afanéis por la comida ni la bebida ni el vestir; no os afanéis por la vida en este mundo, no os afanéis por si Dios os está poniendo a prueba o no. Y luego, por así decirlo, añade, si deseáis afanaros, os diré acerca de qué podéis afanaros. Preocupaos por vuestra relación con el Padre. En esto hay que concentrarse. Los gentiles buscan estas otras cosas, y también muchos de vosotros; 'mas buscad'. Esto es lo que hay que buscar.**

Deberíamos recordar de nuevo que 'buscar' conlleva el significado de buscar con afán, con intensidad, vivir para algo. Y el Señor incluso refuerza este significado añadiendo otra palabra, 'primeramente'. 'Buscad primeramente'. Esto significa: generalmente, principalmente, por encima de todo; darle prioridad. Una vez más encontramos a nuestro Señor que se repite. Dice: estáis preocupados por estas otras cosas, y las estáis poniendo en primer lugar. No debéis hacerlo así. Lo que habéis de colocar en primer lugar es el reino de Dios y su justicia. Ya he dicho esto en la oración modelo que enseñó a los suyos. Recuérdese la enseñanza. Acude uno a Dios. Claro que uno está interesado por la vida y por este mundo; pero no hay que empezar diciendo, 'El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy'. Se empieza así: 'Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra! Y luego, y sólo luego, 'el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy'. 'Buscad primeramente' —no 'el pan nuestro de cada día', sino, 'el reino de Dios y su justicia'. En otras palabras, hay que llegar a esa disposición mental, de corazón y de deseos, la cual debe tener prioridad absoluta sobre todo lo demás.

¿Qué quiere decir nuestro Señor cuando afirma: "Buscad primeramente el reino de Dios"? Obviamente no les dice a sus oyentes cómo hacerse cristianos; les dice cómo comportarse por ser cristianos. Están en el reino de Dios, y porque están en él lo han de buscar más y más. Tienen que, como dice Pedro, "hacer firme su vocación y elección". En la práctica significa que, como hijos de nuestro Padre celestial, deberíamos buscar conocerle mejor. El autor de la Carta a los Hebreos plantea esto perfectamente cuando dice en 11:6, "Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan!" El énfasis está en el 'buscan'. Muchos cristianos pierden tantas bendiciones en su vida por qué no buscan a Dios con diligencia. No pasan mucho tiempo buscando su rostro. Se hincan de rodillas para orar, pero esto no significa necesariamente buscar al Señor. El cristiano tiene que buscar el rostro del Señor a diario, constantemente. Se busca el tiempo para hacerlo, se toma el tiempo para hacerlo.

Además, significa que debemos pensar más acerca del reino y de nuestra relación con Dios, y sobre todo acerca de nuestro futuro eterno. Por haberlo hecho así, Pablo pudo escribir a los Corintios, "Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas" (2Cor. 4:17, 18). Adviértase el gerundio 'mirando'. El apóstol solo se regocija a pesar de estas cosas —'mirando', 'mientras miraba'. Lo dice como exhortación y mandato positivo a los colosenses cuando afirma, "Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra". Éste es el significado de buscar el reino de Dios.

Pero dice, "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia". ¿Por qué la añadidura de esta 'justicia'? Es una añadidura muy importante; significa santidad, la vida de justicia. No sólo hay que buscar el reino de Dios en el sentido de poner el corazón en las cosas de arriba; también hay que buscar en manera positiva la santidad y la justicia. Una vez más estamos frente a una repetición del "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados!" Sí, eso es. El cristiano busca la justicia, busca ser como Cristo, busca la santidad positiva y ser más y más santo, crecer en gracia y en el conocimiento del

**Señor. Ésta es la forma de incrementar la fe. Funciona así. Cuanto más santo somos, más cerca estaremos de Dios. Cuanto más santo somos, mayor será nuestra fe. Cuanto más santificados y santos somos, mayor será nuestra seguridad y, por consiguiente, nuestra dependencia de Dios. Así lo dice la experiencia, ¿no es verdad? ¿No lo hemos experimentado así muchas veces? De repente algo sale mal en la vida y uno acude a Dios en oración; y en el momento en que uno lo hace así, se da cuenta de lo flojo que ha sido en semanas y meses pasados. Algo le dice dentro de sí, "¿No te has estado comportando de una forma grosera? ¿Cuántos días y semanas y meses han transcurrido sin buscar el rostro de Dios? Has dicho las oraciones en forma mecánica; pero ahora estás buscando a Dios, te estás tomando tiempo para buscarlo. Pero no lo has estado haciendo así regularmente!" Se siente uno condenado, se ha perdido la confianza en la oración. Hay reglas absolutas en esta vida espiritual, y es el que busca el reino de Dios y su justicia el que tiene mayor confianza en Él. Cuanto más cerca vivimos de Dios menos conscientes estamos de las cosas de esta vida y de este mundo, y mayor es nuestra seguridad en Él. Cuanto más santo somos, mejor conoceremos a Dios. Lo conoceremos como nuestro Padre, y entonces nada que nos suceda alterará nuestra ecuanimidad, porque nuestra relación con Él es muy íntima.**

**Podemos parafrasear las palabras de nuestro Señor así: si quieres buscar algo, si quieres afanarte por algo, afánate por tu condición espiritual, por tu proximidad con Dios y por tu relación con Él. Si buscas esto primero, la preocupación desaparecerá; éste es el resultado. Esta gran preocupación acerca de tu relación con Dios eliminará las preocupaciones menores acerca de la comida y el vestir.**

**El hombre que se conoce como hijo de Dios y heredero de la eternidad, tiene una visión diferente de las cosas de esta vida y de este mundo. Es así por necesidad, y cuanto mayor sea esa fe y conocimiento, menores serán las otras cosas. Además, posee una promesa específica concreta. La promesa es que, si verdaderamente buscamos estas cosas primero y ante todo, y casi exclusivamente, las demás no serán añadidas, formarán parte del trato que Dios nos da. El pagano no hace sino pensar acerca de estas cosas. Hay también mundanos espirituales que oran por ellas y nada más, pero nunca encuentran satisfacción. El hombre de Dios ora por el reino de Dios y lo busca, y estas otras cosas le son añadidas. Es una promesa específica del Señor.**

**Tenemos una ilustración perfecta de esto en la historia de Salomón. Salomón no pidió riquezas ni vida larga; pidió sabiduría. Y Dios dijo en efecto: como no has pedido estas cosas, te daré sabiduría y te daré también las otras. Te daré riquezas y vida larga (ver R. 3). Dios siempre lo hace así. No es accidental que los puritanos del siglo diecisiete, sobre todo los cuáqueros, se hicieran ricos. No fue porque buscaran la riqueza, no fue porque adoraran a Mamón. Fue que vivieron para Dios y para su justicia, y el resultado fue que no malgastaron el dinero en cosas sin valor. En un sentido, por consiguiente, no pudieron sino enriquecerse. Vivieron según las promesas de Dios y acabaron por enriquecerse.**

**Si se pone a Dios, a su gloria, al advenimiento de su reino, a nuestra relación y proximidad con Él, y a nuestra santidad, en el puesto central, tendremos la promesa de Dios mismo a través de las palabras de su Hijo, de que todas estas otras cosas, que nos son necesarias para el bienestar en esta vida y en este mundo, nos serán dadas por añadidura. Ésta es la manera de incrementar nuestra**

fe. No ser como los paganos sino recordar que Dios lo hace todo en cuanto a nosotros por qué es nuestro Padre y nos está cuidando. Por consiguiente, hay que tratar de ser más como Él y de vivir nuestra vida más cerca de Él.

## **CAPÍTULO 44**

### **Preocupación: Causas y remedio**

En Mateo 6:34, nuestro Señor concluye el tema que ha venido tratando en toda esta sección del Sermón del Monte, a saber, el problema que nos plantea nuestra relación con las cosas de este mundo. Es un problema con el que todos nos enfrentamos. Las formas en que esto sucede son diferentes, como hemos visto. A algunos les tientan las posesiones mundanas que les quieren dominar en el sentido de que desean acumularlas. A otros les perturban en el sentido de que están preocupados por ellas; no es el problema de la sobreabundancia en este caso, sino el problema de la necesidad. Pero, en esencia, según nuestro Señor, es el mismo problema, el problema de nuestra relación con las cosas de este mundo, y de esta vida. Como hemos visto, nuestro Señor se esmera en elaborar el argumento referente a este asunto. Se ocupa de ambos aspectos del problema y los analiza.

Aquí, en este versículo, concluye esta exposición y lo hace así. Por tres veces emplea la expresión, 'No os afanéis'. Es tan importante, que en forma deliberada lo expresa así tres veces, y específicamente respecto a la cuestión de la comida, la bebida y el vestir; y elabora el argumento, como recordarán, respecto a estos asuntos. Aquí tenemos la conclusión de todo el tema, y estoy seguro de que muchos, al leer por primera vez este versículo en su contexto, deben haber sentido casi una sensación de sorpresa de que nuestro Señor lo quisiera añadir. Parece haber alcanzado un punto culminante maravilloso en el versículo anterior, el 33, en el que resumió su enseñanza positiva en las memorables palabras, "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas!" Esto parece como una de esas afirmaciones finales a las que no se les puede añadir nada, y a primera vista el versículo que ahora examinamos parece ser casi un anticlímax. Uno no puede imaginar nada más elevado que, "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia.'" Haced lo adecuado acerca de esto, dice nuestro Señor, y entonces no tendréis que preocuparos por las otras cosas; os serán dadas por añadidura. Hay que estar en una relación adecuada con Dios y Dios cuidará de uno. Pero luego pasa a decir, no os afanéis por el mañana —el futuro: porque el mañana traerá consigo su propio afán: "Basta a cada día su propio mal!"

Cuando uno se enfrenta con un problema como éste, siempre conviene hacerse una pregunta. Podemos tener la seguridad completa de que no se trata de un anticlímax; existe alguna razón muy buena para esta afirmación. Nuestro Señor nunca pronuncia palabras simplemente porque sí. Habiéndonos ofrecido esta enseñanza positiva, maravillosa, vuelve a ella y la plantea en esta forma negativa. Concluye de modo negativo y es esto, a primera vista, lo que constituye el problema. ¿Por qué lo hizo? En cuanto uno se enfrenta con el hecho y se plantea la pregunta, ve de inmediato por qué nuestro Señor lo hizo. Es porque en realidad es una extensión de su enseñanza. No es simple repetición, o simple síntesis; es eso,

pero es más que eso. Al añadir esto agregó algo a su enseñanza. Hasta ahora, ha examinado este problema en cuanto nos concierne en el presente inmediato; ahora se refiere a él en cuanto abarca también el futuro. Lo extiende, lo aplica, para que abarque toda la vida. Y, si se puede utilizar esta forma de hablar y esta expresión respecto a nuestro bendito Señor, con ello muestra su profunda comprensión de la naturaleza humana y de los problemas que se nos plantean a diario en esta vida. Todos debemos convenir en que no se puede encontrar en ningún otro libro un análisis más profundo del afán, la ansiedad y la preocupación ansiosa que tiende a destruir al hombre en este mundo, que la que se encuentra en este párrafo que hemos venido examinando en detalle.

Aquí nuestro Señor muestra su comprensión definitiva de la situación. La preocupación, después de todo, es una realidad concreta; es una fuerza, un poder, y recién comenzamos a entenderla cuando nos damos cuenta de que constituye un tremendo poder. Muy a menudo tendemos a pensar acerca del estado de la preocupación como si fuere algo negativo, un fracaso por parte nuestra en hacer ciertas cosas. Es eso; es un fracaso en aplicar nuestra fe. Pero lo que debemos enfatizar, es que la preocupación es algo positivo que se apodera de nosotros y nos controla. Es un poder muy fuerte, una fuerza activa, y si no nos damos cuenta de ello, podemos tener la seguridad de que nos derrotará. Si no puede hacernos estar ansiosos, agobiados y deprimidos debido al estado y condición de las cosas con las que nos enfrentamos en el momento actual, dará el paso siguiente y centrará su atención en el futuro.

Habremos descubierto esto nosotros mismos, quizá cuando hemos tratado de ayudar a otras personas que están sufriendo debido a las preocupaciones. La conversación empieza con el hecho concreto que las ha traído hasta nosotros. Entonces se ofrecen las respuestas, mostrando cuan innecesario es preocuparse. Uno descubre, sin embargo, que casi invariablemente agregan, 'Sí, pero..! Esto es típico de la preocupación, siempre da la impresión que no quiere realmente aliviarse. La persona desea el alivio, pero la preocupación no se lo permite; y tenemos derecho a establecer esta distinción. Nuestro Señor mismo lo hace cuando habla acerca del mañana, que trae sus propios afanes. Esto es personalizar la preocupación, la considera como un poder, casi como una persona, que se apodera de uno, y a pesar de uno mismo sigue arguyendo con uno y diciéndole ahora una cosa y luego otra. Conduce a ese curioso estado perverso en el que uno casi no desea ser aliviado ni liberado: y a menudo funciona de esta forma concreta que estamos ahora examinando. Cuando a esas personas se les dan todas las respuestas y una explicación completa, dicen, "Ah sí, esto está muy bien por ahora; ¿pero qué en cuanto a mañana? ¿Qué en cuanto a la semana próxima? ¿qué en cuanto al año próximo?" y así van siguiendo, hacia el futuro; en otras palabras, si no puede elaborar su propio caso basado en los hechos que tiene frente a sí, no vacila en imaginar hechos. La preocupación tiene una imaginación activa, y puede representar toda clase de posibilidades. Puede representarse en eventualidades raras, y con su terrible poder y actividad puede transportarnos al futuro a situaciones que todavía no han ocurrido. Y ahí nos encontramos preocupados, perturbados y agobiados con algo que es puramente imaginario.

No hace falta seguir con esto porque todos sabemos exactamente qué es. Pero la clave para entender cómo tratar el tema, es caer en la cuenta de que estamos frente a una fuerza y poder en extremo vitales. No deseo exagerarlo demasiado. Hay

casos en que este estado es sin duda producto de la acción de los espíritus malos; podemos ver claramente que hay otra personalidad actuando. Pero incluso sin recurrir a la posesión directa debemos reconocer el hecho de que nuestro adversario, el diablo, lo hace en diferentes formas, sirviéndose de una situación física deteriorada o aprovechándose de una tendencia natural hacia el exceso de preocupación, con lo cual ejerce tiranía y poder sobre muchos. Tenemos que entender que luchamos por sobrevivir contra un poder tremendo. Nos enfrentamos con un adversario poderoso.

Veamos cómo nuestro Señor trata este problema, esta preocupación y ansiedad por el futuro. Lo primero que debemos recordar es que lo que dice ahora se halla en el contexto de su enseñanza anterior. También aquí sería fatal tomar esta afirmación fuera de contexto. Debemos recordar todo lo que nos ha venido diciendo, porque todo sigue siendo aplicable. De ahí proseguimos hasta el argumento que utiliza ahora, en el cual nos muestra la necesidad de estar preocupados. Muestra lo necio que es esto al preguntar de hecho: ¿Por qué os permitís estar preocupados de esta manera acerca del futuro? "El día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal;" Si el presente, tal como es, ya es suficientemente malo, ¿por qué pensar en el futuro? El vivir día a día es suficiente en sí mismo, hay que contentarse con eso. Pero no sólo esto. La preocupación acerca del futuro es completamente inútil y vana; no consigue absolutamente nada. Somos muy lentos en ver esto; y sin embargo ¡cuan verdadero es! De hecho, podemos ir más allá y decir que la preocupación nunca sirve para nada. Esto se ve con especial claridad cuando uno mira hacia el futuro. Aparte de otras cosas, es un simple desperdicio de energía porque, por mucho que uno se preocupe, no se puede hacer nada respecto al mismo. De cualquier modo, las catástrofes que se ciernen son imaginarias; no son ciertas, quizá nunca sucederán.

Pero sobre todo, dice nuestro Señor, ¿no podéis ver que en un sentido, estáis hipotecando el futuro al preocuparos por él en el presente? En realidad, el resultado de preocuparse por el futuro es que uno se paraliza en el presente; está disminuyendo su eficiencia respecto al día de hoy, y con ello reduce toda su eficacia respecto a ese futuro al que habrá que llegar. En otras palabras, la preocupación es algo que se debe a un fracaso absoluto en entender la naturaleza de la vida en este mundo. Nuestro Señor parece describir la vida así. Como resultado de la Caída y del pecado siempre hay problemas en la vida, porque cuando el hombre cayó, se le dijo que en adelante iba a vivir y a comer el pan "con el sudor de su frente". Ya no estaba en el Paraíso, ya no podía limitarse a tomar los frutos y a vivir una vida fácil y placentera. Como resultado del pecado, la vida en este mundo se ha convertido en tarea. El hombre tiene que esforzarse y enfrentarse con pruebas y problemas. Todos sabemos esto, porque todos estamos sometidos a las mismas tribulaciones y pruebas.

La gran pregunta es, ¿cómo hacerles frente? Según nuestro Señor, lo vital es no dedicar los días de la existencia a aumentar la suma total de todo lo que nos vaya a suceder durante toda la vida que pasemos en este mundo. Si uno hace esto, será aplastado. Ésta no es la forma. Antes bien, hay que pensar en ello de esta manera. Hay, por así decirlo, una cantidad diaria de problemas y dificultades en la vida. Cada día tiene sus problemas; algunos de ellos son constantes día tras día; algunos varían. Pero lo importante es caer en la cuenta de que cada día ha de vivirse por sí mismo y por sí mismo como una unidad. He aquí la cantidad asignada

para hoy. Muy bien; debemos hacerle frente; y ya nos ha dicho cómo debemos hacerlo. No debemos ir más allá y ocuparnos hoy de la cantidad asignada para mañana, porque así podría resultar demasiado. Debemos tomar las cosas día a día. Recordarán que nuestro Señor se enfrentó a sus discípulos cuando trataron de disuadirle para que no fuera a la poco amistosa Judea, a la casa en que Lázaro yacía muerto. Le indicaron las posibles consecuencias, y cómo podía conducirle a la muerte. La respuesta que les dio fue "¿No tiene el día doce horas?" Hay que vivir las doce horas y no más. He aquí la cantidad asignada para hoy; muy bien, hagámosle frente y ocupémonos de ello. No pensemos en el mañana. Mañana tendrá su propia cantidad asignada, pero entonces ya será mañana y no hoy.

Es muy fácil tratar esto solamente a este nivel y es muy tentador limitarse a ello. Esto es lo que se podría llamar, si se prefiere, psicología. No la así llamada nueva psicología sino la vieja psicología de la vida que el género humano ha venido practicando desde el principio. Es psicología muy profunda; es la esencia del sentido común y de la sabiduría, puramente en el nivel humano. Si uno quiere pasar por la vida sin paralizarse y agobiarse y quizá perder la salud y el control de los nervios, éstas son las reglas cardinales. No cargar con el ayer o el mañana; vivir para el día de hoy y para las doce horas en las que uno se encuentra. Es muy interesante advertir, al leer biografías, cuántos hombres han fracasado en la vida por no haber hecho esto. La mayor parte de los hombres que han triunfado en la vida se han caracterizado por esta capacidad magnífica de olvidarse del pasado. Han cometido errores. "Bien —dicen—, los he cometido y ya no tienen remedio. Si pensara en ellos por el resto de mi vida no cambiaría las cosas. No voy a ser un necio, voy a dejar que el pasado entierre sus propios muertos." El resultado es que cuando toman una decisión no pasan la noche preocupándose acerca de ella después de haberla tomado. Por otra parte, el hombre que no puede evitar volver una y otra vez al pasado se mantiene despierto diciendo, "¿Por qué hice esto?" Y así mina su energía nerviosa, y se despierta después de un sueño quebrantado, cansado e incapaz para nada. Como consecuencia de ello comete más errores, con lo cual completa el círculo vicioso de la preocupación, diciendo, "si cometo estos errores ahora, ¿qué pasará la semana próxima?" El pobre hombre ya está derrotado.

La respuesta de nuestro Señor a todo esto es la siguiente. No seamos necios, no malgastemos la energía, no pasemos el tiempo preocupándonos por lo que ha pasado, o por el futuro; he aquí el día de hoy, vivámoslo al máximo hoy. Pero claro que no debemos detenernos en ese nivel. Nuestro Señor no lo hace así. Debemos tomar esta afirmación en el contexto de su enseñanza. Por ello, una vez que se ha reflexionado acerca de ello en el ámbito natural, y una vez que se ha visto la sabiduría básica de eso, pasamos a ver que debemos aprender no sólo a confiar en Dios en general, sino también en particular. Debemos aprender a darnos cuenta de que el Dios que nos ayuda hoy será el mismo Dios mañana, y nos ayudará mañana. Ésta es quizá la lección que muchos de nosotros necesitamos aprender, que no sólo debemos aprender a dividir nuestra vida en este mundo en estos períodos de doce a veinticuatro horas; debemos dividir toda nuestra relación con Dios exactamente de la misma manera. El peligro es que si bien creemos en Dios en general, y para toda nuestra vida, no creemos" en Él para segmentos particulares de nuestra vida. En consecuencia muchos de nosotros andamos errados. Debemos aprender a llevar las cosas a Dios a medida que se presentan. Algunos fracasan gravemente en esto porque siempre están tratando de adelantarse a Dios; siempre

se sientan, por así decirlo, para preguntarse: "¿qué me va a pedir Dios que haga mañana o la semana próxima o dentro de un año? ¿Qué me va a pedir Dios entonces?" Esto es algo completamente equivocado. Nunca hay que tratar de adelantarse a Dios. Así como uno no debe adelantarse al propio futuro, no hay que adelantarse al futuro de Dios. Vivamos de día en día; vivamos una vida llena de obediencia a Dios todos los días; hagamos lo que Dios nos pide que hagamos todos los días. Nunca nos permitamos dar rienda suelta a pensamientos como estos, "Me pregunto si mañana Dios querrá de mí que haga esto o aquello". Nunca debe hacerse esto, dice nuestro Señor. Hay que aprender a confiar en Dios de día en día para cada ocasión específica, y nunca tratar de ir más rápido que Él.

Hay un aspecto en el que nos entregamos a Dios de una vez por todas; hay otro aspecto en el que tenemos que hacerlo cada día. Hay un aspecto en el que Dios nos lo ha dado todo en la gracia, de una vez por todas. Sí; pero también nos da gracia por partes y porciones de día en día. Debemos comenzar el día y decirnos, "He aquí un día que me va a traer ciertos problemas y dificultades; muy bien, necesitaré que la gracia de Dios me ayude. Yo sé que Dios hará que esa gracia abunde, estará conmigo según mi necesidad — 'Y como tus días serán tus fuerzas". Ésta es la enseñanza bíblica esencial respecto a este asunto; debemos aprender a dejar el futuro enteramente en las manos de Dios.

Tomemos, por ejemplo, esa grande afirmación a este respecto en Hebreos 13:8. Los cristianos hebreos estaban pasando por problemas y pruebas, y el autor de esa Carta les dice que no se preocupen, y por esta razón: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy por los siglos!" En efecto, dice, no hay por qué preocuparse, porque lo que Él era ayer lo es hoy, y lo será mañana. No hay que adelantarse a la vida, el Cristo que te guiará en el día de hoy será el mismo Cristo mañana. Es inmutable, eterno, siempre el mismo; por ello no hay por qué pensar acerca del mañana; pensemos más bien acerca del Cristo inmutable. O consideremos también la forma en que Pablo lo dice en 1 Corintios 10:13: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar". Esto es así respecto a la totalidad del futuro. No habrá prueba que caiga sobre nosotros sin que Dios nos suministre siempre la salida. La prueba nunca estará por encima de nuestra fortaleza; siempre habrá un remedio.

Podemos resumir todo esto diciendo que, al aprender con sabiduría a tomar los días de nuestra vida uno por uno a medida que vienen, y a olvidar el ayer y el mañana, también debemos aprender que es de vital importancia andar con Dios día tras día, de confiar en Él de día en día, y de recurrir a Él para las necesidades de cada día. La tentación ha que todos estamos expuestos es la de tratar de almacenar gracia para el futuro. Esto significa falta de fe en Dios. Dejémosle a Él; dejémosle enteramente a Él, confiados y seguros de que Él siempre andará con nosotros. Como dice la Escritura, Él nos "saldrá al encuentro". Estará ahí antes que nosotros para hacerle frente al problema. Vayamos a Él y encontraremos que está ahí, que lo sabe todo acerca de ello, y lo sabe todo acerca de nosotros.

Ésta, pues, es la esencia de la enseñanza. Pero si queremos exponerla honesta y plenamente, nos vemos obligados a estas alturas a considerar un problema. Las personas corrientes al leer este versículo han tendido siempre a hacerse dos preguntas "Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana

traerá su afán. Basta a cada día su propio mal;' ¿Está mal, por consiguiente, preguntan, que el cristiano ahorre, ahorre dinero, para tenerlo en reserva, como decimos, para tiempos difíciles? ¿Está bien o está mal que el cristiano saque una póliza de seguros? La respuesta es exactamente la misma que vimos al tratar la primera parte de esta sección. Ahí vimos que la respuesta es que 'no os afanáis' no quiere decir literalmente que uno no deba pensar en nada, sino que no hay que preocuparse. Esta expresión debería siempre traducirse como 'No estéis ansiosos por', 'no os inquietéis por', 'no os preocupéis por' el mañana. Vimos, como recordarán, que nuestro Señor no nos dice que, debido a que las aves de cielo se alimentan sin arar ni sembrar ni cosechar ni guardar en graneros, tampoco el hombre debería nunca arar ni sembrar, y nunca debería cosechar ni guardar en graneros. Esto es ridiculizar las cosas, porque Dios mismo es quien ordenó el tiempo de siembra y el tiempo de cosecha. Y el labrador, cuando ara, de hecho se ocupa adecuadamente del mañana porque sabe que la cosecha no va a crecer automáticamente. Tiene que arar la tierra y cuidarla, y cuando llega el tiempo, cosecha y guarda en graneros. En un sentido todo esto es preparación para el futuro, y desde luego la Biblia no lo condena. Antes bien, la Biblia incluso lo recomienda. Así es como el hombre tiene que vivir su vida en este mundo según las ordenadas de Dios mismo. Así pues, este versículo no debe tomarse en ese sentido tonto y ridículo. No tenemos que limitarnos a sentarnos y a esperar que la comida y la ropa nos lleguen; esto es ridiculizar la enseñanza.

Esto nos autoriza, creo, a dar el paso siguiente y decir que la enseñanza de nuestro Señor siempre es que tenemos que hacer lo justo, lo razonable, lo legítimo. Pero — y ahí es donde entra la enseñanza de este versículo— nunca debemos pensar demasiado acerca de estas cosas, o preocuparnos tanto por ellas que dejemos que dominen nuestra vida, o limiten nuestra utilidad en el presente. Éste es el punto en el que cruzamos el límite entre el pensamiento y cuidado razonables y el cuidado y preocupación ansiosos. Nuestro Señor no condena al hombre que ara la tierra y siembra la semilla, sino al hombre que, una vez hecho esto, se sienta y comienza a preocuparse acerca de ello y tiene la mente siempre centrada en ello, al hombre que está obsesionado con el problema de la vida y el vivir, y con el temor del futuro. Esto es lo que condena, porque ese hombre no sólo limita su utilidad en el presente, no sólo paraliza el presente con temores del futuro, sino, sobre todo, permite que estos cuidados dominen su vida. Todo hombre en esta vida, como resultado del pecado y la caída, tiene sus problemas. Los problemas son inevitables; la existencia en sí misma es un problema. Por consiguiente, tengo que hacer frente a los problemas pero no he de permitir que me dominen y me agobien. En el momento en que un problema me domina, me encuentro en este estado de preocupación y ansiedad que es malo. Así pues, puedo pensar y tener cuidado razonable, tomar medidas razonables, y luego no debería pensar más acerca de ello. Incluso los asuntos necesarios no deben convertirse en mi vida. No debo dedicar todo el tiempo a los mismos, y no deben ocupar siempre mi pensamiento.

Todavía debemos dar un paso más. Nunca debo permitir que el pensar acerca del futuro inhiba en ningún modo mi utilidad en el presente. Voy a explicarme. Hay muchas causas buenas en este mundo, que necesitan nuestra ayuda y colaboración, y hay que mantenerlas en marcha de día en día. Y hay ciertas personas que están tan preocupadas acerca de cómo van a poder vivir en el futuro que no tienen tiempo de ayudar en causas que lo necesitan en este momento. Esto es lo malo. Si yo permito que mi preocupación por el futuro me paralice en el

presente, soy culpable de la preocupación; pero si tomo medidas razonables, de una manera legítima, y luego vivo mi vida plenamente en el presente, todo está bien. Además no hay nada en la Biblia que indique que está mal ahorrar o tener un seguro. Pero si siempre estoy pensando en este seguro, o en el balance bancario, o en si he ahorrado bastante y así sucesivamente, entonces esto es algo que le preocupa a nuestro Señor y que condena. Esto se podría ilustrar de muchas formas distintas.

El peligro que encierra este texto es que las personas tomen una de dos posiciones extremas. Hay quienes dicen que el cristiano debería vivir su vida plenamente y no debería tomar medidas para el futuro. Del mismo modo, hay quienes dicen que está mal recoger colectas en los servicios religiosos, que estas cosas sólo deben nacer de la fe. Pero no es tan fácil como sugieren porque el apóstol Pablo enseña a los miembros de la iglesia en Corinto no sólo a que recojan colectas sino que les dice que las separen el primer día de la semana. Les da instrucciones detalladas; y en el Nuevo Testamento se encuentran muchas enseñanzas sobre las colectas por los santos.

No debe haber malos entendidos a este respecto; la enseñanza de la Biblia es perfectamente clara y explícita. Hay dos formas de sostener la obra de Dios, y lo que se aplica a la obra de Dios se aplica a toda nuestra vida como cristianos en este mundo. Hay algunos hombres que sin duda han sido llamados a un ministerio especial de fe. Lean por ejemplo 1 Corintios 12, y entre los dones que el Espíritu Santo según su propia voluntad dispensa al hombre, encontrarán que hay el llamado don de fe. No es el don de milagros; es el don de fe, es un don especial. ¿Qué es esta fe, pues? No es fe salvadora?, porque todos los cristianos la tienen. ¿Qué es, pues? Es evidentemente la clase de fe que recibieron por ejemplo, un George Muller y un Hudson Taylor. Estos hombres recibieron un don especial de Dios a fin de que pudiera manifestar su gloria por medio de ellos en esa forma particular. Pero estoy igualmente seguro de que Dios llamó al Dr. Barnardo para realizar la misma clase de labor y le dijo que recogiera colectas e hiciera llamamientos. El mismo Dios opera en los hombres santificados en distintas formas; pero es obvio que ambos métodos son igualmente legítimos. O tomemos otra ilustración. Sería muy difícil encontrar dos hombres más santos y dedicados que George Muller y George Whitefield. Muller recibió definitivamente el llamamiento de fundar un orfanato que iba a sostener por fe y oración, en tanto que Whitefield fue llamado a comenzar un orfanato en América y mantenerlo en funcionamiento con llamamientos al pueblo de Dios para que dieran contribuciones.

Ésta es claramente la verdad respecto a la forma de vivir de la iglesia, según lo enseña la Biblia; y deberíamos aplicar exactamente los mismos principios a nuestra vida personal. Hay ciertas personas que pueden haber sido llamadas por Dios para vivir esta clase particular de vida que manifiesta ese don de fe. Hay personas para quienes ahorrar dinero o hacerse una póliza de seguros sería malo. Pero decir que todo el que se hace una póliza de seguros o que ahorra no es por ello cristiano, es erróneo. "Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente"; que cada uno se examine a este respecto; que nadie condene a otro. Todo lo que debemos decir es esto: la Biblia ciertamente permite el cuidado razonable, a no ser que uno esté seguro de que Dios lo ha llamado a vivir la vida de otra forma. Es, por consiguiente, completamente erróneo y no bíblico condenar los ahorros y los

seguros a la luz de este texto. Pero por otra parte, debemos tener siempre cuidado de mantener y guardar este equilibrio.

Resumamos esta enseñanza presentándola en forma de una serie de principios generales.

El primero es éste: todas las cosas de las que hemos tratado en los últimos cuatro o cinco capítulos se aplican sólo a los cristianos. Alguien me dijo una vez. "¿Cómo es posible que esta enseñanza acerca del cuidado de Dios por los hombres sea verdadera? Con todas las necesidades y pobreza que existe en el mundo, con todo el sufrimiento de hombres sin techo y desplazados, ¿cómo puede afirmar eso?" La respuesta es que las promesas son sólo para los cristianos. ¿Cuál es la causa más común de la pobreza? ¿Por qué andan los niños andrajosos y sin alimento? ¿No suele ser a causa de los pecados de los padres? El dinero se ha gastado en bebida o se ha malgastado en cosas vanas o malas. Analicen las causas de la pobreza y encontrarán que los resultados son iluminadores. Estas promesas se hacen sólo a los cristianos; no son promesas universales para todos. Tomemos esa gran afirmación de David, "Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan!" Aplicado al justo creo que es literalmente verdadero, pero tengamos cuidado en entender el significado de la palabra 'justo'. No dice, "no he visto al que se profesa cristiano desamparado, ni su descendencia que mendigue pan!" Dice el 'justo'. Creo que si uno examina su propia experiencia tendrá que estar de acuerdo con David en que no hemos visto nunca al justo desamparado ni a su descendencia mendigar pan. Ahora la palabra importante es 'descendencia'. ¿Hasta dónde se extiende? ¿Se extiende a la posteridad y a la descendencia de este hombre para siempre? No lo creo. Creo que se aplica sólo a su descendencia inmediata, por qué el nieto puede ser un malvado, por tanto la promesa de Dios no se mantiene, Dios no dice que va a bendecir al hombre que vive una vida impía. Es para el justo y su descendencia —ésta es la promesa— y desafiamos a cualquiera que nos diera un ejemplo de lo contrario. Estas promesas son sólo para el pueblo de Dios. Siempre se basa en la doctrina cristiana; si uno no cree la doctrina, no se le aplica.

En segundo lugar; la preocupación es siempre un fracaso en captar y aplicar la fe. La fe no actúa automáticamente. Hemos visto esto muy a menudo durante estos estudios. Nunca pensemos en la fe como en algo que se pone dentro de nosotros para que actúe automáticamente; hemos de aplicarla. La fe tampoco crece automáticamente; debemos aprender a hablar a nuestra fe y a nosotros mismos. Podemos pensar en la fe en función de un hombre que sostiene una conversación consigo mismo acerca de sí mismo y acerca de su fe. ¿Recuerdan cómo lo dice el salmista en el salmo 42? Veámoslo cómo se vuelve hacia sí mismo y se dice, "¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí?" Ésta es la forma de hacer crecer la fe. Uno debe hablar consigo mismo acerca de la fe. Uno debe hacerse la pregunta de cuál es el problema que tiene con la fe. Uno debe preguntar a su alma por qué está abatida, y despertarla. El hijo de Dios habla consigo mismo; razona consigo mismo; se sacude y recuerda su fe, e inmediatamente su fe comienza a crecer. No imaginemos que porque uno es cristiano todo lo que hay que hacer es seguir viviendo mecánicamente. La fe no crece mecánicamente, hay que cuidarla. Para emplear la analogía de nuestro Señor, hay que ahondar en torno a ella, y prestarle atención. Entonces veremos que crece.

Finalmente, una gran parte de la fe, en especial en relación con esto, consiste simplemente en apartar los pensamientos ansiosos. Para mí, esto es quizá lo más importante y lo más práctico de todo. Fe significa negarse a pensar en cosas que preocupan, negarse a pensar en el futuro en el sentido equivocado. El diablo y todas las circunstancias adversas harán todo lo posible para que uno piense en ello, pero si uno tiene fe dirá: "No; me niego a preocuparme. He llevado a cabo mi esfuerzo razonable; he hecho lo que creía ser justo y legítimo, y no quiero pensar ya más en ello." Esto es fe, y es verdad sobre todo respecto al futuro. Cuando el diablo llega con sus insinuaciones, tratando de introducir las en uno —las flechas ponzoñosas del maligno— hay que decir, "No; no me interesa. El Dios en quien confío para el día de hoy, en Él también confiaré mañana. Me niego a escuchar, no quiero prestar atención a tus pensamientos!" La fe es negarse a verse agobiado por qué hemos descargado este peso en el Señor. Que Él, con su gracia infinita, nos dé sabiduría y gracia para poner en práctica estos principios sencillos y con ello gozarnos en Él, de día en día.

## **CAPITULO 45**

### **'No Juzguéis'**

Llegamos ahora a la última sección principal del Sermón del Monte. Existe muy poco acuerdo en cuanto a la forma adecuada de enfocarla. Algunos consideran el capítulo 7 del Evangelio de Mateo como una recopilación de afirmaciones aforísticas con muy poca conexión interna entre ellas. Pero a mí me parece que este punto de vista acerca de esta sección del Sermón es erróneo, porque hay evidentemente un tema subyacente en todo el capítulo: el del juicio. Es el tema que constantemente se presenta en la enseñanza de nuestro Señor y que plantea de formas distintas. No es difícil hallar el nexo entre esta sección y la anterior. De hecho, como hemos visto repetidas veces, es muy importante considerar siempre el Sermón como un todo antes de tratar de interpretar específicamente cualquier sección, o cualquier afirmación dentro de esta parte. Para ello, será bueno que pasemos revista a todo el Sermón en una forma muy rápida. Primero, tenemos la descripción del hombre cristiano, de su carácter. Luego, se nos muestra el efecto en él de todo lo que sucede en el mundo en el cual vive y su reacción ante este mundo. Posteriormente, se le recuerda su función en el mundo como sal de la tierra y como luz puesta para que todos la vean, y así sucesivamente. En seguida después de haber descrito al cristiano en esta forma, tal como es y en su ambiente, nuestro Señor pasa a darle instrucciones específicas respecto a su vida en este mundo. Comienza con la relación del cristiano con la Ley. Esto era muy necesario, debido a la falsa enseñanza de los fariseos y los escribas. Éste es el tema de esa larga sección del capítulo quinto en la que nuestro Señor, en forma de seis principios fundamentales, presenta su idea e interpretación de la Ley frente a las de los fariseos y escribas. De este modo, se le enseña al hombre cristiano cómo tiene que comportarse en general, cómo se le aplica la Ley, y lo que se espera de él.

Una vez, hecho esto, en el capítulo sexto, nuestro Señor contempla a este hombre cristiano que acaba de describir, como viviendo su vida en este mundo, y

viviéndola, sobre todo, en intimidad con su Padre. Tiene que recordar siempre que el Padre le está cuidando. Tiene que recordarlo cuando está a solas y cuando está decidiendo qué bien va a hacer: dar limosna, oración, ayuno; todo lo que tiene como fin producir el crecimiento y el cultivo de su vida y ser espirituales. Siempre ha de hacerlo como dándose cuenta de que la mirada del Padre está puesta en él. Estas cosas no tienen ni valor ni mérito si no nos damos cuenta de esto; si lo que queremos es agradarnos a nosotros mismos o impresionar a los demás, sería mejor no hacer nada.

Luego pasamos a otra sección, en la cual nuestro Señor nos muestra el peligro del impacto de la vida de este mundo sobre nosotros, el peligro de la mundanalidad, el peligro de vivir para las cosas de esta vida y este mundo, ya sea que tengamos demasiado o demasiado poco, y especialmente, la sutileza de ese peligro.

Una vez tratado todo esto pasa ahora a la sección final. Y en ella, me parece, insiste de nuevo en la importancia absoluta de recordar que estamos caminando bajo la mirada del Padre. El tema particular que desarrolla se refiere sobre todo a nuestra relación con otras personas; pero lo importante sigue siendo caer en la cuenta de que nuestra relación con Dios es el punto fundamental. Es como si nuestro Señor dijera que lo que realmente importa no es lo que los hombres piensen de nosotros, sino lo que Dios piense de nosotros. En otras palabras, se nos recuerda en todo momento que nuestra "ida aquí es un viaje, un peregrinar, y que conduce a un juicio final, a una evaluación última, y a la determinación y proclamación de nuestro destino final y eterno.

Todos debemos estar de acuerdo en que esto es algo que necesitamos que se nos recuerde constantemente. La mitad de nuestros problemas se deben al hecho de que vivimos como asumiendo que ésta es la única vida y el único mundo. Claro que sabemos que ello no es así; pero hay una gran diferencia entre saber una cosa y guiarse y gobernarse realmente por este conocimiento en la vida y perspectivas ordinarias. Si se nos preguntara si creemos que vamos a vivir después de la muerte, y que tendremos que presentarnos delante del juicio de Dios, sin duda responderíamos con un 'sí'. Pero en nuestra vida, hora tras hora, ¿pensamos en eso? No se puede leer la Biblia sin llegar a la conclusión de que lo que realmente distingue al pueblo cristiano de los demás es que siempre han sido personas que han andado conscientes de su destino eterno. Al hombre natural no le preocupa su futuro eterno; para él éste es el único mundo. Es el único mundo acerca del cual piensa; vive para él y se deja controlar por él. Pero el cristiano es un nombre que debería andar por la vida consciente de que está sólo de paso, como un transeúnte, que está como en una especie de escuela preparatoria. Debería saber siempre que camina en la presencia de Dios, y que va a encontrarse con Dios; y este pensamiento debería determinar y controlar toda su vida. Nuestro Señor se esfuerza por mostrarnos aquí, como lo hizo en la sección anterior, que siempre necesitamos que se nos recuerde en detalle. Debemos recordar este hecho en todo momento de la vida; debemos tener presente que cada parte de nuestra existencia, debe ser vista en esa relación. Estamos en todo momento bajo un proceso de juicio, porque se nos prepara para el juicio final; y como cristianos debemos hacer todas las cosas con esa idea bien presente en la mente, recordando que tendremos que rendir cuentas.

Éste es el tema central de este capítulo. Nuestro Señor lo trata de distintas formas

que conducen al gran punto culminante, a ese cuadro llamativo de las dos casas. Estas representan a dos hombres que escuchan estas cosas; uno las pone en práctica y el otro no. Una vez más podemos ver la grandeza de este Sermón del Monte, su índole penetrante, la profundidad de su enseñanza, más aún su índole verdaderamente alarmante. Nunca ha habido un sermón como éste. Nos sale al encuentro de alguna manera, en alguna parte. No hay posibilidad de escape; nos va sacando de nuestros escondrijos y nos coloca bajo la luz de Dios. No hay nada, como hemos visto varias veces ya, tan poco inteligente y fatuo como la afirmación de aquellos que dicen que lo que realmente les gusta en el Nuevo Testamento es el Sermón del Monte. No les gusta la teología de Hablo y todo ese hablar acerca de doctrina. Dicen, "Déme el Sermón del Monte, algo práctico, algo que el hombre puede hacer!" ¡Bien, pues aquí lo tienen! No hay nada que nos condene tanto como el Sermón del Monte; no hay nada tan completamente imposible, tan aterrador, tan lleno de doctrina. De hecho, no vacilo en decir que, si no fuera porque conozco la doctrina de la justificación por fe sola, nunca miraría este Sermón del Monte, porque es un sermón frente al cual todos nos hallamos por completo desnudos y totalmente sin esperanza. Lejos de ser algo práctico que podemos cumplir, es la más imposible de todas las enseñanzas si quedamos a merced de nuestras fuerzas. Este gran sermón está lleno de doctrina y conduce a doctrina; es una especie de prólogo a toda la doctrina del Nuevo Testamento.

Nuestro Señor inicia su consideración de esta gran cuestión acerca de nuestro andar en este mundo bajo un sentido de juicio, en función del punto específico de juzgarse unos a otros. "No juzguéis". Nuestro Señor sigue usando, como advertirán, el mismo método que ha usado a lo largo de este sermón. Hace un pronunciamiento y luego nos lo razona, p nos lo presenta en una forma más lógica y detallada. Éste es su método. Ha sido su método respecto a la mundanalidad; y aquí vuelve al mismo. Hace primero el pronunciamiento deliberado — "No juzguéis".

Se nos presenta aquí una afirmación que a menudo, ha conducido a mucha confusión. Hay que reconocer que es un tema que muy fácilmente se puede entender mal, y se puede entender mal de dos maneras y desde dos perspectivas, como suele ocurrir casi siempre con la verdad. La cuestión es, ¿qué quiere decir nuestro Señor exactamente cuando afirma, "No juzguéis"? La forma de contestar esta pregunta no consiste en buscar en el diccionario. El simple mirar el significado de la palabra 'juzgar' no nos puede satisfacer. Tiene muchos significados diferentes, de modo que no se puede decidir de esta manera. Pero es de importancia vital que sepamos exactamente qué significa. Nunca, quizás, ha sido más importante una interpretación correcta de este mandato que en los momentos actuales. Períodos diferentes en la historia de la iglesia necesitan énfasis diferentes, y si se me preguntara cuál es en particular la necesidad de hoy, diría que es la de considerar esta afirmación específica. Así es porque toda la atmósfera de la vida de hoy, especialmente en círculos religiosos, es tal que hace que sea vitalísima una interpretación correcta de esta afirmación. Vivimos en una época en la que las definiciones poco valen, una época a la que no le gusta pensar, y que odia la teología, la doctrina y el dogma. Es una era que se caracteriza por el amor a las cosas fáciles y a los términos medios —"Lo que sea con tal de estar tranquilos", como se suele decir—. Es una época de apaciguamiento. Ese término ya no es popular en el sentido político, pero subsiste la mentalidad que se complace en él. Es una época a la que no le gustan los hombres fuertes porque, según dicen,

causan trastornos. No le gusta el hombre que sabe lo que cree y realmente lo cree. Lo descarta como persona difícil con la que es 'imposible entenderse'.

Esto se puede ilustrar fácilmente, como he sugerido, en la esfera política. El hombre al que ahora se aclama y casi se idolatra en Gran Bretaña es el hombre que, antes de la guerra, recibió críticas severas por considerársele persona imposible. Se le cerraron las puertas a puestos oficiales por qué se le consideraba un individualista con puntos de vista extremos y con el cual era imposible trabajar. La misma mentalidad que condujo a tratar así a Winston Churchill en los años treinta controla ahora el campo de los asuntos cristianos y el campo de la iglesia cristiana de hoy. Ha habido épocas en la historia de la iglesia en que se alababa a los hombres que sostenían sus principios a toda costa. Pero hoy día no es así. Hoy día se considera a esos hombres como difíciles, poco cooperadores, y así sucesivamente. Hoy se glorifica al hombre al que se puede describir como 'del centro', no en un extremo o en otro, al hombre agradable, que no crea dificultades ni problemas debido a sus puntos de vista. La vida, se nos dice, ya es bastante difícil y compleja como es, sin necesidad de tomar posturas firmes respecto a doctrinas específicas. Ésta es la mentalidad de hoy, y no es incorrecto decir que es la mentalidad predominante. Es muy natural, en un sentido, porque hemos pasado por muchos problemas, perturbaciones y desastres; también es natural que las personas quieran apartarse de los hombres con principios que saben dónde están y lo que quieren, y busquen paz y comodidad. Recordemos los años veinte y treinta de este siglo en la esfera política internacional y verán exactamente qué estoy describiendo. La gente clamaba por tranquilidad y calma; de ello se siguió en forma natural e inevitable el evadir problemas. Con el tiempo, la idea dominante llegó a ser: conseguir la paz a cualquier precio, incluso a costa de humillaciones y traiciones de otros.

En una época como ésta, pues, tiene suma importancia el poder interpretar correctamente esta afirmación respecto al juzgar, porque hay muchos que dicen que ese 'no juzguéis' debe tomarse simple y literalmente como es, con el significado de que el cristiano verdadero nunca debe expresar opiniones acerca de los demás. Dicen que no se debe juzgar nunca, que debemos ser blandos, indulgentes y tolerantes, y permitir prácticamente todo en pro de la paz y la tranquilidad, y sobre todo, de la unidad. Esta época no es época para este tipo de juicios, dicen; lo que se necesita hoy día es unidad y comunión. Todos debemos ser uno. A menudo se arguye en esta dirección en función del peligro del comunismo. Algunos están tan alarmados por el comunismo que afirman que, a toda costa, se debe aceptar a todos los que, en cualquier sentido, emplean el nombre de cristiano. Todos debemos ponernos de acuerdo debido a ese peligro y enemigo común.

Se suscita, pues, el problema de si ésta es una interpretación posible. Yo diría, en primer lugar, que no puede serlo; y no puede serlo, bien claramente, debido a la enseñanza misma de la Biblia. Tomemos el contexto propio de esta afirmación y veremos de inmediato que esta interpretación del 'no juzguéis' es completamente imposible. Veamos el versículo 6, "No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen". ¿Cómo puedo poner en práctica esto si no ejercito el juicio? ¿Cómo puedo saber qué clase de persona se puede describir de esta forma como 'perro'? En otras palabras, la recomendación que sigue inmediatamente a esta afirmación

acerca de juzgar me obliga de inmediato a ejercitar el juicio y la discriminación. Luego, tomemos la conexión más remota en el versículo 15: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces." ¿Cómo hay que interpretar esto? No puedo 'guardarme de los falsos profetas' si no pienso, y si tengo tango miedo de juzgar que nunca evalúo su enseñanza. Esa gente viene 'con vestido de ovejas'; son muy atractivos y emplean la terminología cristiana. Parecen inofensivos y honestos y nunca dejan de ser 'muy buenos'. Pero no hemos de dejarnos engañar por esta clase de cosas — guardémonos de esa gente. Nuestro Señor también dice 'por sus frutos los conoceréis'; pero si no tengo ninguna norma ni empleo el discernimiento, ¿cómo puedo poner a prueba el fruto y distinguir entre lo verdadero y lo falso? Así pues, sin ir más lejos, esa interpretación no puede ser la interpretación verdadera porque dice que significa sólo ser 'libre y fácil', y tener una actitud blanda e indulgente hacia cualquiera que en forma vaga se llame cristiano. Es completamente imposible.

Este punto de vista, sin embargo, se sostiene con tanta tenacidad que no podemos detenernos aquí. Debemos ir más allá y decir lo siguiente: la Biblia misma nos enseña que hay que ejercitar el juicio en relación con los asuntos del Estado. La Biblia nos enseña que los jueces y magistrados reciben el poder de Dios y que el magistrado debe pronunciar juicio, y que ese es su deber. Es parte del método que Dios tiene para frenar el mal y el pecado y los efectos de los mismos en este mundo temporal. Por tanto, si alguien dice que no cree en los tribunales de justicia, contradice la Biblia. No significa siempre el emplear la fuerza, pero hay que juzgar, y si alguien no lo hace, o no quiere hacerlo, no sólo no cumple con su deber, sino que es antibíblico.

Se encuentra también la misma enseñanza en la Biblia respecto a la iglesia. La Biblia muestra muy claramente que hay que ejercitar el juicio en el ámbito de la iglesia. Esto merecería un estudio completo, porque, debido a nuestras ideas y nociones flojas, casi resulta verdad decir que la disciplina en la iglesia cristiana resulta inexistente hoy en día. ¿Cuándo oyeron por última vez que una persona había sido excomulgada? ¿Cuándo oyeron por última vez que se le ha negado a alguien la participación en la Santa Cena? Si uno se remonta a las primeras épocas del protestantismo se ve que la definición protestante de la iglesia es, "que la iglesia es un lugar donde se predica la Palabra, se administran los Sacramentos y se ejerce la disciplina".

La disciplina era, para los Padres protestantes, señal tan distintiva de la iglesia como la predicación de la Palabra y la administración de los Sacramentos. Pero sabemos muy poco acerca de la disciplina. Es el resultado de esta noción floja y sentimental de que no hay que juzgar, y que pregunta, "¿Quién eres tú para juzgar?" Pero la Biblia nos exhorta a hacerlo.

La cuestión de juzgar se aplica también al campo de la doctrina. Aquí tenemos ese asunto de los falsos profetas acerca de los cuales nuestro Señor llama la atención. Se supone que hemos de descubrirlos y eludirlos. Pero esto es imposible sin el conocimiento de la doctrina, y el empleo de ese conocimiento en juicio. Pablo, escribiendo a los galatas, dice. "Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema!" Este pronunciamiento está bien claro. Luego hay que recordar lo que dice el apóstol en 1

**Corintios 15 acerca de los que niegan la resurrección. Dice lo mismo en 2 Timoteo 2 cuando afirma que algunos niegan la resurrección, diciendo que ya ha pasado, "de los cuales son Himeneo y Mileto"; y también respecto a esto juzga y exhorta a Timoteo que también lo haga. Al escribir a Tito dice, "Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo!" ¿Cómo se sabe si el hombre causa divisiones o es hereje si uno tiene la idea de que, con tal de que se llame cristiano, debe ser cristiano, y no hay que preocuparse por lo que crea? Luego pasemos a las cartas de Juan; Juan "el apóstol del amor". En la primera carta, da instrucciones respecto a los falsos maestros y a los anticristos a los que había que evitar y rechazar. En la segunda carta, lo afirma con energía con estas palabras: "Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras." Se ve bien lo que dice el apóstol. Si alguien viene a nosotros y no presenta la verdadera doctrina, no hay que recibirlo en la casa, no hay que darle la bienvenida ni darle dinero para que predique su falsa doctrina. Pero hoy se le llamaría a esto falta de caridad, ser demasiado meticuloso y criticón. Esta idea moderna, sin embargo, es una contradicción directa de la enseñanza bíblica respecto al juzgar.**

**Luego, se encuentra lo mismo en las palabras de nuestro Señor a los judíos: "No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio" (Jn. 7:24). Mira a los fariseos y dice, "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación" (Le. 16:15). Recordarán su mandato respecto a lo que hemos de hacer si nuestro hermano nos ofende; hemos de ir a él y decirle su falta 'estando tú y él solos'. Si no quiere escuchar hay que llevar testigos, a fin de que se pueda demostrar todo de boca de dos o tres testigos: pero si sigue sin escuchar, entonces hay que llevarlo a la iglesia, y si no quiere escuchar a la iglesia hay que considerarlo como pagano y publicano. Ya no hay que seguir tratándolo. En 1 Corintios 5 y 6 encontrarán que Pablo ofrece exactamente la misma enseñanza. Dice a los corintios que no se junten con los ídólatras, sino que se parten de ellos. Esto requiere siempre juzgar. La pregunta es pues: ¿Cómo podemos poner en práctica todas estas recomendaciones si no juzgamos, si no pensamos, si no tenemos normas, si no estamos dispuestos a evaluar? Estos no son más que unos pocos ejemplos de toda una serie de pasajes bíblicos que podríamos citar, pero con esto es suficiente para demostrar que la afirmación de nuestro Señor no se puede interpretar en el sentido de que no debemos juzgar nunca, de que nunca debemos llegar a conclusiones ni aplicarlas. Si, pues, no significa esto, ¿qué significa? Lo que nuestro Señor enfatiza es justamente esto. No nos dice que no hemos de evaluar basados en juicios, pero está muy preocupado por el asunto de condenar. Al tratar de evitar esta tendencia al condenar, algunas personas han llegado al otro extremo, y con ello se encuentran también en una posición falsa. La vida cristiana no es tan fácil. La vida cristiana es siempre vida de equilibrio. Tienen bastante razón los que dicen que andar por fe significa andar por el filo de un cuchillo. Uno puede caerse a un lado o a otro; hay que mantenerse en el centro mismo de la verdad, evitando el error tanto de un lado como del otro. Por tanto, si bien decimos que no significa negarse a ejercitar el discernimiento o el juicio, debemos apresurarnos a decir que nos pone sobre aviso en contra del terrible peligro de condenar, de pronunciar juicios en un sentido definitivo.**

La mejor forma de ilustrar esto es pensar en los fariseos. En este Sermón del Monte nuestro Señor tuvo a los fariseos presentes casi siempre. Les dijo a los suyos que se cuidaran mucho de no llegar a ser como los fariseos en su modo de ver la Ley y en su modo de vivir. Estos interpretaban mal la Ley. Eran exhibicionistas y jactanciosos al dar limosna; eran exhibicionistas al orar en las esquinas y al ensanchar sus filacterias; y proclamaban que ayunaban. Al mismo tiempo, eran mercenarios y materialistas en su manera de pensar acerca de las cosas de este mundo. Ahora nuestro Señor los tiene presentes también en este punto específico. Recordemos el cuadro que presenta en Lucas 18:9-14, cuando habla del fariseo y del publicano que fueron a orar al templo. El fariseo decía, "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres... ni aun como este publicano!" Lo peor de todo era aquella actitud que tenían los fariseos respecto a otros.

Pero el Nuevo Testamento indica bien claramente que esta actitud no era exclusiva de los fariseos. Estuvo perturbando constantemente a la iglesia primitiva; y ha estado perturbando a la iglesia de Dios hoy. Y al enfrentarnos con este tema deberíamos recordar la afirmación de nuestro Señor a ese respecto cuando dijo: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra". Supongo que no hay nada, en todo el Sermón del Monte, que nos llegue con un sentido tal de condenación como esta afirmación que estamos estudiando. ¡Qué culpables somos todos a este respecto! ¡Esto tiende a echar a perder nuestras vidas y a quitarnos la felicidad! ¡Qué estragos ha causado, y sigue causando, en la iglesia de Dios! Esta palabra se dirige a cada uno de nosotros, es un tema penoso pero necesario. El sermón nos habla, y nosotros le cerramos los oídos, como nuestro Señor nos lo recuerda aquí, a riesgo nuestro. Es un tema tan importante que debemos analizarlo más, aunque va a ser doloroso. La forma de tratar la herida no es no mirarla o aplicarle un remedio superficial; el tratamiento adecuado es limpiarla a fondo. Es doloroso, pero tiene que hacerse. Si uno quiere limpiarse y purificarse y estar sano, hay que aplicar la sonda. Sondeemos, por tanto, esta herida, esta llaga putrefacta, que está en el alma de todos nosotros, a fin de purificarnos.

¿Qué es este peligro acerca del cual nuestro Señor nos pone sobre aviso? Podemos decir ante todo que es una especie de espíritu, un espíritu que se manifiesta de ciertos modos. ¿Qué es este espíritu que condena? Es el espíritu orgulloso de su propia rectitud. El yo está siempre en la raíz del mismo, y es siempre una manifestación de auto-justificación, un sentido de superioridad, un sentido de que nosotros andamos bien mientras que los otros no. Esto conduce entonces al espíritu de censura, al espíritu que siempre está dispuesto a expresarse en forma detractora. Y luego, junto con esto, se da la tendencia a despreciar a los demás, a tenerlos en menos. No sólo estoy describiendo a los fariseos, estoy describiendo a todos los que tienen el espíritu farisaico.

Me parece, además, que una parte de importancia vital de este espíritu es la tendencia a ser hipercrítico. Hay una diferencia enorme entre ser crítico y ser hipercrítico. El verdadero espíritu de crítica es algo excelente. Por desgracia, existe muy poco. Pero la crítica genuina en literatura, o en arte, o en música, o en cualquier otra cosa, es uno de los ejercicios más elevados de la mente humana. La crítica verdadera nunca es simplemente destructora; es constructora, es una apreciación. Hay una diferencia enorme entre ejercitar la crítica y ser hipercrítico. El hombre que es reo del juzgar, en el sentido en que nuestro Señor emplea el término aquí, es el hipercrítico, lo cual significa que se deleita en la crítica por la crítica

misma y con ello disfruta. Me temo que debo ir más allá y decir que es el hombre que se ocupa de lo que es criticable con la esperanza de encontrar faltas, casi anhelando encontrarlas.

La forma más sencilla, quizás, de presentar todo esto es leer 1 Corintios 13. Miremos el aspecto negativo de todo lo positivo que Pablo dice del amor. El amor «todo lo espera», pero este espíritu espera lo peor; se procura una satisfacción maliciosa y maligna en encontrar faltas y defectos. Es un espíritu que siempre los espera, y casi sufre una decepción si no los encuentra. No puede haber dudas acerca de esto, el espíritu hipercrítico nunca se siente realmente feliz a no ser que encuentre estas faltas. Y, desde luego, el resultado de todo esto es que tiende a fijar la atención en asuntos que son indiferentes para convertirlos en asuntos de importancia vital. El mejor comentario a este respecto se encuentra en Romanos 14, donde Pablo les dice a los romanos en detalle que eviten el juzgarse unos a otros en asuntos como la comida y la bebida, y como el considerar un día más importante que otro. Habían situado estos asuntos en una posición destacada, y se juzgaban y condenaban en función de estas cosas. Pablo les dice que todo esto está mal. "El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo", dice (Ro. 14:17). Uno puede observar un día, y otro, otro día. "Cada uno esté plenamente convencido en su propiamente;" Pero lo que hay que recordar, dice, es que todos somos juzgados por Dios. El Señor es el juez. Además, uno no decide si alguien es cristiano o no, examinando las ideas que tiene acerca de asuntos como éstos, los cuales no son importantes, sino más bien indiferentes. Hay asuntos esenciales en conexión con la fe, asuntos acerca de los cuales no deben existir dudas en tanto que otros son indiferentes. Nunca debemos convertir estos últimos en asuntos de importancia vital.

Este es más o menos el espíritu del hombre que se hace reo de juicio. No estoy sacando aplicaciones a todo esto a medida que lo voy exponiendo. Confío en que el Espíritu Santo nos ayudará a hacerlo. Si en alguna ocasión siento que más bien me place el escuchar algo desagradable acerca de otro, ahí existe espíritu equivocado. Si estamos celosos, o envidiosos, y de repente oímos que uno de los que estamos celosos o envidiosos ha cometido un error y descubrimos que ello nos produce placer, ahí esta. Esa es la actitud que conduce a este espíritu de juicio.

Pero veámoslo en la práctica. Se manifiesta en la propensión a emitir juicios cuando el asunto no nos atañe en absoluto. ¿Cuánto tiempo gastamos en expresar nuestras opiniones acerca de personas con las cuales no tenemos trato directo? Para nosotros no son nada, pero experimentamos un placer malicioso en opinar acerca de ellas. Esto es en parte una forma práctica en que se manifiesta este espíritu.

Otra manifestación de este espíritu es que coloca al prejuicio en lugar del principio. Hemos de juzgar en función de principios, porque de lo contrario no podemos disciplinar a la iglesia. Pero si alguien toma sus propios prejuicios y los presenta como principios, se hace reo de este espíritu de juicio.

Otra forma en que se manifiesta es en la tendencia a colocar personas en lugar de principios. Todos sabemos lo fácil que es en una discusión osara fijarse en personas o personalidades y alejarse de los principios. Se puede decir con verdad que los que objetan en contra de la doctrina son generalmente los más culpables

en ese sentido. Colmo no captan o entienden la doctrina, pueden hablar sólo en términos de personas; y por ello, en el momento en que alguien defiende principios de doctrina, comienzan a decir que es una persona difícil. Colocan a la persona en una posición en la que tiene que hacer intervenir los principios, y esto, a su vez, conduce a la tendencia a imputar motivos. Como no entienden por qué otro defiende principios, se le imputan motivos; e imputar motivos es siempre manifestación de este espíritu de juicio.

Otra forma de poder conocer si somos culpables de esto, es preguntar si solemos expresar nuestras opiniones sin conocer todos los hechos. No tenemos derecho de emitir ningún juicio sin antes familiarizarnos con ellos. Deberíamos averiguar todos los hechos y luego juzgar. Si no se hace así, se cae en este espíritu farisaico.

Otra indicación de ello es que nunca se toma la molestia de entender las circunstancias, y nunca se está dispuesto a excusar; nunca se está dispuesto a ejercitar la misericordia. El hombre de espíritu caritativo posee discernimiento y está dispuesto a ejercitarlo. Está dispuesto a escuchar para ver si hay una explicación, si hay una excusa, para descubrir si hay quizá circunstancias atenuantes. Pero el hombre que juzgue dice, "No, no necesito nada más". En consecuencia, rechaza toda explicación, y no escucha ni razones ni argumentos.

Quizá podemos concluir la descripción y culminarla diciendo: este espíritu en realidad se manifiesta en la tendencia a emitir juicios definitivos acerca de las personas como tales. Esto significa que no es tanto un juicio de lo que hacen o creen o dicen, sino de las personas mismas. Es un juicio definitivo de la persona, y lo que lo hace tan terrible es que para ser así se arroga algo que pertenece a Dios. Recordemos cuando nuestro Señor envió mensajeros a los pueblos de los samaritanos para que se prepararan para su llegada, y al no recibirlos, Santiago y Juan, al enterarse dijeron: "Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?" Eso es; querían destruir a estos samaritanos. Pero nuestro Señor se volvió a ellos y los censuró diciendo, "Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas!" Fueron culpables de formar y emitir un juicio definitivo acerca de estas personas y de proponer su destrucción. Existe una diferencia enorme entre hacer esto y expresar una crítica inteligente e ilustrada de los puntos de vista y teorías de un hombre, de su doctrina, de su enseñanza o de su modo o estilo de vida. Se es-... pero que hagamos esto último; pero en cuanto condenamos y rechazamos a la persona, nos arrogamos un poder que pertenece sólo a Dios y a nadie más.

Es un tema penoso, y hasta ahora hemos examinado solo el mandato. No hemos estudiado todavía la razón que nuestro Señor agrega al mandato. Simplemente, hemos tomado las dos palabras, y confío en que siempre las recordaremos. "No juzguéis". Al cumplirlo, agradezcamos a Dios por tener un evangelio que nos dice que "siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros", que nadie se sostiene por su propia justicia, sino por la justicia de Cristo. Sin Él estamos condenados, completamente perdidos. Nos hemos condenado a nosotros mismos al juzgar a otros. Dios el Señor es nuestro Juez, y Él nos ha proporcionado una forma de pasar del juicio a la vida. La exhortación es a vivir nuestra vida en este mundo como personas que han pasado por el juicio 'en Cristo', y que ahora viven por Él y como Él, dándose cuenta de que han sido salvados por su gracia y misericordia

maravillosas.

## **CAPITULO 46**

### **La Paja y la Viga**

Hemos examinado ya el mandato de nuestro Señor, "No juzguéis" y lo que implica en la práctica. Ahora pasamos, en los versículos 1-5, a las razones que da para no juzgar. También aquí no podemos sino sentir, al leerlos, que su alegato es irrefutable, su lógica ineludible. Al mismo tiempo, experimentaremos nuestra condición pecadora y veremos la fealdad del pecado.

Veamos las razones que da. La primera es: "No juzguéis, para que no seáis juzgados!" No juzguéis, para que vosotros mismos no seáis juzgados. Se trata de una razón muy práctica y personal, pero ¿qué significa exactamente? Hay quienes quisieran hacernos creer que significa algo así. No hay que juzgar a otras personas si uno no quiere que lo juzguen a uno. No juzguemos a otras personas si no queremos que ellas, a su vez, nos juzguen. Afirman que lo que realmente significa es que, lo que uno hace a los otros, se lo harán ellos a uno, o, como dice la expresión, recibirá uno el pago con la propia moneda que pague. Dicen que equivale a esto, que la persona que siempre critica y censura a los demás, es una persona que casi siempre se atraerá críticas. Y claro que esto es verdadero y perfectamente justo. También es cierto que no hay personas más sensibles a la crítica que las que siempre están criticando a los demás. Les disgusta y se quejan cuando les sucede; pero no parecen recordarlo cuando lo hacen a otros. Debemos estar de acuerdo, pues, en que esta afirmación es cierta, que la persona que siempre critica es a su vez criticada, y que, en consecuencia, si se quiere evitar críticas, hay que ser menos crítico y censor de los demás. Y, por otra parte, se puede decir con certeza que la persona que critica menos es más querida, y no se ve sometida a tantas críticas como las personas que critican mucho.

Pero sería completamente erróneo interpretar esta afirmación como si sólo significara esto. Si bien debemos aceptarlo en general, parece que nuestro Señor va mucho más allá. Decimos esto, no sólo basados en lo que contiene este capítulo, el cual, como hemos visto, tiene como fin enfrentarnos con el juicio de Dios, sino también debido a otras afirmaciones bíblicas paralelas a ésta, y que la explican y, consiguientemente, la refuerzan. Sin duda que significa esto: "No juzguéis, para que no seáis juzgados" — por Dios—. Hay muchos cristianos evangélicos que de inmediato reaccionan en contra de una exposición tal en función de la gran enseñanza de la Biblia respecto a la justificación sólo por fe. Señalan que Juan 5:24 enseña que, si creemos en el Señor Jesucristo, hemos pasado por el juicio y del juicio a la vida. Agregan que el primer versículo de Romanos 8 dice, "Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús!" Esto significa sin duda, expresan, que por ser cristianos ya hemos sido sacados por completo del terreno del juicio. Basados en esa enseñanza arguyen que ya no hay juicio para el hombre que es verdaderamente cristiano.

Esta crítica requiere nuestra atención y respuesta, y queremos hacerlo así.

**Recordamos otra vez que las palabras que estamos examinando se dirigen a creyentes, no a incrédulos. Se dirigen a personas en quienes se cumplen las Bienaventuranzas, a aquellos que son hijos de Dios y nacidos de nuevo del Espíritu. Está bien claro, por consiguiente, que en cierto sentido esas personas siguen estando sometidas a juicio.**

**Pero, además de esto, debemos enfocar el problema también en función de la enseñanza de otros pasajes. Quizá la mejor forma de tratar esto es plantearlo así. En la Biblia se nos enseña que hay tres clases o tipos de juicio, y es el no aislar y distinguir estas tres clases lo que produce esta confusión. Debería de preocuparnos este tema por muchas razones. Una es que muchos de nosotros, que decimos ser cristianos evangélicos, no sólo somos culpables de volubilidad en estos asuntos, sino que carecemos también curiosamente de lo que se solía llamar 'temor de Dios'. Algunos de nosotros tenemos una ligereza, una vocinglera, una superficialidad, que me parece estar muy lejos de lo que debe ser el verdadero cristiano, pueblo religioso, como se ve que ha sido en la Biblia y en la iglesia a lo largo de los siglos. En nuestro anhelo de crear la impresión de que somos felices, a menudo carecemos de reverencia y de lo que la Biblia quiere decir con 'reverencia y temor religioso'. La idea toda del 'temor del Señor' y de la piedad se ha ido perdiendo de una forma u otra entre nosotros. Esto se debe en parte a este fracaso en caer en la cuenta de la enseñanza bíblica respecto al juicio. Deseamos tanto dejar bien sentada la doctrina de la justificación por fe sola, que con frecuencia, nos hacemos culpables de tener en menos las otras doctrinas bíblicas, que son igualmente parte de nuestra fe y, en consecuencia, igualmente verdaderas. Por ello es importante entender esta doctrina acerca del juicio.**

**Ante todo, hay un juicio que es definitivo y eterno, es el juicio que determina el estado del hombre y su posición frente a Dios. Este juicio decide la gran separación entre el cristiano y el no cristiano, entre las ovejas y las cabras, entre los que van a la gloria y los que van a la perdición. Este es una especie de primer juicio, como un juicio básico que establece la gran línea divisoria entre los que pertenecen a Dios y los que no le pertenecen. Esto se enseña claramente en muchos pasajes de la Biblia, desde el principio hasta el fin. Ese es el juicio que determina y fija el destino final del hombre, su condición eterna, si va a estar en el cielo o en el infierno.**

**Pero ese no es el único juicio que se enseña en la Biblia; hay un segundo juicio, el juicio al que estamos sometidos como hijos de Dios, y por ser hijos de Dios.**

**Para entender esto, deberíamos leer 1 Corintios 11, donde Pablo expone la doctrina respecto a la Santa Cena. Dice, "Cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí" (versículos 27-29). Luego —"Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen (lo cual significa 'muchos han muerto'). Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo" (versículos 30-32).**

**Esta afirmación es muy importante y significativa. Indica claramente que Dios juzga a sus hijos de esta forma, que si somos culpables de pecado, o de vivir mal, es**

probable que Él nos castigue. El castigo, dice Pablo, puede tomar la forma de enfermedad. Hay quienes están enfermos por su mal vivir. No quiere decir necesariamente que Dios les ha enviado la enfermedad, pero probablemente significa que Dios retira su protección de ellos y permite que el demonio los ataque con la enfermedad. La misma clase de afirmación la tenemos en la misma Carta cuando habla de entregar un hombre a Satanás para que esté lo corrija de esa forma (capítulo 5). Es una doctrina sumamente grave e importante. En realidad, Pablo va más allá y dice que algunos de esos corintios habían muerto debido a su mala vida, el juicio que había caído sobre ellos de esa forma. Habla del juicio de Dios, y por consiguiente lo podemos interpretar así, que Dios permite a Satanás, el cual controla el poder de la muerte, llevarse a estas personas debido a su negativa a juzgarse a sí mismos y a arrepentirse y a volver a Dios. La exhortación que hace, por consiguiente, es que debemos examinarnos a nosotros mismos, debemos juzgarnos a nosotros mismos y condenar lo malo que hay en nosotros mismos a fin de que podamos eludir ese otro juicio. Se equivoca, pues, el cristiano que pasa superficialmente por la vida diciendo que cree en el Señor Jesucristo y que, por consiguiente, nada tiene que ver con el juicio, que todo va bien. En absoluto; debemos andar con cautela y circunspección, debemos examinarnos y hurgar en nuestra conciencia para que esta clase de juicio no venga sobre nosotros.

Todo esto se confirma en Hebreos 12, donde la doctrina se plantea de esta forma: "El Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo!" El argumento en este caso tiene como fin confortar y alentar a los cristianos hebreos que se hallaban en tiempos difíciles. Dice así: debemos tener cuidado de ver las pruebas a la luz adecuada. En cierto sentido el hombre debería tener más temor si nada le va mal en la vida en este mundo, que si las cosas le van mal, porque 'el Señor al que ama disciplina'. Conduce a sus hijos a la perfección, y en consecuencia los disciplina en este mundo. Juzga sus pecados y sus imperfecciones en este mundo para prepararlos para la gloria. Los que no son tan santos son 'bastardas' y les deja que prosperen. Se encuentra lo mismo en el salmo 73, en que encontramos al salmista muy perplejo ante este hecho. Dice: "No entiendo los caminos de Dios. Vean todas esas personas impías y malas. Los ojos se les saltan de gordura; no tienen congostas por su muerte; siempre parecen prosperar. Verdaderamente en vano he lavado mis manos!" Pero llegó a comprender que esta forma de pensar estaba equivocada, porque estaba viendo la vida de los impíos sólo en este mundo. Quizá disfruten en esta vida; pero es todo lo que obtienen, y de repente el juicio descenderá sobre ellos, y será definitivo y eterno. Dios juzga a su pueblo en este mundo a fin de ahorrarles eso. "Si nos examinamos a nosotros mismos," dice Pablo, "no seremos condenados con el mundo". Ésta, pues, es la segunda forma de ver el juicio, y es una perspectiva muy importante. Estamos siempre bajo la mirada de Dios, y Dios vigila nuestra vida y juzga nuestros pecados, todo para beneficio nuestro.

Pero debemos examinar la tercera clase de juicio que se enseña en la Biblia, el juicio que a menudo se denomina 'juicio de recompensa'. No importa que este nombre sea adecuado o no, pero hay un juicio para el pueblo de Dios después de la muerte; Se enseña bien claramente en la Biblia. Lo encontramos en Romanos 14 donde Pablo dice, "Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo;" No juzguemos a los demás acerca de estos asuntos de observar ciertos días, de comer ciertos manjares, y así sucesivamente, dice el apóstol, porque todo hombre deberá enfrentarse con su propio juicio, y es responsable delante de Dios —Aporque todos

compareceremos ante el tribunal de Cristo". Tenemos lo mismo en las cartas a los Corintios. Está el pasaje en 1 Corintios 3 donde dice: "La obra de cada uno se hará manifiesta" y "el día la declarará". Todo lo que el hombre ha edificado sobre el fundamento —oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca— será juzgado por fuego. Parte de ello quedará completamente destruido, la madera, el heno, la hojarasca, etc., pero el hombre mismo se salvará, "aunque así como por fuego". Todo esto indica juicio, juicio de nuestras obras desde que llegamos a ser cristianos, y, sobre todo en este pasaje, desde luego, de la predicación del evangelio y la obra de los ministros en la iglesia.

Luego, en 2Corintios 5, el juicio se presenta claramente no sólo para los ministros sino para todos —"Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo!" "Conociendo, pues" dice Pablo, "el temor del Señor, persuadimos a los hombres!" No se dirige a no creyentes; se dirige a creyentes cristianos. Los creyentes cristianos tendrán que presentarse delante del tribunal de Cristo, y ahí serán juzgados de acuerdo a lo que han hecho en el cuerpo, sea bueno o sea malo. No será así para decidir nuestro destino eterno; no es un juicio que decida si iremos al cielo o al infierno. No, ya hemos pasado por eso. Es un juicio que va a afectar nuestro destino eterno, pero no mediante la decisión de si será en el cielo o en el infierno, sino decidiendo lo que nos sucederá en el reino de la gloria. No se nos dan más detalles acerca de esto en la Biblia, pero se enseña clara y específicamente que hay un juicio de los creyentes.

Se encuentra también en Calatas 6:5 "Porque cada uno llevará su propia carga". Esto alude al mismo juicio, "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo!" Pero también "Cada uno llevará su propia carga"; cada uno de nosotros es responsable de su propia vida, por su propia conducta. Tampoco esto, y permítanme enfatizarlo otra vez, decide nuestro destino eterno, pero va a constituir una diferencia, es un juicio de nuestra vida desde que llegamos a ser cristianos. Luego está esa afirmación conmovedora de 2 Timoteo 1:16-18, donde, al referirse a Onesíforo, Pablo da gracias a Dios por este hombre que había sido tan bondadoso con él cuando estuvo en prisión. Esto es lo que pide para él: "Concédele el Señor que halle misericordia cerca del Señor en aquel día"; en aquel día en que se va a juzgar, que el Señor tenga misericordia de él. Y en Apocalipsis 14:13 encontramos la afirmación respecto a todos los que mueren en el Señor: "Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor...; sus obras con ellos siguen!" Nuestras obras nos siguen.

La principal razón por la que los cristianos no deben juzgar, es la de no ser juzgados por el Señor. Le veremos como Él es; no encontraremos con Él, y se emitirá el juicio. Si en esa ocasión no queremos ser avergonzados, como dice Juan (1Jn. 2:28), seamos cuidadosos ahora. Si queremos tener 'confianza en el día del juicio', entonces tengamos cuidado de cómo vivimos aquí ahora. Si juzgamos, seremos juzgados en función de ese mismo juicio. Aquí tenemos pues, algo que nunca debemos perder de vista. Aunque seamos cristianos, y estemos justificados por fe, y tengamos seguridad de la salvación, y sepamos que vamos al cielo, todavía estamos sometidos a ese juicio aquí en la vida, y también después de esta vida. Es la enseñanza clara de la Biblia. Está sintetizada aquí, en la primera afirmación de nuestro Señor en esta sección del Sermón del Monte: "No juzguéis, para que no seáis juzgados!" No es simplemente que si uno no quiere que los otros

hagan críticas de uno tampoco se deben decir cosas críticas de ellos. Eso está bien; es cierto. Pero es mucho más importante el hecho de que uno se está exponiendo a sí mismo a juicio, y que habrá que responder por estas cosas. Uno no pierde la salvación, pero es evidente que va a perder algo.

Esto nos conduce a la segunda razón que nuestro Señor presenta para no juzgar. Se encuentra en el versículo 2: "Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido". Podemos decir esto en forma de principio. La segunda razón para no juzgar es que, si lo hacemos, no sólo provocamos juicio contra nosotros mismos, sino que también establecemos la pauta para nuestro propio juicio —"Con la medida con que medís, os será medido!" Tampoco aquí significa simplemente lo que otros nos pueden hacer a nosotros. Decimos que al hombre siempre se le paga con su propia moneda, y esto es verdad. Los que se preocupan mucho por examinar e investigar a los otros, y hablan acerca de los más mínimos defectos que encuentran en ellos, se sorprenden a menudo cuando esas mismas personas los juzgan a ellos. No lo pueden entender, pero son juzgados con su propia medida.

Pero no podemos contentarnos con esto; esta afirmación significa algo más, y así lo dice la Biblia. Nuestro Señor en realidad declara que Dios mismo, en este juicio que hemos venido describiendo, nos juzgará según nuestra propia medida.

Veamos algunos textos bíblicos que refrendan esta interpretación. Consideremos la afirmación de nuestro Señor que se contiene en Lucas 12, donde habla acerca de 'cosas dignas de azotes' o 'ser azotado poco', y dice "a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá" (versículo 48). Enseña que Dios actúa según este principio. Luego leemos a continuación la afirmación de Romanos 2:1, "Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que sea tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo!" Está uno demostrando, dice Pablo, al juzgar a otros, que sabe lo que es justo; por lo tanto, si no hace lo que es justo se condena a sí mismo.

Pero, quizá, la afirmación más clara sobre esto se encuentra en Santiago 3:1, versículo que es de importancia vital, al que a menudo no se presta atención porque no gusta la carta de Santiago, al pensar que no enseña la justificación sólo por fe. Así es como plantea este punto específico: "Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación". En otras palabras, si uno se pone a sí mismo como maestro y autoridad, que recuerde que será juzgado con su propia autoridad; uno será juzgado con el mismo criterio que usa. ¿Se coloca uno delante de los demás como autoridad? Muy bien; esta será la medida que se le aplicará a uno en su propio juicio.

Nuestro Señor lo dice bien claramente en las palabras que estamos examinando: "Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido!" Es una de las afirmaciones más alarmantes de toda la Biblia. ¿Pretendo tener un conocimiento excepcional de la Biblia? Si es así, seré juzgado en función del conocimiento que alego. ¿Pretendo ser servidor que conoce realmente estas cosas? Entonces no debo sorprenderme si se me azota mucho. Deberíamos tener mucho cuidado, por consiguiente, en cómo nos expresamos. Si con autoridad juzgamos a otros, no tenemos derecho a quejarnos si se nos juzga

con la misma norma. Es completamente justo y adecuado, y no tenemos razón ninguna de quejarnos. Pretendemos tener este conocimiento; si lo tenemos debemos demostrarlo viviendo de acuerdo con el mismo. Según lo que pretendo ser, seré juzgado. Si, por consiguiente, pongo mucho empeño en examinar la vida de otras personas, esa misma norma se me aplicará, y no tendré motivo para quejarme. La respuesta que se me daría, si me quejara, sería ésta: ya lo sabías, lo hacías con los demás, ¿por qué no también en tu propio caso? Es un pensamiento sorprendente y alarmante. No conozco ninguna otra cosa que pueda apartarnos más de la práctica pecaminosa de condenar a otros y de ese espíritu feo y detestable que se complace en hacerlo.

Esto nos conduce a su vez a la última razón que nuestro Señor nos presenta. La plantea en los versículos 3-5: "¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano!" ¿Hubo jamás sarcasmo igual? ¿Hubo jamás un ejemplo más perfecto de ironía? ¡Cuánto lo merecemos! Podemos sintetizar el argumento en forma de una serie de principios. Nuestro Señor nos enseña que la tercera razón para no juzgar a otros es que somos incapaces de juzgar. No podemos juzgar. Por consiguiente, como no lo podemos hacer adecuadamente ni siquiera debemos intentarlo. Dice que nuestro espíritu es tal que no tenemos derecho a juzgar. No sólo debemos recordar que nosotros mismos seremos juzgados y que fijamos las normas de ese juicio, sino que además dice: un momento, no juzguéis porque sois incapaces de juzgar.

Nuestro Señor lo demuestra de esta manera. Ante todo, indica que no nos preocupa la justicia y el verdadero juicio, porque si estuviéramos preocupados por ello, nos ocuparíamos de eso en nosotros mismos. Nos gusta persuadirnos de que estamos realmente preocupados por la verdad y la justicia, y que ése es nuestro único interés. Pretendemos que no deseamos ser injustos con las personas, que no deseamos criticar, sino que estamos realmente preocupados por la verdad. Ah, dice de hecho nuestro Señor, si realmente estuviéramos preocupados por la verdad, nos juzgaríamos a nosotros mismos. Pero no lo hacemos; por consiguiente, nuestro interés no es realmente la verdad. Es un argumento justo. Si alguien pretende que su único interés es por la justicia y la verdad, y no por las personas, entonces será tan crítico de sí mismo como los demás. El que es realmente un gran artista suele ser el crítico más severo de sí mismo. No importa en qué esfera de la vida se dé, ya sea en el canto, en el drama, en la pintura, o en cualquier otra cosa; el que es realmente gran artista y crítico verdadero se critica tanto a sí mismo como a la obra de los demás, e incluso quizá más, porque tiene normas objetivas. Pero tú, dice nuestro Señor, no tienes normas objetivas. No estás interesado por la verdad y la justicia, de lo contrario no pasarías por alto tu propia vida, como de hecho lo haces, para criticar sólo a los demás. Esta es la primera afirmación.

Podemos ir más allá y decir que también nos muestra que esas personas no están preocupadas por los principios en cuanto tales, sino sólo por las personas. El espíritu de hipercrítica, como hemos visto, se preocupa de las personas y no de los principios. Este es el problema que muchos de nosotros tenemos a este respecto. Estamos realmente interesados por la persona que criticamos, no por el tema o principios específicos; y nuestro verdadero deseo es condenar a la persona, más

que eliminar el mal que hay en la persona. Claro que esto de inmediato nos hace incapaces de emitir un verdadero juicio. Si hay parcialidad, si hay sentimiento y animosidad personales, no podemos ser verdaderos examinadores. Incluso la ley reconoce esto. Si se puede demostrar que hay alguna conexión entre un miembro del jurado y la persona sometida a juicio, se puede descalificar a ese miembro del jurado. Lo que se desea en un jurado es imparcialidad. No puede haber prejuicio, no puede haber nada personal; debe ser un juicio objetivo y ponderado. El elemento personal se debe excluir por completo para que pueda haber juicio verdadero. Si aplicamos esto a nuestro juicio de otras personas, me temo que tendremos que estar de acuerdo con nuestro Señor en que somos completamente incapaces de juzgar, por qué lo que más nos interesa en ese caso son las personas o las personalidades. Hay muy a menudo un motivo ulterior en nuestro juicio y por ello no acertamos a distinguir entre las personas y su acción.

Pero sigamos a nuestro Señor en su análisis. Su siguiente argumento está en el versículo 4: "¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo?" Esto es sarcasmo en su forma más intensa. Dice que nuestra propia condición es tal que somos completamente incapaces de ayudar a otros. Pretendemos estar preocupados por esas personas y por sus faltas, y tratamos de dar la impresión de que estamos preocupados sólo por su bien. Decimos que estamos inquietos por esa pequeña mancha que vemos en ellos, y que estamos deseosos de eliminar esa paja. Pero, dice nuestro Señor, no lo podemos hacer, porque es un proceso sumamente delicado. La viga que está en nuestros propios ojos nos vuelve incapaces de ello.

En cierta ocasión leí una observación muy aguda que expresaba esto a la perfección. Decía que hay algo muy ridículo en la persona ciega que trata de guiar a otro ciego, pero que hay algo mucho más ridículo que eso, y es el oculista ciego. El oculista ciego no puede en modo alguno quitar la mota del ojo ajeno. Si el ciego en general es incapaz de ayudar a los demás ¿cuánto más inútil es el oculista ciego? Eso es lo que dice nuestro Señor aquí. Si uno quiere poder ver claramente para quitar esa mota diminuta del ojo de esa otra persona por la que pretende interesarse, asegúrese de tener los ojos propios bien limpios. No se puede ayudar a otro si uno está cegado por la viga que hay en el ojo propio.

Finalmente, el Señor nos condena de hecho como hipócritas. "¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces veras bien para sacar la paja del ojo de tu hermano!" Cuan verdadero es esto. El hecho es que no estamos realmente preocupados por ayudar a esa otra persona; estamos interesados sólo en condenarla. Pretendemos tener este gran interés; pretendemos que estamos angustiados en encontrar esa falta. Pero en realidad, como nuestro Señor ya nos ha mostrado (y esta es la parte terrible), estamos realmente contentos de descubrirla. Esto es hipocresía. Una persona se dirige a otra como amiga y le dice "es realmente una vergüenza que tengas ese defecto!" Pero ¡cuan a menudo esa acción va envuelta en malicia, y qué placer se procura esa persona! No, dice nuestro Señor, si deseamos realmente ayudar a los demás, si somos sinceros en esto, hay ciertas cosas que nosotros mismos tenemos que hacer. En primer lugar —debemos advertir esto— hay que sacar la viga de los ojos propios, entonces uno podrá ver con claridad para sacar la paja del ojo del hermano.

Esto se puede interpretar así. Si deseas realmente ayudar a los demás, y ayudarlos

a eliminar esas manchas, faltas, fragilidades e imperfecciones, ante todo hay que caer en la cuenta de que el espíritu de juicio, hipercrítica y censura que hay en ti es realmente como una viga, si se la compara con la pequeña paja en el ojo ajeno. "La verdad es" dice de hecho nuestro Señor, "que no hay forma más terrible de pecado que este espíritu de juicio del cual somos culpables. Es como una viga. La otra persona quizá ha caído en inmoralidades, en algún pecado de la carne, o quizá sea reo de algún pequeño error de vez en cuando. Pero esto no es más que una pequeña paja en el ojo si se la compara con el espíritu que hay en ti, que es como una viga. Has de comenzar con tu propio espíritu" dice en otras palabras; "enfrentate contigo mismo con toda honestidad y sinceridad y admite la verdad acerca de ti mismo!" ¿Cómo hay que hacer todo esto en la práctica? Leamos 1 Corintios 13 todos los días; leamos esta afirmación de nuestro Señor todos los días. Examinemos nuestra actitud hacia las otras personas; hagamos frente a la verdad acerca de nosotros mismos. Tomemos las afirmaciones que hacemos respecto a otros; sentémonos a analizarlas y preguntémonos qué queremos decir en realidad. Es un proceso muy doloroso y angustiador. Pero si nos examinamos a nosotros mismos, nuestros juicios y pronunciamientos, con honestidad y sinceridad, estamos en camino de sacar la viga de nuestro propio ojo. Entonces, una vez hecho esto, estaremos tan humillados que nos sentiremos libres del espíritu de censura e hipercrítica.

¡Qué lleno de lógica está todo esto! Cuando el hombre se ha visto verdaderamente a sí mismo nunca juzga a los demás de forma equivocada. Dedicar todo el tiempo a condenarse a sí mismo, a lavarse las manos y tratar de purificarse. Hay sólo una forma de librarse del espíritu de censura e hipercrítica, y es juzgarse y condenarse uno mismo. Esto nos humilla hasta el polvo, y luego se sigue por necesidad que, habiéndonos, de esta manera, librado de la viga de los ojos propios, estaremos en condiciones adecuadas para ayudar a los demás, y sacarles la paja de los ojos.

El proceso de sacar la paja del ojo es difícil. No hay órgano más sensible que el ojo. En cuanto el dedo lo toca, se cierra; así es de delicado. Lo que se necesita por encima de todo al tratar de hacer esto es afecto, paciencia, calma, equilibrio. Esto es lo que se necesita, debido a la delicadeza de la operación. Traslademos todo esto al ámbito espiritual. Vamos a ocuparnos de un alma, vamos a tocar la parte más sensible del hombre. ¿Cómo podemos sacar de ella la paja? Sólo una cosa importa a este respecto, y es ser humilde, ser compasivo, estar consciente del propio pecado y de la propia indignidad, a fin de que al encontrarla en otra persona, lejos de condenarla, uno sienta ganas de llorar. Se está lleno de compasión y simpatía; se desea realmente ayudar. Se ha disfrutado tanto del librarse de lo malo que había en uno, que se desea que la otra persona tenga el mismo placer y el mismo gozo. No se puede ser oculista espiritual hasta que se vea con claridad. Así pues, al enfrentarnos con nosotros mismo y librarnos de la viga, cuando nos hayamos juzgado y condenado y estemos en ese estado de humildad, de comprensión, de simpatía, de generosidad, y caridad, entonces podremos, como dice la Escritura, "decir la verdad en amor" a los demás y con ello ayudarlos. Es una de las cosas más difíciles de la vida, es una de las últimas cosas que logramos. Que Dios tenga misericordia de nosotros. Pero hay personas, gracias a Dios, que saben decir 'la verdad en amor', y cuando la dicen, no solamente sabe uno que están diciendo la verdad, sino que les da las gracias por ello. Hay otras personas que le dicen a uno la misma verdad, pero de tal forma que lo colocan de inmediato a la defensiva, y lo conducen a odiarlos por ello. Es porque no han dicho 'la verdad

en amor'. Que todo hombre, por consiguiente —vuelvo a citar a Santiago— "sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse" (Stg. 1:19).

"No juzguéis" por estas tres razones. Que Dios tenga misericordia de nosotros. Bueno es que podamos enfrentarnos con esa verdad a la luz del calvario y de la sangre derramada de Cristo. Pero si queremos evitar el castigo en esta vida, y el sufrimiento de una pérdida —esta es la afirmación bíblica— en la vida futura, no juzguemos, a no ser que nos juzguemos a nosotros mismos primero.

## **CAPITULO 42**

### **Juicio y Discernimiento Espirituales**

En Mateo 7:6 nuestro Señor concluye lo que ha venido diciendo respecto al tema difícil y complejo del castigo. Algunas versiones colocan este versículo en párrafo especial, pero me parece que no está bien. No es una afirmación independiente sin conexión con lo que la antecede. Es más bien la conclusión de este tema, la afirmación final.

Es una afirmación extraordinaria que generalmente produce gran sorpresa en la gente. Nuestro Señor nos ha estado diciendo en la forma más solemne, que no juzguemos, y que debemos quitar la viga de nuestro propio ojo antes de empezar a pensar acerca de la paja que está en el ojo del hermano; nos ha estado advirtiendo que seremos juzgados con el mismo juicio con que juzgamos. Entonces de repente dice, "No deis lo santo a los perros, no echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen". Parece incongruente; se manifiesta como una contradicción total de todo lo que hemos venido examinando. Y sin embargo, si nuestra exposición de los cinco primeros versículos ha sido adecuada, no sorprende para nada; antes bien, se sigue como corolario casi inevitable. Nuestro Señor nos dice que no debemos juzgar en el sentido de condenar, pero aquí nos recuerda que eso no es todo respecto a ese asunto. Para poder alcanzar un equilibrio adecuado y para que la afirmación respecto a este asunto sea completa, es esencial esta observación ulterior.

Si nuestro Señor hubiera concluido la enseñanza con esos cinco primeros versículos, hubiera conducido sin duda a una posición falsa. Las personas hubieran tenido tanto cuidado en evitar el terrible peligro de juzgar en ese sentido malo que no hubieran ejercitado discernimiento ni juicio ninguno. No habría eso que se llama disciplina en la iglesia; y la vida cristiana, en su totalidad, sería caótica. No habría cosa como el denunciar la herejía y emitir juicio sobre la misma. Porque todo el mundo tendría tanto miedo de juzgar al hereje, que cerraría los ojos ante la herejía, y el error se iría introduciendo en la iglesia todavía más de lo que lo ha hecho. Así pues nuestro Señor pasa a hacer esta afirmación, y no podemos por menos, una vez más, de sentirnos impresionados ante el equilibrio maravilloso de la enseñanza bíblica, ante su perfección asombrosa. Por eso, nunca me canso de señalar que el estudio detallado y microscópico de cualquier porción de la Escritura suele ser mucho más provechosa que la visión telescópica de toda la Biblia, porque si uno hace un estudio metódico de cualquier sección, encuentra

en algún momento todas las grandes doctrinas. Así lo hemos hecho en este examen del Sermón del Monte. Muestra la importancia de examinar los detalles, de prestar atención a todo, porque al hacerlo así, descubrimos este equilibrio maravilloso que se encuentra en la Biblia. Llegamos a extremos y perdemos el equilibrio porque somos reos de aislar afirmaciones en lugar de tomarlas en el contexto en que se encuentran. Por olvidar esta añadidura a la enseñanza de nuestro Señor acerca de juzgar, tantas personas muestran falta de discernimiento y están listas a alabar y recomendar cualquier cosa que se les presenta y que pretende vagamente ser cristiano. Dicen que no debemos juzgar. Esa posición se considera como propia de un espíritu amistoso y caritativo, y por ello tantas personas caen en errores graves y sus almas inmortales corren grandes riesgos. Pero todo esto se puede evitar si tomamos la Biblia como es, y recordamos que en ella siempre se encuentra el equilibrio perfecto.

Tomemos esta afirmación que parece, al examinarla superficialmente, tan sorprendente, después de lo que nuestro Señor ha venido diciendo. ¿Cómo reconciliamos estas dos cosas? La respuesta simple es que, en tanto que nuestro Señor nos exhorta a que no seamos hipercríticos, nunca nos dice que no discernamos. Hay una diferencia absoluta entre estas dos cosas. Lo que tenemos que evitar es la tendencia a censurar, a condenar a las personas, a convertirnos en jueces finales y a emitir pronunciamientos respecto a las personas. Pero esto, desde luego, es muy diferente que ejercitar el espíritu de discernimiento, al cual la Biblia nos exhorta continuamente. ¿Cómo podemos nosotros 'probar a los espíritus', cómo podemos, tal como se nos exhorta más adelante, 'guardarnos de los faltos profetas', si no ejercitamos nuestro juicio y discernimiento? En otras palabras, tenemos que reconocer el error, pero tenemos que hacerlo, no para condenar, sino para ayudar. Y ahí es donde encontramos el eslabón que une esta afirmación con la que la precede. Nuestro Señor se ha venido ocupando del asunto de ayudar a nuestros hermanos a eliminar la paja que tienen en el ojo. Si queremos hacerlo de una manera adecuada, entonces, claro está, debemos poseer espíritu de discernimiento. Tenemos que saber reconocer las pajas y vigas, y discernir entre persona y persona.

Nuestro Señor pasa ahora a instruirnos sobre la cuestión general del trato con la gente, del discernimiento entre persona y persona. Y lo hace con estas palabras: "No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen!" ¿Qué quiere decir con esto? Obviamente, se refiere a la verdad, que es santa, y que ha sido comparada con las perlas. ¿Qué es eso santo, esta perla a la que se refiere? Es evidentemente el mensaje cristiano, el mensaje del reino, lo mismo que está tratando en este sermón incomparable. ¿Qué quiere decir, pues? ¿Se nos exhorta acaso a no presentar la verdad cristiana a los no creyentes? ¿Qué clase de personas pueden ser esas que se describen como perros y cerdos? ¡Qué terminología tan extraordinaria usa!

En Palestina no se consideraba al perro como lo hacemos nosotros; se alimentaba de la basura de las calles, y su mismo nombre era palabra de oprobio; no era el animal doméstico al que estamos acostumbrados, sino animal fiero y peligroso, medio salvaje. Y los cerdos en la sociedad judía representaban a todo lo impuro y excluido de la sociedad.

Y estos son los dos términos que nuestro Señor emplea para enseñarnos cómo

discernir entre persona y persona. Hemos de reconocer que hay una clase de personas que, respecto a la verdad, se pueden describir como 'perros' o como pertenecientes a los 'cerdos'. "¿Quiere decir — pregunta alguien— que ésta ha de ser la actitud del cristiano respecto al no creyente, respecto a los que están fuera del reino?" Claro que no puede querer decir esto, por la simple razón de que nunca se podría convertir a los inconversos si no se les presenta la verdad. Nuestro Señor mismo predicó a esas personas. Envío a sus discípulos y apóstoles a predicarles, envió al Espíritu Santo sobre la iglesia primitiva para que pudiera testificar y predicar la verdad ante ellos. De modo que es evidente que no puede querer decir esto.

¿Qué quiere decir, pues? La mejor forma de enfocar el problema es verlo ante todo a la luz de la práctica misma de nuestro señor. ¿Qué hizo Él? ¿Cómo puso en práctica esta enseñanza específica? La respuesta de la Biblia es que discernió claramente entre persona y persona. Si uno lee los cuatro evangelios, verá que no trató a dos personas exactamente de la misma forma. En lo fundamental es lo mismo, pero en la superficie es diferente. Tomemos la forma en que trató a Natanael, y a Nicodemo y a la mujer de Samaria. De inmediato ve uno ciertas diferencias. Examinemos la diferencia total de su modo y método al enfrentarse con los fariseos y al hacerlo con los publicanos y pecadores. Veamos la diferencia en su actitud respecto a los fariseos orgullosos y engreídos y hacia la mujer sorprendida en pecado. Pero quizá una de las mejores ilustraciones es la que encontramos en Lucas 23. Cuando Pilato lo interrogó, nuestro Señor contestó. Cuando le examinó Herodes, que debía conocer mejor las cosas, y que estaba guiado por una curiosidad morbosa y enfermiza y estaba buscando señales y maravillas, no le respondió nada, simplemente no le dirigió la palabra (ver versículos 3 y 9). Vemos, pues, que nuestro Señor al tratar con distintas personas en relación con la misma verdad, los trató de modo diferente y ajustó su forma de enseñar a la persona. No cambió la verdad, sino el método específico de presentación, y esto es lo que se encuentra al leer los cuatro evangelios.

Luego, cuando uno pasa a la práctica de los apóstoles, encuentra que hicieron precisamente lo mismo que su Se-ñor, y pusieron en práctica el mandato que les da aquí. Tomemos, por ejemplo, la afirmación de Hechos 13:46, cuando Pablo estaba predicando en Antioquia de Pisidia y se encontró con los celos, envidia y oposición de los judíos. Leemos que Pablo y Bernabé con valentía dijeron, "A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios, mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles:" Pablo ya no les va a predicar más; ya no va a seguir presentándoles estas cosas santas. Y encontramos exactamente lo mismo en su conducta en Corinto. Esto es lo que leemos en Hechos 18:6: "Pero oponiéndose y blasfemando éstos, les dijo, sacudiéndose los vestidos: Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza; yo, limpio; desde ahora me iré a los gentiles!" He aquí, como vemos, personas a las que les ha sido presentada la verdad; personas que hicieron precisamente lo que nuestro Se-ñor había profetizado. Como perros y cerdos, se opusieron, blasfemaron y pisotearon la verdad. La reacción del apóstol es apartarse de ellos; ya no les vuelve a presentar el evangelio. Vuelve la espalda a los judíos, quienes con esa conducta rechazan la verdad y muestran su incapacidad para valorarla; Pablo se vuelve a los gentiles y se convierte en su gran apóstol.

He ahí, me parece, la forma justa de enfocar esta afirmación, que a primera vista

resulta algo desorientadora. Pero no podemos contentarnos con esto. Prosigamos con la exposición más en detalle, porque debemos recordar que esta afirmación se hizo para nosotros. No es algo que fue pertinente sólo para ese tiempo concreto, o para algún reino futuro. Hemos visto que va dirigida, al igual que todo el Sermón del Monte, a los cristianos de hoy y en consecuencia es una exhortación que se nos hace. Se nos dice: "No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen!" ¿Cómo interpretamos esto? ¿Qué significa para nosotros?

Primero y sobre todo, quiere decir que debemos reconocer los diferentes tipos y personas, y que debemos aprender a discernir entre ellos. No hay nada tan trágico y antibíblico como el testificar a los demás en forma mecánica. Hay cristianos que son reos de esto. Dan testimonio, pero lo hacen en una forma totalmente mecánica. Nunca piensan en la persona con la que tratan; nunca tratan de evaluarla ni de descubrir exactamente en qué posición está. Fallan completamente en poner en práctica esta exhortación. Presentan la verdad exactamente en la misma forma a todos y cada uno. Aparte del hecho de que su testimonio suele ser bastante inútil, y de que lo único que consiguen es un gran sentimiento de autocomplacencia, ese testimonio es totalmente antibíblico.

No hay mayor privilegio en la vida que ser testigo de Jesucristo. Según entiendo, en nuestros días, los que quieren ser vendedores de comercio tienen que asistir a un curso de entrenamiento en la psicología de la venta. Se considera necesario e importante para vender una mercancía específica, conocer algo acerca de la gente. Deben saber cómo acercarse a la gente. Somos todos muy diferentes, y en consecuencia la misma cosa debe presentarse en forma diferente a personas distintas. Aunque la mercancía es la misma, han descubierto que es importante que el vendedor sepa algo acerca de la gente y de la psicología de las ventas. No nos corresponde a nosotros juzgar si un curso así es necesario o no, pero sí podemos utilizar esto para subrayar el hecho de que el Nuevo Testamento siempre ha enseñado la necesidad de la preparación. ¡No es que necesitemos un curso de psicología! No; pero sí necesitamos conocer nuestro Nuevo Testamento. Si lo conociéramos sabríamos que las personas son todas diferentes; y si deseamos de verdad ganar almas, y no sólo dar nuestro testimonio, entonces caeremos en la cuenta de la importancia que tiene discernir y comprender. No debemos decir, "Bueno, yo soy así, es mi temperamento, y así es como hago las cosas!" No; con el apóstol Pablo debemos hacernos 'todos a todos' a fin de poder salvar a algunos. Al judío se hizo judío, al gentil se hizo gentil, a los que estaban bajo la ley se hizo como bajo la ley, precisamente con este propósito.

Éste es el primer punto, y debemos estar de acuerdo en que a menudo hemos caído en esta trampa respecto al dar testimonio. Tiende a hacerse mecánico, y quizá incluso nos sentimos casi complacidos cuando alguien se comporta con nosotros como el perro y el cerdo, porque entonces sentimos que hemos sido perseguidos por Cristo, cuando en realidad no ha sido así, sino simplemente que no hemos conocido bien la Biblia y no hemos dado testimonio en la forma adecuada.

El segundo principio es que debemos no sólo aprender a distinguir entre diferentes tipos de personas; también debemos volvernos expertos en saber qué ofrecer a cada tipo. Uno no trata a un Herodes y a un Pilatos exactamente de la misma manera; se contesta a las preguntas de un Pilato, pero no se le dice nada a un

Herodes. Debemos ver a las personas tal cual son y ser sensibles a ellas. Hemos sacado la viga de nuestro ojo, nos hemos librado de todo lo que es espíritu de censura, y estamos realmente preocupados por ayudar a los demás. Según ese espíritu, tratemos precisamente de encontrar lo adecuado para esa persona. Es curioso darse cuenta de cuan fácilmente nos volvemos esclavos de las palabras. He conocido personas que, cuando predicán acerca del texto de hacerse 'pescadores de hombres', tienen siempre mucho cuidado en decir que debemos saber qué cebo usar; pero cuando llegan a un texto como éste, parecen olvidar que se aplica el mismo principio, y que también es cierto aquí. Debemos saber qué es apropiado para cada persona en cada situación específica. Esta es una de las razones del por qué es difícil que un recién convertido sea un buen testigo. Podemos entender más claramente, a la luz de este principio, por qué Hablo dice que no hay que darle a ningún recién convertido una posición prominente en la iglesia. ¡Cuánto nos hemos apartado del Nuevo Testamento en nuestra práctica! Tenemos la tendencia de imponer las manos en el recién convertido e inmediatamente colocarlo en alguna posición destacada. Pero la Biblia nos dice que no se debe empujar a ningún hombre de inmediato a la prominencia. ¿Por qué? En parte, por esta razón, porque el recién convertido quizás no sea experto en las cosas que estamos examinando. Nuestro tercer principio es que deberíamos ser muy cuidadosos en cuanto a la forma en que presentamos la verdad. Aparte de la verdad misma, el método de presentación debe variar de persona a persona. Debemos aprender a evaluar a las personas. Para algunos ciertas cosas resultan ofensivas aunque no lo sean para otros. Debemos tener cuidado en no presentar la verdad en una forma que pueda resultar ofensiva para ninguna clase de persona. Por ejemplo, ir a cualquier no creyente y decirle, "¿es usted salvo?" no es el método bíblico. Hay un cierto tipo de personas que, si se les dice eso se ofenderán, y no se dejarán conducir a la verdad. El efecto de una pregunta tal sobre esta persona será producir la respuesta que nuestro Señor describe, la reacción del perro y del cerdo, el pisotear y el destrozar, la blasfemia y la maldición. Y debemos tener siempre cuidado en no dar pie a nadie para que blasfeme o maldiga. Hay quienes, desde luego, lo harán por perfecto que sea nuestro método. Entonces no somos responsables y podemos decir con Pablo, "Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza!" Pero, si nosotros somos responsables de la ofensa, que Dios tenga misericordia de nosotros. El que predica la verdad puede hacerse reo de predicarla de una forma indigna. Ninguno de nosotros deber ser nunca causa de antagonismo; siempre debemos predicar la verdad en amor, y si ofendemos, debe ser siempre 'la ofensa de la cruz', y no algo ofensivo que haya en el predicador. Esto es lo que estaba enseñando nuestro Señor. Hay un último principio bajo este encabezamiento. Es que debemos aprender a conocer qué aspecto específico de la verdad es más apropiado en casos concretos. Esto significa que en el caso de un no creyente nada debemos presentarle sino la doctrina de la justificación por fe. Nunca hay que discutir otras doctrinas con el no creyente. A menudo deseará hacerlo, pero no debemos permitirlo. El relato que se encuentra en Juan 4 acerca de la entrevista de nuestro Señor con la mujer de Samaria es una ilustración perfecta a este respecto. La mujer deseaba discutir varios aspectos, tales como el Ser de Dios, cómo y dónde dar culto, y las diferencias que separaban a judíos de samaritanos. Pero nuestro Señor no lo permitió. Constantemente recondujo la conversación hacia ella misma, hacia su vida pecadora, hacia su necesidad de salvación. Y nosotros debemos hacer lo mismo. Discutir con alguien que no es creyente la elección y predestinación, y las grandes doctrinas de la iglesia, y la necesidad actual de la iglesia, es obviamente erróneo. El hombre que no ha nacido

de nuevo no puede entender estas otras doctrinas y por consiguiente no hay que examinarlas con él. Nosotros somos quienes hemos de decidir qué queremos discutir con él.

Pero esto se aplica no sólo a los no creyentes; se aplica también a los creyentes. Pablo dice a la iglesia de Corinto que no les puede dar alimento sólido; disponía de él, pero no podía dárselo porque eran todavía niños. Dice que tenía que alimentarlos con leche porque todavía no estaban preparados para la carne. "Hablamos sabiduría", dice "entre los que han alcanzado madurez!" Ofrecer esta sabiduría perfecta de Dios al que es niño en su entendimiento espiritual resulta obviamente ridículo, y en consecuencia se espera que ejerzamos este discernimiento en todas las direcciones. Si queremos ser realmente testigos y presentadores de la verdad, debemos prestar atención a estas cosas.

Ahora deberíamos sacar algunas deducciones generales de todas estas consideraciones. Si consideramos las implicaciones de este versículo se verá que son de suma importancia. ¿Se percata el lector, a primera vista, de la primera implicación obvia? No hay otra afirmación en la Biblia que nos dé como este versículo un cuadro más terrible del efecto devastador del pecado en el hombre. El efecto del pecado y del mal sobre el hombre como resultado de la Caída es hacernos, con relación a la verdad de Dios, perros y cerdos. Éste es el efecto del pecado en la naturaleza del hombre; le da un antagonismo hacia la verdad. "La mente carnal", dice el apóstol Pablo, "es enemistad contra Dios", la naturaleza del perro y del cerdo. El pecado hace que el hombre odie a Dios y, también, como dice Pablo en Tito 3:3, "abhorrecibles (o llenos de odio), y abhorreciéndonos unos a otros". Sí, abhorrecedores de Dios y seres que "no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden". Enemigos y extraños, excluidos del reino, en enemistad con Dios. ¡Qué cosa tan terrible es el pecado! Se pueden ver las mismas reacciones en el mundo de hoy. Se presenta la verdad a ciertas personas y se enredan con ella. Se les habla acerca de la sangre de Cristo, y se ríen y hacen chistes, y la escupen. Esto es lo que el pecado hace en el hombre. Esto es lo que hace a su naturaleza; así es como afecta su actitud hacia la verdad. Es algo que penetra en las honduras más vitales del ser del hombre, y lo convierte en alguien que no solamente odia a Dios sino que se opone completamente a Dios, a la pureza, a la santidad, a la verdad. Pongo en relieve esto porque me parece que todos somos culpables. Cuando tratamos con otros, a menudo no nos damos cuenta de su verdadera condición. Tendemos a volvernos impacientes con las personas que no se hacen cristianos de inmediato. No vemos que están hasta tal punto bajo el dominio del pecado y de Satanás, son tan víctimas del demonio, están tan pervertidos e interiormente contaminados — esta es la palabra— por el pecado, que están realmente, en un sentido espiritual, en esta condición de perros o cerdos. No pueden apreciar lo que es santo, no le dan ningún valor a las perlas espirituales; incluso Dios mismo les resulta odioso. Si no comenzamos dándonos cuenta de esto, nunca podremos ayudarles. Y al darnos cuenta de la verdad sobre ellos, comenzaremos a entender por qué nuestro Señor tuvo tanta compasión por el pueblo, y por qué sintió tanta piedad en el corazón al contemplarlos. Nunca podremos ayudar realmente a nadie a no ser que tengamos el mismo espíritu y mente en nosotros, y nos demos cuenta de que en un sentido, no pueden evitar ser como son. Necesitan una nueva naturaleza, deben nacer de nuevo. ¿Es el Sermón del Monte sólo una enseñanza legal para unos judíos en el futuro? ¡Jamás, jamás, desechemos esta sugerencia! Aquí tenemos la doctrina que conduce directamente a la gracia de Dios; sólo el nuevo nacimiento puede

capacitar al hombre para apreciar y recibir la verdad. Muertos en transgresiones y pecados, debemos ser reavivados por el Espíritu Santo antes de poder responder genuinamente a la instrucción divina. Se ve, pues, la cantidad de doctrinas profundas que están ocultas en este solo texto.

Luego hay un segundo aspecto; la naturaleza de la verdad. Nos hemos ocupado de ello hasta cierto punto, y por tanto bastará una referencia superficial ahora. La verdad es muy variada, la verdad tiene una plenitud. No es siempre exactamente la misma; hay variedades diferentes, como la leche y la carne. Hay verdades en la Escritura que son apropiadas para el principiante; pero, como dice el autor de la carta a los Hebreos, nosotros también "vamos adelante a la perfección". Parece decir, "No queremos volver otra vez atrás para echar un fundamento de primeros principios; eso deberíamos darlo por sentado. Si os esforzáis, os puedo introducir en esa gran doctrina de Melquisedec; pero ahora no lo puedo hacer porque sois lentos para escuchar y aprender!" Esto nos muestra que la verdad tiene un carácter complejo. La pregunta que debemos plantearnos es, ¿crezco en mi conocimiento? ¿Tengo hambre y sed de esta doctrina más elevada, de esta sabiduría que Pablo tiene para los que son perfectos? ¿Siento que voy pasando, por así decirlo, de la carta a los Gálatas a la carta a los Efesios? ¿Voy entrando en estas verdades más profundas? Son sólo para los hijos de Dios.

Hay ciertos secretos en la Biblia que sólo pueden apreciar los hijos de Dios. Leamos la introducción a la carta a los Efesios, los nueve o diez primeros versículos, y encontraremos doctrina que sólo los hijos de Dios pueden entender; de hecho, sólo aquellos hijos que ejercitan sus sentidos espirituales y crecen en gracia. Las personas ignorantes en lo espiritual quizá arguyan acerca de las doctrinas del llamamiento y elección de Dios, y temas como esos, sin entenderlos para nada. Pero si crecemos en gracia, estas doctrinas se volverán cada vez más valiosas. Son secretos que se dan sólo a los que pueden recibirlos —"el que tenga oídos para oír, oiga"—. Si vemos que algunas de estas exposiciones poderosas de la verdad que se encuentran en las cartas no nos dicen nada, examinémosnos a nosotros mismos, y preguntémosnos por qué no estamos creciendo, y por qué no podemos penetrar en estas verdades. Hay que establecer una distinción clara entre los primeros principios y los principios más avanzados. Hay personas que pasan la vida en el campo de la apologética y nunca penetran en verdades espirituales más hondas. Siguen siendo niños en la vida cristiana. "Vayamos hacia la perfección" y tratemos de desarrollar el apetito por estos aspectos más profundos de la verdad.

Por último, se puede plantear ahora una pregunta. Y lo propongo precisamente en forma de pregunta porque admito francamente que no estoy muy seguro de cuál sea la respuesta. ¿Hay acaso, me pregunto, un interrogante, quizás una advertencia, en este versículo, respecto a la distribución indiscriminada de la Biblia? Simplemente planteo la cuestión para que la examinemos y discutamos con otros. Si se me dice que tengo que discernir en cuanto a hablar a las personas acerca de estas cosas, si tengo que establecer diferencias entre persona y persona, y respecto a la verdad específica que ofrezco a cada una, ¿es bueno poner toda la Biblia al alcance de personas que pueden describirse como perros y cerdos espirituales? ¿No conducirá a veces a blasfemias y maldiciones y a una conducta de carácter porcino? ¿Es siempre bueno, me pregunto, poner ciertos textos de la Biblia en carteles, especialmente los textos que se refieren a la sangre de Cristo? A menudo he escuchado blasfemias provocadas por esto mismos. Simplemente

planteo las preguntas. Pensemos en el eunuco de Hechos 8 que regresaba de Jerusalén. Tenía la Biblia y la leía en el momento en que Felipe se le acercó para decirle: "¿Entiendes lo que lees?" Y el eunuco contestó, "¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?" En general, es necesaria la exposición, y, como regla general, no se puede prescindir del instrumento humano.

"Pero —protestamos— miremos el efecto maravilloso de la distribución de la Biblia! Si pudiéramos conocer los hechos exactos, me pregunto cuántas personas encontraríamos que se han convertido sin intervención humana. Sé que hay casos maravillosos y excepcionales. He leído historias de personas que se han convertido de esa forma. Gracias a Dios que eso puede suceder. Pero pienso que no es el método normal. ¿Acaso el hecho de que hemos de tener cuidado en la elección de los aspectos de la verdad según las personas con que tratamos nos pone un interrogante en nuestra mente? A veces, claro está, tratamos de eludir el deber de hablar entregando un evangelio o un tratado, pero esta no es la forma normal de Dios. La forma de Dios ha sido siempre presentar la verdad de manera directa por medio de personalidades, de hombres que expliquen la Biblia. Si un tiene una conversación con alguien y está en condiciones de indicarle la verdad, entonces quizás pida un ejemplar de la Biblia, y uno sienta que debe dárselo. Eso está bien. Démosle la Biblia. El interrogante que planteo se refiere a colocar indiscriminadamente la Biblia donde no hay nadie para explicarla, y donde alguien, en la condición que nuestro Señor describe en el versículo de nuestro texto, se enfrenta con esta verdad grande y poderosa sin una guía humana.

Quizá esto sorprenda a muchos, pero creo que debemos pensar con cuidado acerca de algunos de estos puntos. Nos convertimos en esclavos de la costumbre y de ciertos hábitos y prácticas, y a menudo al hacerlo nos volvemos poco bíblicos. Doy gracias a Dios de que poseemos esta gran Palabra escrita de Dios, pero a menudo he sentido que no sería malo experimentar durante un tiempo con la idea de no permitir que nadie posea un ejemplar de la Biblia a no ser que muestre señales de vida espiritual. Quizá esto sea ir demasiado lejos, pero a menudo he sentido que si lo hiciéramos inculcaríamos en la gente la naturaleza preciosa de este Libro, su carácter maravilloso, y el privilegio de poder poseerlo y leerlo. Y quizá no sea sólo algo bueno para las almas de los que están fuera; ciertamente daría a la iglesia una concepción completamente nueva del tesoro inapreciable que Dios ha puesto en nuestra mano. Somos los custodios y expositores de la Biblia; y si no adquirimos nada más, como resultado de nuestro estudio, debemos sentir que hemos sido perezosos, que no nos hemos preparado como hubiéramos debido para una tarea de tanta responsabilidad e importancia. No es tan fácil como a veces parecemos pensar, y si tomamos la Palabra de Dios con seriedad, veremos la necesidad vital del estudio, de la preparación y de la oración. Entonces debemos examinar este punto; pero sobre todo, recordemos estos otros aspectos de la verdad que hemos visto con tanta claridad, y nunca olvidemos la necesidad absoluta de la regeneración para recibir y entender la verdad espiritual. La simple distribución de la Biblia como tal no es la clave para la solución del problema hoy día. Dios sigue necesitando hombres y mujeres como nosotros que expliquen, que expongan la verdad, que actúen como un Felipe para aquellos que poseen la Palabra pero no la entienden. Mantengamos un equilibrio adecuado y un sentido justo de proporción en estas cosas, para el bien de las almas y a fin de que podamos presentar en forma ponderada y global la verdad de Dios.

# **CAPITULO 43**

## **Buscar y hallar**

No puedo imaginar una afirmación mejor, más alentadora o más consoladora, con la que poder enfrentarse a todas las incertidumbres y azares de nuestra vida en este mundo, que la contenida en los versículos 7-11. Es una de esas promesas comprensivas y llenas de gracia que sólo se encuentran en la Biblia. No hay nada que pueda ser más alentador que esas promesas al enfrentarnos con la vida y todas sus incertidumbres y posibilidades, y con nuestro futuro desconocido. En una situación así, ésta es la esencia del mensaje bíblico desde el principio hasta el fin, ésta es la promesa que se nos hace: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". Para que estemos completamente seguros de ello, nuestro Señor lo repite, y lo pone en una forma todavía más vigorosa, cuando dice: "Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá". No caben dudas acerca de ello, es cierto; es una promesa absoluta. Lo que es más, es una promesa que hace el Hijo de Dios mismo, hablando con toda plenitud y autoridad de su Padre.

La Biblia nos enseña a cada paso que ésta es la única cosa que importa en la vida. La visión bíblica de la vida, en contraposición con la visión mundana, es que la vida es un viaje, un viaje lleno de perplejidades, problemas e incertidumbres. Siendo así, pone de relieve que lo que en realidad importa en la vida no es tanto las distintas cosas que nos ocurren, y de las que tenemos que ocuparnos, sino nuestra disposición para enfrentarnos con ellas. La enseñanza bíblica total respecto a la vida está sintetizada en cierto sentido en Abraham, de quien se nos dice, "salió sin saber a dónde iba". Sin embargo, fue perfectamente feliz, vivió en paz y tranquilidad. No tuvo miedo. ¿Por qué? Un antiguo puritano que vivió hace 300 años respondió a esta pregunta por nosotros: "Abraham salió sin saber a dónde iba; pero sabía con quien iba." Esto es lo que importa, sabía que había salido a ese viaje con Alguien. No estaba solo, había Alguien con él que le había dicho que nunca le dejaría ni abandonaría: y aunque no estaba seguro de los sucesos en los que se iba a encontrar, y de los problemas que se suscitarían, estaba perfectamente feliz, porque conocía, si me permiten decirlo así, a su Compañero de viaje.

Abraham fue como el Señor Jesucristo mismo, quien, bajo la sombra de la cruz, y sabiendo que incluso sus discípulos más íntimos iban a dejarle y abandonarle por miedo y preocupación de salvar sus propias vidas, sin embargo pudo decir esto: "He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estaré solo, porque el Padre está conmigo" (Jn. 16:32). Según la Biblia, esto es lo único que importa; nuestro Señor no nos promete cambiarnos la vida; no nos promete quitar dificultades y pruebas y problemas y tribulaciones; no dice que va a arrancar todas las espinas y dejar sólo las rosas con su aroma maravilloso, no; se enfrenta con la vida en forma realista, y nos dice que estas son cosas que la carne hereda, y que tienen que suceder. Pero nos garantiza que podemos conocerlo hasta tal punto que, sea lo que fuere lo que suceda, nunca tenemos que asustarnos, nunca tenemos que alarmarnos. Dice todo esto en esta promesa tan grande y comprensiva: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis;

**llamad, y se os abrirá." Ésta es una de las formas bíblicas de repetir este mensaje que se encuentra a lo largo de la Biblia, como espina dorsal, desde el principio hasta el fin.**

**Para sacar todo el provecho de palabras tan maravillosas y llenas de gracia, debemos examinarlas con más detalle. No basta con repetir una frase como ésta. La Biblia nunca debe utilizarse como una especie de tratamiento psicológico. Hay personas que así lo hacen. Hay personas que piensan que la mejor forma de pasar por la vida triunfalmente es leer y repetir maravillosos versículos. Desde luego que eso puede ayudar hasta cierto punto; pero no es el mensaje bíblico ni el método bíblico. Esa especie de tratamiento psicológico alivia sólo en forma temporal. Es como la enseñanza que nos dice que no hay enfermedades, y que uno no puede estar enfermo, y que como no hay enfermedad no hay dolor. Esto parece muy útil y puede conducir a mejoras temporales; pero sí hay enfermedades, y enfermedades que llevan a la muerte, como incluso llegan a descubrir por sí mismos los seguidores de tales ideas. Esta no es la forma bíblica. La Biblia nos transmite la verdad, y quiere que examinemos esta verdad. Así pues, cuando llegamos a una frase como ésta, no nos contentamos con decir, 'está bien'. Debemos saber qué significa, y debemos aplicarla en detalle en nuestra vida.**

**Al comenzar a analizar esta gran afirmación, debemos recordar esa norma de interpretación que hemos oído a menudo y que nos pone sobre aviso contra el peligro de sacar un texto de su contexto. Tenemos que evitar el terrible peligro de torcer la Biblia, para perdición nuestra, al no tomarla en su contexto, o al no observar específicamente lo que dice, o al no prestar atención tanto a las limitaciones como a las promesas. Esto es sobremanera importante en el caso de una afirmación como ésta. Hay personas que dicen, "La Biblia dice, 'Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá'. Muy bien" —prosiguen— "¿acaso esto no dice en forma explícita, y no quiere decir necesariamente, que todo lo que desee o quiera, Dios me lo va a dar?" Y porque creen que dice esto, y porque piensan que esa es la enseñanza bíblica, prescinden de las demás enseñanzas y van a Dios con todas sus peticiones. Estas peticiones no se les conceden, y entonces se hunden en la depresión y la desesperanza. Su situación es todavía peor de lo que era antes; y dicen: "Al parecer Dios no cumple sus promesas", y se sienten amargados e infelices. Tenemos que evitar esto. La Biblia no es algo que funciona automáticamente. Nos hace un gran cumplido al considerarnos como personas inteligentes, y le presenta la verdad a nuestra mente por medio del Espíritu Santo. Nos pide que la tomemos como es, y como un todo, con todas sus promesas. Por esta razón, como se advertirá, no examinamos solamente los versículos 7 y 8. Vamos a examinar los versículos 7-11 porque debemos tomar esta afirmación como un todo, si no queremos desviarnos gravemente al examinar sus distintas partes.**

**No es difícil mostrar que esta afirmación, lejos de ser una promesa universal por la que Dios se ha comprometido a darnos todo lo que le pedimos, es de hecho algo mucho mayor que eso. Doy gracias a Dios —permítaseme decirlo con toda claridad — doy gracias a Dios de que no esté dispuesto a darme todo lo que se me pueda ocurrir pedirle, y digo esto como resultado de mi propia experiencia. En mi vida pasada yo, al igual que todos los demás, he pedido a menudo a Dios cosas, y he pedido a Dios que haga cosas, que en esos momentos deseaba mucho y que creía que eran lo mejor para mí. Pero ahora, situado en este punto concreto de mi vida y**

al mirar hacia atrás, digo que me siento profundamente agradecido a Dios de que no me concediera ciertas cosas que pedía, y de que me cerrara la puerta en la cara. En aquel momento no entendí, pero ahora sé, y estoy agradecido a Dios por ello. Por ello doy gracias a Dios de que esto no sea una promesa universal, y de que Dios no me vaya a dar todo lo que deseo y pido. Dios tiene cosas mejores para nosotros, y ahora lo veremos.

La forma adecuada de ver esta promesa es la siguiente. Ante todo preguntémoslo lo obvio. ¿Por qué nuestro Señor pronunció estas palabras en este momento específico? ¿Por qué están en esa fase determinada del Sermón del Monte? Recordamos que hay personas que dicen que este capítulo séptimo de Mateo, esta porción final del Sermón del Monte, no es sino una colección de afirmaciones que nuestro Señor emite a medida que se le ocurren. Pero ya hemos convenido en que este análisis es muy falso, y que hay un tema que constituye la espina dorsal del capítulo. El tema es el del juicio, y se nos recuerda que en esta vida vivimos siempre bajo el juicio de Dios. Nos guste o no, la mirada de Dios nos sigue, y esta vida es una especie de escuela preparatoria para la gran vida que nos espera más allá de la muerte y del tiempo. En consecuencia todo lo que hacemos en este mundo tiene un significado tremendo, y no podemos permitirnos el lujo de dar nada por sentado. Éste es el tema, y nuestro Señor lo aplica de inmediato. Comienza con la cuestión de juzgar a los demás. Debemos tener cuidado acerca de esto porque nosotros mismos estamos bajo juicio. Pero, ¿por qué entonces nuestro Señor pronuncia esta promesa de los versículos 7-11 a estas alturas? La respuesta es ésta: En los versículos 1-6 nos ha mostrado el peligro de condenar a los demás como si fuéramos nosotros los jueces, y albergar amargura y odio en el corazón. También nos ha dicho que debemos procurar quitar la viga de nuestro propio ojo antes de extraer la paja del ojo ajeno. El efecto de todo esto en nosotros es revelarnos quienes somos y mostrarnos nuestra tremenda necesidad de gracia. Nos ha colocado frente a frente de esa norma tremendamente elevada con la que seremos juzgados —"Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido"—<sup>Λ</sup>. Ésta es la situación al final de versículo sexto.

De inmediato, caemos en la cuenta de que hemos sido humillados y comenzamos a preguntar, "¿Quién podrá vivir así? ¿Cómo puedo vivir de acuerdo con tales normas?" Y no sólo esto; caemos en la cuenta de la necesidad de purificación. Nos percatamos de lo indignos y pecadores que somos. Y el resultado de todo esto es que nos sentimos completamente desesperanzados e impotentes. Decimos, "¿Cómo podemos vivir el Sermón del Monte? ¿Cómo puede alguien alcanzar semejante nivel? Necesitamos ayuda y gracia. ¿Dónde podemos conseguirlos?" He aquí la respuesta "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá." Este es el nexo, y deberíamos agradecerse a Dios, porque al situarnos frente a frente de este glorioso evangelio, todos debemos sentirnos poca cosa, indignos. Esas personas necias que piensan en el cristianismo sólo en función de una cierta moralidad que realmente pueden alcanzar por sí mismos, nunca lo han entendido de verdad. La norma que se nos plantea es la que se encuentra en el Sermón del Monte y, según ella, quedamos aplastados hasta el suelo y caemos en la cuenta de nuestra incapacidad total y de nuestra necesidad desesperada de gracia. He aquí la respuesta; el suministro está disponible, y nuestro Señor lo repite para ponerlo más de relieve.

Al examinar esto hay que plantearse una serie de preguntas. ¿Por qué somos lo que somos si existen tales promesas? ¿Por qué es tan pobre la calidad de nuestra vida cristiana? No nos queda ninguna excusa. Todo lo que necesitamos está disponible; ¿por qué entonces somos lo que somos? ¿Por qué no somos ejemplos más perfectos de Este Sermón del Monte? ¿Por qué no nos conformamos cada vez más al modelo del Señor Jesucristo mismo? Se nos ofrece todo lo que necesitamos; todo nos ha sido prometido en esta promesa general. ¿Por qué no nos servimos de ella como deberíamos? Por suerte esta pregunta tiene respuesta, y éste es el significado verdadero de este versículo. Nuestro Señor analiza estas palabras y nos muestra por qué no hemos recibido, por qué no hemos hallado, por qué la puerta no nos ha sido abierta como hubiera debido serlo. Sabe lo que somos, y nos estimula a servirnos de esta promesa graciosa. En otras palabras, hay que observar ciertas condiciones para poder disfrutar de estos grandes beneficios que se nos ofrecen en Cristo. ¿Cuáles son? Mencionémoslas en forma sencilla y breve.

Si queremos pasar por la vida en forma triunfal, con paz y gozo en el corazón, dispuestos a enfrentarnos con todo lo que se nos pueda presentar, y ser más que triunfadores a pesar de todo, hay ciertas cosas que debemos observar, y aquí las tenemos. La primera es que debemos darnos cuenta de nuestra necesidad. Es extraño, pero hay personas que parecen pensar que lo único necesario es que las promesas de Dios existan. Sin embargo esto no es suficiente, porque el problema básico del género humano es que no cae en la cuenta de la necesidad en que está. Hay muchos que predicán acerca del Señor Jesucristo sin conseguir ningún efecto y éste es el por qué. No tienen doctrina del pecado, nunca convencen a las personas de su pecado. Siempre presentan a Cristo y dicen que esto es suficiente. Pero no es suficiente; porque el efecto del pecado en nosotros es tal que nunca acudiremos a Cristo a no ser que caigamos en la cuenta de que somos pobres. Pero no nos gusta considerarnos como pobres, y no nos gusta sentir nuestra necesidad. La gente está dispuesta a escuchar sermones que presentan a Cristo, pero no les gusta que se les diga que son tan incapaces, que Cristo tuvo que ascender a la cruz y morir para que pudieran ser salvos. Piensan que eso es ofensivo. Tenemos que caer en la cuenta de nuestra necesidad. Los dos primeros elementos esenciales para la salvación y para el gozo en Cristo son la conciencia de nuestra necesidad, y la conciencia de la riqueza de la gracia que hay en Cristo. Sólo los que se dan cuenta de estas cosas pueden verdaderamente 'pedir', porque sólo el que dice "¡Miserable de mí!" busca la liberación. Los otros no son conscientes de su necesidad. El que sabe que está hundido es el que comienza a pedir. Y entonces comienza a darse cuenta de las posibilidades que existen en Cristo.

Lo que nuestro Señor subraya aquí, al comienzo, es la importancia decisiva de conocer nuestra necesidad. Lo dice por medio de estos tres términos —pedir, buscar, llamar. Al leer los comentaristas encontramos grandes discusiones respecto a si buscar es más vigoroso que pedir, y llamar más vigoroso que buscar. Dedicán mucho tiempo a discutir tales puntos. Y como de costumbre, uno encuentra que tienden a contradecirse. Unos dicen que pedir significa un deseo superficial, buscar un deseo mayor, y llamar algo muy poderoso. Otros dicen que el hombre que llama es el que está afuera y que lo más elevado es pedir, no llamar. El no creyente, dicen, debe llamar a la puerta, y una vez que ha entrado por la puerta comienza a buscar, y por fin, frente a frente a su Señor y maestro, puede pedir.

**Pero todo esto está fuera de propósito. Nuestro Señor simplemente quiere enfatizar una cosa, a saber, que hemos de mostrar persistencia, perseverancia, porfía. Ello se ve claramente cuando se presta atención al marco general de este pasaje en Lucas 11. Ahí tenemos la parábola del hombre a quien llega de repente un huésped a medianoche, y como no tiene pan para él, sale a llamar a la puerta de un amigo que ya estaba acostado. Y debido a su porfía el amigo le da algo de pan. Lo mismo se enseña en la parábola de la viuda insistente en Lucas 18. Y esto es lo que tenemos aquí. Estas tres palabras subrayan el elemento de persistencia. Hay momentos de hacer balance de la vida cuando nos detenemos y decimos: "La vida sigue; yo sigo. ¿Qué progreso hago en esta vida y en este mundo?" Comenzamos a sacar el balance de nuestra vida y a decir "No vivo la vida cristiana como debería; no soy lo diligente que debería en la lectura de la Biblia y en la oración. Voy a cambiar todo esto. Comprendo que hay un nivel más elevado que debo alcanzar, y quiero llegar a él!" Somos sinceros; somos muy sinceros; de verdad deseamos hacerlo. En consecuencia, durante los primeros días de un nuevo año, leemos la Biblia con regularidad, oramos y pedimos a Dios su bendición. Pero —y esto nos ocurre a todos— pronto comenzamos a flojear y a olvidar. En el momento en que pensamos en dedicarnos a la lectura o a la oración sucede algo imprevisto, como decimos, algo que no habíamos prevenido, y todo nuestro programa queda alterado. Al cabo de una o dos semanas descubrimos que hemos olvidado por completo nuestra excelente resolución. Esto es lo que le preocupa a nuestro Señor. Si hemos de alcanzar realmente estas bendiciones que Dios nos tiene reservadas, debemos seguir pidiéndolas. 'Buscar' simplemente significa seguir pidiendo; 'llamar' es lo mismo. Es como una intensificación de la palabra 'pedir'. Seguimos, persistimos; somos como la viuda insistente. Seguimos pidiendo al juez, por así decirlo, como ella lo hizo, y nuestro Señor nos dice lo que el juez dijo: "... le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia!"**

**La importancia de este elemento de la persistencia no se puede exagerar. Se encuentra no sólo en la enseñanza bíblica, sino también en la vida de todos los santos. Lo más fatal en la vida cristiana es contentarse con deseos pasajeros. Si queremos realmente ser hombres de Dios, si queremos realmente conocerlo, y andar con Él, y experimentar esas bendiciones inagotables que nos tiene reservadas, debemos persistir en pedirselas todos los días. Hemos de sentir esta hambre y sed de justicia, y entonces seremos hartos. Y esto no quiere decir que estemos llenos de una vez por todas, seguimos teniendo hambre y sed, como el apóstol Pablo, dejando las cosas que están atrás, 'proseguimos a la meta'. "No que lo haya alcanzado ya —dice Pablo— sino que prosigo!" Así es. Esta persistencia, este deseo constante, pedir, buscar y llamar. Debemos estar de acuerdo en que éste es el punto en que la mayor parte de nosotros fallamos.**

**Retengamos, pues, este primer principio. Examinémosnos a la luz de este pasaje y del cuadro del hombre cristiano que ofrece el Nuevo Testamento. Contemplemos estas gloriosas promesas y preguntémosnos, "¿Las estoy experimentando?" Si vemos que no, como todos debemos reconocer, entonces debemos volver a esta gran afirmación. Esto es lo que quiero decir con 'posibilidades'. Si bien debo comenzar pidiendo y buscando, debo seguir haciéndolo hasta que esté consciente de que el nivel espiritual que alcanzo es más elevado. Y así debemos seguir. Es una 'batalla de la fe'; es que 'el que persevera hasta el fin' será salvo en este sentido. Persistencia, continuidad, 'orar siempre y no desmayar! No sólo orar cuando**

deseamos una gran bendición y luego parar; orar siempre. Persistencia; esto es lo primero. Caer en la cuenta de la necesidad, caer en la cuenta de la provisión, y persistencia en buscarla.

Examinemos ahora el segundo principio, a saber, caer en la cuenta de que Dios es nuestro Padre. Nuestro Señor habla acerca de esto en el versículo 9 y lo plantea así: "¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?" Éste, claro está, es el principio básico —caer en la cuenta de que Dios es nuestro Padre. Esto es lo que nuestro Señor quiere enfatizar en todo lo que dice aquí. Utiliza su conocido método de argumentar de menor a mayor. Si un padre terrenal hace tanto, ¿cuánto más no hará Dios? Éste es uno de nuestros problemas principales, ¿no es así? Si me pidieran que formulara en una frase lo que considero el defecto principal de la mayoría de las vidas cristianas, diría que es el fracaso en conocer a Dios como Padre, según deberíamos. Éste es nuestro verdadero problema, y no el tener dificultades acerca de bendiciones específicas. El problema básico sigue siendo que no conocemos, como se debe, que Dios es nuestro Padre. Ah sí, decimos; lo sabemos y lo creemos. ¿Pero lo sabemos en nuestra vida y vivir cotidiano? ¿Es algo de lo que estamos siempre conscientes? Si estuviéramos persuadidos de esto, podríamos sonreír frente a todas las posibilidades y eventualidades que nos esperan.

¿Cómo, pues, podemos conocer esto? Ciertamente no es algo basado en la noción de la "paternidad universal de Dios" y la "hermandad universal de los hombres". Esto no es bíblico. Nuestro Señor dice aquí algo que lo ridiculiza y demuestra que esa idea no tiene sentido. Dice, "Si vosotros, siendo malos". ¿Vemos el significado? ¿Por qué no dijo, "Si nosotros, siendo malos"? No lo dijo porque sabía que era esencialmente diferente de ellos. El que hablaba es el Hijo de Dios; no un mero hombre llamado Jesús, sino el Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios. No se incluye a sí mismo en este 'vosotros'. Pero sí incluye a todo el género humano. "Vosotros, siendo malos" significa que no solamente hacemos cosas malas, sino que somos malos. Nuestra naturaleza está corrompida, y los que están esencialmente corrompidos no son hijos de Dios. No existe la Paternidad universal de Dios en el sentido generalmente aceptado de ese término. Cristo dice de ciertas personas: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer!" No; por naturaleza somos hijos de ira, todos somos malos, todos somos enemigos de Dios; por naturaleza no somos hijos suyos. Por esto no todos los hombres tienen derecho a decir, "Bien; me gusta esta doctrina. Tengo bastante miedo de lo que me espera, y me gusta que se me diga que Dios es mi Padre!" Dios es nuestro Padre sólo cuando satisfacemos ciertas condiciones. No es el Padre de ninguno de nosotros tal como somos por naturaleza.

¿Cómo, pues, se convierte Dios en Padre mío? Según la Biblia sucede así. Cristo "a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron,... les dio potestad (es decir, autoridad) de ser hechos hijos de Dios" (Jn. 1:11, 12). Uno llega a ser hijo de Dios sólo cuando nace de nuevo, cuando recibe una vida y naturaleza nuevas. El hijo participa de la naturaleza del Padre. Dios es santo, y no somos hijos de Dios hasta que hemos recibido una naturaleza santa; y esto significa que debemos poseer una naturaleza nueva. Siendo malos, e incluso concebidos en pecado (Salmo 51:5), no la tenemos; pero Él nos la dará. Esto es lo que se nos ofrece. Y no hay contacto ni comunión con Dios ni somos herederos de ninguna de estas promesas de Dios, hasta que pasamos a ser hijos suyos. En otras

palabras, debemos recordar que hemos pecado contra Dios, que merecemos la ira y castigo de Dios, pero que Él ha perdonado nuestro pecado y culpa al enviar a su hijo para que muriera en la cruz del calvario por nosotros. Y creyendo en Él, recibimos una vida y naturaleza nuevas y nos hacemos hijos de Dios. Entonces podemos saber que Dios es nuestro Padre; pero hasta entonces no. También nos dará su santo Espíritu, "El Espíritu de su Hijo, el cual clama ¡Abba, Padre!"; y en cuanto conocemos esto podemos tener seguridad de que Dios como Padre nuestro adopta una actitud específica respecto a nosotros. Significa que, como Padre mío, está interesado en mí, está preocupado y deseoso siempre de bendecirme y ayudarme. Asimilemos esto; hagámoslo nuestro. Sea lo que fuere que nos suceda, Dios es nuestro Padre, está interesado en nosotros, y tiene esta actitud hacia nosotros.

Pero eso no agota la afirmación. Hay una añadidura negativa muy interesante. Como Dios es nuestro Padre nunca nos dará nada malo. Nos dará sólo lo bueno. "¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?" Multipliquemos esto por el infinito y ésta es la actitud de Dios hacia sus hijos. En nuestra necedad propendemos a pensar que Dios está en contra nuestra cuando nos sucede algo desagradable. Pero Dios es nuestro Padre; y como Padre nuestro nunca nos dará nada malo. Nunca; es imposible.

El tercer principio es éste. Dios, porque es Dios, nunca comete errores. Conoce la diferencia entre lo bueno y lo malo en una forma única. Tomemos un padre terrenal; no da piedras en vez de panes, pero a veces comete errores.

El padre terrenal, con la mejor intención, piensa a veces, en cierto momento, que está haciendo algo para el bien de su hijo, pero descubre más adelante que le perjudicó. Nuestro Padre que está en el cielo nunca comete tales errores. Nunca nos dará nada que resulte dañino para nosotros, aunque a primera vista pareciera bueno. Esta es una de las cosas más maravillosas que podemos descubrir. Somos los hijos de un Padre que no sólo nos ama sino que nos cuida y vigila. Nunca nos dará nada malo. Pero sobre todo, nunca nos engañará, nunca cometerá errores en lo que nos ha de dar. Lo sabe todo; su conocimiento es absoluto. Si comprendiéramos que estamos en las manos de un Padre así, nuestra visión del futuro quedaría completamente transformada.

Finalmente, debemos recordar cada día más los dones que tiene para nosotros. "¿Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?" Éste es el tema de toda la Biblia. ¿Cuáles son esas cosas buenas? Nuestro Señor nos ha dado la respuesta en ese pasaje de Lucas 11. Ahí se dice, como recordarán: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" Así es. Y al darnos el Espíritu Santo nos da todas las cosas; todas las disposiciones que necesitamos, todas las gracias, todos los dones. Todo se nos da en Él. Pedro resumiéndolo dice, "todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder" (2 P. 1:3). Ahora se ve por qué deberíamos dar gracias a Dios de que pedir y buscar y llamar, no signifique que todo lo que pidamos se nos dará. Claro que no. Lo que significa es esto. 'Pidamos una de esas cosas que son buenas para nosotros, es decir la salvación del alma, la perfección final, todo lo que nos acerque más a Dios y ensanche nuestra vida y sea

completamente bueno para nosotros, y nos lo dará. No nos dará cosas que sean malas para nosotros. Uno puede pensar que son buenas pero Él sabe que son malas. Él no se equivoca, y no nos dará tales cosas. Nos dará las cosas que son buenas para nosotros, y la promesa es literalmente ésta, que si buscamos estas cosas buenas, la plenitud del Espíritu Santo, la vida de amor, gozo, paz, paciencia, etc., todas estas virtudes y glorias que se vieron resplandecer con tanta intensidad en la vida terrenal de Cristo, Él nos las dará. Si deseamos realmente ser más como Él, y como todos los santos, si realmente pedimos estas cosas, las recibiremos; si las buscamos, las hallaremos; si llamamos, se nos abrirá la puerta y entraremos en posesión de las mismas. La promesa es, que si pedimos las cosas buenas, nuestro Padre celestial nos las dará.

Ésta es la forma de enfrentarnos con el futuro. Ver en la Biblia cuáles son estas cosas buenas y buscarlas. Lo que importa por encima de todo, lo mejor de todo para nosotros, es conocer a Dios, "el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien ha enviado"; y si buscamos esto por encima de todo, si buscamos "primero el reino de Dios y su justicia", entonces tenemos la Palabra del Hijo de Dios de que todas estas otras cosas nos serán añadidas. Dios nos las dará con una abundancia que ni siquiera podemos imaginar. "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá;"

## **CAPITULO 50**

### **La Puerta Estrecha**

La notable y sorprendente afirmación de los versículos 13 y 14, desde cualquier punto de vista que se juzgue, es importantísima y vital. En función de la mecánica de un análisis del Sermón del Monte, esta afirmación es crucial por qué cualquiera que la examine debe aceptar que a estas alturas hemos llegado a una de sus divisiones principales. Podemos decir sin temor a equivocarnos que nuestro Señor ha concluido realmente el Sermón como tal, y que de ahora en adelante lo que hace es redondearlo, aplicarlo, hacer ver a sus oyentes la importancia y necesidad de practicarlo y cumplirlo en la vida diaria.

Hemos visto en nuestros estudios que la sección del Sermón que ocupa el capítulo séptimo tiene una unidad esencial, un tema común, a saber, el del juicio. Hablando con rigor, el Sermón como tal ha concluido al final del versículo 12. Con él, nuestro Señor ha expuesto todos los principios que quería inculcar.

El objetivo que persigue en este sermón, como hemos visto, es conducir a los cristianos a darse cuenta ante todo de su naturaleza, de su carácter como pueblo, y luego mostrarles cómo tienen que manifestar esa naturaleza y carácter en la vida diaria. Nuestro Señor, el Hijo de Dios, ha venido del cielo a la tierra para fundar y establecer un nuevo reino, el reino de los cielos. Viene a los reinos de este mundo, y su propósito es llamar hacia sí a personas del mundo y constituir las en reino. Por consiguiente, es esencial que proponga con toda claridad que este reino que ha venido a establecer es completamente diferente de todo lo que el mundo ha conocido, que va a ser el reino de Dios, el reino de la luz, el reino de los cielos. Su

pueblo debe darse cuenta de que es algo único y distinto; por ello, les hace una descripción del mismo. Hemos venido elaborando esa descripción. Hemos examinado el retrato general que hace del cristiano en las Bienaventuranzas. Le hemos escuchado decir a este pueblo que, precisamente por ser esa clase de personas, el mundo reaccionará de una forma especial respecto a ellas; probablemente les desagradará y los perseguirá. Sin embargo, no tienen que apartarse del mundo para convertirse en monjes o eremitas; tienen que permanecer en la sociedad como sal y luz; tienen que guardar a la sociedad de la putrefacción y de la descomposición, y tienen que ser su luz; esa luz, sin la cual el mundo permanece en un estado de tinieblas absolutas.

Una vez hecho esto, pasa a la aplicación práctica y a la elaboración de ello. Les recuerda de inmediato que la clase de vida que han de vivir, ha de ser completamente diferente, incluso de la de la gente mejor y más religiosa que hayan conocido en ese tiempo. Contrasta su enseñanza con la enseñanza de los fariseos, de los escribas, y de los doctores de la ley. Eran considerados como los mejores, los más religiosos, y, sin embargo, les muestra a los suyos que su justicia ha de superar la justicia de los escribas y fariseos. Y pasa a mostrarles cómo ha de hacerse esto dándoles instrucciones detalladas respecto a cómo hay que dar limosna, cómo hay que orar, y cómo hay que ayunar. Finalmente, se ocupa de toda nuestra actitud hacia la vida en este mundo, y de nuestra actitud hacia los demás con relación al juicio. Ha dejado establecidas todos estos principios.

Dice, en efecto, "Ahí tenéis la naturaleza de este reino que estoy formando. Ésta es la clase de vida que os voy a dar, y deseo que la viváis y la manifestéis." No sólo ha establecido principios; los ha elaborado en detalle. Y ahora, habiendo hecho esto, hace una pausa, por así decirlo, para mirar a los suyos y decir, "Bien; éste es mi propósito. ¿Qué vais a hacer? De nada sirve escuchar este sermón, de nada sirve que me digáis a lo largo de esta presentación de la vida cristiana, si os vais a contentar con escuchar. ¿Qué vais a hacer?" Pasa, en otras palabras, a la exhortación, a la aplicación.

Una vez más se nos recuerda que el método de nuestro Señor debe ser siempre la norma y ejemplo de toda predicación. No hay verdadera predicación si no se aplica el mensaje y verdad que contiene; no hay verdadera exposición de la Biblia si se contenta con explicar un pasaje y luego no se aplica. La verdad hay que incorporarla a la vida, y ha de ser vivida. La exhortación y aplicación son partes esenciales de la predicación. Vemos cómo nuestro Señor hace precisamente esto aquí. El resto de este capítulo séptimo no es sino una gran aplicación del mensaje del Sermón del Monte para aquellos que lo oyeron por primera vez, y para todos los que, en todos los tiempos, pretendemos ser cristianos.

En consecuencia, ahora pasa a someter a prueba a sus oyentes. Dice, de hecho, "He terminado el Sermón. Ahorra de inmediato os debéis preguntar, ¿Qué voy a hacer? ¿Cuál es mi reacción? ¿Me voy a contentar\* con cruzarme de brazos y decir con otros muchos que es un sermón maravilloso, que es la concepción más grandiosa de la vida que el género humano haya conocido —una moral tan sublime, una elevación tan maravillosa— que es la vida ideal que todos deberían vivir?" Lo mismo se nos aplica a nosotros. ¿Es esa nuestra reacción? ¿Limitarnos a alabar el Sermón del Monte? Si es así, según nuestro Señor, lo mismo hubiera sido que no lo hubiera predicado. Lo que quiere no es alabanza; es práctica. El Sermón del Monte

no debe ser simplemente alabado, ha de ser practicado.

Luego sigue diciendo que hay otra prueba, la prueba del fruto. Hay muchos que han alabado este Sermón pero que nunca lo han encarnado en sus vidas. Cuidado con esas personas, dice nuestro Señor. Lo que importa realmente no es la apariencia de un árbol; la piedra de toque es el fruto que da.

Luego hay una prueba final, y es la que las circunstancias nos aplican. ¿Qué nos sucede cuando el viento comienza a soplar, y amenaza el huracán, y cae la lluvia y las inundaciones sacuden la casa de nuestra vida? ¿Se mantiene de pie? Ésta es la prueba. En otras palabras, el interés que tengamos por estas cosas de nada sirve y no tiene valor a no ser que signifique que tenemos algo que nos permitirá permanecer firmes en las horas más tenebrosas y críticas de nuestra vida. Así es como hace Él la aplicación. Al escuchar estas cosas, al oírlas, ya no basta alabarlas; según nuestro Señor es sumamente peligroso. Este Sermón es práctico; se presenta para ser vivido. No es una simple idea ética; es algo que tenemos que realizar y poner en práctica. Hemos ido recordando esto a medida que lo examinamos en detalle; pero el propósito exclusivo del resto de este capítulo es simplemente exhortarnos en una forma grave y solemne, a hacerlo, y siempre a la luz del juicio. Y, desde luego, esto no es sólo la enseñanza del Sermón del Monte; es la enseñanza de todo el Nuevo Testamento. Tomemos cualquier pasaje de la Biblia como la Carta a los Efesios, capítulos 4 y 5. Ahí tenemos exactamente lo mismo. El apóstol les da consejos prácticos, les dice que no mientan, que no roben, que amen, que sean amables y de corazón tierno. Ello no es sino una reiteración del Sermón del Monte. El mensaje cristiano no es una idea teórica; es algo que realmente ha de convertirse en un signo de nuestra vida diaria. Este es el propósito del resto de este sermón.

Ahora debemos examinar específicamente los versículos 13 y 14 con los cuales nuestro Señor comienza esta aplicación de su propio mensaje. Veámoslos así. Nos dice que lo primero que debemos hacer, después de haber leído Este sermón, es observar la clase de vida a la que nos llama, y darnos cuenta de lo que significa. Hemos visto muchas veces que el peligro, al considerar el Sermón del Monte, es perderse en detalles, o desviarse con cosas específicas que nos interesan. Éste es un enfoque falso. Por eso, nuestro Señor nos exhorta a que nos detengamos un momento para contemplar el Sermón como un todo y reflexionar acerca de él. ¿Cuál dinamos que es su característica más sobresaliente? ¿Cuál es el elemento que sobresale como sumamente importante? ¿Cuál es el elemento que debemos captar como principio básico? Responde a su propia pregunta diciendo que la característica sobresaliente de la vida a la cual Él nos llama es la 'estrechez'. Es una vida estrecha, en un 'camino estrecho'. Lo dice en forma dramática afirmando: "Entrad por la puerta estrecha". La puerta es estrecha; y debemos caminar también por un camino estrecho.

Esta ilustración es muy útil y práctica. La plantea en una forma gráfica que nos permite visualizar de inmediato la escena. Ahí estamos, caminando, y de repente nos encontramos con dos puertas. Hay una a la izquierda que es ancha, y por ella entra una multitud de personas. Al otro lado, hay una puerta estrecha por la que puede entrar una, y sólo una, persona a la vez. Al mirar por la puerta ancha, vemos que conduce a un sendero ancho y que una gran multitud está caminando por él. Podemos ver el cuadro con toda claridad. Esto, dice de hecho nuestro Señor, es lo

que hemos estado hablando. Ese camino estrecho es el camino que yo deseo que sigáis. 'Entrar por la puerta estrecha'. Venid a este camino angosto en el que me encontraréis a mí caminando delante de vosotros. De inmediato recordamos algunas de las características sobresalientes de esta vida cristiana a la que nuestro Señor y Salvador Jesucristo nos llama.

Lo primero que advertimos es que se trata de una vida estrecha o angosta desde su mismo comienzo. Es estrecha de inmediato. No es una vida que al principio es bastante ancha y que a medida que uno la va viviendo se estrecha cada vez más. ¡No! La puerta misma, la misma forma de entrar en esa vida, es estrecha. Es importante subrayar y recalcar este punto porque, desde la perspectiva del evangelismo, es esencial. Cuando la sabiduría mundana y los motivos carnales entran en el evangelismo, descubrirán que no es una 'puerta estrecha'. A menudo se da la impresión de que ser cristiano es, después de todo, muy poco diferente de no ser cristiano, que no hay que pensar en el cristianismo como en una vida estrecha, sino como en algo sumamente atractivo y maravilloso, y que se entra en esa vida en forma multitudinaria. No es así, según nuestro Señor. El evangelio de Jesucristo es demasiado sincero para invitar a nadie de esa forma. No trata de persuadirnos de que es algo muy fácil, y que sólo más tarde comenzaremos a descubrir que es difícil. El evangelio de Jesucristo, en forma abierta y sin dobleces, se anuncia como algo que comienza con una entrada angosta, con una puerta estrecha. Desde el comienzo mismo, es absolutamente esencial que nos demos cuenta de ello. Veamos esto con algo más de detalle.

Se nos dice al comienzo mismo de esta forma de vida, antes de iniciarse en ella, que, si queremos seguirla, hay ciertas cosas que hay que dejar fuera. No hay lugar para ellas. Porque hemos de comenzar pasando por una puerta estrecha y angosta. Me gusta pensar en esto como si se tratara de un torno. Es como un torno que admite una sola persona cada vez y no más. Y es tan estrecho que hay ciertas cosas que simplemente uno no puede llevar consigo. Desde el comienzo mismo es exclusivo, y es importante que consideremos este sermón para ver algunas de las cosas que debemos dejar fuera.

Lo primero que hemos de dejar fuera es lo que se llama mundanalidad. Dejamos fuera la multitud, el sendero del mundo. "Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan!" Hay que comenzar dándose cuenta de que, al hacerse cristiano, se convierte uno en algo excepcional y poco frecuente. Rompe uno con el mundo, con la multitud, y con la inmensa mayoría de la gente. Es inevitable. Es importante que lo sepamos. La forma cristiana de vivir no es popular. Nunca ha sido popular, y no lo es hoy. Es poco frecuente, excepcional, extraña, y diferente. Por otro lado, el pasar en masa por la puerta ancha y el andar por el sendero espacioso es lo que todo el mundo parece hacer. Uno en forma voluntaria se sale de la multitud y se abre camino hacia esa puerta estrecha y angosta, solo. Uno no puede llevar a la multitud consigo en la vida cristiana; implica inevitablemente una ruptura.

Quizá se podría presentar mejor esto subrayando que es algo que resulta siempre intensamente personal. Nada, después de todo, es más difícil en esta vida que darse cuenta de que somos personas individuales. Todos nosotros somos esclavos de 'lo que se hace'. Entramos en un mundo lleno de tradiciones, de hábitos y de

costumbres, con los que tendemos a conformarnos. Es lo fácil y obvio; y se puede decir con verdad de la mayoría de nosotros que no hay nada que odiamos tanto como el ser diferentes. Hay desde luego excepciones, hay quienes por naturaleza son excéntricos y otros que simulan la excentricidad; pero es cierto, en la mayoría de los casos, que nos gusta ser como los demás. Así son los niños. Quieren que sus padres sean como los otros padres; no quieren nada diferente. Sorprende observar cómo las personas, por instinto, tienden a conformarse en cuanto a las costumbres, hábitos, y conducta; y de hecho, a veces resulta incluso divertido. Se oye a algunas personas objetar en contra de la tendencia que tiene la legislación moderna a regimentarlo todo. Objetan contra esto con vigor, porque creen en el individualismo y la libertad. Sin embargo, ellos mismos a menudo no son sino representantes típicos de ese grupo particular en el cual han sido educados, o al cual les gusta pertenecer. Uno puede casi de inmediato decir a qué escuela o universidad han asistido; se conforman con las normas.

Todos tendemos a hacer esto, con el resultado de que una de las cosas más difíciles con las que muchos tienen que enfrentarse, cuando se hacen cristianos, es el pensar que eso los va a hacer diferentes y excepcionales. Pero así ha de suceder. En otras palabras, una de las primeras cosas que le sucede a la persona que escucha el mensaje del evangelio de Cristo es que se dice a sí mismo: "Bueno; sea lo que fuere lo que suceda a la mayoría, yo tengo alma y soy responsable de mi propia vida". "Cada uno llevara su propia carga!" En consecuencia, cuando el hombre se hace cristiano, comienza a verse como algo separado en este gran mundo. Antes, había perdido la individualidad e identidad en medio de la gran multitud de personas a las cuales pertenecía; pero ahora se queda solo. Ha estado viviendo intensamente con la multitud, pero de repente se detiene. Éste es siempre el primer paso para llegar a ser cristiano. Y se da cuenta, además, que si ha de salvar su alma, su destino eterno, no sólo debe detenerse por un momento en medio del oleaje de esa multitud, sino que debe separarse de la misma. Quizá le resulte difícil esa separación, pero debe hacerlo; y en tanto que la mayoría sigue en una dirección, él debe ir en otra. Abandona la multitud. Uno no puede hacer pasar a una multitud por un tornillo, ya que sólo acepta a una persona por vez. Le hace al hombre caer en la cuenta de que es un ser responsable delante de Dios, su Juez Eterno. La puerta es estrecha y angosta; me conduce al juicio, a situarme cara a cara frente a Dios, a enfrentarme con la cuestión de la vida y de mi ser personal, de mi alma y de su destino eterno.

Pero no sólo he de abandonar la multitud, el mundo y el 'jolgórico de afuera'. Es todavía más difícil, todavía más estrecho y angosto, darse cuenta de que he de abandonar el camino del mundo. Todos conocemos esto en la práctica y en nuestra vida cristiana. Una cosa es dejar la multitud, pero otra muy diferente es dejar el camino de la multitud. La falacia final y definitiva del monasticismo es esta. El monasticismo, en realidad, se basa en la idea de que si deja uno la gente, deja el espíritu del mundo. Pero no es así. Se puede dejar el mundo en un sentido físico, se puede alejar uno de la multitud y de la gente; pero ahí en la solitaria celda, el espíritu del mundo puede seguir con uno. También ocurre así respecto a la vida cristiana. Hay personas que se han apartado del grupo al cual pertenecían, y, sin embargo, uno encuentra que sigue en ella, el espíritu de mundanalidad, que incluso puede resultar evidente en su misma apariencia externa. No han abandonado el espíritu del mundo y el camino del mundo. Pero debemos hacerlo. El vivir la vida del mundo, el seguir el camino del mundo en un marco diferente, no nos hace

cristianos. En otras palabras, debemos dejar al otro lado de la puerta las cosas que agradan al mundo. Esto no se puede eludir. Basta leer el Sermón del Monte para llegar a la conclusión de que las cosas que pertenecen a nuestra naturaleza no regenerada y que agradan a esa naturaleza, deben dejarse fuera de esa puerta estrecha.

Esto se puede ilustrar. Recordemos que hemos oído en este sermón que debemos dominar el espíritu que exige "ojo por ojo, y diente por diente", que no debemos resistir el mal —'a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra". Estas cosas no se hacen por instinto; no nos salen espontáneamente y no nos gustan. "Al que quiera... quitarte la túnica, déjale también la capa!" "A cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos!" "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen."

No obedecemos estos mandatos instintivamente, antes bien regimos hacerlo. Lo instintivo es devolver el golpe, defender nuestros derechos, amar a los que nos aman, y odiar a los que nos odian. Pero nuestro Señor nos ha dicho que si queremos ser discípulos suyos y vivir en su reino, debemos dejar fuera lo depravado, lo instintivo, lo mundano, las cosas que le gustan a nuestra naturaleza caída y que esa naturaleza hace. No hay lugar para tales cosas. Debemos darnos cuenta, al comenzar, que esa clase de equipaje no puede entrar con nosotros. Nuestro Señor nos pone sobre aviso en contra del peligro de una salvación fácil, en contra de la tendencia a decir: "ven a Cristo tal como eres y todo resultará bien". No, el evangelio nos dice al comienzo que va a ser difícil. Significa una ruptura radical con el mundo; es una clase de vida completamente diferente. De modo que dejamos fuera no sólo el mundo, sino también el camino del mundo.

Si, pero hay algo todavía más estrecho y más angosto; si realmente deseamos entrar en esta forma de vida, tenemos que dejar fuera nuestro 'yo'. Y ahí es, desde luego, donde encontramos la piedra de tropiezo mayor. Una cosa es dejar el mundo, y el camino del mundo; pero lo más importante, en un sentido, es dejar nuestro yo. Y sin embargo, es obvio, ¿no es verdad?, que en este camino no podemos llevar con nosotros nuestro yo. Esto no es una necedad, es la forma típica de hablar del Nuevo Testamento. El yo es el hombre adámico, una naturaleza caída; y Cristo dice que hay que dejarlo fuera. "Despojaos del hombre viejo", es decir, dejadlo al otro lado de la puerta. Por esta puerta no pueden pasar dos hombres juntos, de modo que al hombre viejo hay que dejarlo fuera. Todas las ilustraciones fallan en algún punto, y también esta ilustración que nuestro Señor mismo usó no puede abarcar toda la verdad. En un sentido, el cristiano no ha dejado al hombre viejo fuera y por esto necesita la exhortación del apóstol a 'despojarse del hombre viejo'. Sin embargo, se nos dice al comienzo que no hay lugar para el yo en este reino.

El evangelio del Nuevo Testamento es muy humillante para el yo y el orgullo. Al comienzo del Sermón se nos dice: "Bienaventurados los pobres en espíritu". A nadie que nace en este mundo le gusta ser pobre en espíritu. Por naturaleza somos exactamente lo opuesto; todos nacemos con una naturaleza orgullosa, y el mundo hace todo lo que puede para estimular este orgullo desde el mismo nacimiento. Lo más difícil en el mundo es hacerse pobre en espíritu. Es humillante para el orgullo, y sin embargo esencial. A la entrada de esta puerta estrecha hay un aviso que dice:

**"Dejad fuera vuestro yo". ¿Cómo podemos bendecir a los que nos maldicen, y orar por los que se aprovechan de nosotros, a no ser que hayamos hecho esto? ¿Cómo podemos seguir a nuestro Señor, y ser hijos de nuestro Padre que está en los cielos, y amar a nuestros enemigos, si somos auto consciente y siempre nos defendemos y cuidamos el yo y nos preocupamos por él? Ya hemos examinado esto en detalle; pero debemos volver a verlo en general, ya que nuestro Señor lo hace así al invitarnos a entrar por la puerta estrecha. El yo no puede existir en esta atmósfera; debe ser crucificado. "No juzguéis, para que no seáis juzgados!" Haced a los demás lo que quisierais que los demás os hicieran a vosotros, y así sucesivamente. Nuestro Señor nos dice esto al comienzo mismo. No hay que hacerse ilusiones. Si uno piensa que es una vida en la cual se podrá adquirir fama, y ser alabado, y ser considerado maravilloso, mejor es detenerse ya y volver al comienzo, porque el que entre por esta puerta debe decir adiós al yo. Es una vida de humillación. "Si alguno quiere venir en pos de mí" — ¿qué sucede?— "Niéguese a sí mismo (siempre lo primero), y tome su cruz, y sígame!" Pero la auto negación, la negación del yo, no significa abstenerse de placeres y cosas que nos gustan; significa que negamos nuestro mismo derecho a nuestro yo, que dejamos fuera nuestro yo, y que pasamos por la puerta diciendo: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí!"**

**Esto es, pues, lo primero. Esta puerta estrecha; el comienzo mismo de la vida cristiana es estrecha, porque tenemos que dejar fuera ciertas cosas.**

**Pero quisiera subrayar también que es estrecha y angosta de otra forma, a saber, porque es difícil. El camino cristiano de la vida es difícil. No es una vida fácil. Es demasiado maravillosa para ser fácil. Significa vivir como Cristo mismo, y esto no es fácil. La pauta es difícil —demostramos gracias a Dios por ello. Sólo la persona que es poca cosa desea sólo lo fácil y evita lo difícil. Esta es la vida más elevada que ha sido presentada al género humano, y debido a ello es difícil, es estrecha y angosta. "Pocos son los que la hallan." ¡Desde luego! Siempre hay menos médicos especialistas que de medicina general; nunca hay tantos expertos como trabajadores ordinarios. No importa en qué ámbito de la vida pensemos, siempre encontraremos que los verdaderos expertos son pocos. Cuando uno llega al nivel más elevado en cualquier ámbito, los que están ahí son pocos. Todo el mundo puede seguir lo ordinario; pero en el momento en que uno desea hacer algo poco frecuente, en cuanto uno desea alcanzar las alturas, encuentra que no hay muchos que estén tratando de hacer lo mismo. Es exactamente lo mismo en el caso de la vida cristiana; es una vida maravillosa y elevada, que pocos la encuentran y entran en ella, simplemente porque es difícil. No hace falta insistir en esto. Recordemos lo que hemos dicho al examinar este sermón en forma detallada. Recordemos esta clase de vida que nuestro Señor ha descrito, y veremos que debe ser estrecha porque es difícil. Es la vida más elevada, es la culminación de la perfección.**

**Además, es estrecha y angosta porque siempre conlleva sufrimiento, y porque, cuando se vive de verdad, siempre conlleva persecución. "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, por qué vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros!" Siempre lo han hecho, el mundo siempre ha perseguido al que sigue a Dios. Se ve perfectamente en el caso de nuestro Señor mismo. El mundo lo rechazó. Los hombres lo odiaron por ser lo que era. Dice Pablo, "todos los que quieren vivir**

piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución!' ¿A quién le gusta ser perseguido? No nos gusta que nos critiquen y que nos traten con dureza. Nos gustan las personas que hablan bien de nosotros, y resulta muy irritante saber que nos odian y critican; pero Cristo nos ha advertido que así será si entramos por esta puerta estrecha. Es estrecha y difícil; y al entrar por ella, debemos estar dispuestos al sufrimiento y a la persecución.

Hay que estar dispuestos a ser malentendidos, hay que estar incluso dispuestos, quizá, a que los que uno más quiere y que le son más próximos lo malentiendan. Cristo nos dijo que no había venido a traer, 'la paz, sino la espada', una espada que quizá divida a la madre de la hija, o al padre del hijo, y los de la casa propia de uno quizá sean los enemigos mayores. ¿Por qué? Porque se ha efectuado una separación. Se ha separado uno de la familia al entrar por esta puerta estrecha que no nos admite por familias, sino uno por uno. Es muy difícil, muy duro. Pero el Señor Jesucristo es sincero con nosotros; y aunque no viéramos ninguna otra cosa, Dios nos conceda que podamos comprender la sinceridad y honestidad de este evangelio que nos dice al comienzo mismo que quizá tengamos que separarnos del esposo o de la esposa para poder seguir a Cristo. No se nos pide que nos separemos de hecho, sino espiritualmente. Pero sólo se puede entrar uno por uno, porque la puerta es estrecha y angosta.

Hasta ahora hemos visto lo estrecha y angosta que es esta vida al comienzo. Pero no lo es sólo al comienzo; sigue siéndolo después. No es sólo una puerta estrecha, es también un camino angosto. La vida cristiana es angosta desde el comienzo hasta el fin. No existen las vacaciones espirituales. Se puede tomar vacaciones en el trabajo habitual; pero no existe cosa semejante en la vida espiritual. Siempre es angosta. De la misma forma que comienza, continúa. Es una 'batalla de la fe' siempre, hasta el final. Es camino angosto, y ambos lados hay enemigos. Están a lo largo de la ruta hasta el fin, las cosas que nos oprimen y las personas que nos atacan. Nadie tendrá una vida fácil en este mundo y en esta vida, y Cristo nos dice esto al comienzo. Si alguien tuviera la idea de que la vida cristiana va a ser difícil al comienzo para luego volverse bastante fácil, tiene una idea completamente falsa de la enseñanza del Nuevo Testamento. Es siempre angosta; habrá enemigos y adversarios que nos ataquen hasta el último minuto.

¿Estoy desalentando a alguien? ¿Tiene alguien ganas de decir: "Bueno, si es así, vuelvo atrás"? Les recordaría, antes de decidirse, que se nos dice algo acerca del final hacia donde conduce este camino. Pero aparte de esto, ¿acaso no es lo más maravilloso continuar siguiéndolo? De todos modos, no nos hagamos ilusiones; la lucha contra los principados y poderes, contra las tinieblas de este mundo, y las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes, prosiguen mientras los hombres siguen en esta vida y en este mundo. En el camino de la vida habrá tentaciones sutiles, y habrá que vigilar y estar alerta, desde el principio hasta el fin. Nunca podrá uno descansar. Siempre habrá que tener cuidado; siempre habrá que mirar con diligencia, como Pablo lo dijo; habrá que vigilar todos los pasos que se dan. Es un camino angosto, así comienza y así continúa.

Éstas son, pues, las cosas que tenemos que tener presentes al contemplar este Sermón como un todo. No darse cuenta de ellas al comienzo mismo es sumamente peligroso, además de ser antibíblico. Separar el perdón de los pecados del resto de la vida cristiana y considerarla como si lo primero bastara es evidentemente

herético. El evangelismo genuino, tal como lo entiendo, es el que presenta a los hombres la vida cristiana como un todo, y debemos tener mucho cuidado en no dar la impresión de que la gente puede acudir en masa, por así decirlo, a Cristo, que puede tratar de acudir con prisas a la puerta estrecha sin tener en cuenta el camino angosto hacia el cual conduce. Nuestro Señor mismo fue quien pronunció estas parábolas acerca de los necios que no calculan lo que cuestan las cosas, como el hombre que comenzó a edificar, sin tener en cuenta el costo, por ello tuvo que dejar sin concluir el edificio. Así fue también en el caso del rey que fue a pelear contra otro rey, sin considerar la fortaleza del enemigo. Nuestro Señor nos dice que calculemos lo que cuesta, y que nos enfrentemos con lo que tenemos que hacer antes de comenzar. Nos muestra toda la vida. No ha venido solamente para salvarnos del castigo y del pecado; ha venido para hacernos santos, y para "purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Vino a este mundo para preparar el camino de santidad, y su deseo y propósito respecto a nosotros es que andemos en ese camino siguiendo sus pisadas, en este llamamiento tan elevado, en esta vida gloriosa, y que la vivamos de la misma manera en que él la vivió, resistiendo incluso hasta derramar la sangre si fuera necesario. Esa fue su vida, un camino angosto y espinoso; pero lo siguió. Y el privilegio de todos nosotros es el de salir del mundo y entrar en esa vida, siguiéndolo a Él hasta el fin. "¿Percibís, cristianos, cómo asedia el mal, Tiéndenos sus redes, quiérenos tentar? ¡No tembléis cristianos, no os desalentéis! Con vigilia y ruego, pronto venceréis."

## **CAPITULO 51**

### **El Camino Angosto**

Volvemos a examinar de nuevo esta afirmación de los versículos 13 y 14 porque nuestro Señor en estas palabras no nos pide simplemente que consideremos la naturaleza del reino y de la vida cristiana en general. No es una invitación a venir a ver una perspectiva maravillosa, a sentarse, por así decirlo, en primera fila para contemplar el escenario. Debemos ser participantes; es un llamamiento a la acción. Advirtamos la palabra: "Entrad"; es al mismo tiempo invitación y exhortación. Una vez contemplado el panorama en general, nos corresponde hacer algo.

Éste es, pues, el primer principio que debemos tratar de elaborar. Es un llamamiento a la acción. ¿Qué significa esto? En primer lugar, significa que el evangelio de Jesucristo, este enunciado de los principios del reino, es algo que exige decisión y entrega. Esto es totalmente inevitable. Es algo que forma parte de la trama y urdimbre de la presentación que el Nuevo Testamento hace de la verdad. No es una filosofía que uno ve y compara y contrasta con otras filosofías. Nunca se puede adoptar una actitud de despego respecto a ello, y si nuestra preocupación respecto a estas cosas es puramente intelectual, y nunca ha afectado nuestra vida, entonces el Nuevo Testamento dice que no somos cristianos. Claro está que es una filosofía maravillosa, pero existe la tentación de considerarla sólo como eso. Como algo acerca de lo cual se lee y por lo que uno se interesa. Pero el evangelio no quiere que se tome así. Es esencialmente algo que viene a nosotros exigiendo el control de nuestra vida. Viene a nosotros de la misma manera como el Señor mismo se acercó a los hombres. Recordaremos cómo, hallándose en camino se

encontró con un hombre como Mateo, y le dijo, "Sígueme", y Mateo se levantó y lo siguió. El evangelio hace algo así. No dice: "Considérame, admírame". Dice: "Sígueme, créeme". Siempre exige una decisión, una entrega.

Obviamente estamos frente a algo en extremo vital. De nada sirve describir las maravillas y bellezas de este camino angosto si seguimos mirándolo sólo desde lejos. Es un camino que hay que pisar, es algo en lo que hay que entrar. Nada hay más curioso que la forma en que nos persuadimos por tanto tiempo de que es posible interesarse por el evangelio sin llegar a una decisión y entrega. Pero no es así.

En consecuencia, nos planteamos ahora una pregunta muy simple. La piedra de toque final acerca de mí mismo y de mi profesión de la fe cristiana, puede plantearse así. ¿Me he entregado a esta forma de vida? ¿Es lo que controla mi vida? Hemos visto lo que nos dice que hagamos; ¿gobierna y controla nuestras decisiones y acciones? Claro está que esto implica un acto bien definido de la voluntad. Me pide que diga: "Reconociendo esto como la verdad de Dios y el llamamiento de Cristo, voy a entregarme a ello, suceda lo que suceda. No voy a pensar en las consecuencias. Lo creo, actuaré en consecuencia; esto va a ser mi vida de ahora en adelante!"

Hubo un tiempo en que algunos de nuestros antepasados solían enseñar que era bueno que cada cristiano hiciera un pacto con Dios. Una vez examinada la verdad, se sentaban para escribir solemnemente sobre el papel el pacto que hacían con Dios, y lo firmaban y le ponían la fecha, exactamente como si fuera una transacción comercial. Le ponían firma a la entrega de sí mismos, y al derecho a su propia persona y a todo lo que tenían, y al derecho de vivir como quisieran. De entonces en adelante, se entregaban a Dios, como el hombre que se alista en el ejército renuncia al derecho a sí mismo y al control de su vida. Hacían un contrato como éste, como un pacto con Dios, lo firmaban, y sellaban. Esta práctica tiene aspectos recomendables. Algunos de nosotros sufrimos tanto de la tendencia a limitarnos a contemplar la vida cristiana sin tomar ninguna resolución respecto a ella, que sería bueno que en forma voluntaria y concreta realizáramos un acto de entrega como éste, y en esa forma entráramos por la puerta estrecha. Exige una decisión.

Esto a su vez conduce al segundo principio. Una vez vista la verdad y decidido que tengo que hacer algo al respecto, ahora comienzo a buscar esta puerta estrecha. Advirtamos cómo lo dice nuestro Señor. Dice, "porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan". ¿Por qué es así? Porque hay pocos que la buscan. Es una puerta que hay que buscar deliberadamente. En otras palabras, la esencia de la sabiduría en estos asuntos es pasar de lo general a lo particular. Sin duda, la experiencia de todos nosotros da fe de que uno de los peligros mayores con que nos enfrentamos es el de escuchar la verdad, leerla, asentir con la cabeza pero nunca hacer nada acerca de ella. No buscamos la puerta estrecha.

Buscar la puerta estrecha significa algo así: Una vez vista la verdad, y habiendo expresado mi conformidad, entonces debería decirme, "¿Qué debo hacer exactamente para que se convierta en acción?" Esto es buscar la puerta estrecha. Hay una forma de buscar la verdad y debemos descubrir en detalle exactamente qué significa para nosotros. Eso es buscar la puerta estrecha —poner en acción la

verdad. Quiero sobre todo recalcar el punto de que la puerta ha de buscarse realmente. No es fácil; es difícil. Hay que salirse del camino que uno sigue para encontrar esta puerta. Hay que analizarse a sí mismo y ser muy sincero consigo mismo y, habiéndose negado a detenerse, decir: "Voy a seguir con esto hasta que descubra exactamente qué tengo que hacer!" Hay muchos que no encuentran ese camino de vida porque nunca han buscado la puerta y entrado por ella. Si uno lee las biografías de algunos de los grandes santos de Dios en épocas pasadas, encontrará que buscaron esta puerta estrecha por largo tiempo. Miremos a Martín Lutero. Ahí está en su celda, ayunando, en sudores y oración. Leamos lo que se dice acerca de hombres como George Whitefield y John Wesley. Estos hombres buscaban esta puerta estrecha. No sabían qué tenían que hacer, tenían ideas equivocadas, pero al fin, gracias a una búsqueda diligente, la encontraron, y cuando la encontraron entraron por ella. De una forma u otra todos nosotros debemos hacer esto. En otras palabras, no debemos darnos paz ni descanso hasta que sepamos con certeza que ya estamos en este camino. Esto es 'entrar por la puerta estrecha'. Se entra sólo después de haberla buscado y de haberla encontrado.

El tercer paso es que, una vez decidido que va uno a entrar y habiendo buscado la puerta y entrado por ella, se prosigue; no se entrega, y se dice ciertas cosas a sí mismo. Sin duda se puede decir con certeza, que la solución para muchos de nuestros problemas en esta vida cristiana es que deberíamos hablarnos más a nosotros mismos. Deberíamos recordarnos constantemente quiénes somos y qué somos. Esto es lo que quiere decir no sólo el entrar sino el proseguir por este camino. El cristiano debería recordarse a sí mismo todas las mañanas al despertar, "soy hijo de Dios; soy una persona única; no soy como los demás; pertenezco a la familia de Dios. Cristo ha muerto por mí y me ha trasladado del reino de tinieblas a su propio reino. Voy al cielo, éste es mi destino. No estoy sino de paso por este mundo. Conozco las tentaciones y pruebas que conlleva; conozco las insinuaciones sutiles de Satanás. Pero yo no le pertenezco. Soy peregrino y extranjero; soy seguido de Cristo por este camino!" Hay que recordar esto, entregarse, y repetirlo. Y el resultado será que uno se descubrirá caminando por este camino angosto. Éste es el primer principio general acerca del cual debemos hacer algo. Una vez vista la verdad debemos hacer algo respecto a ella, debemos ponernos en una relación práctica con ella.

El segundo principio se percibe con toda claridad. Es la consideración de algunas razones para obrar así. Una vez más, como hemos visto tan a menudo en nuestro estudio de este sermón, nuestro bendito Señor se hace cargo de nuestra debilidad. Hemos visto que casi invariablemente éste es su método, su técnica si prefieren; el establecer un principio o dar un mandato, y luego, una vez hecho esto, presentar algunas razones que justifican su cumplimiento. No necesita haberlo hecho. Pero en ello vemos algo de su gran corazón pastoral y de su compasión por nosotros como pueblo suyo. Él es el Sumo Sacerdote que sabe tener compasión de nosotros. Nos entiende. Sabe que somos tan falibles e imperfectos, como consecuencia del pecado, que no basta simplemente mostrarnos el camino. Necesitamos que se nos den razones. "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan!"

**¿Cuáles son, pues, las razones? Limitémonos a resumirlas. La primera razón que nos da para entrar por esta puerta estrecha, es la índole de las dos clases de vida que nos son posibles. Está el camino espacioso al que se entra por la puerta ancha, y está el otro camino al que se entra por la puerta estrecha, camino que es angosto siempre. Si nos diéramos cuenta de la verdad respecto a la índole de estos dos caminos, no habrían vacilaciones. Claro está que nos es muy difícil despegarnos de la vida de este mundo, y, sin embargo, la esencia de todo esto es que deberíamos hacerlo. Por esta razón, si se pudiera decir así, Dios en su sabiduría infinita ordenó que uno de cada siete días se reservara para la contemplación de estas cosas, para que los hombres se reunieran juntos en culto público. Cuando nos reunimos para dar culto salimos de este mundo en el cual vivimos a fin de poder examinarlo objetivamente. ¡Es tan difícil hacerlo cuando uno está en él!; pero cuando uno sale del mismo, y se sienta aparte para examinarlo objetivamente, comienza realmente a ver las cosas como son.**

**Veamos por un momento esa vida mundana en que viven las personas que andan por el camino espacioso. Veamos esta vida, por ejemplo, tal como se presenta en los periódicos. Tomemos cualquiera de ellos. Presentan la vida mundana típica en sus aspectos mejores y peores. Veamos esa vida que fascina tanto a tantas personas, esa vida que las fascina hasta tal punto que están dispuestos a arriesgar su alma eterna por ella, caso de que crean en la existencia del alma. ¿Qué les tiene reservado? Veamos la vida y analicémosla. ¿Qué hay en último término en ella, con toda su pompa y su gloria y sus lujos? ¿Puede alguien imaginar algo que a fin de cuentas sea tan totalmente vacío? ¿Qué satisfacción verdadera hay en una vida así? Recordemos las famosas preguntas que el apóstol Pablo hizo a los romanos, las cuales me parece que sintetizan esto a la perfección. Al final de Romanos 6:21, pregunta, "¿Qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? porque el fin de ellas es muerte!" Ahora que ya eres cristiano, dice, al repasar tu vida, te avergüenzas de ella. Pero ¿qué fruto conseguiste de ella incluso entonces?**

**Ésta es una pregunta que todos deberían hacerse, especialmente los que viven de placer en placer, y los que consideran que el trabajo honrado es una molestia, o simplemente un medio de conseguir dinero para volver a procurarse más placer. ¿Qué hay en ello? ¿Cuál es la ganancia? ¿Cuál es la satisfacción? ¿Qué tienen de valor definitivo incluso en el orden intelectual, para considerar sólo esto? ¿Qué hay de elevado y ennoblecedor en vestir de una forma determinada y en que la fotografía de uno aparezca en los periódicos llamados sociales, en ser conocido por vestir a la moda o por la apariencia personal, o por el papel que representa, y todas estas cosas? ¿Qué valor real hay en la alabanza y adulación del hombre? Miremos a las personas que viven para esas cosas, analicemos su vida, y especialmente su final. Esto no es cinismo, sino realismo. Como dice aquel himno: "Los placeres del mundano se esfuman, Con su aparente pompa y ostentación."**

**¡Qué vida tan vacía! El apóstol Pedro la describe como 'vana manera de vivir'. No tiene contenido. Es superficial y vacía. Si se prescinde del cristianismo resulta muy difícil entender la mentalidad de las personas que viven en ese nivel. Tienen una mente y una inteligencia, pero no se ponen de manifiesto en esta vida ficticia de engaño, locura y auto hipnosis. ¡Qué vida tan vacía es, incluso cuando la consideramos como realmente es, con su pompa y exhibición, con sus sombras y apariencias!**

Luego examinemos la otra vida para ver lo totalmente diferente que es en todos los aspectos. El camino ancho es vacío e inútil, intelectualmente, moralmente, y en todos los demás aspectos. Deja al hombre con un sabor desagradable en la boca incluso ahora en esta vida, lleva a celos y envidias y a toda clase de cosas indignas. Pero examinemos la otra, y de inmediato se ve un contraste marcado. Leamos el Sermón del Monte de nuevo. ¡Qué vida! Tomemos este Nuevo Testamento. ¡Qué alimento para la inteligencia! Aquí hay algo que cautiva la mente. Leamos libros acerca del mismo. ¿Se puede imaginar una ocupación intelectual más elevada, sin tener en cuenta otros aspectos? Aquí se tiene algo que pensar, algo que estimula intelectualmente, algo que le da a uno satisfacción real y verdadera. ¡Qué ético, qué elevado, qué amplio y noble es!

El problema básico de todos los que no son cristianos es que nunca han visto la gloria y la magnificencia de la vida cristiana. ¡Qué noble, pura y elevada es! Pero nunca la han visto. Tienen los ojos cerrados para ella. Como dice el apóstol Pablo, "El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos" (2Cor. 4:4). Pero en cuanto el hombre vislumbra la gloria y majestad y privilegio de este elevado llamamiento, no puedo imaginar que pueda desear jamás alguna otra cosa. Seamos prácticos y francos en cuanto a esto. El que llame a esta vida cristiana 'estrecha' (en el sentido corriente de su término) y ansíe la otra, no hace sino declarar que nunca la ha visto verdaderamente. Es como los que dicen que encuentran a Beethoven aburrido y que prefieren la música de jazz. Lo que en realidad dicen es que no entienden a Beethoven; que no lo oyen, que nada saben acerca de él. Son musicalmente ignorantes. Como alguien ha dicho, no nos dicen nada en cuanto a Beethoven, pero nos dicen mucho en cuanto a ellos mismos.

Luego tenemos la índole y naturaleza de las dos vidas. El Nuevo Testamento presenta constantemente este argumento. Se encuentra repetidas veces en las Cartas. Los escritores describen la vida, y luego dicen, de hecho: "Claro que, después de haber visto esto, no querréis volver a lo de antes, ¿verdad?" Éste es su argumento. Nos recuerdan las dos vidas; "Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición." Pero "estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida!" El hombre que no piensa en la meta a donde va es un necio. El hombre que hace del viaje un fin en sí mismo, es ilógico e inconsecuente. Éste es el gran argumento de la Biblia de principio a fin. "Considera tu fin"; considera tu destino y a dónde lleva la clase de vida que vives. Si se pudiera persuadir al mundo que se hiciera esta pregunta, muy pronto cambiarían todos. Hemos visto cómo el apóstol Pablo nos dice que el camino ancho conduce con certeza a la vergüenza, a la miseria y destrucción. "La paga del pecado es muerte" — muerte espiritual y separación de Dios, así como sufrimiento, agonía, desesperación y remordimiento inútil; "mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 6:23). Si alguna vez, pues, sentimos que la vida cristiana es más bien irritante, debemos recordar el destino a que conduce. Luego miremos al mundo con su alegría y felicidad aparentes; miremos a las personas que la están disfrutando, y tratemos de imaginarlas ya viejas, cuando el 'postrer enemigo' les sale al encuentro. De repente enferman. Ya no pueden beber ni fumar ni bailar ni jugar ni hacer todo lo que había constituido su vida. En el lecho de muerte ¿qué tienen? Nada; nada que esperar a no ser temor, horror, tormento, y destrucción. Éste es el fin de esa vida. Lo sabemos bien; siempre ha sido así. Leamos las biografías de los grandes hombres del mundo, estadistas y otros, que no son cristianos, y

advirtamos el eclipse que experimentan. Y recordemos que nunca se nos dan detalles de su verdadero fin. ¿Cómo puede conducir a otra cosa? Conduce a 'destrucción'.

Pero la otra vida conduce a una vida más abundante. Comienza dando vida nueva, una nueva perspectiva, nuevos deseos, todo nuevo; y a medida que uno prosigue, se vuelve mayor y más maravillosa. Por mucho que haya que sufrir en esta vida y en este mundo, estamos destinados a una gloria que es indestructible. Caminamos hacia una herencia, según el apóstol Pedro, 'incorruptible, incontaminada e inmarcesible', que Dios nos ha reservado en el cielo.

Otro argumento que nuestro Señor emplea es que el no entrar por la puerta estrecha significa que ya estamos en el camino ancho. Tiene que ser o lo uno o lo otro. No hay término medio entre estos extremos. Al cristiano se le presentan dos caminos solamente, y si no estamos en el camino estrecho y angosto, estamos en el ancho y espacioso. De modo que la indecisión o falta de entrega significa que no estamos en el camino estrecho. La resistencia pasiva es resistencia; si no estamos con Él estamos contra Él.

Éste es un argumento muy convincente. La indecisión es fatal, porque significa decisión equivocada. No hay otra alternativa, es o el camino estrecho o el camino ancho.

El aliciente mayor de todos, sin embargo, para entrar por la puerta estrecha y caminar por el camino angosto, es éste: Existe Alguien en el camino que le precede a uno. Hay que dejar el mundo afuera. Quizá haya que dejar a muchos seres queridos, haya que dejar el yo, el viejo yo, y, al pasar por esa puerta, uno puede pensar que va a sentirse solo y aislado. Pero no es así. Hay otros en este camino —"Pocos son los que la hallan". No hay tantos como en el otro camino. Pero son un pueblo especialmente escogido y separado. Pero sobre todo miremos a Aquel que camina delante de todos, a Aquel que dijo, "Seguidme", a Aquel que dijo, "Niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame". Aunque no hubiera otro aliciente para entrar por la puerta estrecha, éste sería más que suficiente. Entrar por este camino significa seguir las pisadas del Señor Jesucristo. Es una invitación a vivir como Él vivió; es una invitación a ser cada vez más como Él era. Es ser como Él, vivir como Él vivió, la vida que leemos en estos Evangelios. Esto es lo que significa, cuanto más piensa uno en ello de esta manera, tanto mayor será el aliciente. No hay que pensar en lo que se deja; nada vale. No hay que pensar en las pérdidas. Ni en los sacrificios y sufrimientos. Ni siquiera deberían emplearse estos términos; no se pierde nada, sino que se gana todo. Mirémosle a Él, sigámosle, y caigamos en la cuenta de que en último término vamos a estar con Él, vamos a contemplar su rostro bendito y disfrutar de Él por toda la eternidad. Él está en ese camino, y esto es suficiente.

Antes de concluir este tema hay otro principio que deberíamos examinar. Hemos decidido entrar y hemos visto las razones para hacerlo así. Hay, sin embargo, ciertos problemas que se mencionan muy a menudo cuando se examina este texto. Uno es que la teología de esta enseñanza contiene una piedra de tropiezo para ciertas personas, La primera dificultad es ésta. ¿Enseña nuestro Señor aquí que hay una especie de posición neutral en la vida? Se nos describe como si estuviéramos en una bifurcación, con una puerta ancha y otra estrecha frente a

nosotros. ¿Hay alguna vez en la vida del hombre en que no es ni bueno ni malo? ¿Nacemos todos inocentes y neutrales? ¿Entramos voluntariamente por una u otra? Parece enseñar esto. La respuesta, desde luego, es que siempre debemos comparar un texto de la Biblia con los demás y tomar cualquier texto específico a la luz del todo. La Biblia nos enseña claramente que todos hemos nacido en este mundo como hijos de pecado e ira. Todos hemos nacido, como descendientes de Adán, en culpa y vergüenza; hemos nacido en pecado y hemos sido formados en iniquidad, nacidos, en realidad, 'muertos en delitos y pecados'. De hecho, pues, todos nacemos en el camino ancho. ¿Por qué, pues, nuestro Señor lo presentó así? Por esta razón. Está enseñando aquí la importancia de entrar en su camino de vida. Y utiliza un ejemplo. Dramatiza y objetiva la situación y nos pide considerarla como si se nos planteara la elección de uno entre dos caminos. En otras palabras, pregunta: ¿Estás entregado para siempre a esta vida mundana en la cual has nacido o vas a dejarla para venir a mí? Es una técnica didáctica perfecta y uno no puede imaginar una ilustración mejor que ésta. Con todo, cualquier ejemplo tiene sus límites. Le preocupa la entrega de nosotros mismos, y por ello lo presenta así. En consecuencia, no contiene ninguna enseñanza que contradiga lo que la Biblia inculca claramente respecto a que todos debemos nacer de nuevo, todos necesitamos una nueva naturaleza, todos somos hijos de este mundo, e hijos de Satanás, hasta que llegamos a ser hijos de Dios. Nuestro Señor mismo enseña esto, ¿no es cierto? Da poder a todos los que lo reciben para 'ser hechos' hijos de Dios. Ésta es la enseñanza que se encuentra en los Evangelios, al igual que en las Cartas. Así pues, si lo consideramos así, vemos que es sólo un ejemplo para subrayar un punto.

Pero hay otra pregunta. ¿Enseña nuestro Señor que es nuestra decisión y acción lo que nos salva? "Entrad por la puerta estrecha", parece decir, "y si lo hacéis, y andáis por el camino angosto, llegaréis a la vida; mientras que si entráis por la otra acabaréis en la destrucción!" ¿Enseña, pues, que el hombre se salva a sí mismo gracias a su decisión y acción?

También este problema lo examinamos de la misma manera. Siempre debemos comparar unos textos de la Biblia con otros, y darnos cuenta de que nunca se contradicen entre sí. Y la Biblia enseña que todos son justificados por fe, y salvados por la muerte del Señor Jesucristo por nosotros. Él vino "a buscar y a salvar lo que se había perdido!" "No hay justo, ni aun uno!" Todos son culpables delante de Dios. Nadie con sus propios actos se puede salvar a sí mismo; su justicia no es sino 'trapos de inmundicia'. Todos nos salvamos por la gracia del Señor Jesucristo y no por algo que nosotros podamos hacer. Entonces, preguntaría alguien, ¿qué dice este texto? La respuesta se podría dar así. No me salvo a mí mismo entrando por la puerta estrecha, sino que al hacerlo así doy a conocer el hecho de que soy salvo. El único que entra por la puerta estrecha es el que es salvo; los únicos que se encuentran en el camino angosto son los que son salvos; de lo contrario no estarían ahí. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios"; "La mente carnal (natural) es enemistad contra Dios", y, en consecuencia, contra el camino angosto. "No se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede! En consecuencia nadie, por sí mismo, va a escoger jamás entrar por la puerta estrecha; porque sería una necedad para él hacerlo. No; lo que nuestro Señor dice aquí es esto. No es porque me haga a mí mismo 'pobre de espíritu' que soy 'bienaventurado'; sino que cuando me vuelvo pobre de espíritu como consecuencia de la acción del Espíritu Santo en mí, soy verdaderamente

bienaventurado. Al ser así y hacer estas cosas, proclamamos lo que somos, anunciamos alegre y voluntariamente que somos suyos. Sólo los cristianos se encuentran en el camino angosto y uno no se hace cristiano entrando en él. Se entra en él y se camina por él porque se es salvo.

Lo podríamos decir en la forma contraria. ¿El fracaso de vivir la vida cristiana plenamente, demuestra que estarnos en el camino ancho? Hemos dedicado tiempo a examinar las características de los caminos angosto y ancho, y tenemos un cuando claro de la vida cristiana en todo el Sermón del Monte. Pero fallamos de muchas maneras; no presentamos la otra mejilla, y así sucesivamente. ¿Significa esto, por consiguiente, que seguimos todavía en el camino ancho? La respuesta es 'No'. Ninguna metáfora se debe tomar en todos sus detalles, de lo contrario, como hemos visto tantas veces, se vuelve ridícula. Las preguntas que han de hacerse a la luz de este texto son éstas: ¿Hemos tomado alguna decisión respecto a ese camino de vida? ¿Nos hemos dedicado por completo a él? ¿Lo hemos escogido? ¿Es eso lo que queremos ser? ¿Es esto lo que tratamos de ser? ¿Es esa la vida por la que tenemos hambre y sed? Si lo es, puedo asegurarles que se encuentran en ella. Nuestro Señor mismo dijo, "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán nacidos!" El hombre que tiene hambre y sed de justicia no es absolutamente perfecto y sin pecado. En esta vida no se encuentran personas así. Lo que nuestro Señor dice de hecho es, "Mi pueblo es el pueblo que desea seguirme, los que tratan de seguirme." Han entrado por la puerta estrecha y caminan por el camino angosto. A menudo fallan y ceden a la tentación, pero siguen estando en el camino. Los fracasos no significan que hayan regresado al camino espacioso. Se puede caer en el camino angosto. Pero si uno se da cuenta de que ha caído, e inmediatamente confiesa y reconoce su pecado, el Señor es 'fiel y justo' para perdonar el pecado y purificar toda injusticia. Juan nos lo ha presentado de forma completa en el primer capítulo de su primera Carta: "Si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado!" "No hay ningunas tinieblas en Él", pero caemos en el pecado y rompemos la intimidad y comunión. Seguimos estando en el camino, pero hemos perdido la comunión. Sólo nos queda confesarlo, y de inmediato la sangre de Jesucristo nos purificará de ese pecado y de cualquier otra injusticia. Se restaura la comunión y seguimos andando con Él. Esta metáfora del camino estrecho tiene como fin subrayar e inculcar este gran principio —nuestro deseo, nuestra ambición, nuestra dedicación, nuestra decisión, nuestra hambre y sed de ser como Él, y de andar con Él.

El último punto es éste. "Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan!" Dirá alguien, "¿significa esto que sólo unos pocos se salvarán? ¿Va a condenarse la gran mayoría del género humano?" Para responder a esto no tengo sino que presentar lo que nuestro Señor mismo respondió a esta pregunta. Los que tenían curiosidad por problemas teológicos, y que a menudo habían discutido este punto entre sí, acudieron a nuestro Señor un día (Le. 13:23), y le preguntaron, como muchos todavía se placen también en preguntar, "¿Son pocos los que se salvan?" Recordemos la respuesta de nuestro Señor. Les mira a los ojos a esos filósofos, a estos que gustaban de especular, y les dice: "Esforzaos a entrar por la puerta angosta". Hay que dejar estas preguntas a Dios; Dios, y sólo Dios, sabe cuántos van a salvarse. No es asunto nuestro descubrir cuántos van a salvarse. Nuestra

responsabilidad es tratar de entrar, asegurarnos de que estamos en el camino, y si nos aseguramos de esto, un día en la gloria, pero no hasta entonces, descubriremos cuántos compañeros tenemos. Y puede ser muy bien que tengamos una gran sorpresa. Pero por ahora no es asunto nuestro. Nuestra responsabilidad es entrar por esta puerta, esforzarnos por entrar en ella, asegurarnos. Entremos, y nos encontraremos entre los salvos, entre los que va a ser glorificados, entre los que miran a Jesús, 'el autor y consumidor de la fe'.

## **CAPITULO 52**

### **Falsos profetas**

En los versículos 15 y 16, y hasta el final de este capítulo, nuestro Señor se ocupa solamente de un gran principio, un gran mensaje. Enfatiza sólo una cosa, la importancia de entrar por la puerta estrecha, y asegurarse de que estamos realmente andando por el camino angosto. Dicho de otro modo, es una especie de refuerzo del mensaje de los versículos 13 y 14. Allí lo plantea en forma de invitación o exhortación, que hemos de entrar por esa puerta estrecha, y caminar y mantenernos caminando por ese camino angosto. Ahora lo expande. Nos muestra algunos de los peligros, dificultades y obstáculos, que salen al paso de todos los que tratan de hacer esto. Pero mientras tanto, sigue enfatizando este principio vital, que el evangelio no es algo que basta escuchar, o aplaudir, sino que hay que aplicarlo. Como dice Santiago, el peligro está en mirar al espejo y olvidar de inmediato lo que hemos visto, en lugar de mirar insistentemente en el espejo de esa ley perfecta y recordarla y ponerla en práctica.

Éste es el tema que nuestro Señor sigue subrayando hasta el final del Sermón. Ante todo, lo plantea en forma de dos peligros específicos y especiales que nos salen al paso. Nos muestra cómo tenemos que reconocerlos y, una vez reconocidos, cómo enfrentarlos. Luego, una vez expuestos estos dos peligros, concluye el argumento, y todo el Sermón, planteándolo en una afirmación sencilla, franca, clara, en función de la metáfora de las dos casas, una construida sobre roca y la otra sobre arena. Pero desde el principio hasta el fin es el mismo tema, y el factor común de las tres partes de la afirmación general, es la amonestación terrible acerca del hecho del juicio. Eso, como hemos visto, es el tema que discurre por todo este capítulo séptimo del Evangelio de Mateo y es sumamente importante que nos demos cuenta de ello. El no captarlo explica la mayoría de nuestros problemas y dificultades. Explica el evangelismo superficial e inconsciente tan común hoy día. Explica la ausencia de vida santa que se percibe en la mayoría de nosotros. No es que necesitemos enseñanzas especiales acerca de estas cosas. Lo que parece que todos olvidamos es que la mirada de Dios nos sigue siempre, y que todos caminamos hacia el juicio final. Por esto, nuestro Señor sigue repitiendo esto. Lo presenta en formas diferentes, pero subraya siempre el hecho del juicio, y la índole del juicio. No es un juicio superficial, no es un simple examen de cosas externas, sino una indagación del corazón, un examen de toda la naturaleza. Sobre todo, subraya el carácter definitivo, absoluto, del juicio, y las consecuencias que le siguen. Ya nos ha dicho en los versículos 13 y 14 por qué debemos entrar por la

puerta estrecha. La razón es, dice, que la otra puerta es ancha y 'lleva a perdición', la perdición que sigue al juicio final en el caso de los impíos. Nuestro Señor, evidentemente, estaba tan preocupado por esto que constantemente lo repetía. Ello muestra de nuevo la perfección de su método como maestro. Sabía la importancia de la repetición. Sabía lo obtusos que somos, lo lentos que somos y lo dispuestos que estamos a pensar que sabemos algo, cuando en realidad no lo sabemos y en consecuencia lo mucho que necesitamos que constantemente se nos recuerde lo mismo. Todos sabemos la dificultad de recordar estos principios vitales. En épocas pasadas recurrían a toda clase de métodos para ayudarse a hacer esto. Uno encuentra en muchas iglesias anglicanas impresos en la pared los Diez Mandamientos. Nuestros antepasados se sintieron impulsados a hacerlo por haber caído en la cuenta de que todos tendemos a olvidar.

Nuestro Señor, pues, nos recuerda de nuevo estas cosas, ante todo dándonos dos advertencias específicas. La primera es acerca de los falsos profetas. "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces!" Lo que deberíamos recordar es más o menos esto. Estamos, por así decirlo, en el umbral de esta puerta estrecha. Hemos oído el Sermón, hemos escuchado la exhortación, y estamos pensando qué hacer. "Ahora —dice de hecho nuestro Señor—, a estas altera, una de las cosas con las que hay que tener cuidado es el peligro de escuchar a falsos profetas. Siempre están ahí, siempre están presentes, precisamente en el umbral de la puerta estrecha. Ese es su lugar favorito. Si uno empieza a escucharlos está perdido, porque te persuadirán a que no entres por la puerta estrecha, a que no andes por el camino angosto. Tratarán de disuadirte de escuchar lo que te estoy diciendo!" Existe, pues, siempre el peligro de los falsos profetas que presentan esta tentación tan sutil.

La pregunta que se plantea de inmediato es, ¿qué son estos falsos profetas? ¿Quiénes son, y cómo los vamos a reconocer? Esta pregunta no es tan sencilla como parece. Su interpretación está llena de interés y de fascinación. Ha habido dos principales escuelas de pensamiento respecto a esta afirmación acerca de los falsos profetas. Algunos de los grandes hombres en la historia de la iglesia se encuentran en ambas escuelas. La primera es la que dice que aquí se alude sólo a la enseñanza de los falsos profetas. "Por sus frutos los conoceréis", dice nuestro Señor, y el fruto, nos dicen, se refiere a la enseñanza, a la doctrina, y sólo a eso. Algunos limitarían la interpretación del significado de los falsos profetas solamente a esto. Los expositores protestantes que pertenecen a ese grupo han solidó opinar que la iglesia de Roma es la ilustración suprema de esto.

El otro grupo, sin embargo, discrepa totalmente con el primero. Dice que esta referencia a los falsos profetas no tiene nada que ver con enseñanza, sino que es puramente cuestión de la clase de vida que estas personas viven. Un expositor bien conocido como el Dr. Alexander MacLaren, por ejemplo, dice esto: "No es una prueba para descubrir a herejes, sino más bien para desenmascarar a hipócritas, en especial a hipócritas inconscientes". Su argumento, que muchos siguen, consiste en decir que este versículo no tiene nada que ver con la enseñanza. La dificultad respecto a estas personas es que su enseñanza es acertada, pero sus vidas están equivocadas, y no son conscientes de que son hipócritas.

Existen, pues, estas dos escuelas de pensamiento, y es obvio que tenemos que tener en cuenta sus formas diferentes de explicar esta afirmación. En último

término, no tiene mayor importancia cuál de las dos aceptamos. En realidad, me parece que ambas tienen razón en algo y están equivocadas en algo, y que el error es decir que la exposición verdadera es una o la otra. Con esto no nos hacemos culpables de componendas; simplemente, es una forma de decir que uno no puede explicar satisfactoriamente esta afirmación a no ser que incluya los dos elementos. No se puede decir que sólo es cuestión de enseñanza, y que se refiere sólo a una enseñanza herética, por la misma razón de que no es muy difícil detectar tales enseñanzas. La mayoría de las personas que poseen un cierto discernimiento pueden detectar a un hereje. Si alguien subiera al pulpito y pareciera que dudase de la existencia de Dios, y negara la divinidad de Cristo y los milagros, de inmediato uno diría que es hereje. Esto no es difícil, y no hay nada sutil en ello. Y sin embargo, como se advertirá, la metáfora del Señor sugiere que existe una dificultad, que hay algo sutil en cuanto a ello. Advirtamos los términos mismos que Él emplea, esa metáfora de la vestimenta de ovejas. Sugiere que la verdadera dificultad, en cuanto a esta clase de falsos profetas, es que al principio uno no se imagina que lo sean. Todo es sumamente sutil; tanto es así que el pueblo de Dios puede ser llevado a engaño. Recordemos cómo lo dice Pedro en el capítulo segundo de su segunda Carta. Estas personas, dice, 'introducirán encubiertamente' los errores. Parecen personas justas; llevan la vestimenta de ovejas, y nadie sospecha nada falso. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento siempre hacen resaltar esta característica del falso profeta. El peligro verdadero proviene de su sutileza. Toda exposición genuina de esta enseñanza, por consiguiente, debe sopesar debidamente ese elemento específico. Por esta razón, pues, no se puede aceptar como una simple amonestación acerca de los herejes y sus enseñanzas. Lo mismo se aplica al otro grupo. Es obvio que no hay nada que ofenda en la conducta de los falsos profetas. Si fuere así todo el mundo lo reconocería, y no sería sutil ni constituiría ninguna dificultad.

El cuadro que debemos tener presente, por tanto, debería más bien ser éste. El falso profeta es alguien que viene a nosotros y al principio tiene aspecto de ser todo lo que se podría desear. Es agradable y placentero; parece ser muy cristiano, y parece decir lo que hay que decir. Su enseñanza en general está muy bien; utiliza muchos términos que cualquier maestro cristiano verdadero debería usar y emplear. Habla acerca de Dios, habla acerca de Jesucristo, de la cruz, enfatiza el amor de Dios, parece decir todo lo que un cristiano debería decir. Obviamente, lleva vestimenta de oveja y su forma de vivir parece armonizar con ello. En consecuencia nadie sospecha que haya algo malo en él; no hay nada que atraiga de forma inmediata la atención o despierte la sospecha, nada abiertamente malo. ¿Qué hay pues de malo, o que pueda ser malo en una persona así? Sugiero que en último término esta persona esté quizás equivocada tanto en su enseñanza como en su forma de vida porque, como veremos, estas dos cosas siempre andan indisolublemente juntas. Lo dice nuestro Señor, "Por sus frutos los conoceréis". La enseñanza y la vida humana se pueden separar, y donde hay enseñanza errónea, de cualquier forma que sea, siempre conduce a una vida equivocada en algún aspecto. ¿Cómo se pueden, pues, describir estas personas? ¿Qué hay de malo en su enseñanza? La forma más adecuada de contestar es decir que no hay puerta estrecha en ellos, que no hay 'camino angosto'. Lo que dicen está bien, pero no incluye esto. Es una enseñanza, cuya falsedad hay que detectarla por lo que no dice más bien que por lo que dice. Y precisamente por esto caemos en la cuenta de la sutileza de la situación. Como ya hemos visto, cualquier cristiano puede detectar al que dice cosas abiertamente equivocadas; pero ¿es injusto y poco caritativo

decir que la gran mayoría de los cristianos de hoy no parece poder detectar al hombre que parece decir cosas buenas pero que no dice cosas vitales? En cierto modo, hemos hecho nuestra la idea de que el error es sólo lo manifiestamente equivocado; y parece que no entendemos que la persona más peligrosa de todas es la que no enfatiza las enseñanzas adecuadas.

Ésta es la única forma de entender este cuadro de los falsos profetas. El falso profeta es un hombre que no tiene 'puerta estrecha' ni 'camino angosto' en su evangelio. No hay en él nada que ofenda al hombre natural; agrada a todos. Va con 'vestidos de ovejas', es atractivo, agradable a la vista. Presenta un mensaje tan bonito, confortable y consolador. Agrada a todo el mundo y todo el mundo habla bien de él. Nunca lo persiguen por su enseñanza, nunca lo critican con rigor. Tanto los liberales como los modernistas lo alaban, lo alaban los evangélicos, todo el mundo lo alaba. Se hace todo a todos, en este sentido; en sus palabras y acciones no se encuentra la 'puerta estrecha', en su mensaje no está el 'camino angosto', no hay nada del 'tropiezo de la cruz'.

Si esa es la descripción del falso profeta en general, podemos ahora preguntarnos: ¿qué queremos decir exactamente con esta 'puerta estrecha' y 'camino angosto'? ¿Qué queremos decir al afirmar que en su predicación no hay nada que ofenda? La mejor forma de responder a esto es con una cita del Antiguo Testamento. Recordarán cómo arguye Pedro en el capítulo segundo de su segunda Carta. Dice, "Hubo también falsos profetas entre el pueblo (los hijos de Israel en el Antiguo Testamento), como habrá entre nosotros falsos maestros!" Debemos, pues, recurrir al Antiguo Testamento y leer lo que dice acerca de los falsos profetas, porque el modelo no cambia. Siempre estuvieron presentes, y cada vez que aparecía un verdadero profeta, como Jeremías o algún otro, los falsos profetas siempre dudaban de él, le resistían, y lo acusaban y ridiculizaban. ¿Pero cómo eran ellos? Así es como se les describe: "Curaron la herida de la hija de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz!" El falso profeta siempre es un predicador muy consolador. Al escucharlo da siempre la impresión de que no hay muchas cosas malas. Admite, desde luego, que algo malo hay; no es lo bastante necio para decir que no hay nada malo. Pero dice que todo va bien y todo irá bien. "Paz, paz", dice. "No escuchen a alguien como Jeremías", exclama; "es de mente estrecha, es un cazador de herejías, no tiene espíritu cooperador. No lo escuchéis, todo está bien!" "Paz, paz". Cura "la herida de la hija de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz!" Y, como agrega el Antiguo Testamento en forma aplastante y diciendo una verdad tan aterradora respecto a la gente religiosa de entonces y de ahora, "mi pueblo así lo quiso". Porque nunca los perturba y nunca los hace sentir incómodos. Uno sigue como está, todo está bien, no hay que preocuparse acerca de la puerta estrecha ni del camino angosto, ni de esta doctrina específica o de aquella. "Paz, paz!" Muy consolador, muy tranquilizante; siempre es así el falso profeta, en su vestido de oveja; siempre inofensivo y agradable, siempre, invariablemente atractivo.

¿De qué manera se manifiesta esto en la práctica? Diría que se manifiesta en general en una ausencia casi total de doctrina en cuanto tal en el mensaje. Siempre habla con vaguedades y en forma general; nunca desciende a detalles doctrinales. No le gusta la predicación doctrinal; siempre es muy vaga. Pero alguien quizá pregunte: "¿Qué quiere decir con esto de descender a detalles doctrinales y cómo se relaciona esto con la puerta estrecha y el camino angosto?" La respuesta es que

el falso profeta muy raras veces nos dice algo acerca de la santidad, la justicia y la ira de Dios. Siempre predica acerca del amor de Dios, y nunca menciona las otras cosas. Nunca hace temblar a nadie cuando habla de este Ser santo y augusto con el que todos debemos enfrentarnos. No dice que no crea en estas verdades. No; no es esa la dificultad. La dificultad es que no dice nada acerca de ellas. No las menciona para nada. En general, subraya solamente una verdad acerca de Dios, y es el amor. No menciona las otras verdades que figuran de forma igualmente destacada en la Biblia; y ahí está el peligro. No dice cosas que sean obviamente verdaderas y justas. Y por esto es falso profeta. Ocultar la verdad es tan reprochable y condenable como proclamar una herejía completa; y por esto, el efecto de tal enseñanza es el de un 'lobo hambriento'. Es muy agradable, pero puede conducir al hombre a la destrucción porque nunca se le plantea el problema de la santidad y la justicia y la ira de Dios.

Otra doctrina que el falso profeta no enfatiza nunca es la del juicio final y el destino eterno de los condenados. En los últimos cincuenta o sesenta años, no se ha predicado mucho acerca del juicio final, y tampoco acerca del infierno y de la destrucción eterna de los malvados. No, a los falsos profetas no les gustan enseñanzas como las que contiene la segunda Carta de Pedro. Han tratado de negar su autenticidad porque no cuadran con su doctrina. Dicen que ese capítulo no debería estar en la Biblia. Es demasiado tuerte y agresivo; pero ahí está. Y no es un caso aislado. Hay otros. Leamos la Carta de Judas, leamos el así llamado suave apóstol del amor, el apóstol Juan, en su primera Carta, y encontraremos lo mismo. Pero también está aquí en este Sermón del Monte. Sale de la boca del Señor mismo. Él es quien habla acerca de los falsos profetas con vestimenta de oveja que son como lobos rapaces; Él es quien los describe como árboles corruptos y malos. Trata del juicio exactamente de la misma manera en que Pablo lo hizo cuando predicó a Félix y a Drusila acerca de "la justicia, el dominio propio y el juicio venidero!"

La enseñanza del falso profeta tampoco subraya la condición radicalmente pecaminosa del pecado y la incapacidad total del hombre para hacer algo por su propia salvación. A menudo, ni siquiera cree en el pecado y, ciertamente, no subraya su naturaleza vil. No dice que todos somos perfectos; pero sí sugiere que el pecado no es grave. En realidad, no le gusta hablar acerca del pecado; sólo habla acerca de pecados individuales o específicos. No habla acerca de la naturaleza caída, ni dice que el hombre mismo en su totalidad está caído, perdido y depravado. No le gusta hablar acerca de la solidaridad de todo el género humano en el pecado, y el hecho de que todos hemos pecado y estamos "destituídos de la gloria de Dios". No enfatiza esta doctrina de la "malicia total del pecado", como se encuentra en el Nuevo Testamento. No enfatiza el hecho de que el hombre está muerto "en delitos y pecados", de que no tiene esperanza y es totalmente incapaz. No le gusta esto; no ve la necesidad de hacerlo. Lo que el Señor trata de subrayar es que el falso profeta no dice estas cosas, de modo que el creyente inocente que lo escucha da por supuesto que cree en ellas. La pregunta que se plantea respecto a tales maestros es ¿creen en estas cosas? La respuesta, obviamente, es que no, de lo contrario se sentirían impulsados a predicarlas y enseñarlas.

Luego está el aspecto expiatorio del sacrificio y la muerte vicaria del Señor Jesucristo. El falso profeta habla acerca de "Jesús"; incluso, se complace en hablar de la cruz y de la muerte de Cristo. Pero la pregunta vital es, ¿Qué idea tiene

de esa muerte? ¿Qué idea tiene de esa cruz? Se enseñan puntos de vista que son totalmente herejes y niegan la fe cristiana. La prueba definitiva es ésta. ¿Se da cuenta de que Cristo murió en la cruz porque fue la única manera de expiar y hacer propiciación por el pecado? ¿Cree también que Cristo fue crucificado en la cruz en lugar suyo, que llevó "en su cuerpo sobre el madero" Su culpa y el castigo de su culpa y su pecado? ¿Cree que si Dios no hubiera castigado su pecado allá, en el cuerpo de Cristo en la cruz, y lo digo con reverencia, ni siquiera Dios le hubiera podido perdonar? ¿Cree que fue sólo enviando a su propio Hijo como propiciación por nuestros pecados, en la cruz, que Dios pudo ser "el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:25,26)? Hablar simplemente acerca de Cristo y de la cruz no basta. ¿Es la doctrina bíblica de la expiación penal y vicaria? Esta es la forma de probar al falso profeta. El falso profeta no dice estas cosas. Habla en torno a la cruz, no de la cruz. Habla acerca de los que estaban en torno a la cruz y habla de forma sentimental acerca de nuestro Señor, nada sabe acerca de la "ofensa de la cruz" de Pablo. Su predicación de la cruz no es "para los gentiles locura" ni "para los judíos ciertamente tropezadero". A través de su filosofía, le ha quitado todo efecto a la cruz. Ha hecho de ella algo maravilloso, una filosofía estupenda de amor y sentimiento, debido a que el mundo no está interesado en otra cosa. Nunca la ha visto como una transacción tremenda y santa entre el Padre y el Hijo, en el cual el Padre ha hecho que su Hijo sea "pecado por nosotros", y ha colocado sobre él nuestra iniquidad. En su enseñanza no se encuentra nada de esto, y por esto es falsa.

Tampoco enfatiza el arrepentimiento en un sentido real. Presenta una puerta muy ancha que conduce a la salvación y un camino muy espacioso que conduce al cielo. No hay por qué percibir mucho la condición pecadora de uno; no hay por qué tomar conciencia de la negrura del propio corazón. Simplemente, hay que decidirse por Cristo y unirse a la multitud; se añade el nombre propio a la lista, y pasa a ser una de las muchas 'decisiones' acerca de las que informa la prensa. Es muy distinto del evangelismo de los Puritanos y de John Wesley, George Whitefield y otros; aquel evangelismo conducía al temor del juicio de Dios, y a la angustia del alma, a veces por días, semanas y meses. John Bunyan nos dice en su *Grace Abounding* (Gracia Abundante) que durante dieciocho meses sufrió la agonía del arrepentimiento. Hoy día no parece que haya mucha posibilidad de esto. Arrepentimiento significa darse cuenta de que se es culpable, pecador vil en la presencia de Dios, que se merece la ira y castigo de Dios, que uno camina hacia el infierno. Significa que se comienza a percibir que eso que se llama pecado está en uno, que se anhela liberarse de ello, que se le vuelve la espalda, cualquiera que sea, al mundo tanto en forma de pensar, como en perspectiva, como en práctica, y se niega uno a sí mismo para tomar la cruz y seguir a Cristo. Quizá haya que sufrir económicamente, pero no importa. Esto es arrepentimiento. El falso profeta no lo presenta así. Cura "la herida de la hija de mi pueblo con liviandad", diciendo simplemente que todo está bien, que lo único que hay que hacer es "venir a Cristo", "seguir a Jesús", o "hacerse cristiano".

En última instancia, se puede plantear así. El falso profeta no enfatiza la necesidad absoluta de entrar por la puerta estrecha y andar por el camino angosto. No nos dice que tenemos que practicar el Sermón del Monte. Si sólo lo escuchamos sin practicarlo, estamos condenados. Si sólo lo comentamos, sin aplicarlo, se levantará en juicio contra nosotros para condenarnos. La enseñanza falsa no se interesa por la verdadera santidad, por la santidad bíblica. Sostiene una idea de la

santidad parecida a la que tenían los fariseos. Recordemos que escogían ciertos pecados de los que ellos mismos no eran reos, según creían, y decían que con tal de no ser culpables de ellos todo lo demás no importaba. ¡Ay, cuantos fariseos hoy día! La santidad se ha convertido en no hacer tres o cuatro cosas. Ya no pensamos en función de "no améis el mundo, ni las cosas que están en el mundo... los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida" (Un. 2:15,16). "La vanagloria de la vida" es una de las mayores maldiciones en la Iglesia cristiana. La enseñanza falsa desea una santidad como la de los fariseos. Es simplemente cuestión de no hacer ciertas cosas acerca de las que nos hemos puesto de acuerdo, porque da la casualidad que no nos atraen gran cosa. Con ello, hemos reducido la santidad a algo fácil y acudimos en masa al camino espacioso y tratamos de seguirlo.

Estas son algunas de las características de estos falsos profetas que vienen disfrazados de ovejas. Ofrecen siempre una salvación fácil, una clase de vida fácil. Desaconsejan el auto examen; más aún, casi sienten que examinarse a sí mismo es hereje. Dicen que no hay que examinar la propia alma. Siempre hay que "mirar a Jesús", nunca a uno mismo, para poder descubrir el pecado. Desaconsejan lo que la Biblia nos aconseja que hagamos, 'examinarnos' a nosotros mismos, 'probarnos a nosotros mismos' y situarnos frente a esta última sección del Sermón del Monte. No les gusta el proceso de auto examen y de mortificación del pecado que enseñaban los puritanos, y los grandes líderes del siglo dieciocho —no sólo Whitefield, Wesley y Johathan Edwards. sino también el santo John Fletcher, quien, todas las noches antes de acostarse, se hacía doce preguntas. No creen en esto porque es incómodo. Quieren una salvación fácil, una vida cristiana fácil. Nada conocen del sentir de Pablo, cuando dice "los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia". Nada sabe acerca del pelear "la buena batalla de la fe". No saben qué quiere decir Pablo cuando afirma que "no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:12). No entienden esto. No ven necesidad alguna de revestirse de la armadura toda de Dios, por qué no han visto el problema. ¡Todo es tan fácil!

Hoy día no gusta esta clase de enseñanza contra los falsos profetas. Vivimos en una época en que la gente dice que, con tal de que alguien profese ser cristiano, debemos considerarlo como hermano y seguir juntos. Pero la respuesta es lo que dijo nuestro Señor, "Guardaos de los falsos profetas!" Estas advertencias terribles y penetrantes están en el Nuevo Testamento debido precisamente a lo que he venido comentando. Claro que no debemos ser hipercríticos; pero tampoco debemos confundir la amistad y afabilidad con la santidad. No se trata de personalidades. No debemos despreciar estas personas. De hecho, el Dr. Alexander MacLaren tiene razón cuando afirma que son hipócritas inconscientes. No es que no sean agradables y complacientes; lo son. En cierto sentido, este es el peligro mayor, y ello es lo que hace ser una fuente tal de peligro. Pongo de relieve esto porque, según nuestro Señor, es algo que siempre nos acecha. Hay un camino que conduce a la 'perdición', y el falso profeta no cree en 'perdición'.

¿No es acaso cierto que la explicación del estado actual de la iglesia cristiana es precisamente esto que hemos venido examinando? ¿Por qué la iglesia se vuelve tan débil e ineficiente? No vacilo en responder que se debe a la clase de predicación que se introdujo como consecuencia del movimiento de la alta crítica

en el siglo pasado, el cual condenaba totalmente la predicación doctrinal. Abogaba por una predicación moral. Tomaban las ilustraciones de la literatura y poesía, y Emerson vino a ser uno de sus Sumos Sacerdotes. Esta es la causa del problema. Seguían hablando de Dios; seguían hablando de Jesús; seguían hablando de su muerte en la cruz. No se presentaban como herejes evidentes; pero no mencionaban esas otras cosas que son vitales para la salvación. Ofrecían ese mensaje vago que nunca molesta a nadie. Eran siempre tan modernos y agradables; estaban tan al día. Agradaban al paladar popular, y el resultado es no sólo las iglesias vacías, acerca de las que tanto se nos habla en los tiempos actuales, sino como veremos, la calidad mediocre de la vida cristiana que se encuentra entre tantos de nosotros. Estas cosas son amargas y desagradables, y tanto si se me cree como si no, tengo que confesar honestamente que si no me hubiera comprometido a predicar, como lo estoy haciendo, todo el Sermón del Monte, nunca hubiera escogido estas palabras como texto. Nunca había predicado acerca de ellas. Nunca he escuchado un sermón en torno a las mismas. ¿Me pregunto cuántos de nosotros lo hemos escuchado? No nos gusta; es molesto; pero a nosotros no nos atañe escoger lo que nos gusta. Esto lo dijo el Hijo del Hombre, y lo sitúa en el contexto del juicio y la destrucción. Así pues, aún a costa de que se me llame cazador de herejías o persona que se sienta a juzgar a sus hermanos y a todo el mundo, he tratado honestamente de explicar la Biblia. Y ruego que pensemos otra vez en ello en oración, en la presencia de Dios, mientras consideramos el valor de nuestra alma inmortal y su destino eterno.

## **CAPITULO 53**

### **El Árbol y el Fruto**

Nuestro anterior examen de este difícil pasaje 7:15-20, puso de relieve sobre todo el elemento de sutileza de los falsos profetas, esos hombres que vienen a nosotros vestidos de ovejas cuando interiormente no son sino lobos rapaces. Para muchos, esta sección resulta difícil debido a su contexto, ya que se encuentra después de esas palabras: "no juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados!" Sin embargo, estas palabras las pronunció nuestro Señor mismo. Los falsos profetas siempre se sienten incómodos ante ciertas afirmaciones de Nuestro Señor. Nunca les gusta Mateo 23, por ejemplo, donde nuestro Señor describe a los fariseos como 'sepulcros blanqueados'. Nuestros falsos profetas modernos tratan de encontrar cosas buenas que decir incluso de los fariseos. El falso profeta vestido de oveja enseña que nunca hay que decir nada que suene a crítica o que resulte duro. Pero esas palabras las pronunció nuestro Señor mismo, y por ello hay que tenerlas en cuenta. Repitémoslo otra vez, hay que evitar el espíritu de censura; pero no se puede explicar el Sermón del Monte en forma plena a no ser que nos enfrentemos con esas palabras, a no ser que nos ocupemos de ellas con sinceridad, dándonos cuenta de que estamos estableciendo una pauta según la cual nosotros mismos seremos juzgados.

Nuestro Señor quería a todas luces enfatizar este punto. Ha dicho que los falsos profetas se conocerán por sus frutos y, luego, pasa a elaborar esto con otra

**metáfora. Dice, "¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis!" Adviértase que comienza y concluye con "por sus frutos los conoceréis", y "Así que, por sus frutos los conoceréis" —repetición que tiene como fin subrayar la idea—.**

**En primer lugar, debemos dejar bien claro un punto puramente técnico, a saber, el significado de esta palabra 'malo'. "Todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos". "Malo", claro está, no significa podrido, porque el árbol podrido no da ninguna clase de fruto. Esto es muy importante, porque si no nos damos cuenta de ello, volveremos a perder este elemento de sutileza que es básico en el pensamiento de nuestro Señor. Llama la atención acerca del hecho de que árboles que tienen aspecto semejante en cuanto que parecen completamente normales, no producen necesariamente la misma clase de fruto. Un árbol puede producir buen fruto, el otro fruto malo. Lo que se llama 'fruto malo' tampoco quiere decir completamente 'podrido'; significa de mala calidad, no bueno. El contraste, pues, que nuestro Señor destaca se da entre dos clases de árbol, que son de aspecto quizá idénticos, pero que, cuando se juzgan por el fruto que dan, resultan ser totalmente diferentes. Uno se puede comer, pero el otro no. Es evidente que esto contiene una enseñanza muy profunda. Una vez examinada la cuestión doctrinal, se puede pasar ya a la cuestión de la vida, de la conducta y comportamiento.**

**Antes de entrar en detalles, sin embargo, hay que subrayar el gran principio que nuestro Señor inculca aquí: ser cristiano es algo que está en la esencia misma de la personalidad, algo vital y fundamental. No se trata de apariencias superficiales tanto respecto a la creencia como a la vida. Al usar esta metáfora de la índole, la naturaleza, la esencia verdadera de estos árboles y del fruto que producen, nuestro Señor subraya mucho esto. Y no cabe duda de que se trata de algo que siempre debemos buscar, tanto en nosotros mismos como en los demás. Parece centrar la atención en el peligro de engañarse con las apariencias. Es lo mismo que en el caso de la otra metáfora de los falsos profetas que vienen a nosotros vestidos de ovejas. En otras palabras, es el peligro de parecer ser cristianos sin serlo en realidad. Ya hemos visto que eso puede suceder en el campo de la enseñanza y doctrina. Alguien puede parecer que predica el evangelio cuando, en realidad, si se juzga según pruebas genuinas, no lo hace. Lo mismo ocurre en el caso de la conducta y la vida. El peligro, en este caso, radica en tratar de hacernos cristianos añadiendo ciertas cosas a nuestra vida, en vez de llegar a ser algo nuevo, en vez de recibir vida interior, en vez de que la naturaleza que está en nosotros se renueve según la imagen del Señor Jesucristo mismo.**

**Lo que la enseñanza de nuestro Señor subraya en este pasaje es el hombre mismo, y dice en realidad que lo que importa en última instancia es precisamente esto. Alguien puede hablar en la forma adecuada, puede parecer que vive bien, y con todo, según nuestro Señor, ser permanentemente un falso profeta. Puede tener la apariencia de vida cristiana sin en realidad ser cristiano. Esto ha sido una fuente constante de problemas y peligros en la larga historia de la iglesia cristiana. Pero nuestro Señor nos ha puesto sobre aviso desde el principio para que captemos este principio; que ser cristiano significa un cambio en la vida y naturaleza mismas**

el hombre. Es la doctrina del nuevo nacimiento. Ninguna acción del hombre vale nada a no ser que haya cambiado su naturaleza. Pronto nos ocuparemos de esta afirmación: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Ahí tenemos a un hombre que ha hecho cosas sorprendentes en su vida; pero él mismo no ha cambiado. Decía y hacía lo adecuado, pero de nada valía. Exactamente lo mismo puede suceder en la vida y conducta. En este sentido el cristianismo es único, es decir, en cuanto se preocupa sobre todo del estado del corazón. Y en la Biblia el corazón no suele ser la sede de las emociones, sino el centro de la personalidad. Tomemos, por ejemplo, mateo 12: 33-37. No cabe duda de que en ese pasaje nuestro Señor lo plantea con claridad y precisión: "O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo; porque por el fruto se conoce al árbol." Se vuelve a subrayar la índole o naturaleza del árbol. En otro lugar dice, "Lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre". No son simplemente las cosas que uno hace externamente; no es cuestión de lavar la parte de afuera de tazas y bandejas; no es lo que entra sino lo que sale; lo que cuenta es el hombre mismo. Nuestro Señor se esfuerza mucho por subrayar, con esta metáfora, que lo que hay en el corazón siempre se manifiesta. Se manifestará en las creencias, en las enseñanzas y doctrina. Se manifestará también en la vida. No siempre resulta fácil de ver, pero nuestro Señor nos dice que si tenemos los ojos iluminados con la enseñanza del Nuevo Testamento, siempre estaremos en condiciones de reconocerlo. Vimos, hablando de la doctrina por ejemplo, que si lo único que se mira es si alguien va a decir o no cosas totalmente equivocadas, probablemente nunca se detectarán los falsos profetas porque no dicen cosas así. Pero si se cae en la cuenta de que hay ciertas cosas que un verdadero cristiano siempre tiene que subrayar, y se las busca, entonces se puede descubrir que no aparecen por ninguna parte, y se puede sacar la conclusión de que esa persona que uno creía que era cristiano, es un falso profeta y, por consiguiente, un peligro serio. Lo mismo ocurre en el caso de la vida. Podemos mostrar esto con una serie de principios.

El primer principio es que hay un lazo indiscutible entre creencia y vida, es decir, la naturaleza se manifiesta. Lo que el hombre es, en última instancia, en lo más profundo de su ser, siempre se manifestará, precisamente en su creencia y vida. Estas dos cosas van indisolublemente unidas. Lo que el hombre piensa, eso viene a ser. El hombre actúa como piensa. En otras palabras, manifestamos inevitablemente lo que somos y creemos. No importa el cuidado que tengamos, en un momento u otro se manifestará. La naturaleza debe manifestarse. No se obtienen "uvas de los espinos" ni "higos de los abrojos"; "no puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos!" No estamos en el terreno de las apariencias; estamos haciendo un examen más crítico. Nuestro Señor propone todo esto en forma absoluta; y si observamos a otros y a la vida con todo cuidado, debemos estar de acuerdo en que así es.

Quizá nos engañemos por un tiempo. Las apariencias pueden engañar mucho; pero no duran. A los puritanos les gustaba mucho tratar en detalle a los que llamaban 'creyentes temporales'. Con esto querían decir personas que parecían entrar bajo la influencia del evangelio, personas que daban la impresión de estar verdaderamente convertidas y regeneradas. Hablaban en la forma adecuada y manifestaban cambio en la vida; parecían cristianos. Pero los puritanos los llamaban 'creyentes temporales' porque después llegaban a dar pruebas inconfundibles y claras de que

nunca habían llegado a ser verdaderamente cristianos. Esto pasa mucho en los avivamientos. Cuantas veces hay un despertar religioso, o emoción religiosa, se suelen encontrar personas que, por así decirlo, siguen la corriente. No se dan bien cuenta de qué sucede, pero caen bajo la influencia general del Espíritu Santo y por un tiempo se sienten realmente afectados. Pero, según esta enseñanza, quizás nunca lleguen a ser verdaderamente cristianos.

En 2 Pedro 2, se encuentra una exposición de esto. El apóstol describe, en forma clara y gráfica casos así. Habla de personas que habían entrado en la iglesia y habían sido aceptados como cristianos, pero luego habían salido. Las describe así. "El perro vuelve a su vomito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno." Se ve lo que ha sucedido. Para emplear su ilustración, incluso a la puerca se la puede lavar, y puede parecer limpia en lo externo; pero su naturaleza no ha cambiado. Esto se ve todavía más claro cuando se compara con lo que dice el apóstol Pedro en el versículo 4 del capítulo 1 de la misma Carta. Afirma que el cristiano ha "huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". Pero cuando llega a esos creyentes temporales, en el capítulo segundo, dice que han sido sacados no de la 'corrupción' sino de 'las contaminaciones'. Hay una especie de purificación superficial que no cambia la naturaleza. El purificarse es importante, pero puede ser muy engañoso. El que sólo se ha purificado en lo externo, puede parecer cristiano. Pero la argumentación de nuestro Señor es que lo que hace que lo sea o no es la naturaleza íntima. Y esta naturaleza íntima tiene que manifestarse.

Quizá haya que esperar antes de encontrar pruebas verdaderas. Dios lo ve desde el principio, pero nosotros somos muy lentos en ver estas cosas. Pero, en un momento u otro, el hombre mostrará lo que es. Con toda seguridad lo mostrará en su enseñanza, y también en su vida. Es completamente inevitable. Podemos decir, por tanto, que la verdadera fe cristiana debe producir por necesidad una forma característica de vivir. Sin duda que este es el significado de la pregunta: ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Estas cosas nunca se pueden separar; la naturaleza íntima se va a manifestar. La creencia básica del hombre se manifestará en su vida, ya sea antes o después. Debemos tener cuidado, por tanto, en no creer verdadero lo que parece como cristianismo genuino, pero que en realidad no es sino impostura y apariencia externa. Se nos exhorta a que nos enseñemos y disciplinemos a nosotros mismos para buscar con cuidado el fruto.

Ahora debemos examinar en detalle la naturaleza o carácter del fruto bueno. Debemos buscarlo en nosotros mismos y en los demás. Debemos tener sumo cuidado, por qué hay quienes se encuentran fuera de la puerta estrecha y angosta diciéndonos, "No hay que hacer todo esto. Este es el camino". Y nos pueden engañar. Por ello debemos aprender a discriminar; y también, al examinar el fruto, debemos tener presente este elemento de sutileza. Hay clases de vida que se parecen mucho al verdadero cristianismo, y obviamente, son las más peligrosas de todas. Parece cada vez más claro que los enemigos mayores de la fe cristiana genuina no son los que se hallan en el mundo, persiguiendo en forma agresiva al cristianismo o prescindiendo de forma abierta de su enseñanza; son más bien los que poseen un cristianismo falso y espurio. Son los que recibirán la condena que nuestro Señor lanza en este pasaje contra los falsos profetas. Si uno examina la historia de la Iglesia, desde sus comienzos, descubre que siempre ha sido así. El cristianismo falso y fingido siempre ha sido el obstáculo y enemigo mayor de la verdadera espiritualidad. Y no cabe duda de que el problema mayor en los tiempos

actuales es el estado mundano de la iglesia. Debería preocuparnos mucho más el estado de la iglesia misma que el estado del mundo fuera de la iglesia. Parece cada vez más evidente que la explicación del estado actual de la Cristiandad, se encuentra dentro de la iglesia y no fuera. En todo esto, no hay que perder de vista el aspecto de la sutileza, y, en consecuencia, hay que aplicar ciertas pruebas delicadas.

Las pruebas pueden ser tanto generales como específicas. Hemos aquí, por así decirlo, frente a alguien que ha hecho profesión de cristiano. No dice nada que sea obviamente erróneo, y parece vivir una buena vida cristiana. ¿A qué prueba sometemos a tal persona? Se pueden tener personas simpáticas, moralmente correctas, con una norma y código elevados de vida personal; se parecen mucho a los cristianos aunque quizá no lo sean. ¿Cómo se pueden distinguir? He aquí algunas preguntas a las que hay que dar respuesta. Ante todo, ¿por qué vive esta persona esa clase de vida? Tomemos el caso de un hombre bueno hoy día que no pretende ser cristiano, o un hombre que asiste regularmente a un lugar de culto, pero que, juzgado según las normas del Nuevo Testamento, no es cristiano. ¿Por qué viven como lo hacen? Existen muchas razones para ello. Puede ser simplemente cuestión de temperamento. Hay personas con buena naturaleza. Tienen un temperamento y carácter equilibrado; son tranquilos, no hay en ellos nada naturalmente vicioso ni ofensivo. No tiene que hacer ningún esfuerzo para ser así; nacieron así, son así. Es algo puramente físico y natural.

En segundo lugar, ¿vive ese hombre esta clase de vida porque tiene ciertas creencias o acepta cierta enseñanza moral? Hay personas, en otras palabras, que son lo que se puede llamar buenos paganos. Se los describe y analiza muy bien en un libro llamado *The Failure of the Good Pagan* (El Fracaso de un Buen Pagano), de Rosalind Murray. Esas personas tienen normas muy elevadas y las practican a diario. Se puede hacer todo esto completamente aparte del cristianismo. Así pues, si se juzga sólo por las apariencias generales de la vida de alguien, es posible engañarse. A menudo se dice que hay mejores cristianos fuera de la iglesia que dentro. Esto quiere decir que se puede encontrar excelente moralidad fuera de la iglesia. Pero la moralidad quizás no tenga nada que ver con el cristianismo. No tiene conexión necesaria con el mismo. Los grandes filósofos griegos propusieron sus grandes enseñanzas morales antes de que Cristo viniera. Y es aún más significativo que los filósofos griegos fueran a veces opositores violentos del evangelio cristiano; ellos fueron los que consideraron como 'locura' la predicación de la cruz.

En consecuencia, no hay que mirar solamente al hombre y a su vida en general. Hay que tratar de descubrir las razones y motivos de sus actos. Desde el punto de vista cristiano, existe una sola prueba vital a este respecto. ¿Da este hombre la impresión de que vive esa clase de vida por qué es cristiano y debido a su fe cristiana? Si no vive así por ser cristiano, de nada vale; es lo que nuestro Señor llama frutos malos. El Antiguo Testamento lo plantea con mucho vigor cuando dice: "Todas nuestras justicias (son) como trapo de inmundicia!" A los ojos de Dios lo que tiene valor, en última instancia, es sólo lo que es fruto del carácter cristiano, lo que nace de la nueva naturaleza.

Esta es la prueba general. Vemos ahora algunas pruebas específicas. En esto debemos tener cuidado para no exponernos a que se nos acuse de espíritu de

crítica; además debemos tener presente que lo que digamos nos juzga a nosotros mismos. Las pruebas específicas de esta vida son tanto negativas como positivas. Decimos negativas en cuanto que si alguien no es verdaderamente cristiano, si no posee la verdadera doctrina cristiana, encontraremos inevitablemente en su vida una cierta flojedad, un cierto fallo en conformarse al verdadero carácter cristiano. No hace nada totalmente malo. No cae ni en la embriaguez, ni en el homicidio, ni en ningún otro pecado grave. Pero a no ser que el hombre crea en los puntos esenciales de la fe cristiana que subrayamos antes, en su vida aparecerán puntos flojos. Si el nombre es consciente de la santidad total, absoluta de Dios y de la malicia extrema del pecado, si no ve que el verdadero mensaje de la cruz del Calvario es que la justicia del hombre nada vale y que el hombre es pecador abyecto, sin esperanza, todo esto se va a notar en su vida. Tiene que aparecer, y de hecho aparece, aunque su vida se conforme a un código moral general. En el hombre que rechaza esta doctrina de la salvación siempre hay algún sector en el que hay fallos en cuanto al andar por el camino angosto, algún sector en el que se da conformidad con el mundo y sus puntos de vista. Su forma de vivir se puede parecer mucho a la del cristiano, pero si se observan los detalles, se descubrirá qué falla. Es muy difícil plantear esto en una forma clara y explícita. Hay personas acerca de las que sólo se puede decir que, aunque no se encuentre en ellas nada específicamente malo, se percibe que hay algo básicamente malo. No se encuentra nada específico que condenar, pero, al mismo tiempo, se siente que toda su perspectiva es secular y no espiritual, que si bien nunca hacen nada totalmente mundano, toda su actitud es mundana. Hay en ellos una falta de calidad y una ausencia de esa 'atmósfera' peculiar que siempre se encuentra en la persona verdaderamente espiritual.

Pero, para plantearlo en forma positiva, lo que hay que buscar en todo aquel que se dice cristiano, es la prueba de las Bienaventuranzas. La prueba del fruto nunca es negativa, sino positiva. Ciertas manzanas pueden tener muy buen aspecto, pero en cuanto comenzamos a comerlas se ve que están malas. Esta clase de prueba es positiva. El verdadero cristiano debe vivir las Bienaventuranzas, por qué no se recogen uvas de los espinos, ni higos de los abrojos. El árbol bueno da frutos buenos; no puede evitarlo, tiene que darlos. El hombre que posee la naturaleza divina en sí mismo, debe producir este fruto bueno, el fruto bueno que se describe en las Bienaventuranzas. Es pobre de espíritu, llora el pecado, es manso, tiene hambre y sed de justicia, es pacificador, es puro de corazón, y así sucesivamente.

Estas son algunas de las pruebas, y su resultado es siempre excluir al 'buen pagano'. También excluye siempre a los falsos profetas y a los creyentes temporales, porque éstas son pruebas de la naturaleza íntima del hombre y de su verdadero ser. También se puede expresar en función de los frutos del Espíritu que se describen en Galatas 5. El fruto que se forma en nosotros y que se manifiesta es amor, paz, paciencia, benignidad, bondad, mansedumbre, templanza, fe: —este es el fruto, y hay que buscarlo en la vida del hombre—. No se encuentra en el hombre que es sólo moralmente justo: este fruto sólo lo puede producir un árbol bueno. Al cristiano se le suele conocer por su mismo aspecto. El hombre que cree en la santidad de Dios y que conoce su propia condición pecadora y la negrura de su corazón, el hombre que cree en el juicio de Dios y en la posibilidad del infierno y el tormento, el hombre que realmente cree que es tan vil e impotente que nada lo puede salvar y reconciliar con Dios, sino la venida del Hijo de Dios del cielo a la tierra y su ascenso a la vergüenza, agonía y crueldad de la cruz, este hombre va a

mostrar todo esto en su personalidad. Es un hombre que tiene que dar la impresión de mansedumbre, que será humilde. Nuestro Señor nos recuerda en este pasaje que si alguien no es humilde, hay que tener mucha cautela con él. Puede ir vestido de oveja, pero esto no es verdadera humildad, no es verdadera mansedumbre. Y si la doctrina de alguien es equivocada, se manifestará en esto. Será afable y agradable, resultará atractivo para el hombre natural y para lo físico y carnal; pero no dará la impresión de ser alguien que se ha visto como pecador camino del infierno y que ha sido salvado sólo por la gracia de Dios. La verdad que hay dentro debe afectar necesariamente la apariencia del hombre. El hombre del Nuevo Testamento es sobrio, grave y humilde, manso. Posee el gozo del Señor en el corazón, sí, pero no es efusivo, no es ruidoso, no es carnal en su vida. Es alguien que dice con Pablo, "Los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia" (2Cor. 5:4). Decir y creer esto afectará al hombre todo, incluso la misma forma de vestir y el porte. No se interesa por la pompa y lo externo, no se interesa por causar impresión; es manso u se preocupa de Dios y de su relación con El, de la verdad de Dios. La prueba definitiva, sin embargo, es la humildad. Si en nosotros está el orgullo de la vida y del mundo, por necesidad, no sabemos gran cosa de la verdad; y deberíamos examinarnos de nuevo para asegurarnos de que poseemos la nueva naturaleza. Lo que tenemos dentro se manifestará. Si soy de mente mundana, aunque predique una gran doctrina, aunque haya renunciado a ciertas cosas, se manifestará en mis 'palabras ociosas'. Nuestro Señor dice que seremos juzgados por nuestras 'palabras ociosas'. (Mt. 12:36). Mostramos realmente lo que somos cuando no estamos sobre aviso. Podemos dar la impresión de que somos cristianos; pero nuestra verdadera naturaleza se manifiesta en lo que sale espontáneamente de uno. En consecuencia, todo lo que rodea a este hombre proclamará lo que es.

La forma en que alguien predica suele ser mucho más significativa de lo que dice, por que la forma en que habla revela lo que realmente es. Los métodos de una persona a veces desmienten el mensaje que se predica. El que predica el juicio y la salvación y, sin embargo, ríe, y bromea, niega lo que está predicando. La confianza en sí mismo, el depender de la habilidad humana y de la 'personalidad', proclaman que el hombre posee una naturaleza muy alejada de la del Hijo de Dios, quien fue "manso y humilde de corazón". Un hombre así no es como el apóstol Pablo, quien al ir a predicar a Corinto, no fue con confianza en sí mismo y en su sabiduría, sino "con debilidad, y mucho temblor y temor". ¡Cómo nos traicionamos, cómo manifestamos lo que realmente somos con nuestros actos espontáneos!

Finalmente, debemos recordar que, sea lo que fuere lo que pensemos de estas cosas, y por equivocados que estemos en nuestros juicios, y por mucho que nos engañen los falsos profetas, Dios es el juez y Dios nunca se engaña. "Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego". Que Dios tenga misericordia de nosotros. Que nos abra los ojos a estos principios vitales y nos capacite para ejercer este discernimiento respecto a nosotros mismos y respecto a todos los que pueden resultar peligrosos para nuestra alma y están falsificando gravemente la causa de nuestro bendito Señor en este mundo pecador y necesitado. Concentrémonos en asegurarnos que poseemos la naturaleza divina, que participamos de la misma, que el árbol es bueno; porque si el árbol lo es, el fruto también lo será por necesidad.

# **CAPITULO 54**

## **Falsa Paz**

**Examinemos ahora la sección 7:21-23. No cabe duda que estas palabras son, en muchos sentidos, las más solemnes que haya pronunciado en este mundo, no sólo algún hombre, sino incluso el mismo Hijo de Dios. En realidad, si alguien, un simple hombre, pronunciara palabras así nos sentiríamos compelidos no solo a criticarlo sino a condenarlo. Pero son palabras que pronunció el Hijo de Dios y, en consecuencia, exigen nuestra atención mas dedicada. ¿Cuántas veces, me pregunto, las hemos examinado o hemos oído predicar acerca de ellas? ¿No debemos acaso declararnos culpables del hecho de que, aunque pretendamos creer en toda la Biblia, en la práctica a menudo negamos parte de ella al prescindir de la misma, simplemente porque no favorece a la carne, o por qué nos perturba? Pero si creemos realmente que ésta es la Palabra de Dios, debemos examinarla toda; y, en especial, debemos tener cuidado de evitar esos argumentos espaciosos con los que algunos tratan de eludir la enseñanza clara de la Biblia. Estas palabras son sumamente solemnes y la única forma de considerarlas de verdad es examinarlas a la luz del hecho de que llegará un día en que todos los escenarios humanos desaparecerán. Estas palabras se dirigen a hombres y mujeres que están conscientes del hecho de que tendrán que presentarse delante de Dios para el juicio final.**

**Es evidente que en este párrafo nuestro Señor prosigue el tema del que se ha ocupado en el párrafo anterior, donde puso sobre aviso al pueblo frente a los falsos profetas. Para nuestro Señor este asunto es tan extremadamente grave que vuelve a ocuparse de él. No le basta una amonestación. Ya ha concluido la enseñanza del Sermón, y lo ha elaborado en gran detalle. Ahora lo está aplicando. Comienza la aplicación en la exhortación acerca del entrar por la puerta estrecha y andar por el camino angosto. Pero le preocupa que nadie se desvíe a este respecto, que repite la amonestación una y otra vez.**

**Una vez nos ha mostrado la sutileza de los falsos profetas en las dos analogías notables que hemos examinado, nuestro Señor ahora advierte acerca de lo mismo en una forma todavía más explícita. Esta vez incluso es más brusco que la anterior, y nuestro Señor sin duda lo plantea así porque se trata de un asunto sumamente grave por tratarse del peligro terrible que nos acecha a este respecto. Su método es el mismo que ha empleado a lo largo del Sermón del Monte, comienza siempre con una afirmación franca, luego la examina e ilustra. La elabora y amplía. Esto es lo que tenemos en este párrafo específico. Ante todo dice, "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos!" Esta es la afirmación. Pero luego pasa a ilustrarla y elaborarla. "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor!" etc.**

**Lo más importante, desde el punto de vista de la exposición, es que tenemos las dos partes juntas, que no aislemos el versículo 21 de los versículos 22 y 23, como algunos han tratado de hacer, sino que tomemos todos estos versículos juntos y los consideremos como la presentación de la proposición y la demostración de sus implicaciones. La importancia de hacerlo así se ve cuando se nos recuerda que algunos, tomando el versículo 21 por separado, han argüido que nuestro Señor en**

realidad enseña que, en última instancia, lo que importa no es tanto lo que el hombre cree sino lo que el hombre hace. Esta cita la emplean a menudo los que gustan de presentar como dos cosas opuestas la fe y las obras. Preguntan: "¿Acaso no dijo, no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos?". Sostienen que se subraya la acción. Y luego presentan toda su doctrina de la salvación por las obras. "Algunos", dicen, "se preocupan siempre de la doctrina, y pasan todo el tiempo hablando de ella, pero no es la doctrina del hombre lo que importa sino lo que hace". Interpretan mal este versículo 21 porque lo aíslan de los versículos 22 y 23. Pero en cuanto uno los coloca juntos, se ve que el objetivo de la afirmación no es el contraste de fe y obras, porque nuestro Señor en los versículos 22 y 23 dice acerca de las obras precisamente lo que dice acerca de la fe en los versículos 21 y 22. En consecuencia, es importante tomar el texto en su contexto y no aislarlo.

No, en este pasaje el mensaje no pretende recalcar las obras a expensas de la fe; es algo mucho más grave que esto. Se trata más bien de abrir nuestros ojos de nuevo al terrible peligro del autoengaño y de la auto ilusión. Ello es lo que preocupa a nuestro Señor. Es el mismo tema general del párrafo anterior. En éste, el peligro se consideró en función de ser desviados por falsos profetas debido a su vestimenta de ovejas y al carácter atractivo de su doctrina tan engañosa y tan sutil. En este caso, nuestro Señor pasa a mostrarnos lo mismo, pero ahora no en los falsos profetas sino en nosotros mismos. Es el peligro, el terrible peligro del autoengaño y de la auto-ilusión. O, para decirlo en forma positiva, nuestro Señor vuelve a destacar que delante de Dios nada vale sino la verdadera santidad, "la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (He. 12:14). Y si nuestra idea de la justificación por fe no incluye esto, no es enseñanza bíblica, es un engaño peligroso. Debemos repetir de nuevo que la Biblia hay que tomarla como un todo y nuestro Señor en este pasaje simplemente nos pone sobre aviso respecto a que, sea lo que fuere lo que digamos o hagamos, no podemos estar en la presencia de Dios si no somos verdaderamente justos y santos. Es lo que enseña la Biblia desde el principio hasta el fin. Es la enseñanza del Señor mismo; no es legalismo humano. Una vez más muestra lo que significa la verdadera fe, y lo hace de una forma nueva.

Podríamos decirlo así. Nuestro Señor nos muestra algunas de las cosas falsas y equivocadas de las que los hombres tienden a depender. Nos hace una lista de las mismas. Primero pasaremos revista a esta lista; luego podemos examinar las lecciones y principios generales que se pueden deducir de esta enseñanza detallada. Pero tenemos que enfrentarnos cara a cara con las cosas que nuestro Señor someta a nuestra consideración. El principio general, que es fundamento de la enseñanza, es que de otra forma, nuestro Señor nos muestra lo que de hecho puede ocurrir en la vida de un hombre que al final se condenará. Esto es lo alarmante. Nos muestra que se puede llegar tan lejos y, sin embargo, estar completamente equivocado. No cabe duda que es una de las afirmaciones más sorprendentes de toda la Biblia.

La primera prueba falsa en la que muchos descansan es más bien sorprendente. No es sino una creencia correcta. "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". Hay personas, dice nuestro Señor de hecho, que me dicen, "Señor, Señor", y sin embargo nunca entrarán en el reino de los cielos. Debemos explicar esto con

**cuidado. No critica a los que dicen: "Señor, Señor". Todo el mundo debería decir: "Señor, Señor". Se refiere a los que poseen una doctrina adecuada respecto a su naturaleza y a su persona, a los que lo han reconocido, que acuden a Él y le dicen "Señor, Señor". Dicen lo que hay que decirle, creen lo que hay que creer acerca de él. Nuestro Señor no los critica por esto. Lo que dice es que no todos los que dicen eso entrarán en el reino de los cielos.**

**El aspecto negativo es muy importante. El que no dice: "Señor, Señor" nunca entrará en el reino de los cielos. Este es el punto de partida en todo este asunto de la salvación. Nadie es cristiano a no ser que diga: "Señor, Señor" al Señor Jesucristo. Pablo dice que nadie puede decir esto sin el Espíritu Santo (1Cor. 12:3). En otras palabras, la ortodoxia es absolutamente esencial. Tenemos, pues, aquí, no una crítica de la ortodoxia; esto jamás sería posible. Se refiere al hecho de que, si uno confía solamente en la ortodoxia que posee, se puede condenar. La ortodoxia es absolutamente vital y esencial. A no ser que creamos que Jesús de Nazaret es en realidad el Hijo de Dios, a no ser que lo reconozcamos como el Hijo eterno, "esencia eterna", hecho carne entre nosotros, a no ser que creamos la doctrina del Nuevo Testamento de que Dios lo envió para que fuera el Mesías, el Salvador del mundo, y que por esto ha sido exaltado y es Señor de todas las cosas, ante quien toda rodilla se hincará algún día, no somos cristianos (véase Fil. 2:5-11). Debemos creer esto. Ser cristianos significará en primer lugar creer ciertas verdades respecto al Señor Jesucristo; en otras palabras, creer en Él. No hay cristianismo aparte de esto. Ser cristiano significa que toda nuestra vida, nuestra salvación, nuestro destino eterno descansen enteramente en el Señor Jesucristo. Por esto, el verdadero cristiano dice, "Señor, Señor", este es el contenido de la afirmación. No quiere decir simplemente pronunciar las palabras adecuadas, indica que creemos en estas cosas cuando las decimos.**

**Pero lo alarmante y aterrador en lo que nuestro Señor dice es que no todo el que dice "Señor, Señor", entrará en el reino de los cielos. Los que entran en el reino de los cielos lo dicen; los que no lo dicen nunca pueden entrar en el reino de los cielos; pero no todos los que lo dicen entrarán en él. Es evidente que esto debería hacernos detener para reflexionar. Santiago, en su carta, dice lo mismo. Nos advierte que tengamos cuidado de confiar sólo en que creemos en ciertas cosas diciendo de una forma más bien sorprendente: "También los demonios creen, y tiemblan" (Stg. 2:19). Se encuentra un ejemplo de esto en los evangelios donde leemos que algunos demonios reconocieron al Señor y dijeron "Señor, Señor", pero siguieron siendo demonios. Todos corremos el peligro de contentarnos con un asentimiento intelectual a la verdad. Ha habido a lo largo de los siglos personas que han caído en esta trampa. Han leído la Biblia y han aceptado su enseñanza. Creyeron la enseñanza y, a veces, han sido expositores de la verdad y han luchado contra los herejes. Y sin embargo todo su carácter y vida han sido una negación de la verdad misma que decían creer.**

**Es un pensamiento aterrador y sin embargo la Biblia a menudo nos enseña que es una posibilidad terrible. El hombre no regenerado y no nacido de nuevo puede aceptar la enseñanza bíblica como una especie de filosofía, como una verdad abstracta. En realidad, no vacilaría en afirmar que siempre me resulta muy difícil entender cómo las personas inteligentes no se sienten compelidas a hacerlo así. Cualquiera que acuda a la Biblia con mente inteligente y se enfrente con su contenido, resulta casi increíble que no llegue a ciertas conclusiones lógicas**

inevitables. Se puede hacer esto y, sin embargo, no ser cristiano. Las pruebas históricas en favor de la Persona de Jesucristo de Nazaret son indiscutibles. No se puede explicar la permanencia de la iglesia cristiana sin Él, las pruebas son abrumadoras. Por ello, el hombre puede enfrentarse con esto y decir: "Sí, acepto este argumento". Puede aceptar la verdad y decir esto y, sin embargo, seguir siendo no regenerado, no cristiano. Puede decir, "Señor, Señor", y no entrar en el reino de los cielos. Nuestros antepasados, en épocas en que tomaron conciencia de estos peligros, solían resaltar mucho esto. Si leemos las obras de los púntanos, encontraremos que dedicaron no sólo capítulos sino volúmenes enteros al asunto de la 'falsa Paz'. Este peligro se ha reconocido a lo largo de los siglos. Es el peligro de confiar en la te en vez de en Cristo, de confiar en la fe sin realmente se regenerado. Es una posibilidad terrible. Hay personas que han sido educadas en hogares y atmósferas cristianos, quienes siempre han oído estas cosas, en un sentido siempre las han aceptado, y siempre han creído y dicho lo justo; pero con todo quizá no sean cristianos.

La segunda posibilidad es que esas personas quizá no sean sólo creyentes de la verdad, sino también fervorosos y celosos. Adviértase la repetición de la palabra 'Señor', no dicen simplemente 'Señor', dicen 'Señor, Señor'. Estas personas no son creyentes intelectuales solamente; hay un elemento de sentimiento; la emoción está involucrada. Parecen ansiosos y llenos de fervor. Sin embargo, nuestro Señor dice que incluso eso puede ser completamente falso, y que hay muchos que, llenos de celo y fervor, dicen las cosas adecuadas acerca de Él, y a Él, y, sin embargo, no entrarán en el reino de Dios. ¿Cómo se explica esto?

Hay que explicarlo así. Una de las cosas más difíciles, y todos los cristianos deben aceptarlo así, es distinguir entre fervor genuinamente espiritual y un celo y entusiasmo carnales, animales. El espíritu y el temperamento animal natural pueden muy bien hacer que el hombre sea ferviente y celoso. El hombre puede nacer con una naturaleza enérgica y un espíritu entusiasta y ferviente; algunos de nosotros debemos tener más cuidado que otros en esto. No hay nada acerca de lo cual el predicador necesite tener más seguridad que el celo y fervor que pone en su predicación no nazcan de su temperamento natural, sino de la verdadera fe en Cristo. Es algo muy sutil. Se prepara el mensaje y, una vez preparado, puede sentir satisfacción y complacencia en el orden y desarrollo de los pensamientos y en ciertas formas de expresión. Si es de naturaleza enérgica y ferviente, puede muy bien sentirse emocionado ante esto, sobre todo cuando predica el sermón. Pero puede nacer totalmente de la carne y no tener nada que ver con los asuntos espirituales. Todos los predicadores saben qué quiere decir esto, y quienquiera que haya tomado parte alguna vez en oraciones públicas, lo sabe también. Uno puede sentirse arrastrado por su propia elocuencia y por lo que está haciendo y no por la verdad que ello contiene. Hay personas que parecen pensar que su deber es ser fervientes y emotivos. Algunas personas nunca oran en público sin llorar y algunos tienden a pensar que sienten más que otros. Pero esto no se sigue necesariamente. El tipo emotivo es más propenso a llorar cuando ora, pero esto no significa necesariamente que sea más espiritual.

Nuestro Señor, pues, enfatiza que aunque digan "Señor, Señor", y sean fervientes y celosos, puede que no sea más que la carne. El tener gran entusiasmo en estas cosas no implica necesariamente espiritualidad. La carne lo puede explicar; puede falsear casi todo. Quizá se podría subrayar esto en forma adecuada citando algo

que escribió Robert Murray McCheyne. Ese hombre de Dios, con sólo subir al pulpito, hacía llorar a las personas. A la gente le parecía que acababa de estar en la presencia de Dios y con sólo su presencia conmovía. Así escribió una vez en su diario: "Hoy desaproveché una excelente oportunidad para hablar de Cristo. El Señor vio que hubiera hablado tanto para mi propia gloria como para la suya, y por ello cerró mis labios. Comprendo que el hombre no puede ser ministro fiel y fervoroso a no ser que predique sólo por Cristo, a no ser que renuncie a tratar de atraer a las personas hacia sí, y trate de atraerlas para Cristo. Señor", concluye, "concédenos esto!" Robert Murray McCheyne reconoce en estas palabras el peligro terrible de hacer las cosas en la carne e imaginar que las está haciendo uno por Cristo.

Ésta es la primera parte del análisis de nuestro Señor. No hay nada más peligroso que confiar sólo en una creencia correcta y un espíritu fervoroso y dar por supuesto que, mientras uno crea lo justo y sea celoso y activo respecto a ello, que por necesidad se es cristiano.

En los versículos que siguen, va más allá para incluir también las obras —y esto es lo que hace tan ridícula la supuesta antítesis entre fe y obras—. ¿Cuáles son, pues, las obras que, según el Señor, puede realizar el hombre y con todo permanecer fuera del reino? Es una lista realmente alarmante y aterradora. Lo primero que dice es: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre?" Profetizar significa ofrecer un mensaje espiritual. El Nuevo Testamento habla a menudo acerca de la profecía. Pablo se ocupa de ella por extenso en 1 Corintios, en relación con los varios dones que se ejercitaban en la iglesia. En esos días, antes de que se escribiera el Nuevo Testamento, ciertos miembros de la iglesia recibían mensajes y capacidad para transmitirlos por el Espíritu Santo. Esto significa profetizar; y nuestro Señor dice que habrá muchos que vendrán a Él en el día del juicio para decirle que han profetizado en su nombre —no en el de ellos mismos, sino en su nombre— pero Él les dirá: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad!" Podríamos interpretar esto para nuestro propio tiempo en la siguiente manera. Es posible que alguien predique la doctrina correcta y en el nombre de Cristo y, sin embargo, él mismo esté fuera del reino de Dios. Eso dice la afirmación, nada menos. Si otro que no fuera nuestro Señor Jesucristo hubiera dicho esto, no lo creeríamos. Además sentiríamos que es una persona crítica y de mente estrecha. Pero lo dice el Señor mismo.

Esto se enseña a menudo en la Biblia, ¿Acaso no fue ésta, por ejemplo, la situación exacta de un hombre como Balaam? Presentó el mensaje debido y sin embargo fue un profeta venal y réprobo. Comunicó, en cierto sentido, el verdadero mensaje y enseñanza, y él mismo se mantuvo fuera. ¿Acaso Dios no utilizó a Saúl de esta forma? De vez en cuando, el espíritu de profecía descendía sobre él, y sin embargo Saúl también permaneció fuera. Cuando uno entra en el Nuevo Testamento, encuentra que estas cosas se formulan de manera más explícita todavía. Pablo, conociendo estos terribles peligros, dice: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1Cor. 9:27). Cuando habla de "poner el cuerpo en servidumbre" no sólo piensa, como a menudo se imagina la gente, acerca de ciertos pecados de la carne, sino que se refiere a toda su vida. El hombre tiene que poner su cuerpo en servidumbre tanto en el pulpito como en la calle. Someter el cuerpo a servidumbre significa dominar, controlar y sujetar todo lo que la carne desea hacer. La carne

trata de sacar cabeza siempre. El apóstol Pablo nos dice, en este mismo contexto de la predicación, que golpeó, azotó y castigó su cuerpo, a fin de que, habiendo predicado a otros, él mismo no fuera eliminado.

O tomemos la maravillosa afirmación de esta verdad en 1 Corintios 12:1-3. "¡Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe!" O también: "¡Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe... y no tengo amor, nada soy". Lo que el apóstol Pablo dice es, "puedo predicar como un ángel, puedo ser extraordinariamente elocuente; la gente me puede considerar el orador mejor del mundo, puedo hablar acerca de las cosas de Dios; y con todo estar fuera del Reino. Todo es inútil si carezco de las cualidades que me hacen cristiano!" El hombre puede, pues, profetizar y permanecer fuera. Pensemos también en la afirmación de Pablo en Filipenses 1:15 donde afirma de ciertas personas "predican a Cristo por envidia y contienda". Su motivo es equivocado, sus pensamientos son erróneos; pero predicar a Cristo, dicen cosas adecuadas acerca de Cristo. Hablo se alegra de su predicación, aunque ellos están equivocados porque lo hacen con un espíritu erróneo guiado por la envidia y el deseo de sobresalir por encima del apóstol. Debemos caer en la cuenta, pues, que es de hecho posible que el hombre predique la doctrina correcta y sin embargo quede fuera del reino. Nuestro Señor dijo en cierta ocasión a los fariseos, "vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación". Es un pensamiento aterrador, y según yo lo entiendo, significa que en el día del juicio nos encontraremos con grandes sorpresas. Encontraremos a hombres que han sido alabados como predicadores y que quedaron fuera del reino. Dijeron lo justo y lo dijeron maravillosamente; pero nunca tuvieron en ellos la vida y la verdad. Todo era carnal.

Y estas personas no sólo profetizan, sino que incluso arrojan demonios. Advirtamos de nuevo la repetición de 'en tu nombre1 —¡en tu nombre echamos fuera demonios!— ¡Incluso es posible que una persona haga esto y que quede fuera del reino! Es fácil demostrarlo. ¿Acaso no está bien claro en el Nuevo Testamento que incluso Judas tuvo este poder? Nuestro Señor envió a sus discípulos a predicar y a arrojar demonios y regresaron diciéndole llenos de entusiasmo en una ocasión, "Aun los demonios se nos sujetan en su nombre". Es evidente que esto se aplicó también a Judas. Nuestro Señor puede dar poder a un hombre, pero el hombre mismo puede estar perdido. También hay otros poderes que pueden capacitarnos para hacer cosas notables y sorprendentes. Recordemos que en una ocasión, cuando el pueblo acusó a nuestro Señor de hacer milagros en el poder de Beelzebú, les replicó diciendo, "Si echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos?" Eran exorcistas judíos. En Hechos 19 encontramos a personas que se describen como hijos de Esceva y que tenían el mismo poder. Vemos, pues, que ciertas personas pueden incluso arrojar demonios en el nombre de Cristo y con todo estar fuera del reino.

Finalmente nuestro Señor llega al punto culminante, que plantea de la siguiente manera. Estas personas podrán decirle que en su nombre han hecho muchas cosas maravillosas y sin embargo están fuera del reino. ¿Cómo demostramos que esto es posible? Parte de la prueba sin duda se encuentra en el caso de los magos de Egipto. Recordemos que cuando Moisés fue enviado para liberar a los hijos de

**Israel y hacer milagros, los magos de Egipto pudieron imitarlo fraudulentamente y repetir hasta cierto punto esos milagros. Hicieron muchas obras maravillosas. Pero no hay que confiar sólo en esto. Nuestro Señor dice en Mateo 24:24: "Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos!" Éstas son las palabras de Cristo. Pero tomemos las palabras de Pablo en 2 Tesalonicenses 2:8: "Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos". Estas cosas se profetizan.**

**En otras palabras, el hombre puede mostrar grandes resultados, tales como curaciones y demás, y, sin embargo, todo esto nada significa. Y no debería sorprendernos esto. ¿Acaso no estamos aprendiendo cada día más acerca de los padres innatos que los hombres tienen incluso en un sentido natural? Existe el don natural de la curación; es una especie de poder natural, casi mágico, que tienen ciertas personas. Por ejemplo, todo el asunto de la electricidad en el cuerpo humano es sumamente interesante. Apenas estamos comenzando a entenderlo. Hay personas, como los zaoríes, que poseen ciertos dones curiosos. Luego está todo el asunto de la telepatía, de la comunicación de pensamiento y de la percepción extrasensoria. Apenas estamos empezando a conocer estas cosas. Como resultado de estos dones y poderes, muchos pueden hacer cosas maravillosas y sorprendentes, sin ser cristianos. El poder natural del hombre puede imitar los dones del Espíritu Santo, hasta cierto punto. Y, claro está, la Biblia nos recuerda que Dios, en su voluntad inescrutable, a veces decida dar estos poderes a hombres que no le pertenecen a fin de que realicen Sus propósitos. Escoge hombres para Sus propios fines, aunque los hombres mismos permanezcan fuera del reino. Dios fue quien llamo y utilizó al pagano Ciro.**

**Debemos recordar sobre todo el poder del demonio. El demonio, como enseña Pablo en 2 Corintios 11:14, se puede transformar en ángel de luz, y el demonio como ángel de luz persuade a veces a la gente de que son cristianos cuando no lo son. Si el demonio puede mantener a alguien fuera del reino haciéndole decir 'Señor, Señor', ciertamente que lo hará. Hará lo que sea para mantener al hombre fuera del reino; por ello, si una creencia falsa o una creencia verdadera sostenida de una forma equivocada puede conseguir esto, hará que la tenga y le dará poder para que realice señales y maravillas.**

**Todo ha sido profetizado, todo se encuentra en la Biblia; y por ello nuestro Señor nos amonesta solemnemente que tengamos cuidado con esto. Una vez se lo resumió a sus discípulos así: "No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos!" Habían sido enviados a predicar y a arrojar demonios, y habían tenido mucho éxito, regresaron llenos de orgullo por todo lo que había sucedido, y nuestro Señor les dice de hecho: "¿Acaso no os dije en el Sermón del Monte que los que están fuera del reino pueden predicar en mi nombre, y arrojar demonios, y hacer muchas obras maravillosas? No os dejéis engañar por estas cosas; tratad de aseguraros vosotros mismos. Lo que importa es vuestro corazón. ¿Está vuestro nombre escrito en los cielos? ¿Me pertenecéis realmente? ¿Tenéis esta santidad, esta justicia que enseño? "No todo el que me dice: Señor, señor, entrará en el reino de los cielos"! La forma de someterse a prueba uno mismo, la manera de someter a prueba a**

cualquier persona, es mirar debajo de la superficie. No hay que mirar los resultados aparentes, no hay que mirar las maravillas, sino descubrir si se conforma a las Bienaventuranzas. ¿Es pobre en espíritu; es manso; es humilde; gime en espíritu al ver al mundo; es hombre santo de Dios; es grave; es sobrio; dice con Pablo, "Los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia"? Esitas son las pruebas, las pruebas de las Bienaventuranzas, las pruebas del Sermón del Monte —el carácter del hombre, la naturaleza del hombre. No son sólo las apariencias, sino que es la realidad misma la que cuenta delante de Dios.

Recordemos de nuevo que es el Señor quien dice estas cosas y que es Él quien juzgará. Las palabras "Muchos me dirán en aquel día" se refieren al día del juicio, cuando Él será el juez, de modo que no hay que engañarse. "Vosotros sois", refiriéndose también a esta clase de personas, "los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; más Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación!" El cristiano del Nuevo Testamento es una clase concreta de personas, es inconfundible. Leamos el Nuevo Testamento, escribamos las señales distintivas del hombre del Nuevo Testamento, aprendámoslas, meditemos acerca de ellas, apliquémonoslas a nosotros mismos y a los demás. Hagamos esto, dice nuestro Señor, y nunca nos equivocaremos, nunca quedaremos fuera de esa puerta estrecha y camino angosto. Todas estas pruebas se pueden resumir en la expresión, "el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos".

Que Dios me conceda sinceridad al enfrentarnos con esta verdad aterradora, esta verdad por la que tendremos que responder "cuando el escenario terrenal haya desaparecido" y estemos frente a Cristo. Si sentimos que estamos condenados, confesémoslo a Dios, sintamos hambre y sed de justicia, acudamos con fe al Señor Jesucristo, pidámosle a Él que nos lo dé, cueste lo que cueste, cualesquiera que sean sus efectos y resultados, y Él nos lo dará, porque ha dicho: "'Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados!'

## **CAPITULO 55**

### **Hipocresía Inconsciente**

Ya hemos examinado el mensaje general que contienen estos versículos tan solemnes. Al volver a los mismos es importante tener presente que en este pequeño párrafo nuestro Señor se ocupa de aquellos que son ortodoxos. Nada dice de los heterodoxos, de los que sostienen falsas enseñanzas o doctrinas. En este caso, la enseñanza es correcta. Profetizan en su nombre; en su nombre arrojan demonios; y en su nombre llevan a cabo muchas obras maravillosas. Y, sin embargo, nos dice, al final se condenan. Por esta razón estas palabras en muchos aspectos son más solemnes y, de hecho, alarmantes que cualesquiera otras que encontramos en toda la Sagrada Escritura.

Después de ese recorrido preliminar, podemos proceder a sacar ciertas lecciones y deducciones del mismo. No cabe duda de que nada puede ser más importante que esto. Nuestro Señor sigue repitiendo estas advertencias al exhortar a hombres y mujeres a que entren por la puerta estrecha y a que anden por el camino angosto y,

en este caso, vuelve a ponernos sobre aviso en cuanto a los terribles peligros y posibilidades que se nos plantean. La lección más importante que hay que aprender de este pasaje es el peligro del autoengaño, y esto se subraya de varias maneras. Por ejemplo, nuestro Señor emplea la palabra 'Muchos'. "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿acaso no hemos hecho esto y lo otro?" No hay que exagerar la fuerza y vigor de esta palabra 'muchos', pero sí es una palabra que conlleva un significado bien concreto. No dice 'alguno que otro', sino 'muchos' — el autoengaño es un peligro para 'muchos' y las advertencias del Señor contra ellos son frecuentes. Se encuentra en la metáfora que sigue, acerca de los que edifican sus casas sobre la arena. Es la misma advertencia que se encuentra también en la parábola de las diez vírgenes. Las cinco vírgenes necias son un caso evidente de autoengaño y nada más. Vuelve a presentarse en ese cuadro final de Mateo 25, donde Cristo describe el juicio final y habla de los que vendrán a Él confiados para decirle las cosas que han hecho por Él. En todos estos casos se da la misma advertencia; es la advertencia contra el terrible peligro del autoengaño. En otras palabras, al leer lo que dice aquí, recibimos la impresión de que esas personas a las cuales se refiere se sorprenderán en el día del juicio, "aquel día". Como hemos visto, todas estas palabras se pronuncian teniendo en mente claramente el día del juicio. De hecho, todo el capítulo, como hemos visto constantemente, trata de subrayar el hecho de que el cristiano debe vivir toda su vida a la luz de ese día venidero. Al leer el Nuevo Testamento observamos con cuánta frecuencia se habla de "aquel día". "El día lo declarará", dice Pablo, como diciendo: no importa. Prosigo con mi ministerio, todo lo hago con la vista puesta en ese día; la gente quizá me critique y diga esto o aquello acerca de mí, pero no voy a permitir que esto me preocupe, me he puesto a mí mismo y a todo mi futuro eterno en las manos del Señor mi Juez y el día de su juicio lo pondrá todo de manifiesto.

Es evidente, según las palabras de este pasaje, que estas personas, según nuestro Señor, van a sorprenderse en el día del juicio. Han dado por supuesto que están seguros y parecen muy tranquilos respecto a su propia salvación. ¿Con qué fundamentos? Porque decían, ¡Señor, Señor! Eran ortodoxos; decían lo que había que decir; eran fervorosos; eran celosos; profetizaban en su nombre; arrojaban demonios; hacían muchas obras maravillosas. Y recibían alabanzas de los hombres; se los consideraba de hecho como servidores destacados. Por ello, se sentían perfectamente satisfechos de sí mismos, seguros de su posición y ni por un segundo sospechaban que hubiera algo erróneo en ellos. Podrían presentarse ante el Señor en el día del juicio para decirle: "claro está, Señor, que conoces nuestra historia. ¿No te acuerdas de todo lo que dijimos e hicimos en tu nombre?" No dudaban acerca de sí mismos; eran perfectamente felices, estaban completamente seguros. Nunca había cruzado por su mente ni siquiera la posibilidad de que no fueran sino personas cristianas y salvadas, herederos de la gloria y de la bienaventuranza eterna. Pero lo que nuestro Señor les dice es que están perdidos. Les 'declararé' juega con las palabras en este caso, ellos declaran y El a su vez declarará: "Nunca os conocí; no tengo nada que ver con vosotros. Aunque siempre decíais 'Señor, Señor', y hacíais cosas en mi nombre, nunca os reconocí, nunca hubo contacto entre nosotros. Os habéis estado engañando a vosotros mismos todo el tiempo. Apartaos de mí, hacedores de maldad!"

No puede haber duda acerca de ello; el día del juicio va a ser un día de muchas sorpresas. ¡Cuan a menudo les dice nuestro Señor a su pueblo, a sus contemporáneos y a nosotros por medio de ellos, que Él no juzga como ellos

**juzgan! "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación!" Esta clase de juicios falsos se encuentra a veces tanto en la iglesia como en el mundo. A menudo nuestros juicios son carnales. Escuchemos los comentarios que hace la gente cuando salen de un lugar de culto. A menudo son acerca del hombre, acerca de su apariencia física o de lo que llaman 'personalidad', y no acerca del mensaje. Ésas son las cosas que atraen. Nuestros juicios son muy carnales. Por eso nuestro Señor nos enseña que tengamos cuidado con esa posibilidad terrible y alarmante de engañarnos a nosotros mismos. Todos tenemos ideas claras acerca de la hipocresía consciente. Esta hipocresía consciente no es problema; es obvia y evidente. Lo que es mucho más difícil de discernir es la hipocresía inconsciente, cuando alguien no sólo engaña a otros sino que se engaña a sí mismo, y se persuade a sí mismo erróneamente acerca de su propia personalidad. De esto trata nuestro Señor aquí, y debemos de repetirlo de nuevo, que si creemos que el Nuevo Testamento es verdadero, entonces no hay nada más importante que examinarnos a nosotros mismos a la luz de una afirmación como ésta.**

**Si, pues, lo que describimos es la hipocresía inconsciente, ¿no se sigue de ello que no se puede hacer nada respecto a la misma? ¿Acaso no es, por definición, algo que el hombre no puede decidir? Si se trata de una condición en la que el hombre se engaña a sí mismo, ¿cómo puede cuidarse contra ella? La respuesta es que, por el contrario, se puede hacer mucho. Lo primero y más importante es examinar las causas del autoengaño. La forma de descubrirlo en nosotros mismos es ésta. Si podemos llegar a una lista de elementos de autoengaño y luego examinarnos a nosotros mismos a la luz de las mismas, estaremos en condiciones de resolverlas. Y el Nuevo Testamento está lleno de instrucciones al respecto. Por esto siempre nos exhorta a que probemos a los espíritus, más aún a que sometamos a prueba todas las cosas. Es un gran libro de advertencias. Esto no resulta popular. La gente dice que eso es ser negativo; pero el Nuevo Testamento siempre enfatiza el aspecto negativo de la verdad, tanto como el positivo.**

**¿Cuáles son, pues, las causas comunes de autoengaño a este respecto? En primer lugar, hay una doctrina falsa en cuanto a la seguridad. Es la tendencia a basar nuestra seguridad sólo en ciertas afirmaciones que nosotros mismos hacemos. Hay quienes dicen, "la Biblia dice, 'el que cree en Él no se pierde' sino que recibirá 'vida eterna'; 'cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo'; 'el que cree en su corazón y confiesa con la boca será salvo". Interpretan afirmaciones así en el sentido de que, con tal de que uno reconozca y diga ciertas cosas acerca del Señor Jesucristo, automáticamente se salva. El error radica en esto: el hombre que es verdaderamente salvo y que tiene una seguridad genuina de la salvación, hace y debe hacer, estas afirmaciones, pero el simple afirmar esto no garantiza ni asegura por necesidad que uno sea salvo. Las mismas personas de las que nuestro Señor se ocupa dicen: 'Señor, Señor', y parece que le dan a esta afirmación el sentido justo; pero, como hemos visto, Santiago nos recuerda en su Carta que "también los demonios creen, y tiemblan". Si leemos los evangelios, descubrimos que los espíritus malos, los demonios, reconocen al Señor. Se refieren a Él como al "Santo de Dios". Saben quien es; hacen afirmaciones correctas respecto a Él. Pero son demonios y están perdidos. En consecuencia, debemos tener cuidado con esta tentación muy sutil, y recordar la forma en la que la gente se persuade erróneamente a sí misma. Dicen: "creo; he dicho con la boca que creo que Jesús**

de Nazaret es el Hijo de Dios y que murió por mis pecados; por consiguiente..!', pero la argumentación es incompleta. El creyente, el cristiano, sí dice estas cosas, pero no se limita a decirlas. Esto es lo que a veces se describe como 'fideísmo', lo cual significa que el hombre pone su confianza última en su propia fe y no en el Señor Jesucristo. Confía en su propia creencia y en el afirmarla.

El objetivo de este párrafo es sin duda el ponernos sobre aviso contra el terrible peligro a basar nuestra seguridad de salvación en la repetición de ciertas afirmaciones y fórmulas. Se puede pensar en otras ilustraciones de este peligro de ser cristiano meramente formal. ¿Cuál es en realidad la diferencia entre lo que acabamos de descubrir, y basar nuestra seguridad de salvación en el hecho de que somos miembros de una iglesia, o que pertenecemos a cierto país, o que fuimos bautizados de niños? No hay diferencia. Es posible que alguien diga siempre lo que debe y sin embargo viva una vida tan mala, que es completamente evidente que no es cristiano. "No erréis" dice Pablo el apóstol escribiendo a los corintios; "Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros... heredarán el reino de Dios". Es, por consiguiente, muy posible que alguien diga lo que debe decir y sin embargo viva una vida mala. Que nadie se engañe a sí mismo. En cuanto hacemos descansar nuestra fe solamente en la repetición de una fórmula, sin estar seguros de que hemos sido regenerados y que tenemos prueba de la vida de Dios en nosotros, nos exponemos a este terrible peligro del autoengaño. Y hay muchos que afirman y defienden de esta manera la doctrina de la seguridad. Dicen: no hay que escuchar a la conciencia. Si has dicho que crees, eso basta. Pero no basta, porque "muchos me dirán... Señor, Señor". Pero Él responderá: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad!" Una doctrina superficial de la seguridad, por consiguiente, o, una doctrina falsa de la seguridad, es una de las causas más comunes del autoengaño.

La segunda causa de esta situación se sigue inevitablemente de la primera. Es la negativa a examinarse a sí mismo. El auto examen no resulta popular hoy día, sobre todo, por extraño que parezca, entre los cristianos evangélicos. De hecho se da el caso que los cristianos evangélicos no sólo se oponen al auto examen, sino que a veces incluso lo consideran casi pecaminoso. Arguyen diciendo que el cristiano debe mirar sólo al Señor Jesucristo, que no debe mirarse a sí mismo para nada, e interpretan esto en el sentido de que nunca debe examinarse a sí mismo. Consideran el examinarse a sí mismo como mirarse a sí mismo. Dicen que, si uno se mira a sí mismo, no encontrará sino tinieblas y oscuridad; por tanto no hay que mirarse a sí mismo, sino al Señor Jesucristo. Por ello apartan la mirada de sí mismos y se niegan a examinarse.

Pero esto no es bíblico. La Biblia nos exhorta constantemente a que nos examinemos a nosotros mismos, "examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe" o si estáis "reprobados". Y lo hace así por la excelente razón de que existe un terrible peligro de caer en el antinomianismo; es decir, en el sostener que, con tal de que alguien crea en el Señor Jesucristo, no importa lo que se haga; que si alguien es salvo, no importa la clase de vida que lleve. El antinomianismo sostiene que en el momento en que uno comienza a concentrarse en la conducta, vuelve a situarse bajo la ley. Si uno cree en el Señor Jesucristo, dice, todo va bien. Pero esto, claro está, es precisamente aquello contra lo cual nuestro Señor nos llama la atención en este párrafo; el peligro fatal de confiar sólo en lo que decimos y olvidar que lo esencial acerca del cristianismo es la vida que se vive, a saber, "la vida de

Dios en el alma del hombre", que el cristianismo es "partícipe de la naturaleza divina" y que esto necesariamente ha de manifestarse en su vida.

O examinemos la primera Carta de Juan, que fue escrita para salir al paso de este peligro preciso. Tiene en mente aquellos que estaban dispuestos a decir ciertas cosas, pero cuyas vidas eran una contradicción flagrante de lo que profesaban. Juan presenta sus famosas pruebas de vida espiritual. Dice: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso y la verdad no está en él!" "Si decimos que tenemos comunión con El, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad!" Había personas que hacían precisamente esto; decían, "soy cristiano, tengo comunión con Dios, creo en el Señor Jesucristo"; pero vivían en el pecado. Esto es una mentira, dice Juan; es transgredir la ley, es desobedecer a Dios y su santo mandamiento. Por mucho que alguien diga que cree en el Señor Jesucristo, su forma de vivir es consistentemente pecaminosa, no es cristiano. Y es evidente que la forma de descubrir esto es examinarnos a nosotros mismos. Debemos mirarnos a nosotros mismos y examinarnos a la luz de los mandamientos, a la luz de la enseñanza bíblica, a la luz de este Sermón del Monte y debemos hacerlo con sinceridad. Y, además, cuando llegamos a este asunto de las obras que realizamos, ya sea profetizar o echar fuera demonios o hacer 'milagros', debemos examinar nuestros motivos. Debemos preguntarnos honestamente, "¿Por qué estoy haciendo esto, qué es lo que realmente me impulsa a ello?"; porque el hombre que no se da cuenta de que quizá hace cosas buenas por motivos completamente equivocados, es un simple novicio en estos asuntos. Es posible que alguien predique el evangelio de Cristo de una forma ortodoxa, que mencione el nombre de Cristo, que posea la doctrina justa y sea celoso en la predicación de la Palabra y, sin embargo, en realidad, lo haya estado haciendo todo el tiempo por su propio interés y por su propia gloria y autosatisfacción. La única manera de salvaguardarnos contra esto es examinarnos a nosotros mismos. Es doloroso y desagradable; pero hay que hacerlo. Es la única fórmula de seguridad. El hombre tiene que enfrentarse consigo mismo con sinceridad para preguntarse: "¿Por qué lo hago? ¿Qué estoy realmente, en el fondo del corazón, buscando?" Si no lo hace, se expone al terrible peligro del autoengaño.

Pero examinemos ahora otra causa de esta misma situación, que es el peligro de vivir para las actividades propias. Acerca de esto hay que ser muy claros porque no cabe duda de que uno de los peligros mayores de la vida cristiana sea que alguien viva para sus propias actividades. En cierta ocasión, recibí una carta de una señora que había sido obrera cristiana muy activa por unos cuarenta años más o menos. Luego cayó gravemente enferma y durante seis meses no pudo salir de la casa. Tuvo la sinceridad suficiente de decirme que le había resultado un castigo muy duro y difícil. Sé muy bien lo que quiso decir, lo he visto en otros y, por desgracia, sé algo de esto por mi propia experiencia. He visto a hombres que han sido infatigables en la obra del reino y que, de repente, derribados por la enfermedad no han sabido qué hacer consigo mismos.

¿Cuál es el problema? Han vivido de sus propias actividades. Se puede estar tan ocupado predicando y trabajando, que no se alimente la propia alma. Se olvida tanto la propia vida espiritual que al final se encuentra que se ha vivido para sí mismo y para sus propias actividades y al detenerse, o al ser detenido por las enfermedades o circunstancias, encuentra que la vida está vacía, que no se poseen recursos.

Esto no se limita, claro está, a la vida cristiana. A menudo oímos hablar de hombres de negocios o profesionales que han tenido mucho éxito y que han gozado de buena salud toda su vida. Luego deciden retirarse y todo el mundo se sorprende cuando, al cabo de unos seis meses, oyen que han fallecido repentinamente. ¿Qué ha sucedido? A menudo la verdadera explicación es que lo que los mantenía en vida, lo que les proporcionaba el estímulo para vivir y el propósito para la vida, de repente desapareció, y se derrumbaron. O pensemos en la forma en que tantas personas se mantienen solamente gracias a los entretenimientos y placeres. Cuando de repente se ven apartados de los mismos no saben qué hacer consigo mismos; se sienten completamente aburridos y desvalidos. Han estado viviendo para sus propias actividades y placeres. Y lo mismo puede suceder en la vida cristiana. Por esto es bueno que todos nosotros, de vez en cuando, nos detengamos a descansar y a examinarnos a nosotros mismos para preguntarnos "¿Para qué cosas estoy viviendo?" ¿Qué sucedería si de repente se nos prohibieran las reuniones a las que asistimos con tanta frecuencia y regularidad; cómo nos sentiríamos? ¿Qué sucedería si la salud nos fallara y no pudiéramos leer ni disfrutar de la compañía de otros, o nos quedáramos solos? ¿Qué haríamos? Debemos dedicar tiempo a hacernos estas preguntas, porque uno de los peligros mayores del alma es vivir de sus propias actividades y esfuerzos. El estar muy ocupados es una de las sendas al autoengaño.

Otra causa importante de este problema es la tendencia a equilibrar nuestra vida poniendo cosas distintas en los diferentes platillos de la balanza. Por ejemplo, si nuestra conciencia nos condena por la vida que vivimos, ponemos en el otro platillo alguna obra buena que hacemos. Reconocemos que ciertas cosas nos condenan, pero entonces hacemos una lista de las buenas obras que realizamos y la cuenta se equilibra y queda con un poco de crédito al final. Todos hemos hecho esto. ¿Recuerdan el clásico ejemplo en el caso de Saúl, el primer rey de Israel? A Saúl se le había mandado que exterminara a los amalecitas; y lo hizo hasta cierto punto. Pero dejó con vida al rey Agag y también dejó con vida a las mejores ovejas y bueyes y así sucesivamente. Fijémonos en lo hábil que fue cuando Samuel lo reprendió. Dijo, "Los he dejado con vida para poder ofrecer sacrificios al Señor!" Éste es un ejemplo perfecto de equilibrar la balanza. Y todos tenemos propensión a ello. En lugar de permitir que la conciencia realice su labor, de inmediato sacamos cosas positivas que contrarrestan a las negativas. El que juzga la condición de su vida de esta forma puede terminar de una manera. El que hace esto en negocios pronto quebrará, y el que lo hace en la vida cristiana pronto quebrará espiritualmente y al final el Señor mismo lo repudiará. Debemos aplicarnos esta lección. Debemos dejar que la conciencia nos acuse. No debemos excusarnos a nosotros mismos, sino escuchar sus dictados y obedecerlos.

Esto nos lleva al principio vital que forma el sustrato de todas las causas del autoengaño. En muchos sentidos, el problema fundamental, incluso entre los buenos evangélicos, es el no escuchar la enseñanza clara de la Biblia. Aceptamos lo que la Biblia nos enseña en cuanto a doctrina; pero cuando se trata de la práctica, a menudo no tomamos la Biblia como única guía. Cuando llegamos al aspecto práctico, utilizamos pruebas humanas en lugar de pruebas bíblicas. En lugar de la enseñanza clara de la Biblia, discutimos con ella. "Oh, sí" decimos, "los tiempos han cambiado desde que la Biblia se escribió!" ¿Osaré dar un ejemplo obvio? Tomemos la cuestión de que las mujeres prediquen, y se las ordene como

ministros. El apóstol Pablo, al escribir a Timoteo (1 Ti. 2:11-15), lo prohíbe explícitamente. Dice específicamente que no permite que la mujer enseñe ni predique. "Sí, claro", decimos al leer esa carta, "sólo pensaba en su propio tiempo; pero ahora los tiempos han cambiado y no debemos sentirnos atados a ello, Pablo pensaba en ciertos pueblos semi-civilizados de Corinto y lugares como ése!" Pero la Biblia no dice eso. Dice, "La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio!" "Si, pero esto fue una legislación temporal solamente", se dice. Pablo lo dice así: "Porque Adán fue formado primero, y después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en trasgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciera en fe, amor y santificación, con modestia!" Pablo no dice que fuera sólo para ese tiempo; se remonta a la Caída y muestra que es un principio permanente. En consecuencia, es algo que también es válido para la época nuestra. Pero de esta forma, como se ve, discutimos con la Biblia. En lugar de aceptar su enseñanza clara, decimos que los tiempos han cambiado y cuando nos viene bien, decimos que ya no es pertinente.

Tenemos otra forma de hacer lo mismo. La Biblia dice bien claramente no sólo que tenemos que predicar el evangelio, el verdadero mensaje, sino también cómo hemos de hacerlo. Nos dice que hemos de hacerlo con 'sobriedad' y con 'gravedad', con temor y temblor, "con demostración del Espíritu y de poder" y no con "palabras persuasivas de humana sabiduría". Pero hoy día los métodos de evangelización son contradicción flagrante de estas palabras y se justifican en función de los resultados. "Miren los resultados", dicen los hombres. "Este hombre y aquel quizá no se conforman al método bíblico, pero ¡Miren los resultados!" Y debido a los 'resultados' se dejan de lado los dictados claros de la Biblia. ¿Es esto creer en la Biblia? ¿Es esto tomar la Biblia como nuestra autoridad última? No es esto acaso repetir el viejo error de Saúl, quien dijo, "Sí, lo sé, pero pensé que sería bueno si hiciera esto o lo otro!" Trata de justificar su desobediencia con algún resultado que va a producir. Nosotros los protestantes, desde luego, levantamos las manos horrorizados frente a los católicos, sobre todo frente a los Jesuitas, cuando nos dicen que "el fin justifica los medios". Es el gran argumento de la Iglesia de Roma. Lo repudiamos en la iglesia católica de Roma, pero es un argumento muy común en círculos evangélicos. Los 'resultados' lo justifican todo. Si los resultados son buenos, se arguye, los métodos deben ser buenos —el fin justifica los medios. Si queremos evitarnos una terrible desilusión en el día del juicio, aceptemos la Biblia tal cual es. No arguyamos con ella, no tratemos de manipularla, no la retorizamos; enfrentémonos a ella, recibámosla y sometámonos a ella, cueste lo que cueste.

Otra causa común de autoengaño es no caer en la cuenta de que lo único que importa es nuestra relación con Cristo. Él es el Juez, y lo que importa es lo que Él piensa de nosotros. El será quien dirá a estas personas, "Nunca os conocí" y esta palabra 'conocer' es muy fuerte. No quiere decir que no estuviera consciente de su existencia. Lo sabe todo, lo ve todo; todo está desnudo y abierto ante Él. 'Conocer' significa 'tener un interés especial por', 'estar en una relación especial con'. "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra" dijo Dios a los hijos de Israel por medio de Amos. Esto significa que tiene esta relación especial con Israel. Lo que nuestro Señor dirá en el día del juicio a esos que se engañaron a sí mismos es que han hecho todas estas cosas por su propio poder. Nunca tuvo nada que ver con ello. Por esto lo más importante para todos nosotros es no interesarnos en primer lugar por nuestras propias actividades y por los resultados,

sino por nuestra relación con el Señor Jesucristo. ¿Le conocemos, y nos conoce Él a nosotros?

Finalmente, por tanto, debemos caer en la cuenta de que lo que Dios quiere y lo que nuestro bendito Señor quiere, sobre todo, es nosotros mismos —lo que la Biblia llama nuestro 'corazón—. Desea al hombre interior, el corazón. Desea nuestra sumisión. No quiere solamente nuestra profesión de fe, nuestro celo, nuestro fervor, nuestras obras, ni cualquier otra cosa. Nos desea a nosotros. Leamos de nuevo las palabras que pronunció el profeta Samuel dirigidas a Saúl, rey de Israel: "¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios y el prestar atención que la grosura de los carneros" (1 S. 15:22). La respuesta al argumento de Saúl: "Dejamos con vida a las ovejas y bueyes para poder sacrificarlos, para poder ofrecérselos al Señor", es la siguiente: Dios no quiere nuestras ofrendas; Dios no quiere nuestros sacrificios; quiere nuestra obediencia, nos quiere a nosotros. El hombre puede decir cosas acertadas, puede estar muy ocupado y ser muy activo, puede alcanzar resultados aparentemente maravillosos, y sin embargo no darse a sí mismo al Señor. Puede estar haciéndolo, pero para sí mismo, y puede estar resistiendo al Señor en el punto más vital de todos. Y éste es, en último término, el mayor insulto que podemos hacer a Dios. ¿Qué puede ser más ofensivo que decir: "Señor, Señor" con mucho fervor, estar ocupado y ser activo, y sin embargo no ofrecerle verdadera fidelidad y sumisión, insistir en retener el control sobre nuestra propia vida y permitir que nuestras propias opiniones y argumentos, y no los de la Biblia, dirijan lo que hacemos y cómo lo hacemos? La ofensa mayor al Señor es una voluntad que no se ha entregado en forma completa y total; y sea lo que fuere lo que hagamos —por grandes que sean nuestras ofrendas y sacrificios, por maravillosas que sean nuestras obras en su nombre— de nada nos servirá. Si creemos que Jesús de Nazaret es el Hijo unigénito de Dios que vino a este mundo y subió a la cruz del Calvario y murió por nuestros pecados y resucitó de nuevo para justificarnos y darnos vida nueva y prepararnos para el cielo, si realmente creemos esto, sólo hay una conclusión inevitable, a saber, que Él tiene derecho a la totalidad de nuestra vida, a todo, sin límite alguno. Esto significa que debe tener control no sólo en las cosas grandes, sino también en las pequeñas; no solo sobre lo que hacemos, sino sobre la manera en que lo hacemos. Debemos someternos a Él y a su enseñanza, tal como le ha complacido revelárnoslo en la Biblia; y si lo que hacemos no se conforma a estas pautas, es una afirmación de nuestra voluntad, es desobediencia y tan repulsivo como el pecado de brujería. De hecho, forma parte del tipo de conducta que hace que Cristo diga a ciertas personas: "¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!". 'Hacedores de maldad' ¿Quiénes son esos? Los que dijeron: 'Señor, Señor', los que profetizaron en su nombre y en su nombre echaron fuera demonios y en su nombre realizaron muchos milagros. Los llama 'hacedores de maldad' porque, en último término, hicieron todo esto para agradarse a sí mismos, y no para agradarle a Él. Examinémonos, pues, seriamente a la luz de estas cosas.

# **CAPITULO 56**

## **Las Señales del Autoengaño**

Ya hemos examinado, en dos ocasiones, las importantes y alarmantes palabras de 7:21-23; pero dado la importancia vital que tienen, debemos hacerlo de nuevo. Este tema del autoengaño es una cuestión muy amplia. Si a uno le interesan los llamados Manuales de Devoción, ya sean católicos-romanos o protestantes, encuentra que siempre dedican mucha atención a este punto específico. Todos los médicos prudentes del alma siempre han concentrado su atención en ello. La Biblia misma nos invita a hacerlo así. Está llena, no sólo de exhortaciones a este respecto, sino también de ilustraciones prácticas de personas que se han engañado a sí mismas. Pero aparte de todo esto, al valorar nuestra alma, y al caer en la cuenta de que todos estamos en este mundo de paso hacia el juicio final y de que todos tendremos que presentarnos ante el trono de justicia de Cristo, esta clase de auto examen resulta inevitable. Como lo dice el apóstol Juan: "Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1Jn. 3:3). Y uno no se puede purificar sin examinarse a sí mismo. Algunos dedican sobre todo la época de cuaresma a este asunto del auto examen. Otros creemos que debe hacerse a lo largo de todo el año y que siempre deberíamos examinarnos y someternos a disciplina. Pero no hay por qué entrar en esto ahora. Lo que importa es reconocer la necesidad del auto examen. Se enseña constantemente en la Biblia. Hemos visto que el primer paso que hay que dar, si deseamos evitar engañarnos, es examinar las causas del autoengaño. Nos hemos ocupado ya de algunas de las más comunes. Una vez establecidos los principios, pasamos ahora a examinar algunos detalles prácticos; tienen como propósito ponernos sobre aviso acerca de la forma sutil en que podemos engañarnos a nosotros mismos. Comencemos por recordar que no vivimos nuestra vida cristiana en una especie de vacío. Aparte del hecho de que vivimos en sociedad con hombres y mujeres, tenemos también que luchar contra el demonio y "contra principados, contra potestades, contra gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes!" Según la enseñanza bíblica no hay nada que nos capacite para permanecer firmes en este conflicto a excepción del revestirnos de toda la armadura de Dios. Una de las formas en que podemos revestirnos de esa armadura es teniendo cuidado con la sutileza del ataque. Y esto, debido a su misma naturaleza, tendrá que examinarse con cierto detalle. Tengo un cierto temor al adentrarme en esto, porque sé que al hacerlo se expone uno al riesgo de ser mal entendido. Si uno emplea ilustraciones, la atención se suele concentrar en las ilustraciones y no en los principios.

El primer principio importante es que, en un sentido, todo lo que tiene relación con la vida cristiana puede ser peligroso. No afirmo que todo sea peligroso sino que puede serlo. El demonio en su sutileza, como ángel de luz, viene a nosotros y se apodera de cosas que son legítimas y buenas y que Dios nos ha dado, e influye mucho en nosotros para hacernos convertir estas mismas cosas en instrumentos de nuestro propio engaño. Las cosas en sí mismas son buenas, pero podemos abusar de ellas. Éste es el tema que debemos elaborar. En cierto sentido, incluso los medios de gracia que Dios nos ha suministrado pueden resultar una fuente de problemas. Espero que esto quede bien claro. Es obvio que no estoy en contra de los medios de gracia; simplemente, señalo el terrible peligro de convertir estos

medios de gracia, que Dios mismo ha escogido y nos ha dado, en algo que puede perjudicar a nuestra alma. Me preocupa el abuso y no el uso de lo bueno. Siempre resulta muy consolador para el que predica, saber que incluso un gran predicador como el apóstol Pablo fue mal entendido al enseñar y predicar. Tomemos, por ejemplo 2Cohr. 11 en todo su soberbio sarcasmo. El apóstol habla de la forma penosa e infantil con que gran parte de su enseñanza había sido malentendida en Corinto.

Estos son los principios básicos. A no ser que tengamos cuidado, cosas que son en sí mismas y por sí mismas buenas, pueden resultar engañosas acerca del estado de nuestra alma. ¿Pero cómo se puede saber si tendemos a apartarnos de la sencillez que hay en Cristo para entrar en esa posición terriblemente falsa que se describe en este versículo? He aquí algunas de las respuestas. Un indicio claro de esta tendencia se manifiesta de la siguiente forma. Si al examinarnos a nosotros mismos descubrimos que nuestro principal interés es asistir a reuniones, estamos entrando en una posición peligrosa. Es obvio que creo en la asistencia a reuniones cristianas; pero cuando alguien entra en la situación de vivir de esas reuniones, convirtiéndolas en su principal interés, esta situación es muy peligrosa. Y hay muchas personas en esa circunstancia. Lo que las mantiene es las reuniones y si de repente se ven privadas de ellas, comienzan a descubrir una aridez terrible en el alma y en su experiencia cristiana.

Otro síntoma de la misma condición es un interés indebido por las manifestaciones especiales. Hay muchas de estas manifestaciones en relación con la vida cristiana por las que debemos dar gracias a Dios; ciertas cosas que vienen como bendiciones en relación con el evangelio, tales como sentimientos profundos, dirección, curación física y así sucesivamente. Estas cosas forman parte del mensaje cristiano; pero si descubrimos que nuestro interés principal está en estos fenómenos, nos encontramos en una situación que puede conducir al autoengaño. Nunca debemos estar más interesados en lo que podríamos llamar productos secundarios de la fe que en la fe misma. Debemos examinarnos a nosotros mismos respecto a cada una de estas cosas. Lo que decimos, claro está, revela nuestro interés fundamental.

Al escuchar a otras personas descubrimos sus intereses principales y reales. Y lo mismo se aplica a nuestras personas. Debemos preguntar: "¿Cuál es mi interés principal?" O, quizá, sería prudente conseguir que alguna otra persona nos examinara y observara. Diría que si descubrimos en nosotros mismos y en otros esta tendencia de quedar absorbidos en el interés por los medios de gracia y en los fenómenos especiales, y no en nuestra relación con el Señor, nos encontramos ya en el camino que conduce, en última instancia, a este temido autoengaño. Otra señal de esto es un interés indebido por organizaciones, denominaciones, iglesias específicas o algunos movimientos o comunidades. Todos sabemos exactamente qué quiere decir esto. El hombre es un ser social y a todos nos gusta tener alguna salida para nuestro instinto gregario y la parte social de nuestra personalidad. Es lo más sencillo del mundo encontrar una salida para ese instinto natural, social, gregario, en el campo de las cosas cristianas. El peligro radica en presumir que porque tenemos interés en estas cosas, somos necesariamente cristianos. Esto es lo que nuestro Señor precisamente dice. He aquí alguien que exclama, "Señor, Señor"; echa fuera demonios, hace milagros en el nombre de Cristo, en el campo de la iglesia, y debido a esto presume que es cristiano.

**Pero Cristo dice que quizás no lo sea. ¡Cuan fácilmente puede ocurrir esto! Hay personas que por naturaleza prefieren formar parte de sociedades morales y no inmorales, pero que no son para nada cristianos. Como seres humanos naturales, les gustan las personas morales y éticas y su deseo natural de tener una salida social, una salida para su naturaleza moral activa, se ve satisfecha en alguna clase de organización relacionada con el cristianismo. Entra el autoengaño porque presumen que, por desarrollar esta actividad en el campo cristiano, deben ser cristianos. Pero su verdadero interés está en la actividad y en la organización, no en el Señor, no en su propia relación con el Señor. Se trata de una posibilidad terrible. Hay personas cuyo interés último y real está en su iglesia específica, no en la salvación cristiana, no en el Señor. Les gusta la iglesia, les gusta la gente, han sido educados en esa atmósfera, y esto es lo que realmente los sostiene —esa iglesia específica, esa denominación específica o ese grupo determinado de personas—. También esto se revela en su forma de hablar; ve uno que están muy interesados cuando se habla de la organización o de las personas o del predicador, pero que se vuelven extrañamente silenciosos si uno quiere tener una conversación espiritual con ellos acerca de su alma o del Señor. Debemos examinarnos a nosotros mismos con esta prueba. ¿En qué estamos realmente interesados? Estamos interesados en nuestra relación con Él y en su gloria o solo en una de esas otras cosas?**

**Otro peligro muy común en los tiempos actuales es interesarse por los aspectos sociales y generales del cristianismo y no por los personales. Esto ha sido muy importante en el siglo actual. Hoy encontramos muchas personas que, frente a los problemas del país y de la sociedad, dicen con énfasis creciente que lo que se necesita es la enseñanza bíblica y una actitud cristiana hacia esos problemas nacionales y sociales. Observemos a los estadistas y a los políticos —incluso algunos de los más importantes.**

**Aunque se sabe que prácticamente nunca asisten a un lugar de culto los domingos, usan cada vez más la palabra 'religión' y 'cristiano'. Parecen pensar vagamente que la enseñanza cristiana puede ayudar a resolver los problemas de Estado. Aunque no son cristianos activos y practicantes (y me refiero sólo a éstos y no a los que son realmente cristianos), y no prestan ninguna obediencia personal al Señor, parecen pensar que el cristianismo puede resultar de ayuda en una forma general. Estamos siempre en terreno peligroso cuando empezamos a hablar de 'civilización cristiana' y valores 'cristianos' u 'occidentales'. Esto se ve muy claramente en los tiempos actuales y es uno de los peligros mayores con los que se enfrenta la iglesia cristiana. Me refiero en particular a la tendencia de considerar al cristianismo como si no fuera nada más que una enseñanza anticomunista.**

**Esto se puede ver en la forma en que ciertas organizaciones cristianas a veces hacen propaganda y en la forma como usan 'slogans' como 'Cristo o comunismo?' etc. No nos sorprende que la Iglesia Católica Romana piense de esta forma. Pero es triste ver personas evangélicas inocentes que caen poco a poco en esa red. Funciona de una manera muy sutil. Uno se persuade de que, como es anticomunista, debe ser cristiano. Pero una cosa no se sigue de la otra. Con esto nos persuadimos y engañamos a nosotros mismos, nos juzgamos por estos criterios generales y asumimos que somos cristianos. El poner lo general y social en lugar de lo particular y personal en asuntos cristianos, resulta siempre un**

peligro terrible. La cristiandad ha sido a menudo el mayor enemigo de la religión espiritual. Si veo que mi interés tiende a ser cada vez más general, social o político, si éste es cada vez más la razón de mi interés por el cristianismo, entonces me encuentro en un estado sumamente peligroso porque probablemente he dejado de examinarme a mi mismo.

El siguiente peligro es el de aquellos cuyo interés principal y primario está en lo que se podría llamar la apologética o la definición y defensa de la fe, en lugar de interesarse por una relación genuina con Jesucristo. Éste es un peligro acerca del cual todo predicador debería estar muy al tanto. Muchos que están convencidos de que son cristianos, en realidad sólo están interesados por la apologética. Dedicán todo el tiempo a argüir acerca de la fe cristiana, a defenderla, a condenar el evolucionismo, a condenar la psicología y otras cosas que parecen atacar los puntos vitales de la fe. Éste es un peligro muy sutil, por qué estos hombres quizá estén descuidando su propia alma, su propia santidad personal y su relación personal con el Señor. Pero se sienten muy felices porque condenan el evolucionismo y defienden a la fe en contra de este o aquel ataque. Quizá no sólo consideran esto como puntos positivos en su cuenta de justificación, quizá incluso lo utilicen para eludir la tarea del auto examen. La apologética ocupa un lugar esencial en la vida cristiana y es parte de nuestra tarea al defender la fe; pero si no hacemos otra cosa que esto, estamos en una situación peligrosa. Conocí a cierto hombre que era quizá uno de los mejores predicadores evangélicos de su tiempo. Pero cada domingo comenzó a dedicar todo el tiempo en el pulpito a atacar a la Iglesia de Roma y al modernismo, y dejó de predicar un evangelio positivo. La apologética tomó el lugar de la verdad central del evangelio. Es una tentación muy concreta para aquellos que saben razonar, argüir y discutir; y es uno de los ataques más sutiles a los que puede verse sometida el alma.

En consecuencia, ésta es la pregunta que algunos de nosotros deberíamos hacernos constantemente. ¿Descubro que la mayor parte del tiempo lo dedico a discutir con personas acerca de aspectos de la posición cristiana? ¿Descubro que en la práctica nunca hablo a las personas acerca de sus almas y de Cristo y de su experiencia de Él? ¿Estoy siempre, por así decirlo, dando vueltas alrededor de las avanzadas de la Ciudadela? ¿Cuánto tiempo empleo en el centro mismo? "Que cada uno se examine a sí mismo". El peligro siguiente es el del interés puramente académico y teórico de la teología. Estos peligros no están limitados solamente a una o dos clases de cristianos; no sólo son reales para el hombre que está excesivamente interesado por actividades y reuniones; sino también para el hombre cuyo único interés es la teología. Su posición es tan peligrosa como la del otro.

Es lo más sencillo del mundo interesarse por el cuerpo de la verdad cristiana, por la doctrina como tal, simplemente como asunto intelectual; y es un peligro muy concreto para algunos de nosotros. No hay ninguna visión de la vida y del mundo hoy día que se pueda comparar a la teología cristiana; no hay nada más atractivo ni más interesante, como esfuerzo intelectual, que el leer teología y filosofía. Sin embargo, por valioso y magnífico que sea, puede convertirse en uno de los peligros y tentaciones más sutiles para el alma. El hombre se puede absorber tanto en la comprensión intelectual, que se olvide de que está vivo, y se olvide de los demás. Dedicar todo el tiempo a leer y a disfrutar con la lectura, nunca establece contacto con nadie, no sirve a nadie.

En la historia de la iglesia, vemos que esto ha sucedido a menudo. Primero hay un gran avivamiento. Luego sigue una etapa que se suele describir como de 'consolidación'. Las personas sienten con justa razón la necesidad de un estado de consolidación después del avivamiento. Los convertidos deben madurar, por ello se les enseña teología y doctrina. Pero a menudo encontramos que esto ha conducido a un estado de religiosidad intelectual y aridez espiritual. El ejemplo típico de esto se encuentra en los siglos dieciséis y diecisiete, después del gran avivamiento protestante y de la Reforma. Después de la Reforma en Inglaterra, vino la época de los puritanos, con su gran enseñanza teológica. Pero a esto le siguió un período de intelectualismo estéril que continuó hasta que el avivamiento evangélico comenzó por la tercera década del siglo dieciocho.

Algo parecido sucedió en las iglesias reformada y luterana. Así pues, si bien creemos que la teología es vital y esencial, debemos recordar que el demonio puede oprimirnos tanto que nuestro interés por ella resulta desordenado y desequilibrado, con la consecuencia de que, en vez de 'edificarnos', 'nos hinchamos'. Al pasar rápida revista a mis treinta años, aproximadamente, en el ministerio cristiano, me doy cuenta de que he visto muchos ejemplos de esto. He observado a esas personas y he visto introducirse en ellas una especie de orgullo intelectual, de orgullo del conocimiento. He visto la tendencia a entrar en componendas en los aspectos éticos y morales, he visto desaparecer de sus oraciones el tono de apremio. Aunque el interés original era justo y bueno, poco a poco se ha apoderado de ellos. Perdieron el equilibrio, se convirtieron en intelectuales a quienes ya no preocupaba la idea de santidad y la consecución de un conocimiento genuino y vivo de Dios.

Pasemos ahora a otro peligro. Lo que queremos decir respecto a esto corre mucho riesgo de ser malentendido, por lo que debemos tener cuidado. He llegado a la conclusión, como resultado de una atenta observación que una de las señales más peligrosas respecto a este asunto del autoengaño es un interés excesivo por la enseñanza profética. La Biblia contiene mucha enseñanza profética. Y es responsabilidad nuestra familiarizarnos con ella; pero nada puede ser tan peligroso como un interés indebido por la enseñanza profética, sobre todo en un tiempo como éste, con el mundo en la situación en que se encuentra. Poco a poco este interés parece absorber y dominar a ciertas personas, quienes piensan y hablan y predicán sólo de profecía.

No creo que haya otra cosa más peligrosa para la condición espiritual del alma que este absorberse excesivamente en la enseñanza profética. Se puede, tan fácilmente, dedicar todo el tiempo a pensar acerca de Rusia y Egipto e Israel y otros países, y en elaborar fechas y épocas en función de Ezequiel 37, 38, Daniel 7-12, y otros pasajes proféticos, que pasa uno toda la vida en ello. Entre tanto, se olvida uno de sus propias necesidades y de las de otras personas, en un sentido espiritual. Está uno tan interesado por los "tiempos y las sazones" que se olvida de su propia alma. Claro que la enseñanza profética es parte vital del mensaje bíblico, y debemos tener un interés vivo por ella; pero debemos reconocer el terrible peligro de que ese interés por los acontecimientos mundiales futuros nos haga olvidar que tenemos que vivir una vida aquí y ahora, y que en cualquier momento podemos morir y tener que presentarnos delante de Dios para ser juzgados. El peligro principal radica siempre en perder el sentido de equilibrio y proporción.

Hay otro grupo de peligros en relación con la Biblia misma. Todos los cristianos deben creer en la importancia de leer la Biblia y de estudiarla con diligencia y regularidad. Y sin embargo, incluso la Biblia, a no ser que seamos muy cuidadosos, puede convertirse en peligro y trampa para nuestra vida espiritual. Voy a ilustrar lo que quiero decir. Si uno ve que se acerca a la Biblia de una forma intelectual y no espiritual, ya está en el camino equivocado. Abrir la Biblia de una forma puramente intelectual, tomarla como libro de texto, dividir sus capítulos exactamente como si uno analizara una obra de Shakespeare, es un empeño muy interesante. De hecho, nada puede ser tan interesante para cierto tipo de personas. Sin embargo, si uno comienza a estudiarla sólo intelectualmente y no espiritualmente, puede convertirse en la causa de condenación. La Biblia es el Libro de Dios y es Libro de Vida. Es un libro que nos comunica una palabra de Dios. En consecuencia, si uno descubre que toma la Biblia como libro de estudio y no como libro de inspiración, es urgente que empiece a examinarse a sí mismo. Si es un libro que uno maneja como un maestro, es probable que se esté apoderando de uno el demonio, quien como 'ángel de luz' utiliza la misma Palabra de Dios para privarle a uno de ciertas bendiciones espirituales para el alma.

Hay que tener cuidado de convertirse en estudiante de la Biblia en un sentido equivocado. Yo, personalmente, siempre me he mostrado adverso, por todas estas razones, a los exámenes acerca del conocimiento bíblico. En cuanto uno toma a la Biblia como 'tema', comienza el problema. Nunca hay que tomar la Biblia en forma teórica; la Biblia siempre debe predicarnos, y nunca debemos permitir acercarnos a ella de ninguna otra forma sino ésta. No hay nada más peligroso que el enfoque del experto o del predicador hacia la Biblia. Esto es así en el caso del predicador porque su mayor tentación es considerar la Biblia sólo como una colección de textos acerca de los cuales predicar. Por ello tiende a ir a la Biblia simplemente para buscar textos y no para alimentar el alma. En cuanto alguien hace esto, se encuentra en peligro.

Lo que es cierto en cuanto a la lectura de la Biblia es igualmente cierto acerca del escuchar la predicación de la Biblia. Algunas personas simplemente buscan 'puntos en los sermones', y al final hacen comentarios acerca de esto o aquello. Tengamos cuidado de no considerarnos como expertos. Busquemos siempre entrar bajo el poder de esta Palabra, ya sea que la leamos o la escuchemos. Cuando alguien se me acerca al final de un servicio y me habla acerca de la predicación como tal, y como experto, siento que en lo que me atañe, he fracasado completamente. El efecto de la predicación genuina debería ser hacernos temer y temblar; debería hacer examinarnos a nosotros mismos y pensar más acerca del Señor Jesucristo.

Hay que tener cuidado en interesarse sólo por la simple letra de la Palabra. Y esto puede suceder muy fácilmente. Hay que tener cuidado en no estar excesivamente interesados por la mecánica pasando de texto a texto, estableciendo comparaciones etc. Claro que hay que interesarse por todo lo que está en la Biblia, pero la mecánica no debe dominarnos. Está bien interesarse por las cifras, por los números bíblicos, por ejemplo; pero se puede dedicar muy fácilmente toda la vida a resolver tales problemas, y con ellos olvidar los verdaderos intereses del alma. Sobre todo, hay que tener cuidado de un interés demasiado grande por las varias traducciones de la Biblia. Recuerdo a un hombre, muy inteligente, que se convirtió

por medio del evangelio de Jesucristo. Era maravilloso ver el cambio en él y observar su desarrollo. Luego, cierta enseñanza empezó a influir en él, y la primera prueba que tuve de que esa enseñanza había influido en él fue que, cuando me escribió, comenzó a poner como posdata, referencias a ciertos pasajes de la Biblia. Pero no se limitó a mencionarlos, como había hecho en otras ocasiones; esta vez escribió Mateo 7:21 (Reina Valera). La vez siguiente algún otro, Revisada o Popular. El pobre hombre se interesó cada vez más por las diversas traducciones y por la mecánica. Recuerdo a otra persona de esta clase que una vez vino a mí al final de un servicio que había resultado muy espiritual y conmovedor. Uno de los oradores, al subrayar un punto, había leído un pasaje, pero de una traducción que no era la versión más aceptada. La única observación de este hombre acerca de la reunión fue preguntar: "¿Qué traducción fue esa?" La traducción concreta no tenía nada que ver con el mensaje. El pasaje estaba igualmente claro en todas las traducciones. Las traducciones, en cuanto tales, pueden ser valiosas al corriente de este cuadro particular. Nuestro Señor ha completado su Sermón del Monte, ha dado ya su instrucción detallada, ha establecido todos sus grandes principios vitales y ahora está aplicando la verdad.

Plantea a sus seguidores dos posibilidades; todos deben entrar por una de dos puertas, sea por la puerta estrecha o por la ancha, y han de andar sea por el camino angosto o por el espacioso. El propósito que ha tenido ha sido ayudarlos en este dilema. Con este fin, les ha mostrado cómo reconocer y evitar las sutiles tentaciones y peligros que invariablemente rodean a los que están en esa situación. En estos versículos, nuestro Señor continúa con el mismo tema. Adviértase la conexión. No es algo nuevo; más bien es continuación y remache final de su argumentación anterior. Es la misma advertencia acerca del peligro de la falta de obediencia, de contentarse con escuchar el evangelio y no ponerlo en práctica. En otras palabras, una vez más se trata del peligro del autoengaño.

La Biblia, como hemos visto, está llena de advertencias contra esto; y aquí lo tenemos descrito, de una forma llamativa, en la grandeza de la caída de la casa edificada sobre la arena. Ya hemos visto el caso de los hipócritas inconscientes — los que estaban tan seguros de ser cristianos y que, sin embargo, quedarán tristemente desilusionados en el día del juicio, cuando el Señor les diga, "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad". Es, pues, el mismo tema, pero con una lección más. Nuestro Señor nunca utilizó una nueva metáfora solamente por gusto. Tiene que haber en el asunto algún aspecto nuevo, que está ansioso por presentar; y este cuadro atrayente muestra claramente cuál es este nuevo énfasis.

La mejor forma de examinar esta metáfora específica es considerarla como la tercera de una serie. La primera, en los versículos 15-20, respecto al falso profeta, tuvo como propósito advertirnos frente al peligro de que las apariencias nos engañen. Hay hombres afables que vienen a nosotros con vestimenta de ovejas, pero que por dentro son lobos rapaces. Es muy fácil ser engañados por esa gente porque somos muy superficiales en nuestra manera de juzgar. Nuestro Señor dijo en cierta ocasión "No juzguéis según las apariencias". Y dijo también que Dios no juzga así, sino según el corazón. Ésta es la primera advertencia. No debemos suponer, cuando estamos frente a estas dos puertas, que todo el que venga a hablarnos, aunque sea agradable y afable, y aunque parezca cristiano, sea necesariamente tal. No debemos juzgarlo por las apariencias; debemos aplicar otra prueba — "Por sus frutos los conoceréis".

La segunda metáfora es la de los que suponen que todos los que dicen 'Señor, Señor' entrarán en el reino de los cielos. Esta metáfora tiene como propósito advertirnos contra el peligro de engañarnos a nosotros mismos en función de lo que creemos, o en función de nuestro celo y fervor y de nuestras propias actividades. "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Descansaban en estas cosas; pero estaban totalmente equivocados. El Señor nunca había tenido nada que ver con ellos; nunca los había conocido. Simplemente se estaban engañando a sí mismos.

Ahora vamos a examinar la tercera y última metáfora. Quisiera decir de inmediato, a fin de concentrar la atención, que la principal preocupación de nuestro Señor en esta metáfora es advertirnos contra el peligro de buscar y desear sólo los beneficios y bendiciones de la salvación y de descansar en nuestra aparente posesión de los mismos. Está claro que las palabras se dirigen a los que profesan ser cristianos. No se dirigen a personas que no tienen ningún interés por el reino; se dirigen a personas que han estado escuchando, y a quienes les gusta escuchar, la enseñanza referente al reino. Estas palabras se dirigen obviamente a miembros de iglesias, a aquellos que profesan ser cristianos, que profesan el discipulado, que están buscando los beneficios y bendiciones de la salvación. Todos los detalles de la metáfora subrayan esto y vemos que también ello tiene como fin mostrarnos la diferencia entre la profesión falsa y la genuina del cristianismo; la diferencia entre el cristianismo y el cristiano aparente; entre el hombre que ha nacido realmente de nuevo y es hijo de Dios y el hombre que sólo piensa que lo es.

A fin de hacer resaltar esta distinción nuestro Señor nos presenta una comparación; de hecho, hay una especie de comparación doble en la metáfora. Hay dos hombres y dos casas. Es obvio, por tanto, que si queremos llegar a la verdad espiritual que se nos enseña en este pasaje, debemos examinar la metáfora en detalle. Hay semejanzas y diferencias que hay que observar.

Ante todo veamos las semejanzas en el caso de los dos hombres. Para empezar, tienen el mismo deseo. Ambos deseaban construir una casa, una casa en la cual poder vivir con su familia, vivir con comodidad y disfrutar. Deseaban lo mismo, pensaban acerca de lo mismo y se interesaban por lo mismo. En este sentido no hay diferencia alguna. No sólo esto, sino que ambos deseaban una casa en la misma localidad; de hecho, construyeron sus casas en la misma localidad, porque nuestro Señor indica con claridad que las dos casas se vieron sometidas exactamente a las mismas pruebas. Se da pues una impresión marcada de que las dos casas estaban muy próximas la una de la otra, y estaban sujetas precisamente a las mismas condiciones. Este punto es muy importante.

Pero podemos dar un paso más y decir que obviamente prefirieron y diseñaron la misma clase de casa. Deducimos esto del hecho de que nuestro Señor dice claramente que no había diferencia entre las dos casas a excepción del fundamento. Vistas de afuera y en forma superficial, no había diferencia. Las puertas, las ventanas y las chimeneas estaban todas en la misma posición; tenían el mismo diseño, la misma estructura —las dos casas eran aparentemente idénticas, con la única excepción de esa diferencia bajo la superficie. Por esto, podemos concluir que a los dos hombres les gustaba la misma clase de casa. No

sólo deseaban ambos una casa; deseaban la misma clase de casa. Las ideas que tenían al respecto eran absolutamente idénticas. Tenían mucho en común.

Al decir esto, hemos hecho resaltar de paso las semejanzas en las dos casas. Hemos visto que las dos casas tenían el mismo aspecto al examinarlas superficialmente. Toado parece estar exactamente en la misma posición tanto en la una como en la otra. Además, debemos recordar que ambas están sometidas a las mismas pruebas. Hasta aquí, pues, al contemplar a los dos hombres y a las dos casas, no encontramos sino semejanzas. Con todo, sabemos que el punto clave de la metáfora es mostrar la diferencia y las desemejanzas. De hecho lo que preocupa a nuestro Señor es mostrar que la diferencia es una diferencia fundamental.

Al pasar a examinar las diferencias, podemos dividir el tema en dos, a saber, la diferencia entre los hombres y la diferencia entre las casas. Antes de entrar en detalles, veamos la diferencia general. Lo primero es que no se trata de una diferencia obvia. Hace falta que recordemos esto constantemente, porque no hay otro punto en el que el demonio con su sutileza parezca engañarnos con tanta frecuencia. Seguimos aferrados a la idea de que la diferencia entre el verdadero cristiano y el seudo cristiano es obvia. Y el punto básico de nuestro Señor, sin embargo, es que se trata de algo muy sutil. No es obvio ni en el caso de los hombres ni en el caso de las casas. Si no subrayamos este punto perderemos el propósito entero de su enseñanza en el Sermón del Monte. En todas partes, nuestro Señor enfatiza este elemento de sutileza.

Lo encontramos en la primera metáfora de los dos hombres con vestimenta de ovejas —los falsos profetas—. La dificultad básica respecto al falso profeta, como vimos, fue que en la superficie era extraordinariamente semejante al verdadero profeta. El falso profeta no es necesariamente alguien que dice que no hay Dios y que la Biblia es sólo producto del pensamiento humano, alguien que niega los milagros y lo sobrenatural. Al falso profeta se le puede descubrir sólo examinándolo muy cuidadosamente, con un sentido de discernimiento que sólo el Espíritu Santo da. Su condición es tal que engaña a los demás y a sí mismo. Lo mismo vimos en la segunda metáfora: y también lo encontramos aquí. La diferencia no es obvia, sino muy sutil, sin embargo, para los que tienen ojos para ver, es perfectamente clara. Si se interpreta esta metáfora diciendo que la diferencia entre las dos casas y los dos hombres se descubre sólo cuando llegan las pruebas, cuando vienen las inundaciones y soplan los vientos, entonces la exposición no es sólo equivocada sino que de nada vale. Para entonces es demasiado tarde para hacer algo al respecto. Por esto si nuestro Señor enseñara eso, de hecho se estaría burlando de nosotros. Pero éste no es el caso; el objeto que tiene es capacitarnos para descubrir la diferencia entre los dos, de forma que podamos salvaguardarnos, cuando todavía hay tiempo, contra las consecuencias de la posición falsa. Si nuestros ojos están ungidos con el unguento que da el Espíritu Santo, si poseemos 'la unción del Santo', la unción que nos capacita para discernir, podemos detectar la diferencia entre los dos nombres y las casas.

Veamos primero la diferencia entre los dos hombres. En esto resulta de mucha ayuda el relato que encontramos al final del capítulo 6 de Lucas. Ahí se nos dice que el hombre prudente excavó hondo echó fundamento para la casa, en tanto que el hombre insensato no cavó nada, y no se preocupó por echar fundamento. En otras palabras, la forma de descubrir la diferencia entre estos dos hombres es

examinar detalladamente al hombre insensato. El hombre prudente es exactamente lo contrario. Y la clave para entender a ese hombre es la palabra 'insensato'. Describe una perspectiva específica, un tipo característico de persona.

¿Cuáles son las características del hombre insensato? La primera es que tiene prisa. Las personas insensatas siempre tienen prisa; desean hacerlo todo al instante; no tienen tiempo para esperar. ¡Cuan a menudo nos advierte la Biblia contra esto! Nos dice que el hombre religioso y justo 'no se apresura'. Nunca está sujeto a la excitación, al apresuramiento y a la agitación. Conoce a Dios y sabe que los derechos, propósitos y plan de Dios son eternos e inmutables. Pero el insensato es impaciente; nunca se toma el tiempo necesario; siempre está interesado por resultados inmediatos. Ésta es la característica principal de su mentalidad y conducta. Todos conocemos esta clase de personas en la vida ordinaria aparte del cristianismo. Es un tipo de persona que dice, "Debo disponer de la casa de inmediato, no hay tiempo para fundamentos:" Siempre tiene prisa.

Al mismo tiempo, como tiene esta mentalidad, no escucha instrucciones; no presta atención a las normas que rigen la construcción de una casa. Construir una casa es algo serio y el que quiere construirla nunca debería pensar simplemente en función de tener un techo sobre la cabeza. Debería darse cuenta de que para poseer un edificio satisfactorio y duradero deben observarse ciertos principios de construcción. Por eso se consulta a arquitectos; el arquitecto dibuja los planos y especificaciones y hace sus cálculos. El hombre prudente quiere conocer la forma adecuada de hacer las casas; y por esto escucha instrucciones y está dispuesto a que le enseñen. Pero el insensato no se interesa por estas cosas; desea la casa; no quiere perder el tiempo con reglas y normas. 'Levántela' dice. Es impaciente, desprecia las instrucciones y enseñanzas y dice que, quiere 'comenzar de inmediato'. Ésta es la ordinaria como en relación con las cosas espirituales.

El insensato no solamente tiene siempre demasiada prisa para detenerse a escuchar instrucciones, sino que también lo considera innecesario. En su opinión, sus propias ideas son las mejores. No tiene nada que aprender de nadie. "Todo va bien" dice. "No hay por qué ser tan cauto y preocuparse tanto por estos detalles". Su lema es "Construyamos la casa". No le preocupa lo que se ha hecho en el pasado, simplemente sigue sus propios impulsos e ideas. No estoy haciendo una caricatura de este tipo de persona. Pensemos solamente en personas que hemos visto y conocido, que entran en negocios, o se casan, o construyen casas, o hacen algo semejante, y creo estaremos de acuerdo en que es un retrato genuino de esta mentalidad insensata que piensa que lo sabe todo, está satisfecha con sus propias opiniones, y tiene siempre prisa por convertirlas en realidad.

Finalmente, es una mentalidad que nunca examina las cosas en detalle, nunca se detiene para contemplar y examinar posibilidades y eventualidades. El hombre insensato que construyó su casa sin fundamento, sobre arena, no se detuvo a pensar para preguntarse, "¿Veamos qué puede suceder? ¿Es posible que el río que en verano agrada tanto a la vista en invierno reciba tanta agua a consecuencia de la lluvia o de la nieve que llegue a desbordarse?" No se detuvo a pensar en esto; simplemente deseaba una casa agradable en esa ubicación específica y la hizo construir sin pensar en ninguna de estas cosas. Y si alguien hubiera llegado a decirle, "Mira, amigo, es un error edificar una casa como esta sobre la arena. ¿No te das cuenta de lo que puede suceder en este lugar? no sabes de lo que es capaz el

**río. Lo he visto como una auténtica catarata. He visto tempestades que han echado por tierra casas muy bien edificadas. Amigo mío, te sugiero que ahondes mucho los fundamentos. Llega hasta la roca", el hombre insensato lo hubiera descartado todo para persistir en hacer lo que consideraba mejor. En un sentido espiritual, no está interesado por aprender de la historia de la iglesia; no está interesado en lo que la Biblia le dice; desea hacer algo y cree que lo puede hacer a su manera y así lo hace. No consulta planes ni detalles; no trata de mirar al futuro y pensar en ciertas pruebas que deben inevitablemente venirle a la casa que está haciendo edificar.**

**El hombre prudente, desde luego, nos ofrece un contraste total. Tiene un gran deseo de construir en forma sólida y duradera. Comienza diciendo, "No sé mucho de esto; no soy experto en estos asuntos; la prudencia me dicta, por tanto, que debo consultar a los que saben. Quiero que me hagan planos en detalle, deseo dirección e instrucción. Conozco a gente que puede construir casas rápidamente, pero lo que yo quiero es una casa segura. Muchas cosas pueden suceder que pondrán a prueba mis ideas acerca de la construcción y también mi casa!" Ésta es la esencia de la sabiduría. El hombre prudente toma tiempo y se molesta por averiguar todo lo que puede; se observa a sí mismo y no permite que sus sentimientos y emociones o sentimientos lo dominen. Desea conocimiento, verdad y entendimiento; está dispuesto a responder a la exhortación del libro de proverbios que nos incita a buscar y ansiar la sabiduría, porque "su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino. Más preciosa es que las piedras preciosas". No quiere arriesgarse, y por eso no se apresura; piensa antes de actuar.**

**Si volvemos la atención ahora a la diferencia entre las dos casas, hay solamente dos puntos que requieren coméntanos. El primero es que el momento de examen ya ha pasado. Cuando la casa ya está construida, resulta demasiado tarde. El tiempo de examen es al comienzo mismo. Hay que observar a estos dos hombres y lo que hacen cuando están planeando y escogiendo el lugar. El momento de observar al mal constructor es al comienzo, para ver qué hace respecto al fundamento. No basta mirar la casa cuando ya está terminada. De hecho puede tener mejor aspecto que la otra. Esto, a su vez, conduce al segundo punto que es que, si bien la diferencia entre las dos casas no es evidente, sí es vital, porque en último término lo más importante respecto a la casa es el fundamento. Es una verdad que se subraya a menudo en la Biblia. El fundamento, que aparece tan insignificante y poco importante porque no se ve, es con todo la parte más vital y esencial de todas. Si el fundamento es malo, todo lo demás será malo. ¿Acaso no fue éste el gran mandamiento de Pablo cuando dijo, "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo"? El fundamento, los primeros principios, son más importantes que cualquier otra cosa. Otra razón del significado vital de esa diferencia entre las casas se pone de manifiesto cuando más adelante llegan las pruebas. Es seguro que llegaran tarde o temprano. No vamos a tratar de aplicar esto a nuestras vidas ahora; pero es tan cierto como que vivimos que nos llegarán pruebas y tendremos que enfrentarnos con ellas. Son inexorables e inevitables; y en vista de lo expuesto, nada importa más que el fundamento.**

**Nuestro Señor presentó este cuadro gráfico y dramático de la diferencia entre los dos hombres y las dos casas porque es de importancia vital en el reino espiritual. Todo lo que hemos dicho nos ofrece medios para analizar la diferencia entre el**

**cristianismo y el seudo cristianismo. ¿No es acaso significativo que hoy día oigamos hablar tan poco acerca de lo que los puritanos llamaban 'falso profetismo'? Si se lee la historia religiosa de este país (Inglaterra), se encontrará que en grandes períodos como la época puritana y el avivamiento evangélico, prestaban mucha atención a este tema. Se puede ver en la forma en que Whitefield y Wesley y otros examinaban a los convertidos antes de que los admitieran como miembros de sus clases. Lo mismo se ve en la gran época de la iglesia de Escocia, y en los primeros cien años de la historia de la iglesia presbiteriana de Gales. En realidad ha sido siempre la característica más destacada de todos los que piensan en la iglesia como en la 'reunión de los Santos'.**

**¿Cómo hay que discernir en la práctica? Adoptemos la misma técnica que hemos venido utilizando. Lo primero que hay que decir acerca del cristiano y del seudo cristiano es que tienen ciertos puntos en común. Del mismo modo que encontramos ciertas semejanzas entre los dos constructores y las dos casas, también hay ciertas semejanzas entre estas dos personas. La primera es que se suelen encontrar en el mismo lugar. Los dos hombres de la metáfora edificaron sus casas en la misma localidad, deseaban estar cerca el uno del otro y cerca del río. Lo mismo ocurre en el campo de la religión. El verdadero cristiano y su contraparte que no lo es, suelen encontrarse en la misma esfera. Se los suele encontrar a ambos en la iglesia. Se sientan a escuchar precisamente el mismo evangelio; y a ambos parece gustarles esto. En todos los sentidos parecen estar exactamente en la misma posición, tener la misma perspectiva e interesarse por las mismas actividades. El que se ve engañado por la falsificación no está fuera de la iglesia; está dentro de ella. Le gusta estar en conexión con la iglesia y quizá es miembro activo de la misma. Estos dos hombres son muy parecidos entre sí, en la superficie, como lo eran los dos constructores y sus casas de la metáfora.**

**Pero no sólo se los encuentra en el mismo lugar. Como vimos, esos hombres parecen tener los mismos deseos generales. Y en la aplicación espiritual, la dificultad básica radica en el hecho de que el cristiano nominal tiene los mismos deseos generales que el cristiano genuino. ¿Cuáles son? Desea el perdón, desea creer que sus pecados son perdonados. Desea la paz. Fue en primer lugar a una reunión, porque la vida le había vuelto inquieto. Se sentía infeliz y no hallaba satisfacción, y por ello fue a la reunión y comenzó a escuchar. Es una gran equivocación pensar que la única persona que desea paz interior es el verdadero cristiano. El mundo de hoy está hambriento y sediento de esa paz, y la busca. Muchas personas entran bajo la esfera de influencia del cristianismo porque desean esa paz, en tanto que otras acuden a distintas sectas con el mismo fin.**

**Lo mismo ocurre también con el deseo de consuelo y alivio. La vida es dura y difícil y todos propendemos a la tristeza y al cansancio, de modo que el mundo anhela consuelo. El resultado es que hay muchas personas que vienen a la iglesia sólo, por así decirlo, para recibir una droga. Se sientan durante el culto y ni siquiera escuchan lo que se dice. Dicen que hay algo en la atmósfera del edificio que es consolador. Anhelan consuelo. Esto lo comparten el verdadero y el falso cristiano.**

**Lo mismo se puede decir en el asunto de la dirección y el deseo de encontrar salida para los problemas y dificultades. No sólo el cristiano genuino está interesado en encontrar dirección. Hay incrédulos que han cometido grandes errores en la vida y, como consecuencia de ello, se sienten infelices. Dicen, "parece que siempre me**

equivoco; trato de hacer las cosas bien, pero mis decisiones son equivocadas! Luego, de repente, oyen hablar a alguien acerca de dirección, a alguien que ofrece una dirección infalible, a alguien que dice que si haces lo que él dice, las cosas nunca pueden andar mal, y se aferran a esa enseñanza con avidez. No hay por qué reprochárselo; es muy comprensible. Todos nosotros conocemos este anhelo de dirección, de dirección infalible, para dejar de cometer errores y poder hacer siempre lo correcto, tomar siempre la decisión adecuada. El 'falso profesante' desea esto tanto como el verdadero cristiano.

De la misma manera quizá tenga el deseo de vivir una vida buena. No hay que ser cristiano genuino para desear vivir una vida mejor. Hay personas de elevada moral y ética fuera del ámbito de la cristiandad las cuales están muy preocupadas por vivir una vida mejor. Por esto leen filosofía y estudian sistemas éticos. Desean vivir una vida buena y moral. La enseñanza de Emerson sigue siendo popular. No se puede esperar discernir entre estos dos hombres sólo con estas pruebas.

¿Nos atreveremos a ir más allá y afirmar que el 'falso profesante' puede estar muy interesado por el poder espiritual y deseoso del mismo? Leamos de nuevo el relato de Hechos acerca de Simón el mago, en Samaria. Ese hombre vio que Felipe realizaba milagros y quedó impresionado. Él mismo había hecho esa clase de cosas, pero no con esta facilidad y poder; y se unió a los cristianos. Entonces, cuando vio que Pedro y Juan, con la imposición de manos sobre las personas, les comunicaban el don del Espíritu Santo, Simón se llenó de codicia, y les ofreció dinero a cambio de la posesión de ese poder. Lo codició, y sus descendientes espirituales de nuestros días quizá codicien también y deseen el poder espiritual. Alguien ve a otro predicando con poder espiritual y dice, "me gustaría ser así!" Se imagina erguido en el pulpito y ejerciendo un poder muy grande y esto resulta atrayente para su naturaleza carnal. Hay muchos ejemplos de hombres que son ciegos a la verdad espiritual y que con todo ansían poseer poder espiritual. Así es de sutil.

Finalmente, el 'falso profesante' también desea ir al cielo. Cree en el cielo y el infierno y no desea perderse. Desea muy específicamente ir al cielo. ¿No han conocido a personas así? Se encuentran muchas que están completamente fuera de la iglesia. Desean sí ir al cielo, y dicen que siempre han creído en Dios. Si eso es así del hombre que está claramente fuera, ¿cuánto más no lo es del cristiano que está dentro del ámbito y esfera de los intereses cristianos?

Encontramos, pues, estas extrañas semejanzas entre estas dos personas. Parecen creer y desear las mismas cosas. Son semejantes no sólo en cuanto desean lo mismo, sino también porque parecen poseerlo. Este es el pensamiento más alarmante de todos, pero las dos metáforas anteriores han subrayado esta verdad tanto como la metáfora que ahora examinamos. El 'falso profesante' cree que está seguro. Los que habían echado fuera demonios y hecho milagros en el nombre de Cristo estaban muy seguros de su salvación. No les quedaba ni una sombra de duda acerca de ello. Creían que habían sido perdonados; parecían estar en paz y disfrutando de los consuelos de la religión; parecían poseer poder espiritual y que estaban viviendo una vida mejor; decían 'Señor, Señor'; y deseaban pasar a la eternidad con Él. Sin embargo Él les dijo: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad!" ¿Nos damos cuenta de que es posible poseer un falso sentido de perdón? ¿Nos damos cuenta de que es posible tener dentro de sí una

falsa paz? Alguien dice, "No me he preocupado por mis pecados durante años!" Puedo muy bien creer esto, si es cristiano nominal solamente. El hecho de no haber pensado acerca de estas cosas durante años indica por sí mismo que algo anda mal respecto al sentido de seguridad y paz. El hombre que nunca sabe qué es poseer ciertos temores acerca de sí mismo, temores que lo empujan hacia Cristo, está en una condición sumamente peligrosa.

Se puede poseer falsa paz, falso consuelo, falsa guía. El demonio puede darnos una guía notable. También lo pueden hacer la telepatía y toda clase de fenómenos ocultos y otros muchos agentes. Hay poderes que pueden imitar fraudulentamente casi todo lo que hay en la vida cristiana. Y, como ya hemos visto en el párrafo anterior, estas personas pueden poseer un cierto poder espiritual. No cabe duda acerca de ello. Pueden poseer poder para 'echar fuera demonios' y hacer 'muchos milagros'. No había diferencia evidente entre Judas Iscariote y los otros doce discípulos, aunque Judas era 'el hijo de perdición'.

Según la enseñanza de nuestro Señor, por tanto, la semejanza entre lo verdadero y lo falso puede incluir estos puntos y llegar hasta este extremo. Sin embargo, la enseñanza de nuestro Señor es que aunque existen todas estas semejanzas entre estos dos hombres y las dos casas de la parábola y en el ámbito de la profesión cristiana, con todo, existe una diferencia vital. No es perceptible a primera vista, pero si uno la busca, resulta perfectamente clara e inconfundible. Si nos tomamos la molestia de aplicar nuestro análisis, no podemos dejar de verlo. Ya hemos indicado la naturaleza de las pruebas en nuestro examen del hombre insensato. Lo único que necesitamos hacer es aplicárselas a nosotros mismos —este apresuramiento, esta mentalidad que no escucha advertencias, que no se preocupa por planes ni detalles, que piensa que sabe lo que desea y lo que es mejor y lo busca a toda costa. Examinémos a nosotros mismos a la luz de estos criterios y entonces veremos muy claramente a qué categoría pertenecemos. Lo puedo resumir en forma de pregunta: ¿Cuál es nuestro deseo supremo? ¿Buscamos con empeño los beneficios y bendiciones de la vida y salvación cristianas, o tenemos otro deseo más hondo o profundo? ¿Buscamos con empeño los resultados carnales, o anhelamos conocer a Dios y asemejarnos cada vez más al Señor Jesucristo? ¿Tenemos hambre y sed de justicia?

## **CAPITULO 57**

### **Los dos Hombres y las dos Casas**

Al estudiar las palabras del pasaje anterior, hemos indicado muchas veces que son de las más solemnes de toda la Biblia. Con todo, los versículos 24-27, que ahora pasamos a examinar, parecen incluso más solemnes y aterradoras. Son palabras con las que todos estamos familiarizados. Incluso en una época como ésta, en la que hay tanta ignorancia de la Biblia, son muchas personas que están a la persona en lo más fundamental. La lluvia, pues, abarca cosas como éstas, e incluye estas pruebas que someten a prueba hasta lo más profundo de nuestro ser.

Pero no sólo descendió la lluvia; nuestro Señor nos dice que los ríos vinieron y

sacudieron la casa. Siempre me parece que esto representa en general, al mundo, en el sentido bíblico de la palabra, o sea, la perspectiva mundana, la clase mundana de vida. Nos guste o no, seamos creyentes verdaderos o falsos, el mundo llega a sacudir esta casa nuestra, desencadenando toda su furia contra nosotros. Todos tenemos grandes problemas con el mundo —"los deseos de la carne, los deseos de los ojos, la vanagloria de la vida"—. Tan cierto como que edificamos nuestro edificio en este mundo, como de hecho lo estamos haciendo, así es de seguro que el mundo vendrá a nosotros para probarnos. La mundanalidad, con toda su sutileza, se infiltra por todas partes. A veces se presenta con gran poder, otras veces causa el mismo daño, penetrando silenciosamente en forma cautelosa e inadvertida. Las formas que puede adoptar son incontables.

Todos sabemos algo de esto. A veces llega como seducción, algo que nos atrae y nos llama la atención; ofrece un cuadro resplandeciente que nos atrae. Otras veces llega como persecución. Al mundo no le importa, en última instancia, el método empleado con tal de conseguir su objetivo. Si puede seducirnos para apartarnos de Cristo y de la iglesia lo hará, pero si la seducción falla, enseñará los dientes, e intentará la persecución. En ambas formas, se nos somete a prueba y la una es tan sutil como la otra —Avinieron ríos... y dieron con ímpetu contra aquella casa".

Todos sabemos algo de lo que significa sentir que la casa casi se tambalea a veces. No es exactamente que el cristiano desea abandonar su fe, pero el poder del mundo puede ser tan grande que a veces se pregunta si sus fundamentos resistirán. De joven, tiene una maravillosa fe en Cristo, pero tarde o temprano, quizá hacia la mitad de la vida, comienza a pensar en su futuro, en su carrera, en toda su posición en la vida; y comienza a vacilar y dudar, entra en juego el proceso lento de envejecimiento, y también una especie de debilidad —ese es el mundo que da con ímpetu contra la casa, sometiéndola a prueba.

Luego está el viento —"descendió lluvia y vinieron ríos, y soplaron vientos"—. ¿Qué quiere decir con esto —"y soplaron vientos"—? Tiendo a estar de acuerdo con los que interpretarían el viento como ataques concretos de Satanás. El diablo tiene muchas formas diferentes de atacarnos. Según la Palabra de Dios, se puede transformar en ángel de luz y citar la Biblia. Nos puede apartar por medio del mundo. Pero a veces nos ataca directamente; puede lanzarnos dudas y negaciones. Nos puede bombardear con pensamientos sucios, malos y blasfemos. Leamos las vidas de los santos de otras épocas y encontraremos que se vieron sometidos a esta clase de cosas. El diablo desarrolla ataques violentos, tratando de derribar la casa, por así decirlo, y los santos a lo largo de los siglos han sufrido a causa del poder de esta forma de ataque. Quizá hemos conocido hombres buenos que se han visto sujetos a esto, cristianos excelentes que han vivido vidas piadosas; entonces, un poco antes del fin, quizá en el mismo lecho de muerte, pasan por un período de tinieblas y el diablo los ataca violentamente. En realidad, "no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes!" En Efesios 6, el apóstol Pablo nos dice que la única forma de resistir es revistiéndonos de toda la armadura de Dios. Y en este pasaje nuestro Señor dice también que sólo el fundamento sólido que Él aboga, permitirá que nuestra casa resista.

Estas cosas nos llegan a todos. Pero claro está, en último término, en forma cierta

e inevitable, llega la muerte misma. Algunos tienen que soportar la lluvia, otros los ríos, y otros los vientos y huracanes; pero todos tenemos que encontrarnos y hacer frente a la muerte. Nos llegará a todos de alguna forma y someterá a prueba el fundamento mismo sobre el cual hemos edificado. ¡Qué cosa tan tremenda es la muerte! No hemos pasado por ella, y por eso no sabemos nada acerca de esto, aunque quizá en ocasiones hayamos visto morir a otros y hayamos oído hablar de ello. Ya sea que llegue en forma repentina o gradual, tenemos que hacerle frente. Me parece que debe ser algo tremendo pasar por ese momento en el que uno se da cuenta de que sale de este mundo y que deja lo que siempre ha conocido, para cruzar hacia la región detrás del telón. No hay nada como este hecho y momento poderosos de la muerte que someta a prueba más profunda al hombre en su mismo fundamento.

La pregunta verdadera es, ¿cómo resistimos estas cosas? En muchos sentidos, la labor principal de la predicación del evangelio es preparar a los hombres para que resistan estas cosas. Lo que importa no es la idea que se tenga de la vida, ni los sentimientos que se tengan; si uno no puede resistir estas pruebas que he enumerado, el fracaso es completo. Sean cuales fueren los dones de un hombre o su llamamiento, por muy noble y bueno que sea, si su idea y filosofía de la vida no lo han provisto de estas certezas, es un necio, y todo lo que tiene le fallará y se derrumbará debajo de sus pies precisamente cuando más ayuda necesite. Ya hemos experimentado algunas de estas pruebas. He aquí las preguntas que debemos hacernos. ¿Encontramos siempre a Dios cuando lo necesitamos más? Cuando llegan estas pruebas y acudimos a Él, ¿sabemos que está ahí? ¿Nos sentimos agitados y alarmados? ¿Tememos su presencia, o acudimos a Él como un hijo a su padre, y sabemos siempre que está ahí y lo encontramos siempre? ¿Estamos conscientes de su proximidad y presencia en esos momentos críticos? ¿Tenemos una confianza honda e inmovible en Él, y una seguridad de que nunca nos abandonará? ¿Podemos regocijarnos en Él siempre, incluso en las tribulaciones? ¿Cuál es nuestra visión del mundo en este momento, cuál es nuestra actitud hacia el mundo? ¿Nos sentimos vacilantes y dudosos respecto a qué clase de vida queremos vivir? ¿Tenemos alguna incertidumbre? ¿No hemos descubierto la inutilidad total de esta vida mundanal que no pone a Dios y a su Cristo en el centro? ¿Qué es la muerte para nosotros? ¿Nos horroriza el pensar en ella; tenemos tanto miedo de ella que siempre procuramos quitarla del pensamiento?

La Biblia nos muestra claramente cómo deberíamos ser en todos estos puntos si somos verdaderamente cristianos. El Salmo 37:37 dice: "Considera al íntegro, y mira al justo; porque hay un final dichoso para el hombre de paz". No hay nada tan maravilloso en este mundo como la muerte de un hombre bueno, del hombre cristiano. 'Considéralo' dice la Biblia. El salmista era ya anciano cuando escribió esto - "Joven fui, y he envejecido", dice, y ésta es su experiencia, éste es su consejo a los jóvenes: "Considera al íntegro... porque hay un final dichoso para el hombre de paz!" Muchos parecen pasarlo muy bien en este mundo, pero su final no es en paz. ¡Pobre criatura! no se ha preparado para ello, no está consciente de que se va, se agarra a lo que sea, y no muere en paz. O escuchemos esta porción del salmo 112:7: "No tendrá temor de malas noticias; su corazón está firme, confiado en Jehová". No tiene miedo de las pestilencias, no tiene miedo de que lleguen las guerras, no tiene miedo ni siquiera de las malas noticias. No dice: "¿Qué vamos a hacer mañana por la mañana?" Nunca -"su corazón está firme, confiando en Jehová". Escuchemos también estas palabras magníficas de Isaías 28:16: "El que

creyere, no se apresure" o, si se prefiere, "El que creyere no será confundido, el que creyere no será tomado por sorpresa". ¿Por qué? Porque ha prestado atención, se ha venido preparando, de modo que, sea lo que fuere lo que le llegue, tiene fundamento sólido. No tiene prisa, nunca se apresura. Nuestro Señor mismo lo ha enseñado perfectamente en la parábola del sembrador. Nos dice que el falso creyente "no tiene raíz en sí". Resistió por un tiempo, pero cuando llegó la persecución, todo se acabó. "El que fue sembrado entre espinas, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo, y el engaño de las riquezas ahogan, la palabra, y se hace infructuosa". La enseñanza de la Escritura a este respecto es inacabable. Esto es algo que se enseña de forma positiva en la Biblia, y que la experiencia cristiana confirma. Leamos de nuevo el relato de aquellos primeros cristianos que, al ser perseguidos, e incluso condenados a muerte, daban gracias a Dios de que los hubiera conservado dignos de sufrir por su nombre. Poseemos esos grandes relatos de los primeros mártires y confesores, quienes aún en medio de las fieras del circo, alababan a Dios. Lejos de lamentarse, Pablo, al escribir a los filipenses desde la cárcel, da gracias a Dios por su encarcelamiento, porque le da la oportunidad de predicar el evangelio. Incluso podía soportar la traición de falsos amigos. Se sentía perfectamente feliz y sereno en medio de todo, e incluso podía mirar a la muerte de frente y decir que era placentera, porque significaba ir a "estar con Cristo; lo cual es muchísimo mejor". Les hablaba a los corintios de que "esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria". Leamos 2 Corintios 4; leamos la lista de sus pruebas y tribulaciones y a pesar de todo esto puede decir estas palabras. Luego escuchémoslo, ya anciano, de nuevo frente a la muerte, sabiendo que ya llegaba: "Por qué yo ya estoy para ser sacrificado y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe! ¡Qué forma de morir! Así ha sido siempre a lo largo de los siglos, desde el tiempo en que Pablo escribió estas palabras. Los cristianos han venido repitiendo estas experiencias en su vida. Leamos las historias de los santos, leamos las historias de los mártires y confesores, leamos lo que se dice de aquellos hombres que subieron al patíbulo sonriendo, predicando desde las llamas que los rodeaban. Son los episodios más valiosos de toda la historia. Leamos de nuevo los relatos acerca de los que firmaron el pacto de la reforma religiosa, de los grandes puritanos y de muchos otros.

La enseñanza, pues, se resume en esto; sólo los hombres que han hecho estas cosas, de las cuales nuestro Señor habla en el Sermón del Monte, poseen estas experiencias. El cristiano falso descubre que cuando necesita ayuda, consideraba como la fe no le ayuda. Le abandona cuando más lo necesita. No queda ninguna duda respecto a esto. El factor común en la vida de todos los que han podido enfrentarse con las pruebas de la vida de forma triunfal y gloriosa, es que han sido siempre hombres que se han entregado para vivir el Sermón del Monte. Este es el secreto del 'hombre perfecto', del hombre 'justo', del hombre 'bueno', del hombre 'cristiano'. Así pues si queremos poder hacer frente a estas cosas, como Pablo lo hizo, debemos tratar de vivir como Pablo vivió. No hay otra forma; todos se adaptaron a la misma pauta.

Pero, aparte de estas cosas con las que nos enfrentamos en esta vida, está el enfoque cierto día del juicio final. Este es un tema constante en la enseñanza de la Biblia. He lo aquí: "Muchos me dirán aquel día". La Biblia tiene mucho que decir acerca de 'aquel día'. Había quienes estaban en desacuerdo con Pablo respecto a

cómo debía predicarse el evangelio y a cómo debía desarrollarse la iglesia. "Muy bien«, dice de hecho Pablo, no voy a discutir; el día lo declarará! "Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo! Este concepto se menciona muy a menudo en la Biblia. Leamos en Mateo 25 lo que se dice de las diez vírgenes, de los talentos, de las naciones. Todas las cosas comparecerán delante de Él en el juicio final. Pero recordemos que 1 Pedro 4:17 enseña que 'el juicio comienza por la casa de Dios'. ¿Qué es el libro de Apocalipsis sino una gran proclamación de este juicio venidero, cuando los libros serán abiertos, y todos serán juzgados en todas partes? Todos serán sometidos a juicio. La Biblia está llena de esto y nos dice que el día del juicio es cierto. Nos dice que será escudriñados, que será íntimo. Todo le es conocido a Dios. Estos hombres dijeron, "¿No hemos hecho esto y aquello?" Y Él les dice, "Nunca os conocí". Todo el tiempo ha tenido los ojos puestos en ellos. No le pertenecen y Él siempre lo supo. Todo le es conocido. "Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a\* quien tenemos que dar cuenta". El es quien 'discierne los pensamientos y las intenciones del corazón'. Nada puede quedar oculto a su mirada. Sobre todo se nos dice que este juicio es definitivo. En la Biblia no se enseña nada acerca de una segunda oportunidad, acerca de otra oportunidad. Traten de demostrarlo si pueden. No está en la Biblia. Quizá uno puede presentar dos o tres afirmaciones muy debatibles, acerca de cuyo significado nadie puede tener seguridad. ¿Pero va uno a confiar en eso en tanto que el testimonio poderoso de la Biblia se inclina hacia el otro lado? Es un juicio final; no se puede volver atrás.

¿Cómo podemos, pues, estar seguros de estas cosas? ¿Cómo voy a vivir mi vida en la tierra en paz y certidumbre y seguridad? ¿Cómo puedo asegurarme de que estoy edificando la casa sobre la roca? ¿Cómo pongo realmente estas cosas en práctica? Es la pregunta más importante de este mundo. Nada hay más vital que recordar diariamente estas cosas. Aun a riesgo de ser mal entendido, quiero decirlo así. A veces creo que no hay nada más peligroso en la vida cristiana que una vida devocional mecánica. Oigo a las personas hablar superficialmente acerca de hacer sus 'devociones' por la mañana. Esta actitud superficial, a mi modo de entender, es absolutamente trágica. Significa que a estas personas se le ha enseñado que es bueno para el cristiano, como primera actividad del día, leer un poco de la Biblia y luego ofrecer una oración, antes de ir a trabajar. Uno cumple esta costumbre y allá va. Claro que es una cosa buena; pero puede resultar sumamente peligrosa para la vida espiritual, si se convierte en algo puramente mecánico. Diría, pues, que lo que hay que hacer es esto. Ciertamente hay que leer la Biblia y orar; pero no en una forma mecánica, no porque se le ha dicho a uno, que hay que hacerlo, no porque se espera que se haga. Hagámoslo por qué la Biblia es la palabra de Dios y porque a través de ella nos habla. Pero una vez leído y orado, detengámonos a meditar y en la meditación recordemos las enseñanzas del Sermón del Monte. Preguntémosnos si vivimos el Sermón del Monte, o estamos tratando realmente de vivirlo. No nos hablamos a nosotros mismos lo suficiente; este es nuestro problema. Hablamos demasiado con los demás y no lo suficiente con nosotros mismos. Debemos hablarnos a nosotros mismos y decirnos "Nuestro Señor dijo de hecho que nos predicó este sermón pero que de nada nos valdría si no hiciéramos lo que Él dice". Pongámonos a prueba según las enseñanzas del Sermón del Monte. Recordemos estas ilustraciones finales de! Sermón. Digámonos: "Sí, por ahora aquí estoy; soy joven. Pero un día tengo que morir, y ¿estoy listo para ello? ¿Qué sucedería si de repente perdiera la salud o la apariencia atractiva que tengo, o el dinero o los bienes? ¿Qué sucedería si alguna enfermedad me desfigurara? ¿Dónde estoy? ¿En

qué voy a sostenerme?" ¿Nos hemos enfrentado con lo inevitable del juicio más allá de la muerte? Este es el único camino seguro. No basta leer la Biblia y orar; tenemos que aplicar lo que aprendemos; tenemos que enfrentarnos con ello y tenerlo siempre delante de la vista. No confiemos en actividades. No digamos: "desarrollo mucha actividad en la obra cristiana, seguro que voy bien". Nuestro Señor dijo que quizá no vayamos bien, aunque pensemos que lo hacemos por Él. Enfrentémonos con estas cosas, una después de otra, y sometamos a prueba nuestra vida por medio de ellas; y luego asegurémonos de que realmente tenemos esta enseñanza en primer plano y en el centro mismo de nuestra vida. Asegurémonos de que podemos decir honestamente que nuestro deseo supremo es conocerle mejor a Él, guardar sus mandamientos, vivir para su gloria. Por atractivo que pueda ser el mundo, digamos, "No; sé que yo, como ser vivo, tengo que encontrarme con Él cara a cara. Esto debe ocupar el primer puesto a toda costa; todo lo demás debe ocupar un plano secundario!" Me parece que este es el propósito de la metáfora de nuestro Señor al final de este poderoso Sermón, a saber, que debemos estar advertidos en contra del peligro sutil del autoengaño, que se nos debe despertar la conciencia acerca de esto y que debemos evitarlo examinándonos a diario en su presencia, a la luz de su enseñanza. Que Él nos conceda la gracia para hacerlo.

## **CAPITULO 58**

### **¿Roca o Arena?**

Hasta ahora nos hemos ocupado sobre todo de los detalles de la metáfora de nuestro Señor acerca de los dos hombres y de las dos casas. Es evidente que, en una metáfora como ésta, lo primero que hay que hacer es examinar el conjunto mismo y descubrir su significado. Luego esto se puede aplicar a la situación espiritual que se examina. Ya hemos comenzado a hacerlo, pero debemos continuar haciéndolo más detalladamente.

¿Cuáles son las características del seudo cristiano o del cristiano puramente nominal? Podemos dividirlos en generales y específicas. En general, en ellos se encuentran las mismas cosas que observamos en el hombre insensato que construyó la casa sobre la arena. Es decir, es insensato, apresurado y superficial. No cree mucho en doctrina ni en la necesidad de entender la Biblia; desea disfrutar del cristianismo sin muchos problemas. No hay que molestarlo con todas estas doctrinas y definiciones, anda muy apurado, la instrucción le impacienta, y también la experiencia y la dirección. De hecho suele ser impaciente con todo conocimiento verdadero; ésta es la principal característica, según lo describe nuestro Señor. Hasta ahora, hemos considerado su mentalidad; y antes de pasar al próximo punto, deseo subrayar la importancia de esto. No hay nada que proporcione un indicio tan genuino de lo que alguien es, como su mentalidad en general. No está bien prescindir de ello y concentrarse sólo en lo que hace en detalle.

Pero pasando ahora a los detalles - ¿Cuáles son las características del 'falso profesante'? Lo primero respecto a él es que, como el hombre de la metáfora, lo que busca es agradarse a sí mismo. Analicemos lo que hace, escuchemos lo que

dice y veremos que todo gira en torno a sí mismo. Ésta es realmente la clave para todo lo que hace y dice; el yo es el centro de su vida y el yo controla su perspectiva y todas sus acciones. Desea facilidad, comodidad y ciertos beneficios. Por ello se halla dentro de la iglesia. Desea obtener ciertas bendiciones y en esto difiere del hombre que está totalmente en el mundo, que dice no poseer ninguna creencia. Este hombre ha descubierto que en el cristianismo se ofrecen ciertas bendiciones. Se interesa por ellas, y desea saber algo acerca de las mismas y cómo obtenerlas. Siempre piensa en función de: ¿Qué puedo sacar? ¿Qué me dirá? ¿Qué beneficios me reportará si voy a buscarlo? Ésta es la clase de motivos que le mueven. Y por ser ésta su actitud, no se enfrenta realmente con la enseñanza completa del evangelio, ni desea conocer todo el consejo de Dios.

Examinemos esto detalladamente. Vimos, al examinar la metáfora, que el problema del hombre que construye la casa a toda prisa y sin fundamento sobre la arena, es que no cree en consultar manuales de arquitectura y construcción de casas, no cree en ir a un arquitecto, no desea planos ni detalles. De hecho, todos estos detalles le parecen un ajeteo innecesario y no le interesan. Lo mismo ocurre en el caso del falso creyente. En realidad, no se preocupa por estudiar la Palabra de Dios; no es un verdadero estudiante de la Biblia. Quizá tenga cierto interés por la gramática o el aspecto mecánico de la Biblia, pero no se preocupa realmente por conocer el mensaje del Libro; nunca ha querido enfrentarse con toda su enseñanza. Pablo, cuando volvió a ver a los ancianos de la iglesia de Efebo les dijo que estaba muy contento de haberles comunicado 'todo el consejo de Dios'. No se reservó nada. El mensaje que el Señor resucitado había dado, se lo dio a ellos. Algunas partes del mismo molestaban; algunas partes quizá hubiera preferido no comunicarlas, pero no era su mensaje; era el consejo de Dios y se lo había comunicado como proveniente de Dios. El creyente falso y superficial no se interesa por esto.

En segundo lugar, escoge lo que le gusta, y se concentra en lo que le atrae. Por ejemplo, le gusta la doctrina del amor de Dios, pero no la doctrina de la justicia de Dios. No le gusta la idea de Dios como Dios santo, como Dios justo. La idea de la santidad de Dios le repele, y por ello nada lee acerca de la misma. Sabe que hay ciertos pasajes importantes en la Biblia que manifiestan el amor de Dios, y los puede recitar de memoria porque los lee muy a menudo. Piensa que lo sabe todo acerca de Juan 3:16, pero ni siquiera lo lee adecuadamente. Destaca una parte de este texto, pero no le gusta la idea de 'no se pierda'. No llega hasta el final de ese mismo capítulo tercero donde dice, "La ira de Dios está sobre él" —eso no lo cree y no le gusta. Se interesa por el amor de Dios y por el perdón. Se interesa, en otras palabras, por todo lo que le da el sentimiento de consuelo, felicidad, gozo y paz internos. Por ello, ya sea consciente o inconscientemente, al leer la Biblia, selecciona. Hay muchas personas que lo hacen. A comienzos de este siglo esta práctica estaba muy en boga. Había personas que nunca leían las Cartas del apóstol Pablo; leían sólo los Evangelios. Y no leían todos los Evangelios por qué les parecía que había cosas ofensivas, de modo que los reducían al Sermón del Monte. Pero incluso ahí, tampoco leían las Bienaventuranzas, simplemente leían acerca del 'amar a los enemigos', etc. Eran pacifistas e idealistas que no creían según decían, en devolver un golpe, sino en presentar la otra mejilla. Éste es el típico creyente falso. Escoge y selecciona lo que le gusta, y prescinde del resto. Se ve muy claro en el cuadro del hombre que construyó la casa sobre la arena- y lo mismo ocurre en el ámbito espiritual.

Deberíamos examinarnos constantemente a la luz de la Palabra. Si no leemos de forma tal que nos examine, no la estamos leyendo correctamente. Debemos hacer frente a estas cosas. ¿Tomo todo el mensaje de la Biblia? ¿Tomo todo el consejo de Dios? ¿Acepto la enseñanza referente a la ira de Dios lo mismo que la referente al amor de Dios? ¿Estoy tan dispuesto a creer en la justicia de Dios como en su misericordia; en la justicia y santidad de Dios como en su compasión y paciencia? Ésta es la cuestión. Lo característico del falso creyente es que no se enfrenta con todo; se limita a seleccionar lo que desea y gusta, y prescinde del resto. En otras palabras, su característica más destacada siempre es el no hacer frente en forma completa y honesta a la naturaleza del pecado, a los efectos del mismo, a la luz de la santidad de Dios. El problema que tiene es que nunca desea sentirse infeliz, nunca desea experimentar un sentido de disgusto consigo mismo, un sentido de incomodidad. Lo que quiere evitar a toda costa es sentirse infeliz o que le hagan sentir incómodo. No le gustan las personas que lo hacen sentir incómodo, ni los pasajes de la Biblia que hacen lo mismo y por ello escoge y selecciona. Siempre busca facilidad, comodidad y felicidad; y nunca se enfrenta adecuadamente con la doctrina bíblica del pecado, porque lo perturba y le hace sentirse inquieto. Pero al hacerlo así, elude una parte vital del gran mensaje de la Biblia. La Biblia es, en primer lugar, una exposición aterradora y una descripción gráfica de los efectos del pecado. Por esto contiene toda esa historia del Antiguo Testamento; por esto, por ejemplo, muestra a un hombre como David, uno de sus grandes héroes, sucumbiendo en un pecado grave, cometiendo adulterio y homicidio. ¿Por qué lo hace? Para inculcarnos los efectos del pecado, enseñarnos que en todos nosotros hay algo que nos puede hacer caer así, que por naturaleza todos somos falsos, impuros y viles. El falso creyente no gusta de esta enseñanza. Le desagrade tanto que incluso objeta contra la distinción que la Biblia establece entre pecado y pecados. Conocí a un hombre que solía asistir a un lugar de culto, pero que ahora ya no asiste. La razón principal de haberse retirado es que no le gustaba que el predicador hablara constantemente acerca del pecado. No le importaba escuchar hablar acerca de los pecados, porque estaba dispuesto a admitir que no era absolutamente perfecto. Pero cuando el predicador decía que la naturaleza misma del hombre es vil e impura, le parecía que iba demasiado lejos. ¡No era tan malo como todo eso! Pero la Biblia habla acerca de la naturaleza pecaminosa y dice de nosotros que hemos sido "en maldad... formados, y en pecado nos concibió nuestra madre", que todos somos "por naturaleza hijos de ira" que debemos decir, si hablamos sinceramente, que "el pecado mora en mí" y que no hay nada que baste sino el nacer de nuevo y el recibir una naturaleza nueva. El cristiano nominal y formal odia esta doctrina y la elude.

En otras palabras, el problema que tiene, en último término, es que no desea realmente conocer a Dios. Desea la bendición de Dios, pero no desea a Dios. No desea realmente servir a Dios y rendirle culto con todo su ser; simplemente, desea ciertas cosas que cree que Dios le puede dar. Resumiendo, su problema principal es que no conoce el significado de la expresión, "tener hambre y sed de justicia". No le interesa la justicia; no le interesa la santidad. No desea realmente ser como Cristo; simplemente desea estar cómodo. Es como el hombre de la metáfora que desea construir la casa a prisa, para poder sentarse en el sillón y disfrutarla. Desea que todo lo suyo vaya bien en la vida presente y venidera. Pero lo desea a su manera y con sus condiciones. Es impaciente, le desagrade toda enseñanza e instrucción que le recuerden que esto no es suficiente si realmente desea poseer

un edificio satisfactorio y duradero.

¿Cuáles son, pues, las características del verdadero cristiano? Dicho en forma positiva, es el que "hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". Nuestro Señor dice: "No todo el que me dice: Señor, Señor... sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos!" "Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente." ¿Qué significa esto?

La primera parte de la respuesta es aclarar lo que no significa. Esto es sumamente importante. Obviamente no quiere decir 'justificación por las obras'. Nuestro Señor no dice aquí que el verdadero cristiano es el que, habiendo escuchado el Sermón del Monte, lo pone en práctica y de este modo se hace cristiano. ¿Por qué es imposible esa interpretación? Por la buena razón de que las Bienaventuranzas la hacen completamente imposible. Al comienzo mismo, pusimos de relieve que el Sermón del Monte debe tomarse como un todo, y así debe ser. Comenzamos con las Bienaventuranzas y la primera afirmación es: "Bienaventurados los pobres de espíritu". Podemos comenzar a tratar de conseguirlo hasta la muerte, pero nunca nos haremos 'pobres de espíritu', nunca podremos conformarnos a ninguna de las Bienaventuranzas. Es una imposibilidad completa, de modo que no puede querer decir justificación por obras. Luego tomemos el punto culminante al final del capítulo quinto: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto!" También esto es completamente imposible para el hombre con sus propias fuerzas y demuestra todavía más que este pasaje no enseña la justificación por obras. Si lo hiciera, contradeciría todo el mensaje del Nuevo Testamento que nos dice lo que no hemos conseguido hacer y que Dios lo ha hecho por nosotros enviando a su hijo al mundo —'para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible!' Nadie se justificará por medio de las obras de la ley, sino sólo por medio de la justicia de Jesucristo.

Tampoco enseña la perfección impecable. Hay personas que interpretan estas metáforas del final del Sermón del Monte, diciendo que significan que el único que puede entrar en el reino de los cielos o que le es permitido entrar, es el hombre que, habiendo leído el Sermón del Monte, pone en práctica todos sus detalles, siempre y en todas partes. También esto es obviamente imposible. Si la enseñanza fuera ésta, entonces podríamos estar seguros de que nunca ha habido ni habrá un verdadero cristiano en el mundo porque "todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios". Todos hemos fallado. "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". En consecuencia, lo que se afirma aquí no puede ser la perfección impecable.

¿De qué se trata pues? No es sino la doctrina que Santiago en su Carta sintetiza con las palabras, "La fe sin obras está muerta!" Es simplemente una definición perfecta de la fe. La fe sin obras no es fe, está muerta. La vida de fe nunca es vivir con desahogo; la fe es siempre práctica. La diferencia entre fe y asentimiento intelectual es que éste simplemente dice. 'Señor, Señor', pero no cumple su voluntad. Dicho de otro modo, no significa nada a no ser que yo lo considere a Él como Señor mío, y me haga voluntariamente siervo suyo. Mis palabras son palabras vanas, y no quiero decir realmente 'Señor, Señor', a no ser que lo obedezca. La fe sin obras está muerta.

O, para decirlo de otro modo, la fe genuina se manifiesta en la vida; se manifiesta

en la persona en general y también en lo que la persona hace. Adviértase el énfasis doble - la fe se manifiesta en la persona en general, al igual que en lo que dice y hace. No debe haber contradicción entre el aspecto del hombre y su porte general y lo que dice y hace. Lo primero que se nos dice acerca del cristiano en el Sermón del Monte es que debe ser 'pobre de espíritu', y si es 'pobre de espíritu', nunca tendrá el semblante de la persona orgullosa y satisfecha de sí misma. Otra cosa que se nos dice acerca de él es que llora por el pecado y que es manso. El hombre manso nunca tiene el aspecto de estar complacido consigo mismo. Estamos hablando de lo que parece antes de que diga o haga algo. La fe genuina siempre se manifiesta en el aspecto general de] hombre, en la impresión total que da, al igual que en lo que dice y hace en concreto. A veces se ven personas que dicen, 'Señor, Señor', quienes dan casi la impresión al decirlo, de mostrarse condescendientes con Dios, tan llenos de sí mismos están, tan complacidos consigo mismos se sienten, tanta es su auto confianza. No entienden lo que Pablo quiso decir cuando afirmó a la iglesia de Corinto, "Estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor!" Predicó el evangelio con un sentido de temor porque era el mensaje de Dios y estaba consciente de su propia indignidad y de la gravedad de la situación. No debemos olvidar que la fe se manifiesta tanto en el aspecto general del hombre como en lo que dice y habla.

La fe siempre se manifiesta en la totalidad de la personalidad. Podemos resumir esto con las palabras que encontramos en los capítulos primero y segundo de la primera carta de Juan, donde leemos, "Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad!" "El que dice: yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él!" Podemos entender en qué se han equivocado los que sostienen que el Sermón del Monte no se nos puede aplicar, sino que se dirigió sólo a los discípulos del tiempo de nuestro Señor, y a los judíos de un reino futuro que ha de venir. Dicen que debe ser así, porque de lo contrario se nos pone de nuevo bajo la ley y no bajo la gracia. Pero las palabras que acabamos de citar de la primera carta de Juan, fueron escritas 'bajo la gracia' y Juan lo plantea concretamente así: si alguien dice, "Yo le conozco" - es decir la fe, creer en la gracia de Cristo, en el perdón gratuito del pecado - si alguien dice, "Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso". Esto no es más que repetir lo que nuestro Señor dice en este pasaje acerca de los que entrarán en el reino de los cielos: "No todo el que me dice: Señor, Señor... sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos." Y es el mensaje de todo el Nuevo Testamento. Él "se dio a sí mismo por nosotros", le dice Pablo a Tito, "para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Hemos sido salvados "para que fuésemos santos". Nos ha apartado para prepararnos para sí mismo, y "todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro". Ésta es la doctrina de la Biblia.

Debemos ahora aplicar todo esto en una forma todavía más detallada. ¿Qué implica poner en práctica el Sermón del Monte? ¿Cómo puede saber si soy hombre 'prudente' o 'insensato'? También en esto voy a comenzar con unas cuantas negaciones. Una de las pruebas mejores es ésta. ¿Te agravia este Sermón del Monte? ¿Te desagrada? ¿Te opones a oír predicar acerca de él? Si es así, eres persona 'insensata'. La persona insensata siempre siente disgusto por el Sermón del Monte cuando se presenta como es, en todas sus partes. ¿Sientes que te está haciendo imposibles las cosas? ¿Te molesta el nivel que exige? ¿Dices que es

completamente imposible? ¿Dices, "es horrible, esta predicación es horrible, lo hace todo imposible"? ¿Es ésta tu reacción frente al mismo? Así reacciona siempre el falso creyente. Le impacienta el Sermón del Monte. Le molesta verse examinado, odia verse examinado, porque le hace sentir incómodo. El cristiano genuino es completamente diferente; no le molesta esto, como veremos. No le molesta la condenación del Sermón del Monte y nunca se defiende contra ella. Podría decirse así. Sabemos que nos traicionamos a nosotros mismos con nuestras observaciones superficiales y, a menudo, se puede definir al hombre por su reacción inmediata. Somos todos tan sutiles y hábiles que, cuando reflexionamos un momento y comenzamos a pensar acerca de algo, tenemos un poco más de precaución y cuidado en lo que decimos. Lo que realmente muestra lo que somos es nuestra respuesta instintiva, nuestra reacción inmediata. Y si nuestra reacción frente al Sermón del Monte es de resentimiento, si sentimos que es duro y difícil y que hace las cosas imposibles y que no es esa especie agradable de cristianismo que pensábamos que era, no somos creyentes verdaderos.

Otra característica del falso creyente a este respecto es que, una vez que lo ha oído, se olvida de él. Es un creyente olvidadizo que escucha el mensaje y lo olvida de inmediato. Se interesa por un momento, luego se le va de la mente, quizá como resultado de una simple conversación a la salida de la iglesia.

Otro aspecto de los que profesan falsamente la fe es que, si bien en general admiran el Sermón y alaban su enseñanza, nunca lo ponen en práctica. O aprueban ciertas partes del mismo y prescinden de otras. Muchos parecen pensar que el Sermón del Monte sólo dice una cosa, tal como 'ama a tus amigos'. Parece que no entienden todas las demás cosas. Pero hay que tomarlo en su totalidad, los capítulos cinco, seis, y siete, las Bienaventuranzas, la ley, la instrucción, todo, forma un solo sermón.

Pero pasemos a las características positivas del verdadero creyente. Es un hombre que sí se enfrenta con esta enseñanza, con toda ella. No escoge y selecciona, deja que cada una de las partes de la Biblia le hable. No es impaciente. Se toma tiempo para leerla, no va siempre a unos pocos Salmos favoritos y los utiliza como una especie de somnífero cuando no puede dormir por la noche; deja que la Palabra toda lo examine y lo escrute. En vez de molestarle este escrutinio, lo acoge bien. Sabe que le hace bien, y por ello no se opone al dolor. Se da cuenta de que "ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza"; pero sabe que "después da (invariablemente) fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados". En otras palabras el verdadero cristiano se humilla a sí mismo bajo la Palabra. Acepta que lo que dice de él es verdad. Incluso piensa que no dice lo suficiente. No le ofende la crítica, ni la propia ni la de otras personas, sino que se dice a sí mismo, "Ni siquiera dicen la mitad, no me conocen bien!" Se humilla bajo la palabra y las críticas que ellas contienen. Admite y confiesa su fracaso completo y su indignidad total. El hombre que es justo respecto a este Sermón es el que, habiéndose humillado a sí mismo, se somete al mismo, llega a ser pobre de espíritu, llega a llorar sus pecados, se hace manso, porque sabe lo indigno que es. Se conforma de inmediato a las Bienaventuranzas debido al efecto de la Palabra en él y entonces, debido a esto, desea conformarse al prototipo y pauta que se le ofrece. He aquí una prueba muy buena. ¿Nos gustaría vivir el Sermón del Monte? ¿Es éste nuestro verdadero deseo? ¿Es ésta nuestra ambición? Si lo es, es una señal muy buena y saludable. Todo el que desea vivir este tipo y

clase de vida es cristiano. Tener hambre y sed de justicia; esto es lo más importante en su vida. No se contenta con lo que es. Dice, "Oh si pudiera ser como los santos acerca de los cuales he leído, como Hudson Taylor o Brainerd, o Calvino. Con tal que pudiera ser como los hombres que vivieron en cavernas y escondrijos y se sacrificaron y lo sufrieron todo por Él. Si pudiera ser como Pablo. Si pudiera parecerme más a mi bendito Señor!' El hombre que puede decir honestamente esto, está edificando sobre la roca. Se conforma a las Bienaventuranzas. Observemos la naturaleza de la prueba. No es preguntarse pecador o perfecto; es preguntarse qué le gustaría ser, qué desea hacer. Se sigue, pues, que el verdadero creyente es el que acepta la enseñanza de nuestro Señor respecto a la ley. Debemos recordar como, en el capítulo quinto, nuestro Señor interpretó la ley antigua en forma espiritual en relación a ciertas cosas. El creyente acepta esto y cree que así es; no se contenta con abstenerse (simplemente) de cometer adulterio externo, no quiere mirar a una mujer con deseo. Dice "Así es; hay que ser puro de corazón, y no sólo en hechos, y yo deseo ser así de limpio!' Acepta plenamente la enseñanza de nuestro Señor respecto a la ley

También acepta la enseñanza acerca del dar limosna en secreto. No publica sus buenas obras —¡ni tampoco atrae la atención al hecho de que no las publica!—. Su mano izquierda en realidad no sabe lo que hace la mano derecha. También recuerda la enseñanza acerca de la oración y acerca de no poner la mirada en las cosas de la tierra, acerca del tener los ojos 'buenos'. Recuerda que ni siquiera debemos preocuparnos por el pan de cada día, sino que debemos dejarlo todo a nuestro Padre, quien alimenta a los pájaros y ciertamente no olvidará a sus hijos. Recuerda la instrucción acerca del no juzgar o condenar al hermano y acerca de sacar la viga del ojo propio antes de ocuparse de la paja en el ojo del hermano. Recuerda que se nos enseña a hacer a los demás lo que nos gustaría que ellos nos hicieran a nosotros; acepta toda la enseñanza en su plenitud.

Pero no sólo esto, lamenta su fracaso en no vivir así. Desea, anhela, trata, pero se da cuenta de que falla. Pero entonces cree en la siguiente porción de la enseñanza y pide, busca, llama. Cree en el mensaje que le dice que estas cosas son posibles con el Espíritu Santo y recuerda que Cristo ha dicho en este Sermón, "pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". Y así lo hace hasta que consigue lo que busca. Esto quiere decir el 'haced estas cosas'. Significa que el deseo supremo del hombre es hacer estas cosas y ser como el Señor Jesucristo. Significa que es un hombre que no sólo desea el perdón, no sólo desea librarse del infierno e ir al cielo. Con igual intensidad, en cierto sentido, desea la santidad positiva en esta vida y en este mundo. Quiere ser justo. En su corazón canta aquel himno de Charles Wesley:

"Quisiera yo poder cantar "' Las glorias de mi Rey, Su dulce gracia proclamar, En medio de su grey!"

No sólo ser perdonado, no sólo ir al cielo sino conocer a Cristo ahora, tener a Cristo como Hermano suyo, tener a Cristo como Compañero suyo, andar con Cristo en la luz ahora, disfrutar de un anticipo del cielo aquí en este mundo temporal - éste es el hombre que edifica sobre roca. Es un hombre que ama a Dios por Dios mismo y cuyo deseo y preocupación supremos es que el hombre de Dios y la gloria de Dios sean alabados y difundidos.

Estos son los detalles en este asunto. Esto quiere decir 'hacer' estas cosas. Esto significa practicar el Sermón del Monte. Es estar de acuerdo con el Catecismo Menor en que "el fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre!" Se sabe que nunca se conseguirá la perfección, pero el deseo y el esfuerzo se encaminan hacia ahí y se confía constantemente en el Espíritu Santo, quien ha sido dado para capacitarnos para esto. Ésta es la doctrina y quienquiera que pase con éxito estas pruebas, las negativas y las positivas, puede sentirse feliz y seguro de que su casa está edificándose sobre la roca. Si, por otra parte, se ve que estas pruebas no se pueden responder satisfactoriamente, sólo una conclusión queda: se ha venido edificando sobre la arena. Y la casa caerá. Así sucederá con toda seguridad en el día del juicio; pero quizá ocurra antes de eso, cuando llegue la próxima guerra, quizá cuando la bomba de hidrógeno estalle, o cuando se pierda el dinero, los bienes, las posesiones. Se verá entonces que uno no tiene nada. Si vemos esto ahora, admitámoslo, confesémoslo a Dios sin esperar un segundo. Confesémoslo y arrojémonos en su amor y misericordia, digámosle que, al fin, deseamos ser santos y justos; pidámosle que nos dé el Espíritu y que nos revele la obra perfecta de Cristo por nosotros. Sigamos a Cristo y Él nos conducirá hasta esta santidad genuina, "sin la cual nadie verá al Señor".

## **CAPITULO 59**

### **La Prueba y la Crisis de la Fe**

Llegamos a las consideraciones finales en torno al cuadro que ofrecen los versículos 24-27 y también en torno a las dos metáforas previas que ya hemos estudiado. Recordemos que la enseñanza en general tiene como propósito ponernos sobre aviso en contra del peligro terrible y sutil del autoengaño. Sorprende advertir cuánto espacio dedica el Nuevo Testamento a advertencias. Pero somos muy lentos en observarlas y en prestarles atención. Contiene advertencias constantes en contra de una creencia ligera y superficial, en contra de la tendencia a limitarse a decir, 'Señor, Señor', y no hacer nada más; advertencias en contra del peligro de confiar en las obras y en las propias actividades. Se nos ha recordado esto con mucho vigor en la segunda metáfora. Es algo que se encuentra en todo el Nuevo Testamento; se encuentra a menudo en la enseñanza de nuestro Señor mismo, y luego en la enseñanza de los apóstoles.

Pero incluye al mismo tiempo el peligro de confiar en sentimientos, especialmente en sentimientos falsos. No hay nada que sorprenda más a la mente natural que lo que el Nuevo Testamento dice acerca del tema del amor. Por una razón u otra, tendemos a pensar en el amor como algo puramente sentimental y emocional; tendemos a considerarlo sólo como tal. Y hacemos lo mismo cuando pensamos respecto al gran evangelio del amor que contiene el Nuevo Testamento, y a la proclamación del amor de Dios a los pecadores. Pero pensemos por un momento en el evangelio de Juan y en su primera carta, en los cuales se dice tanto acerca del amor, y también en primera Corintios 13. Veremos cómo lo que resaltan es el hecho de que el amor es algo muy práctico. ¡Cuan a menudo dice nuestro Señor de distintas formas "el que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me

**ama'!**

Ésta es la enseñanza precisa en este punto. Toda esta amonestación al final del Sermón del Monte tiene simplemente como fin enfatizar una cosa, que "no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". El énfasis repetido en esto tiene como fin evitar que nos engañemos a nosotros mismos pensando que todo está bien en nuestra vida debido a que quizá poseamos un sentimiento vago y general. Nuestro Señor dice que de nada sirve hablar acerca de amarle a no ser que guardemos sus mandamientos. "El que me ama de verdad", parece decir, "hace lo que yo le digo que haga". No hay nada tan falaz como poner sentimientos y sensibilidades en lugar de obediencia concreta. Esto es algo que se subraya enfáticamente en estas grandes palabras finales de advertencia y por esto hemos examinado en detalle qué significa hacer la voluntad del Padre que está en los cielos. El hombre prudente es el que, habiendo oído estas cosas, las hace.

Pero nos queda todavía por examinar por qué nuestro Señor plantea su enseñanza en esta forma específica. Se puede advertir que en todas estas metáforas está presente una nota de advertencia. Hemos venido haciendo alusiones pasajeras a eso a medida que examinábamos cada una de estas metáforas. Pero es evidente que no podemos evitar esta serie de consideraciones sin examinar la cuestión del juicio que se anuncia en todas las metáforas a partir del versículo 13. Recordemos que en este versículo se habla de entrar por la puerta estrecha y que a partir de él se comienza a aplicar el mensaje del Sermón y a hacer hincapié en su doctrina; y de ahí en adelante aparece la nota de juicio. "Entrad por la puerta estrecha", dice, "porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición". De inmediato se advierte la nota de advertencia. Se encuentra otra vez en la misma forma en relación con la segunda metáfora, en la que se compara al verdadero cristiano con el árbol bueno y al cristiano falso con el árbol malo. Se nos dice que "todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego". En la siguiente metáfora encontramos las palabras: muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: nunca os conocí; apartaos de mí hacedores de maldad!" Y de nuevo la encontramos, en forma vigorosa, en la última metáfora de las dos casas y de los dos hombres, porque se nos dice que llegará el día en que las casas serán sometidas a prueba y que una de ellas sucumbirá, y "fue grande su ruina". Es pues necesario examinar la gran cuestión del juicio. En realidad, hemos visto que no sólo es la nota destacada en estas metáforas al final del Sermón, sino que ha sido la nota dominante a lo largo de este capítulo, a partir del "No juzguéis, para que no seáis juzgados..!", en el versículo primero. La nota que se encuentra a lo largo de esta exhortación final es la nota tremenda del juicio.

En cierto sentido el mensaje se puede formular así: dejando de lado cualquier otra consideración, la falsa religión de nada sirve. Por lo tanto es algo malo; toda cosa falsa siempre es mala; pero aparte de ser mala, en última instancia no tiene ningún valor. Al final no conduce a nada. Puede dar satisfacción pasajera; pero fracasa ante las verdaderas pruebas. Esto es lo que detaca aquí. Ese camino espacioso parece seguro; ese árbol corrompido y malo, en general parece saludable e incluso imagina uno que su fruto es bueno, hasta que al examinarlo se descubre que no lo es. Así también la casa que construye el hombre necio sobre la arena parece

perfecta; tiene aspecto duradero y sólido. Pero el hecho es que al final ninguna de estas cosas tiene valor alguno; no resisten la prueba. Acerca de esto no puede haber ningún desacuerdo. Lo que necesitamos conocer acerca de cualquier filosofía de la vida, o acerca de cualquier situación en que estemos en la vida, es si puede resistir la prueba. ¿Nos va a ayudar y nos resultará de valor a la hora de nuestra mayor necesidad? De poco vale una casa, por lujosa y comfortable que sea, si ante las tempestades y lluvias torrenciales, de repente se derrumba. Eso es lo que llamamos vivir en un 'paraíso de necios'. Parecía tan maravilloso mientras el sol brillaba, y tanto que, en cierto sentido, ni necesitábamos su protección y nos podía bastar una tienda. Pero necesitamos una casa que puede resistir a las tempestades y huracanes. La casa construida sobre arena no puede resistir y es obvio que no tiene ningún valor.

La Biblia insiste mucho sobre esto. Ofrece algunos cuadros alarmantes del éxito y bienestar aparentes de los impíos, que se expanden como 'laurel verde' cuando todo va bien. Pero cuando llega el tiempo de calamidad, cuando toda su prosperidad ha desaparecido, no les queda nada en que sostenerse. La Biblia se esfuerza en mostrar la necedad total del hombre que no es cristiano. Dejando de lado otras razones, qué necio resulta vivir para cosas y confiar en cosas, que no lo pueden ayudar a uno cuando más lo necesita. Pensemos en el ejemplo que nuestro Señor pone del rico necio que tenía los graneros repletos de grano y que incluso pensaba en construir otros mayores, cuando Dios le dijo de repente, "necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?" La Biblia está llena de enseñanzas de esta clase.

Pero esta enseñanza de que lo que es falso de nada vale no se encuentra sólo en la Biblia; la experiencia humana a lo largo de los siglos lo confirma y fortalece. Podríamos estudiarlo a la luz de esta metáfora concreta. Nuestro Señor dice que todo lo que construimos en este mundo, todo aquello en lo que confiamos, todos los preparativos que hacemos, toda la perspectiva de la vida, va a verse sometida a pruebas. Describe las pruebas en forma de lluvia que descende y de ríos que crecen y vientos que soplan. Es algo universal; es algo que va a sucederle al prudente y al necio por igual. En ninguna parte nos dice la Biblia que en cuanto uno llega a ser cristiano se acaban las dificultades y que el resto de su vida será un 'vivir felices para siempre'. Nada de esto. "Descendió lluvia, y vinieron ríos y soplaron vientos y dieron con ímpetu" tanto contra una casa como contra la otra. Toda la humanidad se ve sujeta a estas pruebas.

Tiene mucho interés el preguntarnos a qué se refería nuestro Señor exactamente con los detalles de esta ilustración. Algunos dicen que se refiere sólo al día del juicio; pero esta forma de entender la ilustración es totalmente inadecuada. Ciertamente que incluye el día del juicio; pero lo que nuestro Señor dice aquí se aplica a la vida en este mundo tanto como a lo que nos sucederá después de la muerte y más allá del sepulcro.

Claro que resulta peligroso insistir demasiado en los detalles de cualquier ejemplo, pero con todo, nuestro Señor no pudo haberse molestado en distinguir para nada entre la lluvia y los ríos y los vientos. Obviamente deseaba transmitir ciertas ideas concretas, y nos es posible descubrir algo de lo que estas imágenes representan. Pensemos en la lluvia, por ejemplo. Esta lluvia de la que habla es algo que todos encontraremos. Todos nos hallamos en una de dos posiciones; o somos como el

hombre prudente o como el necio; como vimos antes, o hacemos todo lo que podemos por poner en práctica las enseñanzas del Sermón del Monte, o no lo hacemos; o somos cristianos o nos estamos engañando pensando que somos cristianos, escogiendo las cosas del evangelio que nos agradan y diciendo. "Esto basta. No hay que tomar las cosas al pie de la letra; no hay que ser de mente estrecha. Lo demás no importa con tal de que uno crea en general:" Pero nuestro Señor nos enseña aquí que si nos encontramos en la posición falsa, nuestra supuesta fe no nos ayudará para nada; mas aún, nos fallará por completo cuando más la necesitamos. ¿Qué quiere decir con la lluvia? Me parece que quiere decir cosa como enfermedad, pérdidas o desengaños, algo que va mal en la vida; algo en lo cual uno confiaba y que de repente se derrumba ante los ojos; quizá el que alguien le falle a uno, o en experimentar algún desengaño serio, un cambio repentino y desfavorable en las circunstancias, un dolor o angustia abrumadores. Éstas son cosas que, en un momento u otro, nos llegan a todos. Hay ciertas cosas en la vida que son inevitables; por mucho que tratemos de eludirlas, al final tenemos que enfrentarnos con ellas. A los jóvenes, a los que están llenos de salud y vigor les resulta muy difícil pensar en sí mismos como ancianos, para quienes resulta difícil el ir de una habitación a otra, o incluso de una silla a otra. Pero éstas son las clases de cosas que llegan a suceder: los años pasan, la salud y el vigor se debilitan, la enfermedad llega. Estas cosas, como indica nuestro Señor aquí, son inevitables, y cuando llegan nos someten a prueba. No es una prueba pequeña pasar semanas y meses en la misma habitación: pone a prueba de mucha ayuda; pero cuando el interés de uno se absorbe en ellas, está uno probablemente más preocupado por la mecánica de la Biblia que por el alimento espiritual que comunica.

El último peligro es el de oponer gracia y ley e interesarse sólo por la gracia. No hay doctrina salvadora aparte de la doctrina de la gracia; pero debemos tener cuidado de no ocultarnos detrás de ella de una forma equivocada. Recuerdo también a un hombre que se había convertido, pero que después cayó en el pecado. Quise ayudarlo hasta que descubrí que estaba demasiado dispuesto a ayudarse a sí mismo. En otras palabras, vino a hablarme del pecado, pero inmediatamente comenzó a sonreír y dijo: "después de todo, está la doctrina de la gracia". Sentí que estaba demasiado saludable, se curó a sí mismo demasiado rápidamente. La reacción ante el pecado debería ser la de profunda penitencia. Cuando alguien está en una condición espiritual saludable, no encuentra alivio tan fácilmente. Siente que es vil, que no tiene remedio. Si, pues, uno cree que puede curarse fácilmente, si encuentra que puede acudir alegremente a la doctrina de la gracia, diría que esa persona está en situación peligrosa. El hombre verdaderamente espiritual, si bien cree en la doctrina de la gracia, cuando adquiere el convencimiento de pecado por el Espíritu Santo, siente a veces que es casi imposible que Dios lo pueda perdonar. He dicho esto a veces de la siguiente forma: que no entiendo bien al cristiano que puede escuchar un sermón genuinamente evangelístico sin volver a sentirse acusado de pecado. No me cabe duda de que el sentir debería ser: "Casi experimenté que pasé por ello una vez más; experimenté que estaba pasando de nuevo por todo el proceso". Ésta es la verdadera reacción. En el mensaje, siempre hay un aspecto de convicción de pecado; y si descubrimos que no reaccionamos de esta forma porque ya en una ocasión nos refugiamos en la gracia, nos encontramos en la situación que conduce a este trágico autoengaño. En otras palabras, la pregunta definitiva es ésta: ¿Qué le pasa al alma? Quizá recuerden la famosa historia acerca de William Wilberforce y de la mujer que acudió a él en el

punto culminante de su campaña contra la esclavitud y le dijo, "Sr. Wilberforce, ¿y qué le pasa al alma?" Y el Sr. Wilberforce se volvió a la mujer y le dijo, "Señora, casi había olvidado que tenía alma". Esta pobre mujer se acercó a Wilberforce a hacerle la pregunta vital y el gran hombre dijo que estaba tan preocupado por la liberación de los esclavos que casi había olvidado su alma. Pero, con todo el respeto debido a esa persona, la mujer tenía razón. Claro que quizá también ella fue una persona entremetida; pero no hay prueba de que fuera así. Probablemente, la mujer vio que estaba frente a un excelente hombre cristiano, que realizaba una labor extraordinaria. Sí, pero también cayó en la cuenta del peligro que acechaba a un hombre así, a saber, estar tan absorbido en la cuestión del abolicionismo que llegara a olvidar su propia alma. Alguien puede estar tan ocupado predicando en pulpitos que llegue a olvidar y descuidar su propia alma. Después de haber asistido a todas las reuniones, haber acusado al comunismo hasta casi perder la voz, después de haberse ocupado de toda esa apologética, desplegado un maravilloso conocimiento de teología y una gran comprensión de los tiempos, después de haber leído todas las traducciones de la Biblia, y haber demostrado habilidad en el conocimiento de su mecánica, todavía pregunto: "¿Qué me decís de vuestra relación con el Señor Jesucristo?" Sabéis mucho más que hace un año; pero ¿lo conocéis mejor a Él? Levantáis la voz contra muchas cosas malas; pero ¿lo amáis más a Él? Vuestro conocimiento de la Biblia y de sus traducciones ha llegado a ser sorprendente, y os habéis convertido en expertos en apologética; pero ¿obedecéis a la ley de Dios y de Cristo cada vez más? ¿Se manifiesta cada vez una mayor evidencia en vuestra vida el fruto del Espíritu? Éstas son las preguntas. "No todo el que dice: Señor, Señor" (y hace mucho milagros), "sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". Examinémonos a nosotros mismos y tomemos tiempo para hacerlo con detalle. ¿Deseamos realmente conocerlo? Pablo dice que prácticamente se había olvidado de todo lo demás. Ninguna otra cosa le preocupaba: "A fin de conocerle, y el poder de su resurrección..!" (Fil. 3:10). Se olvidaba de todo lo pasado, y se afanaba por esto —por 'conocerle', y ser 'semejante a Él'—. Si algo ocupa el lugar de esto, estamos en el camino equivocado. Todas las demás cosas son medio para conducirnos al conocimiento de Él, y si nos contentamos con los medios, éstos mismos nos apartan de Él. Dios nos libre del peligro de permitir que los medios de gracia oculten al bendito Salvador.

## **CAPITULO 60**

### **Conclusión**

En los dos últimos versículos de este capítulo el escritor sagrado nos dice el efecto que este Sermón del Monte produjo en el auditorio. De esta forma nos ofrece al mismo tiempo la oportunidad de examinar en general qué efecto debería producir siempre este sermón en los que lo leen y lo examinan.

Estos dos versículos no son en modo alguno una especie inútil o vana de epílogo. Tienen suma importancia en cualquier examen del Sermón. No me cabe la menor duda de que por esta razón el escritor, guiado por el Espíritu Santo, dejó constancia del Sermón, porque aquí se centra nuestro interés en el Predicador más que en el Sermón. Se nos pide, por así decirlo, que una vez examinado el Sermón, miremos a

**Aquel que lo pronunció y predicó. Hemos dedicado mucho tiempo al examen detallado de la enseñanza del Sermón y, en los últimos capítulos, sobre todo, hemos examinado el llamamiento urgente que nuestro Señor dirigió a los que lo habían escuchado. Les pidió que lo pusieran en práctica. Plantea de nuevo la advertencia terrible en contra del autoengaño, en contra de limitarse a admirar el Sermón y a alabar ciertos puntos del mismo sin caer en la cuenta de que, a no ser que se practique, permaneceremos fuera del reino de Dios, para encontrar que todo aquello en lo cual confiábamos, de repente, en el día del juicio, nos será quitado.**

**Pero la pregunta que muchos pueden tener la tentación de hacerse es: ¿Por qué deberíamos practicar este Sermón? ¿Por qué deberíamos prestar atención a esta terrible advertencia? ¿Por qué deberíamos creer que, a no ser que hagamos que nuestra vida se conforme a esta pauta, estaremos sin esperanza al llegar ante Dios? La verdadera respuesta a todo esto es el tema al que nos encaminan estos últimos versículos. Es la persona misma, la persona que pronunció estas palabras, la que comunicó esta enseñanza. En otras palabras, al examinar el Sermón del Monte como un todo, después de haber considerado estas distintas partes, debemos caer en la cuenta de que no hay que concentrarse sólo en la belleza de lo dicho, en la estructura perfecta del Sermón, en las ilustraciones impresionantes, en los ejemplos sorprendentes y en el equilibrio extraordinario que encontramos en él, tanto desde el punto de vista de los temas, como de la forma en que se presentan. Debemos ir más allá. Al examinar el Sermón del Monte, nunca debemos detenernos ni siquiera en la enseñanza moral, ética y espiritual; debemos ir más allá de todas estas cosas, por maravillosas que sean, por vitales que sean, hasta la persona del Predicador mismo.**

**Hay dos razones principales para decir esto. La primera es que, en último término, la autoridad del Sermón se deriva del Predicador. Esto es, desde luego, lo que hace al Nuevo Testamento un libro tan único, lo que da una claridad exclusiva a la enseñanza de nuestro Señor. En el caso de los demás maestros que el mundo ha conocido, lo importante es la enseñanza; pero estamos frente a un caso en el que el Maestro es más importante de lo que enseña. En cierto sentido, no se puede dividir ni separar el uno del otro. Pero si hay que dar prioridad a uno de los dos, siempre debemos colocar al Predicador en primer lugar. Así pues, estos dos versículos al final del Sermón dirigen nuestra atención hacia este hecho.**

**Si alguien pregunta: ¿Por qué debo prestar atención a este Sermón, por qué debo ponerlo en práctica, por qué debo creer que es lo más vital de esta vida? La respuesta es: debido a la Persona que lo predicó. Esta es la autoridad, esta es la sanción del Sermón. En otras palabras si tenemos alguna duda en cuanto a la persona que predicó este Sermón, es obvio que esto afectará la idea que nos formemos del mismo. Si tenemos duda acerca de su calidad de ser único, acerca de su deidad, acerca del hecho que era Dios en la carne el que hablaba, entonces toda nuestra actitud hacia el Sermón queda minada. Pero, por el contrario, si creemos que el Hombre que pronunció estas palabras no fue otro que el Hijo unigénito de Dios, entonces estas palabras adquieren una solemnidad abrumadora y una autoridad superior y debemos tomar la enseñanza como un todo con toda la gravedad que siempre hay que darle a cualquier pronunciamiento que procede de Dios mismo. Tenemos, pues, ahí una razón muy buena para examinar este punto. La sanción final que refrenda a toda expresión que se encuentra en este Sermón, radica ahí. Por consiguiente, cuando lo leemos y nos sentimos tentados quizá a**

**argüir en contra del mismo o debilitar algunas de sus enseñanzas, debemos recordar que estamos examinando las palabras del Hijo de Dios. La autoridad y la sanción proceden del que habla, de la bendita Persona misma.**

**Pero aparte de esta conclusión general, nuestro Señor mismo insiste en que le prestemos atención. Y llama la atención hacia sí mismo en este Sermón. Repite pruebas que tiene como fin obvio centrar nuestra atención en su Persona. Este es el aspecto en el cual el verdadero evangelio difiere de los que pasa muchas veces por evangelio. Algunos tienen la tendencia de establecer una división entre la enseñanza del Nuevo Testamento y el Señor mismo. Se trata de un error básico. El Señor llama siempre la atención hacia sí mismo y esto lo hallamos abundantemente ilustrado en este Sermón. E; problema último por consecuente, con el que se enfrentan los que enfatizan la enseñanza del Sermón del Monte a expensas de la doctrina y a expensas de la teología, es que nunca caen en la cuenta de ese punto. Nos hemos referido a menudo, de paso, al caso de los que dicen que les gusta el Sermón del Monte, quienes colocan este Sermón del Monte frente a la enseñanza acerca de la expiación y muerte de Cristo y de todas las elevadas doctrinas de las Cartas, porque, según dicen, el Sermón del Monte es algo práctico, algo que se puede aplicar a la vida y llegar a ser la base del orden social, y así sucesivamente. El problema de esas personas es que nunca han leído verdaderamente el Sermón del Monte, porque, si lo hubieran hecho, habrían descubierto que en él la atención se dirige constantemente a esta Persona. Y de inmediato esto suscita doctrina crucial. En otras palabras, el Sermón del Monote como hemos visto tantas veces, es en realidad una especie de afirmación básica de la cual se deriva todo lo demás. Está lleno de doctrina; y la idea de que sea una enseñanza moral y ética y nada más, es completamente ajena a la enseñanza del Sermón, y sobre todo al punto que se enfatiza aquí, en estos dos últimos versículos.**

**Vemos, pues, que nuestro Señor llama la atención hacia sí mismo y, en un sentido, no hay nada en el Sermón que sea tan notable como la forma en que lo hace. Por ello, una vez visto todo el Sermón, encontramos que todas las instrucciones que dio se centran de nuevo en Él. En el Sermón del Monote, lo contemplamos a Él de una forma especial, y cualquier estudio del mismo siempre debería conducirnos a esto. En estos dos versículos tenemos una forma maravillosa de hacerlo. Se nos habla acerca de la reacción de esas personas que tuvieron el privilegio elevado de mirarlo a Él y escuchar el Sermón. Y se nos dice que su reacción fue de admiración. "Y cuando terminó Jesús estas palabras, 1# gente se admiraba de su doctrina (o de su enseñanza); porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas!"**

**Tratemos en la medida de lo posible imaginarnos esto, por qué no hay nada que debiéramos disfrutar —empleo este término a propósito— tanto como contemplarlo a Él. La enseñanza toda de nada vale a no ser que tengamos la idea justa acerca de Él. En esencial, el punto vital de toda enseñanza, de la teología y de toda la Biblia es conducirnos al conocimiento de Él y a la relación con Él. Por esto, contemplamos esta bendita Persona y por eso debemos tratar de imaginarnos este cuadro. He aquí una gran multitud de gente. Al comienzo se sentó a enseñar, estaba sólo Él y sus discípulos; pero hacia el final, es obvio que había una gran muchedumbre. Ahí, sentado frente a toda esa gente en el monte, está este Hombre joven, según se decía un simple carpintero de un lugar pequeño llamado Nazaret en Galilea, un artesano, una persona común, ordinaria. No había recibido preparación**

escolar. No era ni escriba ni fariseo; no se había sentado a los pies de Gamaliel ni de ninguno de los grandes maestros o autoridades. Al parecer se trataba de una persona muy ordinaria, que había llevado una vida muy corriente. Pero de repente comenzó a recorrer el país con un ministerio extraordinario y ahí está sentado, enseñando y predicando y diciendo las cosas que hemos venido examinando juntos. No nos sorprende que esa gente estuviera admirada. Fue todo tan inesperado, tan sorprendente en todos los sentidos, tan diferente de todo lo que habían conocido. Nos resulta muy difícil debido a lo familiares que nos resultan estos hechos y detalles y darnos cuenta de que estas cosas sucedieron de hecho hace cerca de dos mil años y darnos cuenta del efecto que tuvieron que producir entre los contemporáneos de nuestro Señor. Tratemos de imaginar su sorpresa y admiración totales al ver a este carpintero de Galilea sentado, enseñándoles y explicándoles la ley, hablándoles de esta forma tan extraordinaria. Quedaron sorprendidos, admirados y aturcidos.

Lo que debemos averiguar es qué produjo exactamente la admiración. Lo primero, claro está, es la autoridad general con que habló —este hombre que habla con autoridad y no como los escribas. Este aspecto negativo es muy interesante— que su enseñanza no era según el estilo de los escribas. Lo característico de la enseñanza de los escribas, como recordaremos, era que siempre citaban a autoridades y que nunca emitían pensamientos originales; eran expertos, no tanto en la ley misma, cuanto en las distintas exposiciones e interpretaciones de la ley que habían sido propuestas desde el tiempo de Moisés. Luego, además, siempre citaban a los expertos en estas interpretaciones. Para ilustrar el significado de lo que decimos, no debemos sino imaginar lo que sucede tan a menudo en los tribunales cuando se juzga un caso. Se citan distintas autoridades; una ha dicho una cosa y la otra, otra; se presentan libros de texto y se lee lo que dicen. Esta es la forma práctica de los escribas y por esto siempre andaban discutiendo; pero el rasgo principal era la hilera interminable de citas. Hoy día sucede lo mismo. Se pueden leer o escuchar sermones que no parecen ser sino una serie de varios escritos. Esto da la impresión de conocimiento y cultura. Se nos dice que los escribas y fariseos estaban muy orgullosos de sus conocimientos. Habían descartado a nuestro Señor con burla, diciendo, "¿Cómo sabe éste letras sin haber estudiado?" Esto señala el hecho de que la característica más notable de su enseñanza era la ausencia de citas interminables. En otras palabras, lo que sorprendía respecto a Él era su originalidad. Repite una y otra vez "Yo os digo"; no "Fulano de tal ha dicho", sino "Yo os digo". En su enseñanza había frescor. Todo su método era diferente. Se caracterizaba por esta originalidad de pensamiento y de forma —la manera en que lo hacía, tanto como lo que hacía.

Pero, como es de esperar, lo más sorprendente de todo era la confianza y seguridad con que hablaba. Eso se vio desde el comienzo, cuando pronunció esas grandes Bienaventuranzas. Comienza diciendo: "Bienaventurados los pobres en espíritu" y luego, "porque de ellos es el reino de los cielos!" No caben dudas ni incertidumbres acerca de ello; no es una simple suposición o posibilidad. Esta seguridad y autoridad extraordinarias con que hablaba, se manifestaron desde el comienzo mismo.

Imagino, sin embargo, que lo que realmente admiró a esa gente, más aún que su autoridad general, fue lo que dijo, sobre todo lo que dijo acerca de sí mismo. Esto, sin duda, tuvo que sorprenderles y admirarles. Pensemos de nuevo en las cosas

que dijo, ante todo acerca de su propia enseñanza. Una y otra vez hace observaciones que llaman la atención acerca de su enseñanza y acerca de su actitud hacia la misma. Tomemos, por ejemplo, la frecuencia con que dijo en el capítulo quinto algo así: "Oísteis que fue dicho a los antiguos... pero yo os digo!" No vacila en corregir la enseñanza de los fariseos y de las autoridades que utilizaban. 'A los antiguos', como ya vimos, se refería a ciertos fariseos y a su exposición de la ley mosaica. No dudó en dejarla de lado y corregirla. ¡Este artesano, este carpintero que nunca había asistido a las escuelas, diciendo: "Yo os digo"! Se arroga esta autoridad para sí mismo y para su enseñanza.

Más aún, no vacila en afirmar en esa expresión que Él, y sólo Él, puede dar una interpretación espiritual de la ley que fue promulgada por Moisés. Su argumentación consiste siempre en que la gente nunca había visto la intención o contenido espirituales de la ley dada por Moisés; la interpretaban mal y la reducía al plano físico. Con tal de no cometer adulterio físico, pensaba que nada importaba. No veían que Dios se preocupa por el corazón, el deseo, el espíritu. Por eso, se presenta delante de ellos como el único intérprete genuino de la ley. Dice que su interpretación sola pone de manifiesto el sentido espiritual de la ley; más aún, no vacila en hablar de sí mismo y en considerar como legislador: "Yo os digo!"

Luego recordaremos cómo al final del Sermón lo dice en forma todavía más explícita. "Cualquiera, pues", dice, "que me oye estas palabras, y las hace..!" Adviértase la importancia que le atribuye a sus propias palabras. Al decir esto, dice algo acerca de sí mismo. Utiliza la ilustración aterradora de las dos casas. Ya ha hablado acerca del juicio, y lo plantea todo en función de 'estas palabras' suyas. Dice de hecho: "Quiero que las escuchéis, quiero que las practiquéis —estas palabras—; ¿os dais cuenta de quién soy yo y, en consecuencia, de la importancia de lo que digo?" Así pues, vemos que en lo que dijo acerca de su predicación se pronunció en forma rotunda acerca de sí mismo. Se arroga esta autoridad única.

Pero no se nos deja, simplemente, con indiferencia e implicaciones; las referencias que hace a sí mismo son no sólo indirectas. ¿Ha examinado alguna vez las alusiones directas que hace a sí mismo en este Sermón del Monte? Veámoslas por orden según aparecen. Primero, en 5:11, cuando acaba de concluir las Bienaventuranzas, dice: "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan", o sea, "bienaventurados sois si, por deseo de poner en práctica esta enseñanza tan elevada, sufrís persecución y quizá incluso muerte." No dice: "Si sufrís así por el nombre de Dios, vuestro Padre en los cielos, sois bienaventurados!" No; dice 'por mi causa'. ¡Qué necedad tan indecible es que algunos digan que se interesan por el Sermón del Monte sólo como enseñanza moral, ética o social! Ahí, antes de llegar al 'volver la otra mejilla' y a los otros puntos que les gustan tanto, nos dice que deberíamos estar dispuestos a sufrir por su causa y que tenemos que sufrir persecución por su causa y que incluso debemos estar dispuestos a morir por su causa. Esta afirmación tremenda está al comienzo mismo del Sermón. Luego, casi de inmediato pasa a repetir lo mismo en forma implícita. "Vosotros sois la sal de la tierra", y "vosotros sois la luz del mundo". ¿Vemos lo que esto implica? Dice de hecho, "Vosotros, que sois mis discípulos y seguidores, vosotros, que os habéis entregado a mi hasta el punto de sufrir persecución por mi nombre, e incluso muerte por mi causa, vosotros, quienes me escucháis y vais a repetir mi enseñanza para propagarla por todo el mundo, vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo!" Sólo cabe una

conclusión verdadera de todo esto, a saber, que van a ser un pueblo muy especial y único que, debido a su relación con Él, pasa a ser la sal de la tierra y la luz del mundo. Es la doctrina del nuevo nacimiento. No son sólo personas que escuchan una enseñanza para luego repetirla y de este modo producir el efecto de sal y luz. No, ellos mismos van a convertirse en sal y luz. Tenemos ahí la doctrina de la relación mística de su pueblo con Él, de la unión entre ambos; Él morando en ellos y comunicándoles su naturaleza. Por consiguiente, ellos a su vez pasan a ser la luz del mundo así como Él es luz del mundo. Es, pues, una tremenda afirmación respecto a sí mismo. En estas palabras, afirma su divinidad única y su carácter de Salvador. Afirma que es el Mesías por tanto tiempo esperado.

Así, pues, al contemplar estas dos afirmaciones sorprendentes antes de llegar a su enseñanza detallada, nos sentimos impulsados a preguntar, como debieron preguntarse esas personas; ¿quién es esta Persona que habla así? ¿Quién es este hombre, este carpintero de Nazaret, quien nos pide que estemos dispuestos a sufrir por Él, y diciendo que seremos bienaventurados de Dios si lo hacemos; quien dice, "Gozaos y alegraos porque vuestro galardón es grande en los cielos si sufrís injusticias y persecuciones por mi causa?" ¿Quién es este? ¿Y quién es éste que dice que puede hacernos sal de la tierra y luz del mundo? La respuesta a la pregunta la da en el versículo 17, donde dice: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir!" Consideremos por un momento esta extraordinaria expresión, 'he venido'. Habla de sí mismo y de su vida en este mundo como diferente de la de cualquier otro. No dice: "He nacido, por consiguiente esto o aquello!" Dice: "He venido! ¿De dónde ha venido? Es alguien que ha llegado a este mundo; no sólo ha nacido, ha venido a él desde algún lugar. Ha venido de la eternidad, del cielo, a venido del seno del Padre. La ley y los profetas habían dicho que iba a venir. Dijeron, por ejemplo. "Nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación!" Siempre hablaban de alguien que iba a venir de afuera. Y aquí dice de sí mismo, "He venido". No sorprende que esta personas que estaban sentadas escuchando, dijeran: ¿Qué quieres decir; y quién es este hombre, este carpintero que se parece a nosotros?

Siempre dice: "He venido". Les dice que no pertenece a este reino, sino que ha venido a esta vida, a este mundo, desde la gloria, desde la eternidad. Dice: "Yo y el Padre uno somos!" Se refiere a la encarnación. Qué necedad tan trágica considerar este Sermón como una simple proclama social y no ver en él sino ética y moralidad. Escuchemos lo que dice acerca de sí mismo. "He venido!" No se trata de un maestro humano; se trata del Hijo de Dios.

Pero, además, dice que ha venido para cumplir la ley y los profetas y no para abrogarlos. Esto significa que ha venido para cumplir y guardar la santa ley de Dios, que Él es también el Mesías. Afirma ahí que es impecable, absolutamente perfecto. Dios dio su ley a Moisés, pero ningún ser humano la ha cumplido jamás "todo el mundo quede bajo el juicio de Dios", "No hay justo, ni aun uno". Todos los santos del Antiguo Testamento habían violado la ley; nadie había podido cumplirla. Pero he ahí Alguien que se levanta y dice: Yo voy a cumplirla, voy a guardarla y honrarla a la perfección. He aquí Alguien que pretende ser impecable, absolutamente perfecto. No sólo esto. No vacila en atribuirse lo que Pablo afirma en estas palabras: "el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree!" En otras palabras, cumple la ley poniéndola en práctica, la honra con la perfección absoluta en su propia vida. Sí, pero también lleva sobre sí el castigo que también se

reparte entre los transgresores. Ha satisfecho todas las exigencias de la ley de Dios, ha cumplido la ley para sí mismo y los demás.

Pero también afirma que cumple los profetas. Afirma que es Aquel al que apuntaron todos los profetas del Antiguo Testamento. Habían hablado acerca del Mesías; dice, "Yo soy el Mesías". Es el que cumple en su propia Persona las promesas. También esto lo sintetiza el apóstol Pablo con estas palabras: "Todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén!" Todas las promesas de Dios se cumplen en esta maravillosa Persona que aquí afirma de sí misma que el cumplidor de la ley y de los profetas. Todo el Antiguo Testamento apunta hacia Él; es el centro de todo.

Éste es el que había de venir, el esperado. Dice todo esto en el Sermón del Monte, este Sermón del que se nos dice que no contiene doctrina, y que gusta a la gente porque no es teológico. ¿Puede acaso existir una ceguera más trágica que ésta que hace que los hombres hablen de una forma tan necia? Toda la doctrina de la encarnación de Cristo, de su Persona y Muerte, todo está ahí. Lo hemos visto a medida que hemos estudiado el Sermón y de nuevo lo volvemos a encontrar.

Otra gran afirmación que apunta hacia la misma dirección es la que se encuentra en 7:21: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos!" No vacila en decir que la gente se dirigirá a Él como Señor y esto significa que es Jehová, que es Dios. Dice ahí, con toda serenidad, que la gente va a decirle, "Señor, Señor". Lo dice ahora, en cierto sentido, y lo dirán en el gran día. Pero lo que se subraya es el hecho de que 'me' lo dirá, se lo dirá al que habla ahí en el Monte. No vacila en atribuirse, en apropiarse, el término más elevado que aparece en toda la Biblia aplicado al Dios eterno, absoluto, bendito.

Incluso fue más allá y proclamó hacia el final del Sermón que Él va a ser el Juez del mundo. "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor!" etc. Adviértase la repetición, "Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad!" Sí, el juicio le corresponderá al Hijo. Afirma que va a ser el juez de todos los hombres y que lo que cuenta es nuestra relación con Él, su conocimiento de nosotros, su preocupación e interés por nosotros. Como alguien dijo muy bien: "Él que estuvo sentado en el Monte para enseñar, es el mismo que al final se sentará en el trono de su gloria para que todas las naciones del mundo comparezcan ante Él, y Él emitirá juicio definitivo sobre ellas!" ¿Se ha dicho alguna vez en este mundo algo más sorprendente, más sobrecogedor? Tratemos de nuevo de imaginar la escena. Contemplemos esa Persona al parecer ordinaria, este carpintero, sentado ahí y diciendo de hecho: "Del mismo modo que ahora estoy sentado aquí, me sentaré en el trono de la gloria eterna, y todas las naciones, todo el mundo comparecerá ante mí, y pronunciaré juicio!" Es realmente el Juez eterno.

De este modo, hemos reunido las afirmaciones principales que formula acerca de sí mismo en este famoso Sermón del Monte. Al concluirlo, por consiguiente, hago esta sencilla aunque profunda pregunta: ¿Cuál es nuestra reacción ante todo esto? Se nos dice que esa gente quedó admirada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. No se nos dice que reaccionaran de alguna otra manera; pero sí se nos dice que quedaron admirados y sorprendidos ante su forma de enseñar y también ante su doctrina extraordinaria y, sobre todo, ante algunas de estas cosas que dijo acerca de sí mismo. Hay personas que ni siquiera se admiran ante este Sermón. Dios no quiere que así sea en el caso

de alguno de nosotros. Pero no basta con simplemente admirarse; nuestra reacción debe ir más allá. No cabe duda de que nuestra reacción ante las palabras que nos dirige debería ser el maravillarnos de -que el Hijo mismo de Dios nos ha estado hablando en las palabras que hemos examinado; el mismo Hijo encarnado de Dios. Nuestra primera reacción debería ser reconocer de nuevo la verdad cédular del evangelio, que el Hijo unigénito de Dios ha entrado en este mundo temporal. No nos preocupa aquí una simple filosofía o visión de la vida, sino el hecho de que el predicador era el Hijo de Dios Todopoderoso hecho carne en este mundo.

¿Por que vino, por qué predicó el Sermón? No ha venido exactamente para promulgar otra ley. No se limitó a decirle al pueblo cómo había de vivir, porque el Sermón del Monte (y lo decimos con reverencia) es infinitamente más imposible de practicar que incluso la ley de Moisés y ya hemos visto que no hubo ni un solo ser humano que hubiera sido capaz de guardarla. ¿Cuál es, pues, el mensaje? Debe ser éste. En este Sermón, nuestro Señor condena de una vez por todas toda confianza en el esfuerzo humano, en la capacidad humana en el ámbito de la salvación. Nos dice, en otras palabras, que todos hemos quedado lejos de la gloria de Dios y que por grandes que sean nuestros esfuerzos desde ahora hasta la muerte, nunca nos justificarán, ni nos harán dignos de presentarnos ante Dios. Dice que los fariseos habían reducido el significado genuino de la ley, pero que la ley misma era espiritual. Dice lo que Pablo llegó a ver y decir más tarde: "Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí" (Ro. 7:9). En otras palabras, dice que todos somos pecadores condenados delante de Dios, y que no nos podemos salvar a nosotros mismos.

Luego prosigue diciendo que todos necesitamos nacer de nuevo, una nueva naturaleza y una nueva vida. No podemos vivir una vida así tal como somos por naturaleza; debemos ser renovados. Y lo que dice en este Sermón es que ha venido para darnos esta nueva vida. Si estamos en relación con Él, nos convertimos en sal de la tierra y luz del mundo. Ha venido no sólo para presentar la enseñanza. Ha venido para hacer posible vivirla. En este Sermón, comenzando con las Bienaventuranzas, ha descrito a su pueblo. Ha expuesto cómo serán en general y ha descrito más en detalle cómo vivirán. El Sermón no es una descripción del hombre natural que trata de justificarse delante de Dios, sino de Dios renovando a su pueblo. Nos ha comunicado el don del Espíritu Santo, la promesa hecha a Abraham, "la promesa del Padre" y, habiendo recibido esta promesa, resultamos capaces de conformarnos a dicha norma. Las Bienaventuranzas son verdad en el caso de todos los que viven del Sermón del Monte, de todos los que son cristianos. Esto no quiere decir que seamos impecables o perfectos; significa que si consideramos el tenor general de nuestra vida, está conforme con esto, o como Juan lo dice en su primera Carta: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado:" Esta es la diferencia. Consideramos la vida de un hombre, en general. Al contemplar a un creyente, vemos que se conforma al Sermón del Monte. Desea vivirlo y se esfuerza por conseguirlo. Se da cuenta de sus fallas, pero pide la plenitud del Espíritu; tiene hambre y sed de justicia, y posee la experiencia bendita de que las promesas se cumplan en su vida cotidiana.

Esta es la reacción genuina ante el Sermón del Monte. Nos damos cuenta de que habló el Hijo mismo de Dios y que en el Sermón ha dicho que vino para comenzar una humanidad nueva. Es el 'primogénito entre muchos hermanos'; es el 'último Adán'; es el Hombre nuevo de Dios y todos los que le pertenecen serán como Él. Es

una doctrina sorprendente, es una doctrina asombrosa, pasmosa; pero, gracias a Dios, sabemos que es la verdad. Sabemos que murió por nuestros pecados, que nuestros pecados son perdonados; "sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos"; sabemos que le pertenecemos, por que sí tenemos hambre y sed de justicia. Estamos conscientes del hecho de que se ocupa de nosotros, de que su Espíritu actúa dentro de nosotros, revelándonos nuestras fallas e imperfecciones, produciendo dentro de nosotros anhelos y aspiraciones, "produce... el querer como el hacer, por su buena voluntad". Sobre todo, en medio de la vida, con todas sus pruebas y problemas, incluso en medio de todas las incertidumbres de esta 'era atómica' y del hecho cierto de la muerte y del juicio final, podemos decir con el apóstol Pablo, "Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Ti.1:12).

"Mi esperanza firme está en la justicia de Jesús;  
Y mi pecado borrará el sacrificio de la cruz.  
La tempestad jamás podrá su dulce faz de mí ocultar;  
Su luz gloriosa en mi alma está, en Él confío sin  
cesar. Jesús será mi protección, la Roca de mi salvación!"

"Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (1 Co.3:11). "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos"; y "Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo" (2 Ti.2:19).